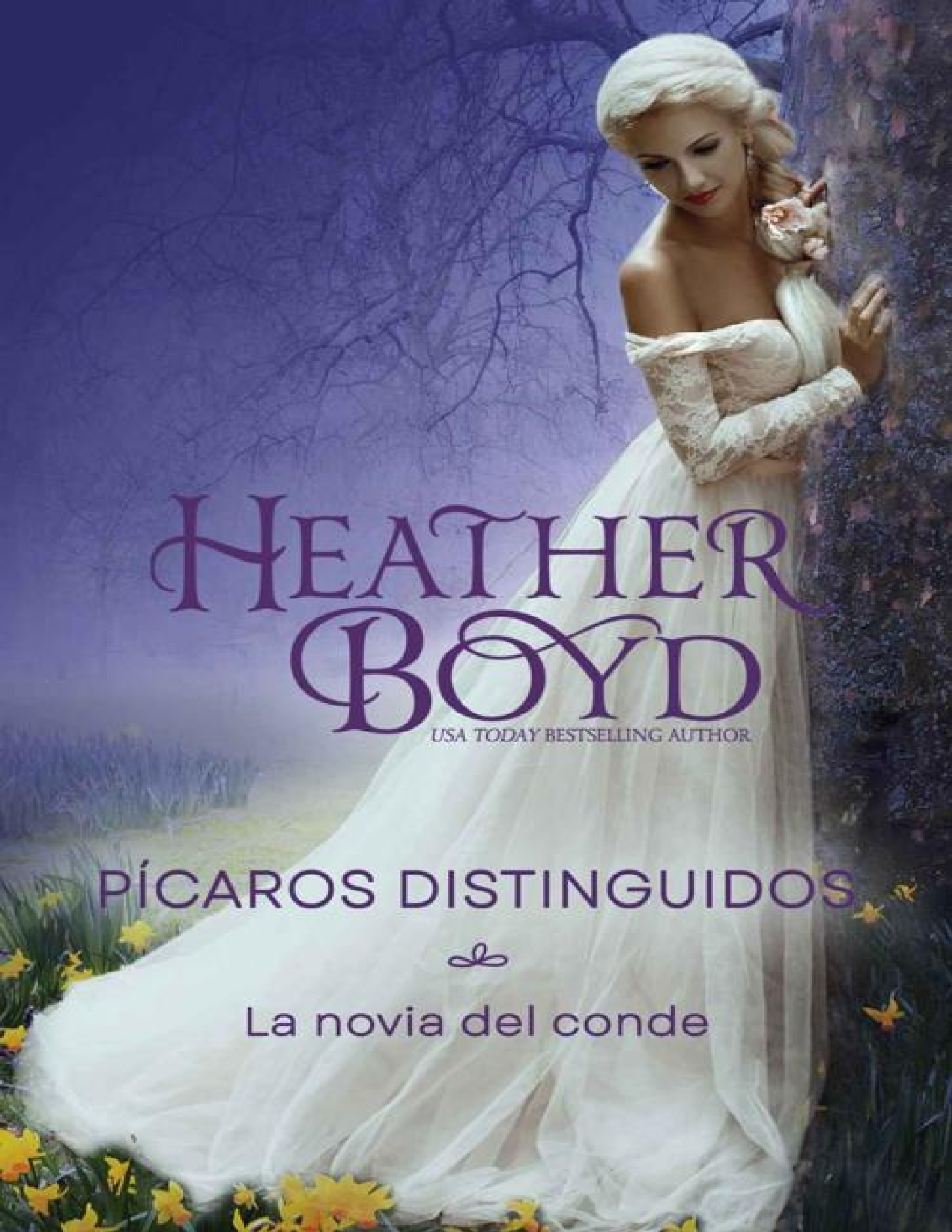

HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
PÍCAROS DISTINGUIDOS
La novia del conde

LA NOVIA DEL CONDE

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO 2

HEATHER BOYD

HEATHER BOYD

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

PRÓLOGO

LONDRES, *1811*

Era un día inusual cuando una perturbación podía interferir con la búsqueda de placer de Giles Wexham, pero la presencia de un fantasma flotando en la puerta de la habitación de invitados de Huntley House resultó ser una verdadera distracción para el Conde de Daventry.

El delicado espectro brillaba en el borde de la habitación, sin retorcerse ni gemir, pero observando con una intensidad que perturbaría si estuviera hecha de carne y hueso.

Hasta ahora, Giles nunca había visto un fantasma. Siempre había supuesto que estas visiones eran producto de una mente aburrida, pero debía admitir que ser objeto de la atención de un fantasma no era tan aterrador como siempre había oído. De hecho, a Giles le resultaba francamente excitante.

La pequeña aparición parecía flotar, y se preguntó si un fuerte soplo de aire la haría desaparecer. Un halo de cabello blanco platinado, vaporoso, enmarcaba su rostro pálido y caía en cascada sobre sus hombros hasta la cintura, desordenado, como si acabara de levantarse del sueño o de la tumba.

Sus delicados labios formaron una O cuando su mirada bajó hacia la mujer arrodillada frente a él. Se endureció aún más, si es que eso era posible.

Ajena a su público, Sabine, su amante por esa noche, continuaba subiendo y bajando sobre su miembro. Giles reprimió un gemido de intenso placer mientras la doble atención estimulaba todos sus sentidos.

Los dedos delgados y fantasmales se retorcían en los pliegues de su arrugada mortaja blanca como si estuviera nerviosa, aunque no lograba entender de qué podría estar nerviosa un fantasma.

Aunque le hubiera gustado prolongar el momento, los esfuerzos de su amante estaban produciendo resultados placenteros. Sabine tenía la mano ahuecada alrededor de sus testículos, así que Giles abandonó a la fantasma sin alma en favor del calor de la boca y los dedos.

Enredó su mano alrededor del cuello de su amante y cerró los ojos para concentrarse, disfrutando de los labios húmedos que lo rodeaban. El placer se apoderó de su columna y empujó sus caderas hacia adelante, impaciente por que el dulce olvido lo reclamara. Después de cuatro buenas embestidas de mano y lengua, todo su cuerpo pulsó y escalofríos recorrieron sus piernas ante la fuerza de su tan necesaria liberación.

Sin embargo, cuando levantó los párpados para observar la habitación, la decepción lo golpeó. El fantasma había desaparecido en la noche como si nunca hubiera estado allí.

CAPÍTULO UNO

VERANO, *1813*

Giles forzó una sonrisa en sus labios para dar la bienvenida a Lord Winter a su finca campestre en Northamptonshire.

—Winter —llamó Giles—. Bienvenido de nuevo a Cottingstone.

El recién llegado negó con la cabeza. Al menos el viejo barón podría fingir estar complacido de que Giles hubiera roto su regla de no recibir invitados en la mansión Cottingstone. Pero no, el rostro de Lord Winter lucía un ceño fruncido perpetuo, igual que en todas las otras ocasiones en que sus caminos se habían cruzado en Londres.

—Daventry —la voz temblorosa del hombre mayor, algo más grave que la de Giles, delataba su agotamiento—. El lugar no ha cambiado.

Giles extendió su mano.

—Debe estar cansado. La cena no se servirá hasta dentro de una hora, pero tengo un excelente whisky para reconfortarlo mientras esperamos.

El barón apretó el puño de Giles con fuerza.

—Preferiría coñac en su lugar, especialmente hoy. Pero primero... —Winter regresó al carruaje.

Giles dio un paso atrás hacia su mayordomo.

—¿Dithers?

—Cambiaré las licorera cuando regrese a la casa, milord —prometió.

—Haga eso, y pregúntele a la cocinera si puede adelantar la cena —murmuró Giles—. Lord Winter no parece estar en buen estado de salud.

—No creo que su salud sea el problema, milord —respondió Dithers.

Sin otra palabra de explicación, el mayordomo retrocedió, dejando a Giles reflexionando sobre a qué salud se había referido. El barón viajaba solo y a menudo. Todos sus sirvientes parecían un grupo disciplinado y saludable. Pero se movían con cuidado en el carruaje y no hablaban en voz alta. Los caballos también fueron acomodados rápidamente. Calma, eficiencia, inquietante.

Mientras Giles se apartaba del camino de un lacayo cargado, un aullido espeluznante estalló más allá de la casa. Todos los hombres se detuvieron y miraron, no en dirección al sonido, sino al oscuro carruaje que estaban descargando.

El constante ruido de patas anunció la llegada del antiguo lebrel de Giles, Atticus. A juzgar por la velocidad del perro y su agitación quejumbrosa, algo andaba seriamente mal con él. De hecho, este nivel de energía del sabueso era más que un poco sorprendente. Había pasado la mayor parte de la visita de Giles tumbado bajo sus pies, roncando.

Atticus se detuvo derrapando junto a la puerta cerrada del carruaje. Si la puerta hubiera estado abierta, Giles estaba seguro de que el sabueso se habría abalanzado hacia adentro. Ignoró a los inquietos caballos y a los atónitos asistentes para sacar a su bestia del camino. El perro era pesado y estaba decidido a quedarse exactamente donde estaba, pero Giles logró apartarlo.

Lord Winter miró fijamente al perro, asintió y luego subió al carruaje. Cuando emergió unos momentos después, llevaba un cuerpo en sus brazos.

Atticus, generalmente tan dócil, gimoteó y lloriqueó, forcejeando contra Giles de una manera que causaba alarma. Lord Winter ajustó la figura cubierta de negro, y el bulto gimió.

Todos los vellos de la nuca de Giles se erizaron. Ese era el gemido de una mujer, una en gran dolor. Reforzó su agarre sobre el inquieto perro.

Lord Winter se movió lentamente hacia la casa, manteniendo sus movimientos suaves. La expresión sombría de sus facciones mostraba cuánto esfuerzo empleaba para no sacudir su carga. Había agonía en ese rostro curtido, demasiado dolor para que un hombre lo soportara solo.

Con una ceja arqueada, Giles miró a su mayordomo, pero Dithers no reveló nada. El mayordomo se apresuró a abrir de par en par las puertas principales y le hizo un gesto a Lord Winter para que entrara. Giles lo siguió, imitando los pasos silenciosos del barón y manteniéndolo a la vista.

Justo dentro de la entrada, el barón se detuvo e inclinó la cabeza hacia el bulto en sus brazos.

—Atticus —una voz llegó a los oídos de Giles, inquietantemente suave y llena de dolor.

Giles apenas logró evitar que el perro se lanzara sobre la mujer.

—Atticus, ven —nuevamente, esa voz llamó a su sabueso, y un brazo pálido se deslizó de debajo de la capa de viaje negra para colgar flácidamente.

Atticus gimió, arrastrando a Giles hacia adelante involuntariamente. El perro alcanzó la mano de la mujer, raspando su lengua húmeda contra ella. Al principio, ella se echó hacia atrás, pero volvió a acariciar al perro. Como Giles sostenía a la bestia, no pudo evitar sentir el estremecimiento que vibró a través de Atticus. Giles quedó atónito por la sensación.

—Atticus, al pie —la mujer habló de nuevo, y Giles se tensó cuando la voz cosquilleó en su memoria.

El lebrel se calmó instantáneamente, se liberó del aflojado agarre de Giles y se movió junto a Lord Winter. Preocupado, Giles los siguió escaleras arriba.

Una vez en la habitación, una enfermera, que Giles solo ahora notaba, cerró las cortinas, haciendo salir a Dithers con agitados movimientos de sus manos. Lord Winter bajó su carga a la cama alta, le quitó la capa oscura y le ajustó las mantas firmemente alrededor.

Desde su posición en la puerta, Giles no notó más detalles de la mujer, pero su identidad lo intrigaba. ¿Conocía el nombre de su perro? ¿Qué estaba haciendo Lord Winter conduciendo por Inglaterra con una mujer enferma a cuestas? Seguramente, podría haber arreglado algún otro cuidado, en lugar de arrastrarla en lo que parecía ser un viaje doloroso.

Para su sorpresa, Atticus caminó a través de la habitación y subió al estrado. Una vez en la cama, el sabueso acercó su hocico a la mano de la mujer. Seguramente Lord Winter lo echaría.

Pero la mujer se aferró al pelaje desgreñado del perro, atrayéndolo contra su costado con un suave suspiro.

Su invitado no dijo nada cuando se unió a Giles en la puerta, así que Giles se hizo a un lado para permitir que el barón pasara. Winter miró por encima de su hombro una vez antes de cerrar la puerta, dejando a la mujer, al perro y a la enfermera dentro.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió.

—Ahora no, muchacho —suplicó Winter y se dio la vuelta.

Giles se quedó mirando a su invitado, sorprendido por su falta de modales, y luego se apresuró a alcanzarlo. Rara vez recibía invitados por una razón. A Giles le gustaba la privacidad y la paz en Cottingstone.

—Confío en que tuvo un viaje sin contratiempos —preguntó.

Winter gruñó y se dirigió hacia Dithers, quien sostenía una copa de brandy.

Una hora después, ni siquiera los licores y una agradable comida habían endulzado su humor o lo habían vuelto más comunicativo. La comida había sido más que satisfactoria: pato estofado con salsa de ciruelas, seguido de trufas y pudín de ciruelas.

La compañía en la mesa, por otro lado, había sido pobre.

Giles estaba perdiendo rápidamente la paciencia con el barón. La inquietud le anudaba los hombros. La voz de la mujer le molestaba en el borde de su memoria. Era un enigma que no podía resolver. El hombre frente a él no ofrecía ninguna explicación sobre su presencia, pero estoicamente vaciaba copa tras copa del mejor brandy de Giles, como si estuviera decidido a olvidar.

El barón había envejecido en los últimos años. El cabello gris hierro adornaba los lados de su cabeza y la luz de las velas se reflejaba en la parte superior. El otrora orgulloso corintio vestía con un gusto supremamente aburrido, pero, dado su hábito de viajar constantemente, quizás era más una cuestión de practicidad que de elección.

—Nunca pensé que sobreviviría tanto tiempo —comenzó de repente el barón, mirando fijamente su copa mientras hacía girar el contenido—. Han pasado más años de los que creí que tendría. La he arrastrado de un extremo del país al otro con la esperanza de una cura, pero todo ha sido en vano. Curanderos y charlatanes. Todos inútiles.

Lord Winter se sirvió otra copa grande con manos temblorosas. —Era una criatura tan brillante, siempre lista con una sonrisa. Llena de vida. Un ángel perfecto. —Sacudió la cabeza como si estuviera frustrado por sus propias palabras—. Simplemente no podía soportar dejarla atrás. Hay que tener mucho cuidado con ella.

Giles no respondió, pero se acercó un poco más, intrigado por las palabras de Winter para asegurarse de captarlas todas.

—Demasiados accidentes. Demasiados errores. Su reacción ante tu perro fue la primera respuesta real que he presenciado en años. Había dejado de creer que estaba ahí. Me ha hecho albergar esperanzas de nuevo, pero nada bueno puede pasarle ahora. Es demasiado tarde.

—Estoy seguro de que está haciendo lo mejor que puede —dijo Giles, sin saber si decía la verdad, pero convencido de que debía decir algo alentador.

—Ojalá pudiera creerlo. Ningún hombre debería vivir más que su hijo.

A Giles le tomó solo un momento revisar el árbol genealógico de la familia Winter en su mente. Se echó hacia atrás. —¿Es Lilly? —Giles tiró de su corbatín, de repente acalorado ante la idea de ella.

—¿Quién más imaginaste que podría ser? —La compostura de Winter se desvaneció rápidamente bajo la influencia del brandy. Se inclinó hacia adelante, con los ojos encendidos de ira.

Giles no tenía otra respuesta que la verdad. —Me dijeron que su hija había muerto hace años, señor.

El rostro de Lord Winter se tornó de un feo tono rojizo. —¿Y quién le dijo semejante falsedad descarada?

Por regla general, Giles prefería decir la verdad, pero en este caso, dudó. No le gustaba entrometerse entre un hombre y su esposa, pero si Lady Winter había difundido mentiras, el

barón tenía derecho a saberlo. —Me temo que fue su esposa quien me informó, señor.

Lord Winter se desplomó en su silla, frotándose la cara con una mano. Cuando levantó la mirada, el rostro del barón reflejaba dolor. —¿Qué se supone que debe hacer un hombre cuando la madre de su hija preferiría que estuviera muerta? —Lord Winter sollozó en la última palabra, un dolor oxidado destrozando la paz de la habitación.

En toda su vida, Giles nunca había estado en presencia de un hombre llorando. Borracho, vomitando o fornicando, sí. Ocasionalmente las tres cosas en la misma noche, pero nunca llorando. ¿Dónde se suponía que debía mirar?

Lord Winter lloraba como un hombre que había contenido años de angustia. Giles permaneció sentado en silencio, esperando incómodamente a que pasara la tormenta. Lord Winter se movió en la silla, finalmente apartando el rostro. El hombre seguramente debía estar avergonzado.

Quizás debería fingir que no había escuchado el dolor. Giles se levantó de su silla, sirvió otra copa a Winter y luego se acercó a la ventana para mirar la noche tormentosa. Pero su cuerpo gritaba por huir.

Años atrás, la hija de Winter se había caído del puente de Cottingstone al arroyo que corría, desbordado, por la propiedad. En ese momento era solo una niña, y sus lesiones fueron tan graves que su compromiso se rompió poco después. Cuando Giles se había cruzado con Lady Winter vestida de luto en Londres, ella había hablado de su hija perdida con un dolor creíble. Pero, ¿por qué Lady Winter querría que la gente creyera que su hija estaba muerta?

Miró a Lord Winter mientras varias cosas extrañas sobre su comportamiento encajaban. Lilly seguía enferma después de todo este tiempo. ¿Había Lady Winter perdido la esperanza y rechazado la carga que el cuidado de Lilly impondría sobre ella?

Detrás de él, Lord Winter se sonó la nariz, luego hizo tintinear el cristal contra los dientes mientras tomaba otro trago. —Sé que mi búsqueda de una cura no puede continuar. Tengo que aceptarlo, pero no puedo llevarla a casa. Vivir en Dumas ciertamente aceleraría su muerte.

El barón hizo una pausa para aclararse la garganta, como si sus palabras se hubieran atascado de repente. Giles temía a medias que Winter sugiriera que aún se casara con Lilly. Seguramente Dios no los torturaría a ambos con una unión tan desaconsejable.

—He oído que hay un lugar en Gales que podría acogerla, una especie de hogar. He hecho planes para verlo pronto, pero no creo que Lillian pueda soportar el viaje todavía. Con su consentimiento, me gustaría dejarla aquí mientras inspecciono la situación y hago los arreglos. No dará ningún problema. Es por eso que insistí en la invitación para visitar. Verá, Cottingstone está de camino. Si le parece aceptable, volveré y la llevaré allí tan pronto como pueda viajar de nuevo.

Giles contuvo un suspiro de alivio, pero el pánico aún lo amenazaba. Giles tenía una merecida reputación de libertino y Lord Winter estaba tan alterado que no pensaba con claridad.

—No puede estar pensando en dejarla en una casa de soltero, ¿verdad?

—Sé que es inapropiado abusar de una vieja amistad. Normalmente no lo consideraría, pero ya ve cómo está ella. Viajar es muy duro para ella; apenas puede soportar una hora en el carruaje. Si Lillian puede descansar aquí por un tiempo, estará más fuerte para la siguiente etapa del viaje. La enfermera es capaz de cuidarla. No necesita hacer nada para entretenerla. Inicialmente no tenía intención de decirle dónde estábamos, pero reconoció al perro y parece que recuerda este lugar. Dijo que le agradeciera por invitarla a quedarse.

Giles captó su reflejo boquiabierto en el cristal oscurecido por la noche y rápidamente cerró la boca. Gracias a Dios que estaba de espaldas a Lord Winter. Giles no esperaba que ella lo

recordara; no había hablado con ella desde que era una niña.

Por más que lo intentara, no podía pensar en una excusa que los hiciera marcharse a ambos mañana, excepto la obvia que ya había mencionado. Lord Winter tenía que conocer su reputación. Su presencia podría arruinar el buen nombre de cualquier mujer inocente con solo respirar el mismo aire que ella, sin importar su estado físico.

El barón debía estar completamente loco para considerar dejar a su hija sin un ejército de acompañantes rígidos entre ellos. Era el dolor hablando, pensó Giles. Por la mañana, el barón entraría en razón y cambiaría de opinión.

Giles hizo un sonido poco comprometedor, se volvió hacia el aparador y se sirvió un coñac muy grande. Dios, iba a necesitarlo. Cuando Lord Winter finalmente le deseó buenas noches, Giles se llevó la licorera de coñac a la cama.

El fantasma atormentó sus sueños esa noche.

En visiones impregnadas de coñac, la chica vestida de blanco se deslizaba alrededor de él mientras yacía en su suave cama. Anhelaba su toque, pero ella permanecía esquiva, justo fuera de su alcance. Su suave susurro le hablaba de placeres terrenales que ya no podía compartir.

Giles la desafió a acercarse, a extender su alma desgarrada sobre él, a aliviar el dolor que ambos compartían. Un toque frío se deslizó por sus tensos músculos de las piernas. Respiró entrecortadamente, suplicándole que se acercara, que mantuviera sus manos sobre él. Dedos fantasmales rozaron su muslo y gimió, pateando la sábana restante de su cuerpo, abrumado por la necesidad.

Un relámpago estalló fuera de la mansión y se despertó sobresaltado. Estaba solo, como si el fantasma nunca hubiera estado allí. Destellos de luz bailaban en las paredes mientras parpadeaba para alejar los restos del sueño y se sentaba contra el cabecero de su gran cama vacía, respirando con dificultad.

El recuerdo del fantasma lo había atormentado los últimos dos años, perturbando sus sueños, invadiendo también sus momentos de vigilia a veces. La pequeña hada tenía instintos de sabueso y lo encontraba cada vez que se entregaba al placer dentro de las paredes de Huntley House en Londres.

El sueño de esta noche era diferente. La sensación de estar juntos era fuerte, más parecida a los momentos en que ella aparecía en sus horas de vigilia. Presente pero separada de él. Su vigilancia aumentaba su excitación, pero ella solía mantener la distancia. Solo él soñaba con intimidades más profundas.

La risa de Giles resonó en la habitación oscura y vacía mientras el trueno retumbaba afuera.

Qué locura. Sentía lujuria por un fantasma, una mujer muerta.

Bartholomew Barrette apretó los puños para evitar estrangular al herrero. Información inútil y vacía era todo lo que el imbécil podía soltar. En lugar de hacer lo que le placía, ver cómo los ojos del herrero se abultaban mientras le aplastaba la garganta, Bartholomew ladró una orden a su mozo para que le diera algo al behemoth cubierto de mugre por sus molestias. Luego esperaría en la sala común a que su carruaje estuviera listo.

Las voces se detuvieron cuando atravesó la puerta baja. Se detuvo para orientarse. Granjeros con rostros curtidos por el sol se volvieron para observar su llegada, sin duda atónitos por su elegante apariencia. No sería todos los días que un hombre de su distinción honrara este cuchitril, un pueblo demasiado insignificante para ser registrado en cualquier mapa. Sin duda, su presencia

sería lo más destacado de sus miserables y pequeñas vidas.

Les dejó que lo miraran a gusto.

Satisfecho con el silencio asombrado que evocaba su presencia, Bartholomew escudriñó a través del humo arremolinado de las pipas e intentó encontrar un lugar agradable adecuado para que un hombre de su posición se sentara. La posada estaba sucia y mal dispuesta, así que arqueó una ceja hacia el granjero más cercano salpicado de barro, eligiendo un lugar junto a la ventana de entre todas las sillas ocupadas.

Ante la insistencia del posadero, el granjero de lento entendimiento desocupó el espacio.

—Estamos teniendo una tarde bastante ajetreada, señor. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Aplacado por la atención del hombre, Bartholomew le concedió una mirada y se sentó con cuidado en la silla.

—Cerveza, y date prisa.

El grasiento posadero se apresuró a cumplir sus órdenes, deteniéndose para ofrecer una sonrisa de dientes cortos a una pieza de lujo con cara de vaca antes de desaparecer de la vista. Bartholomew apretó los dientes, su paciencia se agotaba ante la fácil distracción del posadero.

El hombre podría coquetear cuando hubiera cumplido con su deber y atendido a un cliente que paga. Cuánto recibiría dependería de lo rápido que decidiera ser. Dado el estado de ánimo de Bartholomew, el hombre tendría suerte de ver un cuarto de penique.

La conversación se reanudó a su alrededor en un bajo rumor.

El herrero había afirmado que ningún carruaje negro había pasado por el pueblo hoy ni ayer. Había escuchado las mismas noticias en cada parada hasta ahora mientras retraceaba sus pasos. El anciano no podía desaparecer del mundo, por más que lo intentara. Winter siempre confiaba en amigos para que le proporcionaran alojamiento, para él y esa mocosa codiciosa que llevaba consigo.

El tabernero se apresuró entre las mesas y empujó una jarra a través de la madera desgastada. Bartholomew no le dio las gracias. Arrojó una moneda a la mesa con gracia descuidada. El hombre la tomó y se llevó su rancio hedor.

¿Cómo encontrarlos rápidamente?

El anciano nunca lo había evadido antes. Era inusualmente escurridizo de su parte partir en la oscuridad de la noche sin decir adónde se dirigía. La enfermera a la que había sobornado para que le informara tampoco había logrado enviarle noticias sobre el viaje de último minuto.

Tendría que retroceder, descubrir dónde el carruaje de su tío se había desviado de su rumbo esperado, y luego usar toda la velocidad posible para alcanzarlos antes de que Lilly fuera enterrada.

Necesitaba ver su cuerpo.

Dado que era el único heredero varón de Lord Winter, tenía una necesidad endiabladamente complicada de evitar cualquier acusación de participación en el asesinato de Lilly. No podía arriesgarse a perder su herencia.

Bartholomew tragó un sorbo de cerveza y luego hizo una mueca por el sabor. La posada servía bazofia en lugar de cerveza. Nunca le habían servido un trago más repugnante. Apartó la jarra con disgusto.

El posadero se apresuró a acercarse.

—¿Puedo ofrecerle algo más, señor?

Bartholomew ni se molestó en responder. Su mente ardía de ira mientras otro simple deseo no se materializaba. Cerró los dedos en un puño, pero un movimiento en la puerta lo distrajo del posadero.

—El carruaje está listo, señor Barrette.

Por fin.

Mientras salía por la puerta, hizo un juramento de no dejar que el viejo y esa patética perra lo olvidaran. Un hombre con sangre Winter pulsando por sus venas no podía tolerar un desaire de su propia carne y sangre. No lo haría.

Los mozos de cuadra tenían sus caballos y el carruaje listos. Se lanzó a los recovecos oscuros, golpeando la pared con ira para señalar su deseo de partir con prisa.

El brusco tirón alimentó su rabia, y maldijo los límites de su bolsa. Cuando tuviera Dumas, y rescatara la dote de Lilly del limbo, las cosas cambiarían. Tendría el respeto que merecía y el dinero para pagar lo mejor de todo.

Mientras el pueblo quedaba atrás y el pensamiento de gobernar Dumas apartaba su mente de la ira, sonrió. El título le ganaría su posición legítima, la muerte de su prima aseguraría que sus arcas nunca se agotaran a niveles peligrosos, podría permitirse casarse con quien quisiera, y tendría a la actual Lady Winter a su merced.

También estaba harto de esa perra arrogante.

CAPÍTULO DOS

LORD WINTER NO se presentó al desayuno a la mañana siguiente. Lo más probable era que el dolor de cabeza del barón fuera insignificante en comparación con la vergüenza que sentía por el desbordamiento emocional de la noche anterior. Con suerte, el hombre mayor pasaría toda la tarde con su hija y cambiaría de opinión sobre dejarla en Cottingstone.

—Lord Winter ha solicitado que se le lleve el desayuno a su habitación, milord.

Giles miró a su mayordomo. —¿Dio alguna indicación de cuándo podría hacer acto de presencia, Dithers?

—No, señor. Su ayuda de cámara fue particularmente reservado sobre los hábitos de su empleador —comentó Dithers, sonando muy complacido—. Hay mucha lealtad ahí.

Mientras el mayordomo se ocupaba de los platos del desayuno, Giles estudió a su sirviente. Alto, delgado, impecable en su traje oscuro a medida, Giles no tenía idea de por qué era lo suficientemente afortunado como para retener los servicios de Dithers. A pesar de su experiencia como mayordomo superior, el hombre había aceptado el puesto en el campo sin quejarse, permitiendo que otro gobernara la casa de la ciudad en Londres tras la ascensión de Giles al título. Pero incluso después de cinco años enterrado en el campo, Dithers aún parecía fuera de lugar.

—Mmm. Bueno, no hay nada que hacer hasta que el barón esté libre. Entonces trabajaré en hacerle cambiar de opinión.

Dithers hizo otro de esos ruidos de desaprobación que tanto le gustaban, pero Giles optó por ignorarlo. Cuanto más tiempo trabajaba el hombre para él, peor era su adherencia a las restricciones de los roles de amo y sirviente. Dado el desempeño excepcional de Dithers en todas las demás áreas, Giles optó por no reprenderlo por sus deslices. Evitar los problemas hacía la vida más cómoda, después de todo.

Tomó otro sorbo de café y casi lo escupió. No había peor mal que el café frío. Lo apartó. —¿Has visto a Atticus esta mañana?

—Vi su cola y no mucho más —respondió Dithers—. Está con la señorita Winter.

Giles podía entender si Atticus se comportaba así por otro perro, pero por lo que podía deducir, Lillian Winter apenas estaba consciente. A pesar de su considerable inquietud por su presencia, se preguntaba cómo sería ella.

Dejó a un lado su servilleta. —¿Qué hay del resto?

—¿El resto de qué, milord?

Giles miró a su mayordomo. El hombre tenía que saber que la curiosidad por la mujer con la que podría haberse casado si las circunstancias hubieran sido diferentes lo estaba matando. ¿Tenía que deletrearlo? —¿Qué están diciendo los sirvientes sobre Lord Winter y su hija?

—Están contentos con la decisión de Lord Winter de dejarla aquí.

El desayuno de Giles dio un vuelco en su estómago. —¿Por qué? ¿Están todos locos?

El rostro de Dithers insinuó una sonrisa. —Están aliviados de que la señorita Winter se quede cómoda cuando su padre se vaya. No temen por su seguridad.

Giles frunció el ceño. —Los sirvientes pueden ser una molestia demasiado opinada.

—Por supuesto, milord, sin duda podemos ser una prueba. —Dithers sonrió—. ¿Puedo traerle café fresco?

Giles miró la taza medio vacía. —Sí. Pero lo tomaré en mi estudio.

Dejó atrás al mayordomo satisfecho y caminó por el pasillo, pensando en su incómoda situación. No quería la incomodidad de tener bajo su techo a la mujer que podría haberse convertido en su esposa. Era vergonzoso.

—¿Viste la reacción de la enfermera cuando Atticus lamió la mano de la señorita Winter, Daisy?

Giles se detuvo junto a la escalera, escuchando a una criada chismorrear en el piso superior.

—Pensé que se desmayaría en el acto. ¡Y esa enfermera! Qué mujer tan tonta al subirse al alféizar de la ventana cuando Atticus regresó. No contaría con ella para que me consolara si me sintiera mal.

—Bueno, el perro gruñó cuando arreglamos la ropa de cama, pero la señorita Winter no se da cuenta de nada. Estaba tan quieta que estaba segura de que era un cadáver hasta que su papá la levantó y ella gimió.

—Calla, Maisie, nos meteremos en problemas por chismorrear sobre los señores.

Las criadas se alejaron y Giles consideró a la enfermera que Lord Winter había traído consigo. Esperaba que la mujer fuera tan competente como se había descrito y que pudiera hacer su trabajo sin supervisión.

Mientras abría la puerta de su estudio, intentó adivinar la edad de Lilly. El accidente había ocurrido cuando ella tenía quizás catorce años. Justo por debajo de la edad de convertirse en mujer. Ahora tendría unos veinte años, supuso.

Habían pasado seis años de dolor y sufrimiento cuando debería haber estado bailando, riendo y casándose. Y teniendo bebés para sostener. Se estremeció. Si todo hubiera salido según lo planeado, llevarían casados los últimos dos años.

—¿Ocurre algo?

Giles se giró para encontrar a su mayordomo mirándolo con diversión. Dithers sabía perfectamente qué le molestaba. Se vería cargado con una responsabilidad no deseada. Femenina, nada menos, y no una con la que pudiera asociarse sin que esa cadena se volviera a atar a su pierna. Su sirviente podría mostrar un mínimo de compasión. —Nada que te concierna.

—Por supuesto. Su café, milord. —Una declaración inocua, pero cargada con el temblor de un humor apenas suprimido en su tono.

Malditos sean todos los mayordomos.

Giles tomó la taza, su mente aún ocupada por la mujer en el piso de arriba. En edad, Lillian Winter era una mujer. Pero en su mente, ¿seguiría siendo una niña? Giles no tenía interés en las niñas. Le gustaban sus mujeres inteligentes, iniciadas en los juegos amorosos por otra persona e independientes. No tenía la paciencia para lidiar con mujeres emocionales y necesitadas.

—¿Necesita algo más, milord?

—Sí, una mujer experimentada para distraerme de esta pesadilla actual —No, continúa con tus tareas habituales y deja de molestarme.

Cuanto antes regresara a Londres, mejor. Giles sonrió. Quizás Lady Huntley organizaría otro

baile en Huntley House, el escenario de todos sus encuentros con su pequeño fantasma. Dada su ansiedad por asistir a todas sus reuniones, agradeció a Dios que Lady Huntley no tuviera hijas aún solteras.

Había visto al fantasma seis veces en total, cada ocasión bastante memorable. La pequeña hada parecía imperturbable, excepto quizás una vez. Giles la había impresionado entonces. El encuentro no había sido particularmente indecente, pero su reacción ante la presencia de dos mujeres acurrucadas junto a él había expresado decepción y dolor. Su reacción lo desconcertó.

Giles bebió a sorbos el café fuerte mientras miraba por la ventana, notando por primera vez los jardines silvestres que se extendían hacia el límite sur. Retrocedió. ¿Cuándo habían llegado los jardines a tal estado?

Las puertas de la terraza se negaron a abrirse con un toque suave, así que las empujó, haciendo una mueca cuando gimieron en protesta. Al salir, se dirigió hacia los parterres que habían crecido salvajes con la naturaleza. Las malas hierbas se entrelazaban entre las rosas y los delfinios que alguna vez fueron el orgullo de los jardines de su madre. Siguió el sendero hasta el estanque ornamental en su centro y lo encontró obstruido por las malas hierbas.

Mirando hacia la casa, pudo ver los primeros signos de abandono. Las enredaderas se aferraban a las paredes donde antes temían ir. La aguja de la torre sur parecía doblada. ¿La habría golpeado un rayo?

Empapó sus botas mientras seguía el camino del jardín, ahora cubierto de largas hierbas que crecían entre las losas. Hizo una mueca. Su ayuda de cámara gritaría al ver su estado cuando regresara, pero dado el cuidado habitual de Giles con su guardarropa, el hombre podría soportar esta rara inconveniencia.

A pesar del estado salvaje y descuidado, los terrenos seguían siendo pacíficos, pero debería ocuparse pronto del jardín y de la casa. Al girarse, vio la mansión claramente por primera vez en años: una gran casa antigua que se inclinaba bajo el peso del abandono. La suya.

A Giles le gustaba vivir su vida sin responsabilidades, pero quería tener el lujo de poder retirarse a este lugar durante mucho tiempo. Aunque fuera solo para su placer, y como se tomaba el placer muy en serio, la casa necesitaba reparaciones para devolverla a su antigua gloria.

Decidido a corregir su negligencia, caminó alrededor de la vieja casa y los terrenos, inspeccionando cada detalle desde los establos en desuso hasta el serpenteante arroyo que fluía por la propiedad.

El puente de piedra aún estaba sólido, construido por su abuelo años atrás, con sus robustos cimientos y costados impenetrables al agua que corría. Giles apoyó los codos en las piedras, observando el agua oscura deslizarse por debajo.

Lillian Winter casi había muerto en este mismo lugar. Decían que se había caído. Se inclinó sobre las piedras altas y lisas. Podría ser posible si a la chica le gustaba trepar. A pesar de las garantías de Lord Winter de que era un ángel, quizás Lilly ocultaba una naturaleza aventurera. Solo la recordaba vagamente. Tenía un linaje impecable que cumplía con los requisitos de sus padres para su novia y había estado recibiendo instrucción sobre cómo administrar un hogar durante varios años.

Eso era todo lo que le había importado en aquel momento también.

Cruzó el puente y siguió el río por la orilla hasta donde el agua fluía suavemente, menos agitada por las rocas contra las que debió haber chocado. Giles se estremeció ante la imagen, mirando hacia atrás al puente y las grandes rocas que salpicaban el arroyo.

¿Cómo habría sido para Lilly? La caída desde el puente, el tirón insistente del agua de inundación y la tela mientras el peso pesado la arrastraba bajo la superficie. Giles se estremeció y

miró a su alrededor. Este era el lugar donde Atticus la había salvado.

Debería haber adivinado que Atticus solo respondería a alguien por quien se sintiera protector. Cuando Giles escuchó lo que su perro había intentado hacer, tirando de la muchacha hasta que su cabeza permaneció por encima del agua el tiempo suficiente para ser rescatada, se había sentido tan orgulloso. Hasta el momento en que confesaron que Lilly probablemente moriría de todos modos, al menos. Había temido que las mordeduras que Atticus le había infligido al arrastrarla hacia la orilla hubieran acelerado su fallecimiento.

Pero después de todo, no había muerto. Era más fuerte de lo que le habían hecho creer. Sin embargo, todo lo que sabía de ella eran los cuentos contados en susurros y los pensamientos privados cuidadosamente escritos en un pequeño diario que había encontrado años después de su supuesta muerte. Todavía tenía ese diario en algún lugar de la mansión. Al menos debería desenterrarlo y devolverlo a su legítima dueña.

Giles arrancó una hierba del suelo y giró el tallo entre sus dedos. Desde aquí, podía ver la ventana de la habitación de Lilly. ¿Qué demonio interior había impulsado a su mayordomo a poner a la mujer en una habitación frente a la escena de su accidente? Lord Winter, si alguna vez abría las cortinas y miraba hacia afuera, pensaría que eran crueles.

Tal vez estaría bien. Lilly solo estaría aquí por poco tiempo, y luego se iría a Gales. El pensamiento lo entristeció. Una vida sin ninguna forma de placer, eso era lo que vivía Lillian Winter. No sabía cómo alguien podía sobrevivir a una existencia tan aburrida.

Caminó de regreso a la mansión, deteniéndose a menudo para considerar el alcance del trabajo requerido. A juzgar por lo que veía, necesitaría algunas manos extras para poner la propiedad en condiciones. Quizás debería haber escuchado más a sus amigos a lo largo de los años, pero nunca había aspirado a hacer de Cottingstone una gran finca. Todo lo que necesitaba era mantener la mansión en buen estado y recibir las rentas, tanto aquí como de sus propiedades en Londres, para vivir una cómoda existencia de soltero.

Una mirada a la ventana de Lilly le recordó que debía encontrar el diario, pero se preguntó dónde lo habría puesto. ¿En sus habitaciones actuales? ¿O tal vez empaquetado con sus recuerdos de infancia guardados en el ático?

Llegar a los pisos superiores por las escaleras de servicio fue cuestión de un momento. Desde una ventana del pasillo, divisó una figura femenina caminando por el perímetro del jardín. Su forma de andar no le resultaba familiar. Debía ser la enfermera de la pobre Lilly, lo que significaba que Lord Winter estaría visitando a su hija ahora. Era el momento perfecto para renovar su conocimiento con Lilly. Su padre podría actuar como carabina.

Al instante, Giles desechó esa idea. Le desagradaba enormemente conversar con las damas de compañía revoloteando y diseccionando cada una de sus palabras. Y también existía la preocupación real de que Lord Winter pudiera ver cualquier solicitud de reunión como un motivo de esperanza para un matrimonio entre ellos.

Cuando se enteró de su supuesta muerte, Giles había sacado el diario de Lilly y lo había leído. A los catorce años, Lilly no estaba completamente enamorada de la idea de casarse. Él tampoco lo estaba, a decir verdad. Pero el acuerdo era un contrato de larga data desde su noveno año. A medida que crecía, se sentía menos complacido con la idea de un matrimonio arreglado, pero conocía su deber y se había mantenido en silencio sobre la elección de sus padres. Aparte del atractivo de su dote y linaje, le habían prometido que Lilly no sería difícil de manejar.

Giles empujó la puerta del ático. Las bisagras crujieron, rompiendo el silencio. Negó con la cabeza nuevamente. Eso no serviría. Otra reparación por hacer.

Cajas de juguetes en desuso y cachivaches abarrotaban las paredes y se rascó la cabeza.

¿Dónde podría estar el pequeño libro? Ah, sí. Lo recordaba ahora. Lo había dejado con la colección de mariposas que había abandonado años atrás, y el estuche aún residía en el cuarto de los niños un piso más abajo. Tiró de la puerta que protestaba para cerrarla, se dio la vuelta y se dirigió a sus antiguos aposentos.

Se sintió inmediatamente fuera de lugar, demasiado grande en comparación con los muebles de la habitación. Su abortada colección de mariposas yacía en un estante alto, así que la bajó con cuidado y sopló el polvo del cristal empañado. Allí estaba, anidado entre las formas muertas de una Dama Pintada y una mariposa Pavo Real. Había dejado su diario entre otras cosas muertas.

Estremeciéndose, Giles abrió el estuche, sacó el pequeño libro y devolvió el estuche al estante. Abrió la tapa. Páginas de palabras infantiles, momentos de placer en medio de una vida de soledad. Recordaba haberse sentido bastante triste al terminar de leerlo.

Deslizó el diario en su bolsillo interior. Tal vez a Lilly no le gustaría que su padre supiera de sus solitarias reflexiones. Después de todo, ella había escondido el diario. Quizás sería mejor si se lo devolviera después de que el barón partiera y ver si ella lo quería de vuelta.

—Ah, aquí estás, muchacho —exclamó Lord Winter, apareciendo en el umbral de la puerta —. Creí haber oído a alguien moviéndose por aquí. No es exactamente donde imaginaba encontrarte en un día tan agradable.

Dado que la habitación del barón estaba en el piso de abajo, el hombre mayor no tenía razón para aventurarse en el cuarto de los niños tampoco. A menos que...

Giles ahogó un gemido. Esta era la última habitación en la que Lillian se había quedado antes de su accidente. ¿Habría pensado Winter en regodearse en los recuerdos de su hija cuando estaba en perfecta salud? Giles se dirigió hacia la puerta. No quería presenciar esto.

—Solo estaba recordando cómo se veía la vieja casa —dijo Giles—. No he estado en esta habitación en años. —Y no planeaba volver. Los niños no estaban en su futuro.

—No hay necesidad de imaginar... —la voz de Lord Winter se apagó, sus manos apretando con fuerza una pizarra. Aún conservaba una escritura infantil. La mano de Lord Winter tembló y la pizarra se partió, haciéndose pedazos en el suelo de madera desnudo.

Alarmado, Giles se acercó al barón. La sangre había abandonado su rostro, pero aparte de eso estaba ileso. —No se preocupe por el desorden. Enviaré a un sirviente para que se ocupe de ello. Vamos a disfrutar de lo que queda del día.

Giles guió al hombre que no respondía hacia la puerta y la cerró tras ellos. Pobre hombre. La escritura en la pizarra era infantil y repetitiva: "Seré buena".

No era la letra de su hermana, ni la suya. Coincidía con la escritura en el diario de Lilly.

Para cuando llegaron al salón, el color de Lord Winter había vuelto a la normalidad, pero alcanzó el brandy tan pronto como lo tuvo a la vista.

Giles lo dejó para que se embriagara de nuevo y se volvió hacia sus cartas para evitar participar en otra conversación incómoda.

Las primeras que tenía eran invitaciones. Pero una nota de un amigo llamó su atención y rompió el sello.

Querido Daventry:

Mi hermana ha aceptado casarse con un aburrido insoportable. La fecha está fijada para dentro de un mes y estoy bajo asedio por mi propia boda. Te ruego una invitación a Cottingstone para escapar de mi madre y su obsesión con planear el desayuno de bodas perfecto. Por favor. Ayuda.

Tuyo sinceramente,

Vizconde Carrington

Giles ahogó una risa, mirando a su compañero para ver si Lord Winter estaba prestando atención. No imaginaba que el padre de Lilly apreciaría la alegría, incluso si la situación de su amigo era condenadamente divertida.

Pobre Carrington, atrapado en Londres solo con las mujeres de su familia. Estarían en un absoluto frenesí de actividad. Giles supuso que podría salvar al muchacho de los intentos poco sutiles de su madre de organizar una boda doble.

Se estremeció al pensar en la prometida de Carrington. Era una dragona en ciernes, demasiado controladora para el gusto de Giles. Por qué el vizconde había aceptado el enlace estaba más allá de su comprensión. Especialmente porque el corazón de Carrington estaba comprometido en otra parte.

Pero Giles se negaba a interferir.

Se había entrometido una vez, con gran riesgo para una amistad que valoraba por encima de todas las demás. Aunque esa situación había resultado bien, fácilmente podría haber ido en la dirección opuesta. Aun así, estaría más que feliz de ayudar a Carrington a evitar las garras del párroco un poco más.

Sonriendo, alcanzó una hoja de papel. Carrington podría venir y, como una ocurrencia tardía, Giles le pidió que trajera más brandy. Al ritmo que Lord Winter estaba bebiendo, quedaría muy poco en la licorera al final de la semana. Necesitaría mucho más para cuando el barón regresara de Gales. No tenía duda de que Winter requeriría una considerable fortificación para completar sus planes de exiliar a su hija.

Volvió a su pila de correspondencia, tomó una carta, pero se vio abrumado por el aroma a lilas. Le dio la vuelta y se sorprendió al encontrar que llevaba la dirección de una amante reciente.

Mi querido Lord Daventry:

Estas semanas sin usted han sido demasiado terribles para relatarlas. Londres está tan aburrido y sin vida. Vuelva pronto. Echo de menos su tacto.

Muy sinceramente suya,

Lady M.

Giles se estremeció. ¿Una nota de amor? Lady Montgomery sabía exactamente cuándo regresaría a Londres. Él había sido muy específico. No le gustaba que ella hubiera intentado atraerlo de vuelta. Su aventura era una satisfacción casual de necesidades corporales básicas, nada más.

Si ella estaba tan hambrienta de atención, debería encontrar a alguien que le quitara el dolor. A él no le importaría. Demonios, Sabine debería alegrarse de su falta de posesividad. Al parecer, sin embargo, su amante tenía la idea de que su aventura había progresado más allá del simple placer que él pretendía que fuera.

No creía que una carta fuera la forma apropiada de recordarle su indiferencia hacia las relaciones permanentes, así que dejó su carta a un lado y alcanzó la siguiente. La nota de Sabine alimentaría las llamas tan pronto como se pusiera de pie. Quizás ignorando sus demandas, le comunicaría que la aventura había llegado definitivamente a su fin.

CAPÍTULO TRES

LA PARTIDA DE Lord Winter al día siguiente llevó algún tiempo. Mientras Giles observaba, caballos y carruajes se alineaban frente a la casa, bullendo de sirvientes que se preparaban para la partida. Para incomodidad de Giles, el barón planeaba llevarse a la mayoría de su personal. Solo la enfermera permanecería para cuidar de Lilly.

Giles encontró ese pensamiento profundamente inquietante. No le gustaba que Lilly dependiera únicamente de los servicios de una persona. Cuando el barón también le pidió su silencio respecto a su destino, las alarmas sonaron.

Pensó que era obvio que no diría una palabra sobre la presencia de Lillian Winter. ¿Por qué le diría al mundo que tenía a una mujer soltera alojada en su casa de campo sin una carabina adecuada? Pero, mientras Giles esperaba que el hombre partiera, tuvo que preguntarse por qué era tan importante que mantuviera en secreto también el destino del barón.

—Creo que el carruaje está listo, milord —informó Dithers a Giles innecesariamente.

—Sí, eso parece.

—Estoy seguro de que el barón estará de vuelta antes de que se dé cuenta de que se ha ido.

—Hmph, recordaré que dijiste eso, Dithers. Desearía que no me estuviera haciendo esto.

—Suena asustado, milord —Dithers suspiró—. Es solo una mujer.

Giles frunció el ceño. Había usado sus mejores argumentos la noche anterior para tratar de disuadir al barón de irse, sin llegar a amenazar con arruinar a la chica. Lord Winter no había compartido las reservas de Giles. —Cállate, Dithers.

Giles no estaba realmente irritado con el mayordomo, pero tenía que descargar su fastidio en alguien. No había ninguna mujer aquí con la que pudiera acostarse para redirigir sus frustraciones. Los sirvientes, a pesar de sus risueñas sugerencias, estaban fuera de límites. Tal vez el mayordomo tenía razón. ¿Cuántos problemas podría causar una mujer enferma?

Se apartó de su observación de los sirvientes, subió las escaleras hacia la habitación de Lilly y luchó por no apresurarse. Se dijo firmemente que estaba ansioso por que Lord Winter se fuera rápidamente para que pudiera regresar con la misma velocidad. No tenía absolutamente nada que ver con su curiosa necesidad de echar un vistazo a la mujer que podría haber sido su esposa.

Una virgen. Giles se estremeció. ¿Qué demonios le pasaba?

Estaba en el campo para descansar hasta la próxima ronda de diversiones amorosas. No permitía que las complicaciones o las vírgenes dominaran sus pensamientos en Cottingstone. Estaba aquí para renovar su entusiasmo y relajarse.

Se dirigió hacia la habitación de Lilly y vio un destello de faldas oscuras alejándose apresuradamente. La enfermera, supuso. Qué criatura más tímida y escurridiza.

—¿Tienes que irte, papá? —La voz de Lilly llegó a sus oídos y se detuvo fuera de la puerta

abierta, sin querer interrumpir sus despedidas. Se apoyó contra la pared, esperando y convenientemente capaz de escuchar a escondidas.

—Estoy seguro de que estarás cómoda aquí, hija.

—Sí, papá, estoy segura de que Giles me cuidará muy bien. —Su voz sonaba diferente, más fuerte, pero Giles se sorprendió de que se refiriera a él por su nombre de pila. ¿Qué pensaba exactamente Lillian Winter que era para él? Esperaba que supiera que su padre había roto su compromiso.

Giles se acercó más a la puerta, pero no pudo ver nada excepto oscuridad en el interior. No tenía derecho a escuchar a escondidas, pero había aprendido muchas cosas con ese muy mal hábito.

—Debes tener especial cuidado mientras esté fuera, Lillian. No te permitas ceder con demasiada frecuencia. No queremos imponernos demasiado a Lord Daventry. Ha sido muy bueno al permitir que estés aquí.

Las sábanas crujieron y cuando Lilly respondió, su voz sonó amortiguada. —Lo sé, papá. Haré mi mejor esfuerzo y descansaré mucho. Estoy segura de que todo estará bien. No te preocupes. Que tengas un buen viaje, pero vuelve pronto. Te echaré de menos.

Hubo una larga pausa antes de que oyera las sábanas crujir de nuevo y luego los pesados pasos de Lord Winter acercándose a la puerta. Giles retrocedió con toda la habilidad sigilosa que poseía para ocultar el hecho de que había estado escuchando, pero Lord Winter no pareció sorprendido por su presencia.

—Su carruaje está listo, señor —le informó Giles.

¿Sabía Lilly de los planes de su padre para su futuro? A juzgar por la cara de Lord Winter cuando levantó la barbilla, no lo sabía. El hombre estaba tan angustiado como la primera noche de su llegada.

Las lágrimas corrían por el rostro del hombre mayor y se las secó apresuradamente con un cuadrado de lino limpio. Lord Winter obviamente amaba a su hija. Dejarla atrás para este encargo debía estar desgarrándolo en dos.

Atticus eligió ese momento para regresar a la casa. Se movió con determinación hacia Lord Winter, frotando su mano en busca de afecto. El barón rascó detrás de las orejas del sabueso, ganándose un gemido contento por sus esfuerzos, y luego Winter se inclinó para susurrarle. Las orejas de Atticus se aplanaron, y luego se dio la vuelta, ignorando a Giles para volver a entrar en la habitación de Lilly.

—Tienes un buen sabueso ahí, Daventry. No creí que recordara a Lillian como lo hace. Lamento si mi hija te ha privado de tu compañero, pero estoy agradecido por la devoción del perro. Atticus la distrae de su dolor. Me siento más feliz sabiendo que la vigila.

Giles detuvo al barón con una mano en su brazo, reteniéndolo cuando iba a marcharse. Al diablo con las insinuaciones. —¿La vigila? ¿Hay algo que no me está diciendo?

Lord Winter echó un vistazo alrededor para juzgar la posición de la alcoba de su hija, luego animó a Giles a avanzar por el pasillo. —No quería molestarte, pero suceden cosas extrañas alrededor de Lillian. Accidentes raros. Hago lo posible por estar siempre cerca. Has visto el comportamiento de Atticus. Él me sustituirá lo mejor que pueda. No tienes por qué preocuparte por ella.

Giles no estaba satisfecho con esa respuesta, pero parecía que era todo lo que obtendría. Lord Winter se zafó de su agarre y se dirigió hacia la salida de la mansión a paso ligero. Giles tuvo que trotar para mantener el ritmo.

—Cuanto más rápido me vaya, más rápido podré volver. Estarás aquí hasta que regrese,

¿verdad?

Giles gimió. Tendría suerte si lograba asistir al próximo baile de los Huntley para ver a su fantasma de nuevo. Después de tan vagas insinuaciones, Giles dudaba tener la determinación suficiente para dejar a Lilly aquí sola.

Lord Winter saltó al carruaje y, junto con el habitual nivel de ruido, el vehículo partió.

Giles observó cómo se asentaba el polvo que flotaba en el aire con silenciosa resignación. Años construyendo una impecable reputación como libertino y reducido a niñera por unas cuantas palabras bien elegidas. Al menos podía esperar pronto la compañía de Lord Carrington.

Giles se detuvo en seco. Maldición. ¿Cómo demonios iba a ocultar la presencia de Lillian Winter al vizconde? Giles sacudió la cabeza. No podía cancelar la visita del vizconde ahora, pero al menos Carrington sabía cuándo mantener la boca cerrada. A su amigo le desagradaban los chismes tanto como a Giles. Sin embargo, de una manera extraña, a Giles le complacía pensar que alguien más se enteraría de la existencia de Lilly.

Miró hacia la escalera mientras entraba de nuevo arrastrando los pies. Lord Winter no le había concedido la cortesía de una presentación, solo el placer de proporcionar un techo sobre la cabeza de Lilly. Quizás más tarde podría idear una excusa para ir a verla personalmente. Después de todo, tenía un diario que devolverle.

Tendría que arreglarlo antes de que llegara Carrington. Tal vez mañana, o pasado mañana, pero ciertamente antes de que el vizconde la encantara hasta hacerla enamorarse a medias de él, como toda otra mujer en Londres tendía a hacer.

Sintiéndose algo mejor, echó un vistazo a su hogar pero se estremeció. Había mucho trabajo por hacer en el viejo lugar. Cuanto antes pusiera a trabajar a su personal, mejor. Contrataría manos extras del pueblo y las pondría a trabajar de inmediato. Al menos su estancia prolongada no sería una completa pérdida de tiempo. Los amplios escalones de la entrada también necesitaban ser fregados.

Se dirigió a los aposentos de los sirvientes, donde estaba seguro de encontrar a Dithers y a la señora Osprey a esta hora del día. Se pusieron de pie sorprendidos cuando entró en la sala de estar del ama de llaves, pero les indicó con un gesto que volvieran a sus lugares.

Mirando a su alrededor, notó lo acogedores que parecían los dos. Se acomodó en un sillón de aspecto robusto y les dijo lo que quería que se hiciera. Ambos asintieron, pero no fue hasta que estaba cerca del final de sus órdenes que notó el extraño brillo en los ojos de su ama de llaves.

—¿Tiene alguna inquietud, Osprey?

—No, mi lord, todo puede hacerse como usted lo solicitó, más rápido con las manos extras del pueblo. ¿Hay alguna fecha de finalización en particular para el trabajo? ¿Algún evento importante en el futuro cercano para el que debamos planificar?

Giles la miró fijamente y luego se burló. Sus manos fuertemente entrelazadas la delataban. —No, señora Casamentera. No me voy a casar. —El ama de llaves se desplomó—. Para su evidente decepción.

—Lo siento, mi lord. Es solo que la casa está tan silenciosa estos días, y no puedo evitar recordar que su padre ya era padre de dos hijos a su edad.

—Hmm, mis padres se casaron jóvenes. De mucho les sirvió.

—Eran felices —murmuraron Dithers y la señora Osprey al unísono.

—Sí, hasta que mi padre se rompió el cuello. Basta. El hecho de que me hayan persuadido para hacer de niñera no significa que haya cambiado mi opinión sobre las mujeres y la posición que ocupan en mi vida.

La pareja intercambió expresiones descontentas, y luego la señora Osprey se inclinó hacia

adelante. —¿Sobre la joven señorita? ¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo se quedará su prometida con nosotros?

Giles miró duramente a la señora Osprey. —El compromiso terminó a petición de ellos hace años, Osprey. Haría bien en recordar eso y no causar incomodidad a la señorita Winter. El barón quiere que ocultemos su presencia en Cottingstone y estoy completamente de acuerdo con él.

La señora Osprey frunció el ceño, frotándose inconscientemente las manos sobre los brazos del sillón. ¿También había olvidado eso? Después de un momento de fiera contemplación, se sonrojó. Parecía que lo había olvidado.

Dithers se inclinó hacia el ama de llaves. —Deberías concentrarte en tus deberes, Ossie, y no dejar que la charla de la enfermera sobre el pasado te confunda. Algo no anda bien con esa. Está metiendo la nariz donde no debe.

—Bueno, tú solo estás molesto porque tus encantos no funcionan con ella —espetó.

Una vena palpitó en la sien del mayordomo. —Le ruego me disculpe —gruñó Dithers entre dientes apretados.

Mientras la disputa se desarrollaba entre sus sirvientes, Giles consideró las palabras anteriores de su mayordomo. El hombre no era un quisquilloso, pero era particularmente observador. Si Dithers tenía preocupaciones sobre la enfermera, Giles haría bien en prestarles atención. Las palabras de paso de Lord Winter, suceden cosas extrañas alrededor de Lilly, lo inquietaban aún más ahora. —No he hablado con la enfermera, pero la señorita Winter es la hija de un barón y merece que se le muestre el debido respeto durante su estancia. Cuiden lo que dicen a su alrededor. No me gustaría que se sintiera incómoda por referencias al pasado.

La señora Osprey sostuvo la mirada del mayordomo un momento más y luego su rostro se vació de toda emoción. Se volvió hacia Giles como si ese desacuerdo nunca hubiera comenzado.

—Por supuesto, milord. Nunca consideré que ella nos entendería.

Giles apretó los brazos de su asiento. —¿Dónde demonios escuchaste que ella no nos entenderá y de quién? —Había oído las suaves palabras de Lilly y creía que su mente estaba sana. Tal afirmación era claramente ridícula.

—Pues, de la misma enfermera, milord —confió la señora Osprey—. Me dijo que no me preocupara porque la señorita Winter nunca entenderá lo que sucede a su alrededor. Dijo que ella se encargaría de todo.

La estimación de Giles sobre la inteligencia de la señora Osprey se desplomó. —Señora Osprey, estoy seguro de que tiene algo que hacer. Vaya. Hágalo en otro lugar. Quiero hablar con Dithers sobre la frontera sur.

La señora Osprey salió por la puerta entre remilgos, sin notar la mirada de dolor que Dithers lanzó a Giles.

El mayordomo suspiró, largo y sonoro. —Empeora cada año. Me sorprende en momentos como este.

Giles se pasó una mano por el rostro mientras contemplaba el infeliz futuro de su ama de llaves. —¿Estás seguro de que su mente está fallando?

—Sí, milord. —Dithers se desplomó en la silla, con el arrepentimiento arrugando sus facciones—. Olvida las cosas más extrañas a veces. Paso la mitad del día siguiéndola discretamente.

—No tiene familia cerca, ¿verdad?

—No. Ha vivido en Cottingstone toda su vida adulta. Sus padres murieron hace mucho y el resto de su familia zarpó hacia Australia hace unos años. No ha sabido nada de ellos desde entonces. Ossie no conoce nada más que la mansión.

A juzgar por el rostro del mayordomo, Giles adivinó que esperaba que la echara. Su ama de llaves estaba perdiendo la cabeza, un poco cada día, más notorio para Giles debido a sus largas ausencias. No era un monstruo, pero, con el tiempo, habría que hacer algo por la mujer. No podría manejar un papel tan importante por sí sola.

Dithers jugueteaba nerviosamente con su puño, claramente agitado por la situación también. Giles decidió contemplar el dilema otro día. —Tal vez deberías haberte casado con ella, Dithers. Así habría tenido un apellido apropiado.

Su sonrojo hizo que Giles soltara una carcajada. Dithers, un soltero empedernido, era un pícaro de la clase sirviente. A los cuarenta, aún tenía buena figura, pero ya no perseguía a las damas. Un hecho que confundía enormemente a Giles. Había recibido sus primeras lecciones de seducción escuchando al hombre alardear de sus conquistas con el jefe de los mozos de cuadra cuando era un muchacho. Sonrojarse no le sentaba bien.

—Vigila a la enfermera, Dithers, e intenta no antagonizar con mi ama de llaves.

CAPÍTULO CUATRO

ESTA CASA LE RESULTABA FAMILIAR.

Lilly recordaba apresurarse por los largos pasillos a través de habitaciones llenas de calidez y luz. Pero ya no podía correr, y echaba de menos la caricia del sol de verano sobre su piel.

Ahora estaba oscuro, hacía frío. Sus pies descalzos pisaban suelos de madera mientras recorría la mansión, moviéndose silenciosamente de habitación en habitación, buscando a alguien, a cualquiera que estuviera despierto en este lugar oscuro.

—Dum, dee, dum, dee, dumpty dum —tarareaba Lilly.

Lo que más echaba de menos era la risa, y especialmente las sonrisas. Ahora nadie le sonreía, al menos no con sonrisas felices. Siempre eran un poco vacías, frágiles y falsas. Su papá ya nunca sonreía. Pero Lilly recordaba un día en que la había hecho girar tan rápido que sus pies habían dejado el suelo. Ella le había gritado que parara, o que no parara, riendo tan fuerte que le dolían los costados.

La risa era solo un recuerdo que atormentaba las noches inquietas de Lilly.

—Ah, ya recuerdo. Humpty Dumpty se sentó en un muro —cantó Lilly, complacida de rescatar la línea de un favorito de la infancia de su memoria imperfecta. Las palabras resonaron en el pasillo vacío y se asustó del extraño eco.

Insegura de muchas cosas, se apoyó contra la pared para descansar y miró hacia arriba. La habitación infantil donde se había quedado durante su última visita estaba en el piso superior, lejos de cualquiera de las habitaciones de invitados para no molestar a nadie. Llegar allí requería demasiada energía, y su corazón ya revoloteaba en su pecho. Alejó su cuerpo cansado de la pared y observó el retrato de enfrente.

La dama en él le parecía familiar, pero le llevó un tiempo ubicar quién era. La madre de Giles. Lady Daventry le había regalado una bonita sombrilla rosa por su cumpleaños y la había besado en la mejilla, prometiendo que serían grandes amigas cuando creciera. Lilly la había llevado consigo todos los días hasta que se rompió. No podía recordar por qué se había roto, solo que se había enojado por la pérdida y había llorado en el gentil abrazo de la condesa después de descubrirla hecha pedazos.

—Humpty Dumpty tuvo una gran caída.

Lilly sabía todo lo que quería saber sobre caer y se alejó del retrato, arrastrando sus pesados miembros hacia adelante. Se apoyó contra una puerta sólida al final del pasillo, empujó hasta que se abrió, y sonrió a quien encontró.

Giles. Su respiración pesada llenaba la habitación.

Aunque anhelaba compañía, no se atrevía a despertar al conde, un hombre que estaba destinado a ser su esposo cuando fuera lo suficientemente mayor para casarse con él. Pasó junto

a una cómoda, se enganchó un alfiler de corbata de rubí al pasar, y se paró a los pies de la cama inmensa para observarlo en silencio. Papá le había advertido que no se impusiera.

La luz del fuego lamía su forma dorada extendida, y nada más en la habitación tenía el poder de capturar su atención. Solo el hombre.

Las sábanas retorcidas insinuaban que estaba desnudo bajo ellas y ahogó una risita.

La ausencia de ropa de Giles no la sorprendía. A menudo faltaban. A veces empujadas alrededor de sus tobillos, o completamente ausentes. Se veía pacífico dormido; las líneas de risa de su rostro relajadas mientras respiraba, de manera uniforme y profunda.

Sonriendo porque su pelo pelirrojo estaba tan desordenado como siempre, trazó sus dedos sobre la sábana, disfrutando del lino resbaladizo contra su piel.

Su pie estaba cerca y lo tocó, acariciando el mechón de pelo pelirrojo en su dedo gordo con las yemas de los dedos. Su pierna se apartó con un espasmo y ella levantó la mirada a lo largo de su esbelta longitud. Tanta piel expuesta.

En Londres, nunca lo había visto todo de una vez así, o desde tan cerca. A pesar de su hábito de hacer el amor con cada mujer que parecía conocer, Lilly lo consideraba perfecto. Elegante como los felinos de la jungla enjaulados que su papá mencionaba que había en Londres, pero decidido a no dar nada más que placer.

Él pateó el resto de la sábana y a ella se le cortó la respiración.

Era hermoso. Entero y sin marcas.

A diferencia de Lilly, que tenía duros bultos de piel en los brazos y la espalda.

Dejó que sus ojos descansaran en la unión de sus muslos y su cuerpo cambió mientras observaba. Creció y se alargó tanto que la sorprendió. Lilly se balanceó hacia adelante, curiosa por verlo mejor, pero él se movió y se tocó, un aliento entrecortado silbando entre sus labios entreabiertos.

Un Giles excitado era una visión familiar para Lilly. Era algo que simplemente hacía, tan común como apartarse el pelo de los ojos o quitarse una mota de polvo de la manga de la chaqueta.

Apartando los ojos de la forma cambiante de Giles, miró alrededor de la habitación. A la luz del fuego notó paredes pálidas, madera oscura y almohadas en cada silla. Le gustaba su dormitorio más que todos los lugares extraños a los que la habían llevado. El fuego atenuado creaba un calor acogedor que le daba ganas de acurrucarse y dormir. Volvió a mirar al conde desnudo.

Giles debía tener calor. Las sábanas estaban arrugadas a los pies de su cama, pero él se tocaba y tiraba de su longitud, girando sobre su vientre para frotarse contra la sábana.

Con los ojos fijos en sus caderas flexionadas, Lilly hizo girar el alfiler de rubí entre sus dedos, marcando el tiempo hasta que su respiración se entrecortó. Ni siquiera necesitaba ver su rostro para saber que disfrutaba de su placer. Cruzó la habitación, pero miró hacia atrás al abrir la puerta, sonriendo ante los familiares gemidos bajos que resonaban por la cámara.

Él hacía exactamente el mismo sonido cada vez que jugaba con otras damas. Lilly arrugó la nariz. No le agradaban mucho las otras mujeres. Ellas podían hacer cosas con él que ella no podía. Podían bailar y pasear en su compañía toda la noche si querían. Lilly nunca podría andar por la sociedad. Sus lesiones eran demasiado graves.

Tiró de la pesada puerta y entró en el oscuro pasillo. Las uñas resonaron en la madera desnuda y extendió la mano hacia Atticus. Él le lamió la mano con urgencia, pero a través de la niebla de sus sentidos embotados, no pudo preocuparse lo suficiente por su angustia y continuó su deambular.

Las otras habitaciones estaban vacías y frías. Nadie más dormía en este piso. Lilly se preguntó dónde estaría su papá y se tambaleó hacia las escaleras para bajar. Descender las escaleras le llevó mucho tiempo y se apoyó pesadamente en la barandilla para sostenerse. Atticus no era de gran ayuda ya que sujetaba un puñado de camisón con los dientes, tirando en la dirección opuesta. Lilly continuó bajando.

Aun así, ignorar a Atticus era difícil, pero llegó al último escalón de todos modos y se volvió para mirar alrededor. No podía ver nada excepto oscuridad fuera de la puerta principal abierta. Papá no estaría afuera. No le gustaba la oscuridad, y a ella tampoco. Nadie bueno estaría allí fuera en toda esa negrura.

Moviéndose de memoria, Lilly se arrastró hasta las puertas abiertas del salón, pero derribó una pequeña mesa que nunca antes había estado allí. Desafortunadamente, no pudo enderezarla, así que la dejó donde había caído.

Atticus tiró de su camisón y un inconfundible desgarro rompió el silencio. Demasiado cansada para regañarlo, se dio la vuelta, puso una mano sobre su pelaje desgreñado y lo acarició torpemente.

Rodeando la mesa caída, avanzó, arrastrando los pies sobre la gruesa alfombra de lana. Disfrutaba de las sensaciones que le hacían cosquillas en los dedos de los pies, pero el salón estaba tan vacío de vida como todos los demás lugares.

Regresó a la entrada, retraceó sus pasos hasta la escalera principal y miró hacia arriba. Sabía dónde podía ver un rostro familiar. Giles estaba arriba, pero era un camino tan largo de vuelta hacia él.

Tal vez Papá estaba en el estudio de Giles. Cuando encontró la habitación, estaba más cálida de lo que esperaba, perfumada con humo de cigarro pero desierta.

Lilly se tambaleó, el agotamiento tirando de sus miembros. Atticus gimió. Ella se aferró a su pelaje para tranquilizarlo, pero perdió el equilibrio y cayó parcialmente contra el sabueso, desplomándose en el suelo en un montón desordenado. Su compañero gimió de nuevo.

—Tranquilo ahora. Estoy ilesa —susurró Lilly.

Una gruesa alfombra de piel de oveja amortiguó su cuerpo y le hizo cosquillas en la mejilla. Empujó con los brazos, pero no pudo levantarse ni siquiera hasta las rodillas. Atticus ladró y le tocó la mejilla con el hocico. Usó la poca fuerza que le quedaba para rodearlo con sus brazos.

—Atticus, quédate quieto.

Atticus se retorció, tal vez tratando de ayudar, pero los brazos de Lilly estaban pesados y débiles a la vez. No pudo sostenerse. Cayó pesadamente al suelo, lastimándose la cabeza al caer más allá de la suave piel de oveja.

Lilly se desplomó en un largo charco de luz de luna proyectado desde las altas ventanas sin cerrar, esperando que pasara el mareo. No podía levantarse, así que se acurrucó en una bola y apretó sus manos inútiles.

La habitación giró fuera de foco. Los rostros iban y venían. Hombres y mujeres serios, vestidos con pelucas y joyas, sonriéndole benignamente. Un reloj hacía tictac, sonando una, dos, tres veces.

—Todos los caballos del rey...

El calor presionó contra su espalda cuando Atticus se tumbó a todo lo largo contra ella. Si pudiera recordar la palabra, él ladraría por ella. Era simple. Solo una palabra y despertaría a Giles. Estaba segura de que el conde vendría, la levantaría y la llevaría a algún lugar cálido si se lo pedía amablemente.

Pero la rima infantil era todo lo que podía recordar. Abrió la boca para hablar, pero en su

lugar vomitó, olvidándose por completo de buscar ayuda mientras oleadas de náuseas la sacudían.

—No pudieron volver a armar a Humpty.

Giles se despertó tarde, cansado y agotado. De nuevo había soñado con el fantasma de cabello blanco. Sus sábanas no habían estado tan manchadas por su sueño solitario desde que era un muchacho inexperto. Levantó la cabeza y miró alrededor de la habitación. Anoche había imaginado cantos, por el amor de Dios.

Su puerta estaba entreabierta, así que arrancó la sábana superior de la cama y se la envolvió alrededor de la cintura por si una de las doncellas pasaba por allí. No iba a ser el tema de conversación entre ese par de pajaritas.

Por primera vez, había soñado que el fantasma tocaba sus posesiones. Giles se había despertado, se había dado la vuelta y había flexionado las caderas contra el colchón, completamente atrapado en la fantasía de que ella estaba debajo de él. Dándose placer con la fricción de la sábana y el aroma que imaginaba que ella podría llevar. Limones. Solo le había tomado un momento antes de gemir en su almohada.

Llamó a su ayuda de cámara, se vistió y desayunó abundantemente, ignorando la expresión ceñuda que Worth llevaba mientras hurgaba en el cajón de su cómoda y en su joyero. Estaba revisando sus planes para el día cuando Dithers llamó a su puerta y entró sin esperar permiso.

Eso ciertamente no era propio de él. Dithers se detuvo en el umbral, lo vio y luego atravesó la habitación a toda prisa, con agitación clara en cada paso. El mundo se ralentizó mientras se acercaba. Obviamente no iba a haber buenas noticias en el saludo.

—La enfermera se ha escapado, milord —Dithers sonaba indignado por semejante abandono del deber.

Giles cerró los ojos. Debería haber previsto esto.

—Maisie fue a buscar a la mujer porque el desayuno de la señorita Winter se estaba enfriando, pero no hemos podido localizarla.

Giles alcanzó su chaqueta y se la puso, deteniéndose solo lo suficiente para que Worth le colocara un alfiler de jade en la corbata. —Bien. Por supuesto. —Se pellizcó el puente de la nariz mientras el ayuda de cámara se afanaba con el ajuste de sus mangas. Este no iba a ser un día fácil. Si la enfermera había abandonado su puesto por completo, ¿dónde se podría encontrar otra?

Dithers rondaba al borde de su visión. Cuando Giles miró al hombre de rostro pálido, una sensación de inquietud lo recorrió al percibir que había más malas noticias por venir.

—La señorita Winter no está en su dormitorio. Fuimos a revisar su habitación buscando a la enfermera y cuando no la vimos allí, también nos dimos cuenta de que la joven señorita había dejado su cama.

Dithers terminó su discurso dirigiéndose a la espalda de Giles.

Giles corrió la corta distancia hasta la habitación de Lilly y patinó contra el marco de la puerta. Se detuvo en shock. Las cortinas estaban completamente abiertas y un viento gélido soplaba por la ventana. Una silla estaba colocada frente a ella. Seguramente el dolor no era tan grande como para que Lilly decidiera quitarse la vida, ¿verdad? No aquí. No ahora.

Giles cruzó la habitación con el corazón encogido, obligando a sus pies a dirigirse hacia la ventana abierta. Miró hacia abajo. No había ningún cuerpo sobre el pavimento. Se desplomó aliviado, pero luego se volvió para mirar a su alrededor.

La ropa de cama, descorrida descuidadamente, parecía como si Lilly hubiera dormido allí al menos por un rato, pero el hogar estaba frío. Una capa oscura yacía sobre el respaldo de la silla y Giles la reconoció de la llegada de Lilly a Cottingstone. ¿Estaría vestida solo con un camisón? La noche anterior no había sido particularmente cálida. Estar vestida tan ligeramente no podía ser bueno para su salud.

—La puerta principal también estaba abierta de par en par esta mañana, milord —finalizó Dithers sus malas noticias desde la puerta.

—¿Nos han robado, Dithers?

—No que haya podido detectar, hasta ahora. Estaba ocupado revisando la plata cuando Maisie informó que la enfermera estaba desaparecida. Pensé que deberíamos buscar primero a la señorita Winter.

—Sí, haz eso. —Giles miró alrededor de la habitación, desconcertado.

¿Dónde estaba Atticus? ¿Por qué el perro no había hecho aún su aparición? No era nada propio de él. Giles salió a zancadas, revisando todas las habitaciones cercanas a esta, pero no encontró señal alguna de Lilly. Envió a su personal a buscar en las habitaciones superiores.

Giles maldijo el hecho de tener tan poco personal. En un momento como este, podría necesitar algunos más. ¿Habría la enfermera secuestrado a Lilly? Probablemente debería hacer que los sirvientes buscaran también una nota de rescate.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada y encontró la habitación desocupada. Cerró la puerta de golpe tras de sí, frustrado por la desaparición de la mujer. Giles creyó oír un leve ruido pero no pudo determinar de dónde provenía. Cruzó el pasillo para revisar el salón y encontró una mesita volcada, la misma con la que siempre tropezaba cuando estaba ebrio. La enderezó y examinó la habitación. ¿Habría buscado escapar? Una rápida revisión detrás de las cortinas y los muebles no produjo nada. Todas las ventanas estaban aseguradas, como era de esperar.

Giles volvió sobre sus pasos hacia la escalera principal y miró hacia arriba. Dithers y su personal entraban y salían apresuradamente de las habitaciones superiores, pero ninguno parecía esperanzado. Echó otro vistazo a la puerta principal, meditando qué beneficio se podría obtener al secuestrar a una mujer tan gravemente enferma.

Un gemido resonó por el pasillo.

—¡Atticus!

El perro gimió de nuevo. Giles se dirigió a su estudio. Alguien debía haber encerrado a Atticus dentro. Eso explicaría su silencio hasta ahora. Quizás el perro podría buscar a la chica. Nunca lo había entrenado para hacerlo, pero tal vez, dada la devoción de su mascota, podría encontrar a Lilly.

Pero la puerta de su estudio ya estaba abierta, lo que planteaba la pregunta: ¿por qué el perro no salía?

Giles se apresuró a alcanzar el umbral.

Atticus lo miró con una expresión afligida, y luego volvió a apoyar su gran cabeza sobre la inmóvil forma blanca desplomada frente al hogar frío.

Lilly. Un enredo de cabello pálido cubría sus facciones y el suelo. Se apresuró a cruzar la estancia, evitó su vómito para arrodillarse junto a la mujer y alcanzó su mano. Un alfiler de corbata de rubí cayó de sus dedos inertes.

Ignorando la costosa baratija, frotó su mano. Estaba helada.

Atticus detuvo a Dithers y a la señora Osprey en la puerta con su gruñido de advertencia.

—¡La ha encontrado, milord! Qué alivio.

—Dithers, calienta de nuevo su habitación. Date prisa. Su piel está como el hielo.

Giles frotó sus delgadas manos y consideró la mejor manera de levantarla. Recordó la agonizante lentitud y el agarre gentil de Lord Winter, pero no había visto al hombre levantarla. ¿Y si empeoraba su dolor?

Atticus observaba atentamente, como si comprendiera el dilema de Giles. Pero no había remedio. Aunque no sabía nada sobre la extensión de sus lesiones, Lilly no podía permanecer en el frío suelo.

—¿Lillian? Lilly, despierta. Necesito moverte, cariño. —No recibió respuesta y, alarmado, buscó su pulso en la muñeca. Era difícil de encontrar y muy débil. Maldijo y luego deslizó sus manos bajo su cuerpo escasamente vestido.

Giles la levantó con facilidad hasta sentarla y luego se incorporó, apretándola con fuerza contra su pecho. Era ligera. Demasiado ligera. No sostenía más que aire. Bajo el hedor de la enfermedad, detectó el tenue aroma a limón en su cabello.

Vaciló un momento sobre sus pies y luego salió cuidadosamente de la habitación, subió los largos escalones y recorrió el pasillo hasta el dormitorio de ella. Atticus se adelantó y ladró una vez. Para cuando Giles llegó con Lilly a su dormitorio, Dithers ya había cerrado la ventana de nuevo y reavivado el fuego.

Las sábanas estaban frías. Atticus se acomodó a un lado de la cama, aparentemente satisfecho de que Giles estuviera a cargo, pero mantuvo la distancia. Posiblemente no le agradaba el nuevo aroma de Lilly, pero al menos estaba viva.

Mientras Giles la arropaba en la cama, tocó el frío cristal de una botella y la retiró para leer la etiqueta.

Láudano, y todo vacío.

El corazón de Giles latió con fuerza. Su madre había usado el mismo veneno para seguir a su padre a la cripta familiar.

—Traiga agua caliente, señora Osprey. Rápido, mujer —espetó, lanzándole la botella vacía.

La ama de llaves miró la botella y palideció, metiéndola en su bolsillo y ocultándola de su vista.

Giles se afanó confundido, apartando los sucios mechones de cabello de la almohada para que quedaran a la espera del agua caliente. Los enjuagaría y podrían secarse sobre una toalla, pero eso no la mejoraría. Alcanzó las mantas y las enrolló alrededor de su cuerpo sin apretar, deseando que esto no hubiera ocurrido. Enumerar tareas le ayudaba a mantener el pánico a raya, pero quería que su padre volviera. Ahora.

Tomó sus pequeñas manos blancas y las frotó, esperando calentarlas con la fricción. El calor corporal combinado podría calentarla rápidamente, pero no consideraría meterse en la cama con ella hasta que su condición se volviera desesperada.

La señora Osprey llegó con el recipiente de agua y Giles se lo quitó. Él mismo limpió cuidadosamente el cabello de Lilly, lavando todo rastro de enfermedad, y lo secó con una toalla. Cuando la señora Osprey le entregó un peine, lo pasó lentamente por las puntas húmedas. Hermoso cabello plateado, espesamente rizado alrededor de su rostro, cuello y torso. Colocó los mechones sobre otra toalla y finalmente elevó la mirada hacia su rostro.

Los ojos de Lilly estaban cerrados, podía ver eso. Sus pálidas pestañas descansaban pesadamente sobre las curvas de sus pómulos. Una punzada de emoción lo recorrió, y luchó por comprender su reacción.

Lilly era una mujer diminuta. Pálida como la luz de la luna. Apartó aún más el cabello de su rostro.

Y se olvidó de respirar.

Un zumbido hueco llenó sus oídos y el mundo a su alrededor se oscureció, enfocándose en este único lugar. Los destellos que flotaban frente a sus ojos lo cegaban, hasta que simplemente tuvo que tomar una bocanada de aire con aroma a limón para seguir viendo la visión que yacía en la cama ante él. Las cortinas aún estaban abiertas y todavía era de día.

Lillian Winter era su fantasma.

CAPÍTULO CINCO

GILES RETROCEDIÓ HORRORIZADO de la cama. Levantó las manos como si quisiera alejar el mal.

Todo este tiempo. Su mente quedó en blanco por un instante, y entonces supo la verdad.

Iba a arder en el infierno.

Su alma sería condenada eternamente por la estupidez en la que se había revolcado durante los últimos años. Cerró los ojos y contó hasta veinte. Simplemente no era posible. Lilly no podía ser su fantasma.

Volver a abrirlos no cambió su situación. Quizás una buena paliza lo haría.

—Que Dios me ampare —susurró Giles.

—¿Perdone, milord? ¿Ocurre algo? —preguntó la señora Osprey.

Giles no pudo responder. Sus pensamientos daban vueltas en círculos. Caminó hacia la ventana, pero miró de reojo hacia la cama—. Oh, mierda.

La señora Osprey jadeó, pero a él no le importó si ofendía sus delicadas sensibilidades. Ya estaba metido en un buen lío. Mucho más de lo que pensaba cuando le endilgaron a Lillian Winter como invitada. Ofender a su ama de llaves con su mala elección de palabras era el menor de sus problemas. Dios lo estaba castigando por sus malos hábitos, y el tormento iba a continuar durante mucho tiempo. Quizás por toda la eternidad. Volvió a maldecir.

—Milord, por favor —suplicó Dithers.

—De todos los estúpidos, idiotas e insanos lapsos de juicio, creo que este es posiblemente el más fino en el mundo conocido —Giles no pudo detener el flujo de palabras—. No pude mantenerlo dentro de mis malditos pantalones, ¿verdad? No, no, tenía que agitarlo y exhibirme para que todo el mundo lo viera. Joder, eres un arrogante y maldito imbécil. Maldita sea.

Miró hacia la cama y maldijo aún más, probablemente asustando a la pobre señora Osprey hasta causarle palpitaciones, porque Dithers sacó a la mujer de la habitación. Estaba solo con Lillian una vez más.

Otra violación de la etiqueta, pero ¿a quién le importaba, verdad?

—Que Dios me condene.

Si su padre se enteraba de lo que Lilly le había visto hacer... Giles se estremeció.

¿Pistolas o espadas?

¿Tendría elección? Dudaba que hubiera siquiera un testigo. Una tumba poco profunda y un rumor de que se había ido al extranjero. Giles nunca había profesado interés por el mar, así que esperaba que alguien, algún día, buscara su cuerpo, aunque solo fuera para darle a su estirada hermana la oportunidad de decir que lo había visto venir. Quizás incluso merecía lo que le esperaba.

Volvió a la cama y miró fijamente el rostro sobre la almohada blanca. Lilly no se había movido. Pálida y perfecta, con una mano delgada descansando a su lado, y sin un atisbo de color. ¿Estaba realmente viva? Dudó en tocarla de nuevo, pero tenía que estar seguro.

Con dedos temblorosos, tocó el dorso de su pálida mano y se estremeció, la conciencia de su existencia recorriéndolo en una oleada inoportuna.

Atticus gimoteó, mirándolo por encima del cuerpo inmóvil de ella, con la cola golpeando la cama en anticipación. ¿El perro estaba esperando un milagro? Giles tocó su mano de nuevo, frotando sus dedos en pequeños círculos, subiendo hacia su muñeca. Estaba fría. Su pulso, cuando lo encontró, seguía siendo lento.

Dithers volvió a entrar en la habitación, y Giles se alejó de Lilly, con culpa y autodesprecio arremolinándose en su cerebro.

—¿Cómo está la joven señorita, milord? ¿Hay algún cambio? ¿Puedo traer algo para ella?

Sí, una pistola o un gran trabuco serviría muy bien, para que Lilly pudiera dispararle. Se merecía una bala entre los ojos. Incluso le entregaría el arma y la animaría mientras apretaba el gatillo. Si es que alguna vez se recuperaba de lo que fuera que le había pasado anoche.

Giles luchó por encontrar una respuesta apropiada, pero solo pudo articular dos palabras—. Ladrillos calientes.

Dithers se marchó, dejándolo solo con sus autorrecriminaciones.

Se dirigió al fuego y arrojó otro leño. Las llamas le abrasaron el rostro y se alegró por ello. Quizás pudiera limpiar la oscuridad que dejaba a su paso. Detrás de él había un ejemplo de su oscuridad. Se volvió para mirar larga y duramente el bulto bajo las mantas. Había imaginado cómo habría sido su fantasma cuando estaba viva... ahora lo descubriría.

Quizás.

Quería reírse de la situación, pero temía caer en la locura. Había jugado muchos juegos perversos frente a esta mujer inocente, soñando con realizar interminables e irreales proezas de pasión en su frío abrazo. Ni una sola vez había entrado en su cerebro lleno de lujuria la posibilidad de que pudiera ser real.

Viva.

O que fuera la mujer que una vez estuvo destinada a ser su novia. ¿Qué demonios había estado haciendo en Londres, paseando por Huntley House en camisón?

Pasó sus dedos por la palma de ella, un gesto íntimo que normalmente compartían los amantes.

Sorprendido por su inconsciente regreso al lado de Lilly, juntó las manos detrás de la espalda. Lapsos como ese solo avivarían las llamas de su culpa. Estaba chamuscado por ambos lados y sus testículos se encogían en retirada. Más le valía empezar a mantener sus pantalones puestos y sus manos firmemente quietas si quería disfrutar lo que le quedaba de vida.

Se dejó caer en una silla al otro lado de la habitación y hundió la cabeza entre las manos. Su comportamiento lo había llevado mucho más allá de los límites. Lo sabía muy bien, en efecto.

Levantó la vista cuando Dithers regresó, manejando los ladrillos envueltos en tela con cuidado. Giles lo miró con expresión vacía.

El mayordomo esperó pacientemente, pero después de un momento inclinó la cabeza hacia un lado. —Necesitaremos colocar los ladrillos alrededor de ella pronto, milord. ¿Debo levantar las mantas o lo hará usted?

Giles se erizó ante la idea de que cualquier hombre se acercara a Lilly. Se dirigió a zancadas hacia la cama, se colocó entre su sirviente y la mujer inconsciente, y levantó las mantas.

—No es mucho más grande que cuando ocurrió el accidente —reflexionó Dithers.

—¿La conoces?

—Estuve aquí temporalmente durante la fiesta en la casa. Recuerdo cuando la trajeron de vuelta a la mansión.

Una irritación irracional carcomía los nervios de Giles. Él se había ausentado deliberadamente de la fiesta en la casa, había estado fuera en el momento del accidente, para evitar a la chica. No había puesto sus ojos en Lilly desde que era pequeña. Si no hubiera evitado cumplir con su deber y entretener a los invitados de su madre, podría haberla reconocido como el fantasma y haberse comportado de manera muy diferente. Podría haberle hablado, haberle hecho el amor.

Ese pensamiento lo sacudió hasta los huesos.

Se sentía atraído por el fantasma. No, no por el fantasma. Se sentía atraído por Lilly, la mujer que se suponía que iba a ser su esposa. Una mujer a quien había creído muerta.

Santo Dios, ¿qué demonios se suponía que debía hacer con ella ahora?

El mayordomo se movió para insertar los ladrillos, pero Giles se los quitó y los colocó cuidadosamente alrededor de sus pies. Cuando su mano rozó sus dedos, los encontró helados.

—Mira si puedes encontrar algunas medias o algo así —dijo Giles mientras frotaba sus pequeños pies, tratando de estimular algo de calor.

Dithers abrió y cerró cajones ruidosamente, finalmente regresando para empujarle un par de gruesas medias blancas. Giles estaba completamente poco familiarizado con el estilo, pero las detestó a primera vista.

El mayordomo se rio de su reacción. —No hay muchas prendas entre las que elegir en esos cajones —comentó Dithers—. Me atrevería a decir que ella no sale mucho. Encontré esto. Es un buen parecido.

Giles miró fijamente el retrato de sí mismo del tamaño de la palma de la mano, hecho años atrás. Para Giles, no se parecía en nada a él. —Vuelve a poner la baratija donde la encontraste.

Giles deslizó las feas medias hasta sus rodillas por debajo del camisón, teniendo cuidado de no mirar, pero cuanto más tocaba, más quería tocar. Asqueado consigo mismo, subió las mantas, tomando su mano, con la intención de meterla también debajo. Notó una cicatriz y le giró el brazo. A la cruda luz del día, las marcas de mordeduras que su perro le había infligido eran horrendas.

—Las cicatrices podrían haber sido peores, pero han sanado bastante bien y nunca supe que desarrollara una infección por ellas —comentó el mayordomo—. Sin Atticus, se habría ahogado. Era un agujero profundo del que la sacó.

La informalidad de Dithers hizo que fuera más fácil olvidar los problemas a los que Giles se enfrentaría cuando Lilly estuviera consciente de nuevo. Metió su brazo bajo las mantas, las subió sobre su pecho y hasta su barbilla. Su rostro también estaba frío. Sus nudillos rozaron su mandíbula y luchó contra el impulso de acunar su rostro entre sus manos. ¿Qué le pasaba? ¿Y qué era lo que le atraía de Lillian Winter?

Ni siquiera estaba consciente. Por lo general, sus inclinaciones amorosas tendían a morir sin alguna forma de reciprocidad.

Giles se apartó para estudiarla. ¿Qué debería hacer a continuación?

—¿Debo mandar a llamar a Daisy para que se siente con ella? —preguntó Dithers, rompiendo el silencio.

Dado que tenía la sospecha de que no debía confiar en sí mismo en lo que concernía a Lillian Winter, probablemente era lo mejor. —Sí, haz eso. Me quedaré hasta que esté caliente de nuevo. Tráeme también el folio de mi estudio. Bien podría adelantar algo de trabajo.

—Estoy seguro de que se recuperará, milord.

—No puedes saber eso —espetó Giles, luego tomó un profundo respiro, dejándolo escapar lentamente para calmarse.

—No es tan frágil como su madre, milord. La señorita Winter se ha aferrado a la vida todo este tiempo, ¿no es así?

Giles no respondió. Lilly podría no ser tan frágil como su madre, sin embargo, la existencia de láudano en la casa trajo de vuelta el dolor de su pérdida, volviendo sus pensamientos un caos. Tomó otro respiro profundo. Más calmado, miró a Dithers, que estaba a punto de salir de la habitación. —¿Han localizado a la enfermera?

—Con toda la excitación, me olvidé de ella, milord. ¿Quiere que la busquemos?

Su sugerencia era ridícula, dado el número de personal que tenían aquí. Muy pocos para un intento de recaptura. —No, pero infórmame inmediatamente si regresa a la mansión. De todos modos, no sabré cómo lidiar con su ausencia hasta que Lilly despierte.

Giles miraba fijamente la forma inmóvil en la cama, pero escuchó el inconfundible resoplido que salió de la boca de su mayordomo. ¿Fue porque se le había escapado usar el nombre de pila de Lilly? Giles lo ignoró y Dithers se fue sin decir otra palabra, aunque no se llevó las preocupaciones de Giles con él.

Lilly aún podía morir. Giles no quería que otra muerte en Cottingstone lo atormentara. Otro fracaso para atormentar sus momentos de inquietud.

Cuando la criada vino a relevarlo, él decidió quedarse también.

Horas más tarde, giró la cabeza para observar a su fantasma dormido. La noche había caído y ella aún no se había movido. De alguna manera, se había acostumbrado al latido acelerado de su corazón. Se puso de pie, estiró los músculos entumecidos por estar tanto tiempo sentado y pasó los dedos por el brazo cubierto por la colcha. Ella se estremeció, pero aparte de ese pequeño movimiento, no hizo nada más alentador.

Después de echar un vistazo para comprobar si la criada seguía dormitando, tomó un mechón lánguido de cabello y lo frotó entre sus dedos. A Giles le encantaba el color, la textura. Suspiró. No debería estar a solas con Lillian Winter. Dada la forma en que estaba funcionando su mente, sería extremadamente perjudicial para la reputación de ella. Lilly pronto se iría por el resto de su vida y nunca volvería a ver el mundo.

Giles finalmente comprendió la depresión de su madre por la repentina ausencia de su padre en su vida. Ver a Lilly, sabiendo que estaba destinada a una existencia recluida, le revolvía el estómago. El encarcelamiento era tan malo como la muerte.

La señora Osprey se deslizó en la habitación y envió a la criada fuera.

—¿Se ha recuperado de la conmoción, mi señor?

—Tanto como podré hacerlo. Mis disculpas. Mi arrebato anterior fue imperdonable —murmuró.

—Imagino que ella es toda una sorpresa, tan bonita y de huesos finos. Un ángel.

—¿Usted también la conocía de antes? —Era evidente por su tono que sentía cariño por Lilly.

—Sí. Antes de su accidente, fui asignada para servirla al principio.

—¿Se suponía que debía cuidarla? —espetó sorprendido—. Veo que hizo un excelente trabajo.

La señora Osprey se estremeció y se ocupó con su bandeja de comida.

—Lady Winter me despidió de mis funciones el día antes del accidente —el arrepentimiento nubló las facciones de la señora Osprey, drenando la ira de Giles tan rápido como había llegado.

—¿Por qué hizo eso?

—Dijo que yo era una mala influencia para su hija. Instó a su madre a que me despidiera. —La barbilla de la señora Osprey se tensó—. Solo fue un plato de dulces que le llevé. No sabía que la baronesa había dado la orden de que se le negara.

—¿Que se le negara qué?

—Que se le negara la comida, mi señor, como castigo.

—¿Qué razón podría haber para eso?

—Nunca lo supe, pero sí me enteré de que Lady Winter usaba a menudo esta forma particular de castigo. La pobre estaba muriéndose de hambre —la voz de la señora Osprey se quebró en un lamento con la última palabra.

Giles se pasó los dedos por el cabello.

—Usted le dio más que solo dulces, ¿no es así?

La señora Osprey se removió inquieta.

—Sí.

Giles pensó en el riesgo que la señora Osprey había tomado para alimentar a Lilly cuando era niña. Podrían haberla despedido por desobedecer.

—Bien hecho, señora Osprey.

La señora Osprey esbozó media sonrisa, pero las lágrimas amenazaban con caer.

—Debería comer antes de que se le enfríe la cena, mi señor.

Giles comió rápidamente mientras la señora Osprey se afanaba por la habitación. Debería ser una Dithers, pensó, preguntándose por qué nunca se había casado. Siempre había sido una mujer hermosa a su manera de ver. Seguramente los hombres de su clase no eran tan ciegos. Estaba ese pequeño problema de que su mente se estaba resbalando, pero debería ser solo una pequeña consideración. Solo él y Dithers lo habían notado hasta ahora.

—Tengo algo de sopa para la señorita Winter también. ¿Me ayudará, mi señor?

Giles se presionó la servilleta contra la boca y se puso de pie.

—Por supuesto. Puedo terminar mi postre más tarde.

Se acercó a la cama, tiró de las sábanas hacia atrás y alcanzó los hombros de Lilly para levantar la parte superior de su cuerpo. Ella no opuso resistencia. Estaba tan blanda como una muñeca de trapo. Giles se sentó detrás de ella, dejando que su cuerpo descansara contra su pecho mientras una de sus manos acunaba su rostro. La señora Osprey se inclinó cerca con la cuchara y la presionó contra los labios de Lilly.

Al principio, nada pareció suceder, pero luego Lilly se movió, lanzando los brazos y golpeando la cuchara de las manos de su ama de llaves.

La reacción de la señora Osprey fue cómica. Sus manos volaron por el aire y se balanceó como un bolo. Tuvieron suerte de que Lilly no hubiera golpeado el tazón de sopa.

—Vamos, vamos, señorita Winter, nada de tonterías. Solo tenemos un poco de caldo de pollo para fortalecerla. Venga, intentémoslo de nuevo.

La señora Osprey volvió a empujar la cuchara hacia la boca de Lilly, y de nuevo ella la evitó.

Mientras la señora Osprey vacilaba, Giles acarició el costado del rostro de Lilly.

—Debes comer, Lilly. Tu padre se enfadará conmigo si no lo haces. Si regresa y te encuentra enferma de nuevo, sin duda me reprenderá por el asunto. No luches contra la pobre señora Osprey. Es una mujer buena y amable que quiere verte recuperada. Toma su caldo de pollo y sálvame de tener que cenar esto mañana en el desayuno.

El bulto que descansaba contra su pecho luchó, pero él la sostuvo con firmeza, extendiendo sus dedos sobre sus costillas. Lilly se quedó quieta.

La señora Osprey volvió a ofrecer la cuchara. El ama de llaves sonrió radiante cuando la cuchara fue recibida y vaciada a su satisfacción. Lilly logró tomar cinco cucharadas más antes de girar la cabeza, acurrucándose más en el pecho de Giles.

No había consumido lo suficiente para alimentar a un gorrión, y mucho menos a una mujer adulta, pero al menos había tomado algo. La señora Osprey recogió sus cosas y salió de la habitación, dejando a Giles sentado en la cama con Lilly aún acunada en sus brazos.

Las experiencias de Giles con mujeres en sus brazos se limitaban a las veces que las había sostenido durante el sexo. Le gustaba el contacto táctil de un cuerpo parcialmente vestido o desnudo contra el suyo, pero no estaba seguro de por qué seguía abrazando a Lillian Winter. Descubrió que le gustaba mucho.

Que Dios lo ayudara si alguna vez la tuviera desnuda.

Tragó una maldición mientras trazaba la curva de su rostro, recorría su mandíbula y la parte superior de su cuello, incapaz de resistirse a tocar su piel translúcida. Era tan suave y delicada.

—¿Giles?

Su miembro palpitó al oírla pronunciar su nombre. Cuando no respondió de inmediato, ella se removió como si se preparara para moverse.

—Estás a salvo conmigo, Lilly.

Sus palabras la calmaron. Lilly se relajó y guardó silencio. Al poco tiempo, Giles se dio cuenta de que se había quedado dormida contra él. Se deslizó con cuidado de detrás de su espalda y la recostó suavemente sobre las almohadas. Ella no se movió. Sus ojos estaban cerrados y su respiración sonaba uniforme y profunda. La cubrió de nuevo, deseando haber visto lo mismo que la señora Osprey. Deseaba haber podido vislumbrar sus ojos.

CAPÍTULO SEIS

LO PRIMERO QUE Lilly notó fue el brillo de su habitación y el hecho de que no había ninguna enfermera roncando junto a la chimenea. Esto último era inusual. Nunca había estado realmente sola desde su accidente. Siempre había una mujer eficiente y recta con un vestido de muselina apagado esperando para introducirle una generosa dosis de láudano en su boca a menudo reticente.

A veces el dolor era lo suficientemente intenso como para que se alegrara de beberlo. Pero no siempre.

Debido al láudano, el tiempo pasaba borroso. No siempre podía distinguir un día de otro. Si fuera honesta, ni siquiera un año del siguiente. El mundo avanzaba más rápido de lo que Lilly podía comprender, y los cambios aparentemente repentinos la asustaban.

Sus enfermeras no siempre hablaban. La actual no lo hacía. Lilly solo se enteraba de las cosas por su papá, quien le recordaba con dulzura qué día era, dónde estaban y le leía partes del periódico hasta que volvía a quedarse dormida.

Lilly frunció el ceño, momentáneamente abrumada por la confusión hasta que recordó que estaba en Cottingstone Manor. Respiró aliviada; le había encantado este lugar cuando era niña. Mientras sus padres cenaban y charlaban todo el día, ella se escabullía para disfrutar de la poca libertad que podía encontrar.

Como única niña residente, había pasado horas sola en la guardería, jugando con los juguetes de niño que había encontrado y escribiendo secretos en su diario. No es que tuviera muchos secretos, pero pretendía que su diario era un amigo. Siempre había deseado tener uno. Los perros lobos no contaban.

Un ladrido captó su atención. Ahí estaba Atticus de nuevo, su largo hocico salpicado de gris, con las patas temblando mientras dormía. Se había vuelto más grande de lo que jamás había imaginado que llegaría a ser. Sonrió, pero inmediatamente se dio cuenta de que le dolía todo el cuerpo.

El dolor era una sensación familiar que esperaba, pero que intentaba ignorar lo mejor posible. No importaba cuánto la hubieran pinchado y examinado los médicos, nada le quitaba el dolor excepto el láudano. Pero la poción también le quitaba el mundo.

Otro recuerdo surgió. Una cuchara colocada suavemente contra sus labios. Un torbellino de palabras ansiosas. Por lo general, las enfermeras eran muy severas con su consumo de la sustancia, pero la voz que recordaba contenía amabilidad.

Papá la había dejado sola.

El corazón de Lilly se detuvo. Ni una sola vez había dejado su lado por más de unas horas desde el accidente. Había dicho que estaría fuera durante días, tal vez más. Con cuidado, sacó el

brazo de debajo de las mantas y alcanzó al perro, entrelazando sus dedos en su pelaje desgreñado y aferrándose a su oreja.

No lloraría, pero de repente tuvo mucho miedo ante un recuerdo que surgió para llenarla de pavor, destrozando la poca paz que tenía ese día. Era un recuerdo que hacía mucho tiempo quería olvidar.

Su mamá había susurrado: —Si no puedes mejorar, entonces bien podrías estar muerta. No eres nada de lo que pueda sentirme orgullosa.

El dolor la había cegado entonces. No podía respirar ni ver. Lo siguiente que Lilly recordaba era a sus padres gritándose el uno al otro a través de su cama, y un dolor punzante que se extendía por su columna vertebral y llegaba hasta su cráneo mientras luchaba por cada nueva respiración.

Esa fue la última vez que había visto su hogar o a su madre. Papá nunca la había llevado de vuelta.

Una lengua húmeda se arrastró por su muñeca, interrumpiendo sus pensamientos. Atticus se había despertado y se acercaba a ella, con ojos tristes escrutando su rostro. Apartó la muñeca de su lengua, atrayéndolo con fuerza a su lado. Un dolor cegador la invadió, así que cerró los ojos, respirando por la boca para sobrellevarlo. Cuando los espasmos pasaron y pudo abrir los ojos de nuevo, el hocico del perro estaba a centímetros del suyo.

Lilly apartó su hocico hasta que se acomodó a su lado. Necesitando su presencia reconfortante, colocó el brazo alrededor de él y lo apretó tanto como pudo sin causarse más dolor.

Era maravilloso tocar a otro ser cálido. Ocurría tan raramente. Papá tenía tanto cuidado de no agravar sus lesiones que solo rozaba su frente para comprobar si tenía fiebre.

Entrecerró los ojos para ver lo que podía sin moverse. Una bonita habitación rosa la rodeaba, quizás una de las habitaciones de invitados en la planta baja. A Lilly le gustaba mucho la habitación, pero deseaba que fuera más oscura.

Su pulso latía detrás de sus ojos y luchó por ignorar la señal de advertencia de un dolor de cabeza inminente. No era frecuente que pudiera apreciar los lugares donde se alojaba, pero la habitación era encantadora.

Caldo de pollo.

Recordó haber sorbido caldo de pollo de un cuenco con borde azul y de repente deseó un poco más. Su lengua raspó seca sobre sus labios ante el recuerdo. El líquido caliente había bajado fácilmente, pero se había llenado tan pronto, y también se había cansado.

Atticus había estado a su lado, pero más lejos de lo normal. Recordaba el olor agudo y dulce de la enfermedad, pero el recuerdo se tambaleó y se mezcló con otros. Recordaba rostros antiguos, el retrato de Lady Daventry y la alfombra bajo su mejilla. Apartó el recuerdo, temiendo que nunca tuviera sentido.

Lilly se movió un poco, tratando de aliviar la incómoda presión de su vejiga llena. No había remedio; tendría que llamar a la enfermera. Pero, ¿cuál era su nombre? Lilly hizo un esfuerzo por recordar. Dibbs. Sí, eso es.

Tomó un respiro rápido y se giró hacia la dirección donde pensaba que podría estar el orinal. Mientras agudos cuchillos de dolor atravesaban su cabeza, recordó otro brazo a su alrededor, fuerte como el de Papá, pero diferente.

Un hombre la había sostenido. Su aroma había calmado sus nervios, su voz profunda había retumbado en sus costillas. Pero había sido incapaz de ver el cuerpo al que pertenecía la voz. Él también había usado su nombre. Le había suplicado que tomara la sopa para que él no tuviera

que hacerlo. Ese cuerpo cálido la había acunado mientras sorbía el caldo, su aliento abanicando su mejilla, manteniendo a raya el frío de la noche.

Una mano firme había sostenido su cabeza suavemente contra un pecho duro, acariciando la piel de su mejilla y mandíbula. Esos mismos dedos habían acariciado su cuello también, disipando su mareo y reemplazándolo con paz. Papá nunca hacía eso. Nunca se le ocurriría frotarle los pies o ponerle medias en los dedos fríos.

Frío... recordaba haber tenido frío. Sacudió la cabeza repentinamente, pero la acción le arrancó un gemido de la garganta. Después de todo este tiempo, debería saber que era mejor no hacerlo. Solo podía manejar pequeños movimientos.

Cuando abrió los ojos, se enfrentó a los pies de la cama del otro lado, pero seguía sin haber señales de la enfermera. Girando la cabeza el resto del camino, observó el resto de la habitación y jadeó.

No había enfermera en la habitación. En su lugar, desparramado en una silla cerca de la cama, había un Adonis pelirrojo, el hombre más hermoso que Lilly había visto jamás, y ella había visto bastante de este.

Giles Wexham dormía junto a su cama, entre ella y la ventana desnuda. Por un momento, se distrajo con la inusual vista del amanecer temprano, pero rápidamente volvió a Giles.

En el sueño, las líneas alrededor de sus ojos eran más suaves, la barba pelirroja en su mandíbula más larga de lo que ella había visto jamás. Su cabello estaba desordenado, su ropa arrugada, pero esa no era una apariencia inusual para él. Lo miró con asombro sin palabras. ¿Qué estaba haciendo aquí?

Unos ojos sorprendentemente azules se abrieron, y ella retiró su brazo de Atticus para ver a Giles despertando del sueño. Era un hombre muy hermoso, pero tan perverso. La miró en silencio, sus ojos nunca dejando los de ella por el tiempo más largo.

Lilly entendía por qué no hablaba. La presencia de Giles siempre la dejaba muda, pero sabía que a él le gustaba hablar, especialmente con las mujeres. Ella había observado a Giles, mientras permanecía oculta de la sociedad, viéndolo encantar y conquistar a otras mujeres con la facilidad de alguien seguro de su atractivo.

Giles se movió lentamente, un depredador elegante incluso de día. Se acercó a su lado, y ella tuvo que ajustar el ángulo de su cabeza para mantenerlo a la vista. El dolor atravesó su cráneo.

Cuando su visión se aclaró, encontró a Giles inclinado sobre ella, envolviéndola en calor y el aroma de un hombre limpio. Oh, era maravilloso. Fuera lo que fuera en lo que se bañaba, la ayudaba a relajarse en el colchón una vez más.

Era un poco inquietante tenerlo tan cerca, sin embargo. No estaba acostumbrada a los caballeros, pero un zumbido de placer la recorrió ante su atención indivisa. Su rostro se arrugó lentamente en una sonrisa tan diferente a lo que estaba acostumbrada a ver. Parecía complacido de verla, y ella sonrió en respuesta.

Lilly vio sus ojos bajar hasta su boca. La sorpresa la mantuvo quieta hasta que se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que se había rascado los dientes. Apretó los labios.

—Hola, Lilly —Giles pronunció su nombre suavemente y una calidez se extendió por sus extremidades.

—Hola, Giles —murmuró ella.

Sus dientes parejos y blancos eran tan cegadores como la luz. —Es bueno verte despierta. Empezaba a preocuparme. Tus sueños deben haber sido maravillosos para dormir tanto tiempo.

—No recuerdo haber soñado.

Él se enderezó, pero no salió de su línea de visión. —Parece que he perdido a mi perro por ti.

¿Qué hechicería tienes sobre la bestia, bella doncella? Atticus apenas se ha apartado de tu lado en días.

Ella no se atrevió a girar la cabeza por miedo a causar más dolor. —Es un perro muy bueno, Giles. Fue amable conmigo cuando estuve aquí la última vez.

—Sí, escuché sobre eso. Me disculpo por el daño que causó a tus extremidades.

—Fue amable con una niña que se quedó sola durante gran parte de la fiesta en la casa. Nos divertimos mucho juntos. Fue mi última gran aventura. —Lilly extendió lentamente la mano para tocar al perro, el sudor brotando en su rostro por el esfuerzo de mantenerse en silencio—. Llama a la enfermera, Giles. La necesito.

Giles frunció el ceño, borrando el rostro amistoso al que ella acababa de empezar a acostumbrarse. —Me temo que estás mirando a tu enfermero temporal. La maldita mujer abandonó tu empleo en medio de la noche. Te abandonó.

La mente de Lilly daba vueltas. Necesitaba levantarse de la cama y aliviarse. Giles no podía ser su enfermero. —Llama a una criada, o al ama de llaves.

—Tampoco puedo hacer eso. Están ocupadas en otra parte.

—Oh, no —sollozó Lilly, luchando por liberarse de las pesadas mantas, siseando cuando el dolor y las náuseas omnipresentes la inundaron.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Giles agarró sus hombros. Ella hizo una mueca cuando la presión torció su cuerpo a una posición que no le gustaba.

—Necesito privacidad. —Lilly retiró las sábanas, pero no pudo suprimir un gemido cuando lanzas de dolor atravesaron sus extremidades.

—¿Privacidad para qué, por el amor de Dios?

—Solo tengo que... —No podía decirlo en voz alta, no a él.

—Oh, por el amor del cielo. —Unos brazos fuertes la recogieron, sosteniéndola cerca de ese aroma calmante. Lilly cerró los ojos sobre sus lágrimas—. ¿A dónde necesitas ir?

—El orinal —susurró, la humillación calentando sus mejillas.

Acababa de pedirle al hombre más atractivo que jamás había visto que la ayudara con un asunto tan personal. ¿Podrían sus circunstancias hundirse aún más?

Sus movimientos sacudieron su cuerpo. Sus pasos ruidosos asaltaron su mente. La bajó con cuidado, pero justo antes de tocar el suelo, la tela de su camisón se deslizó por debajo de sus nalgas.

Si el dolor no le hubiera robado ya la vista, no sería capaz de mirarlo. Afortunadamente, sus pasos fuertes indicaban que se había alejado.

Cuando estuvo cómoda de nuevo, reunió fuerzas para ponerse de pie, pero Giles regresó. La levantó sin decir palabra, la llevó de vuelta a la cama y la arropó con más cuidado que cualquier niñera.

—¿Qué puedo traerte, Lilly?

Le apartó el cabello húmedo de sudor de la cara y luego le pasó un suave paño de lino por la piel. Sin querer ver la lástima en su mirada, mantuvo los ojos cerrados. Era un fracaso como mujer.

Mientras el dolor se calmaba de nuevo, unos dedos desnudos le rozaron la sien. Más lágrimas se acumularon y estas cayeron por sus mejillas. Giles las secó amablemente sin decir palabra.

—Tengo sed.

Sus dedos se enredaron en el cabello de Lilly, sosteniéndole la cabeza mientras se incorporaba. Un vaso frío y resbaladizo se presionó contra sus labios y ella dio unos sorbos apresurados con los ojos aún cerrados. Lilly se recostó, jadeando en busca de aire. El dolor había

anulado su capacidad de ocultar lo mal que se sentía. Una vez más, Giles le acarició el rostro con un toque tan suave como una pluma. —¿Comerás ahora?

—Quizás en un rato.

Algo extraño le rozó la sien. Abrió los ojos. Los labios de Giles estaban a un centímetro de su piel. Su aliento cálido le golpeaba la mejilla mientras su cabeza se inclinaba para tocar la suya. Cerró los ojos de golpe.

—Necesitas comer, Lilly. Haré que el ama de llaves te suba una bandeja, pero nunca dudes en pedirme ayuda. Tengo mucho que compensar.

Giles emitió un pequeño sonido indistinto y luego se apartó de la cama. Cuando volvió a abrir los ojos, él se había ido de la habitación y estaba completamente sola. Solo Atticus se quedó.

¿Cómo podría olvidar lo que acababa de suceder?

Lilly permaneció inmóvil mientras el dolor se reducía a un dolor sordo, intentando alterar el recuerdo para que no fuera un orinal lo que él llevaba, sino una chaise longue acolchada, completa con champán y cerezas para picar. Ese recuerdo sería mucho más fácil de contemplar si fuera cierto.

Cuando Giles regresó, descubrió que podía mirarlo sin sonrojarse. Trajo sirvientes con él, uno para el fuego y otro para el orinal. Su pequeña fantasía se derrumbó cuando el contenido salió volando por la ventana.

—Buenos días, señorita Winter —Una mujer de rostro redondo y sencillo que llevaba una bandeja bien cargada se apresuró hacia ella—. Soy la señora Osprey, el ama de llaves de su señoría. ¿Me recuerda?

Lilly buscó en su mente, pero negó con la cabeza lo más mínimo posible. —Lo siento. Mi memoria no es lo que debería ser. Es un placer conocerla de nuevo, señora Osprey. ¿Qué trae ahí?

—Huevos revueltos, jamón, pan recién untado con mantequilla y un platillo de chocolate caliente. Un desayuno digno de una dama —El ama de llaves sonrió radiante, dejó la bandeja sobre la cama y luego ahuyentó al perro cuando este mostró demasiado interés.

Lilly contuvo una repentina náusea ante la idea de comer toda esa comida. Cerró los ojos con fuerza.

Giles cubrió su muñeca con una ligera presión que le envió escalofríos por la espalda. —¿Qué ocurre?

—Demasiado —susurró Lilly, cegada por el impulso de devolver—. No es que hubiera mucho que sacar, pero las arcadas secas son horribles y siempre empeoran mis dolores de cabeza.

Respiró profundamente para superar la sensación y finalmente abrió los ojos. La señora Osprey y la bandeja del desayuno habían desaparecido.

—Mis disculpas. No consideramos que tu estómago pudiera estar delicado. La señora Osprey traerá algo más sencillo —murmuró Giles, pasándole un pañuelo por la frente húmeda—. ¿Estás bien ahora?

Volvió a doblar el paño, pero Lilly estaba desconcertada por su atención. —Sí, las náuseas han pasado. Lo comería si pudiera. Por favor, discúlpeme con la cocinera por las molestias.

—No te preocupes por la cocinera. Disfrutará del desafío —le aseguró Giles, apartándole el cabello del rostro.

Miró su mano y luego se rio con ganas de algo que solo él encontraba gracioso. No se lo explicó. Desafortunadamente, sus movimientos sacudieron la cama.

Lilly no pudo evitar gemir en voz alta. —¿Puedes medirme una porción de láudano, por favor?

—Me temo que no —Giles le apretó suavemente la mano con la suya, más grande, y la sostuvo con firmeza—. Por orden mía, no guardamos esa mezcla en Cottingstone. La señora Osprey revisó tu equipaje y no pudo encontrar más frascos en ninguna parte. Tendrás que sobrevivir sin él.

Giles esperó su respuesta, pero ella no sabía qué decir. Nunca había tenido que lidiar con el dolor sin la medicina antes. Seguramente podría arreglárselas hasta que papá regresara.

Giles le frotó el dorso de la mano, calmando sus preocupaciones por todo un minuto. —¿Puedo hacer algo más por ti?

Sus ojos se cerraron. Aunque la oscuridad la asustaba, ya no podía tolerar la luz brillante. Su pulso latía a un ritmo acelerado detrás de sus ojos, enviando un dolor agudo a la parte superior de su cráneo. —La luz es demasiado brillante. ¿Te importaría cerrar las cortinas?

—Por supuesto. Señora Osprey, coloque la bandeja a mi lado y encárguese de ello —ordenó Giles y luego se acercó más—. Lilly, prueba un bocado de esto.

—¿Qué es? —Incluso sus propias palabras le dolían.

—Solo pan.

Algo suave rozó los labios de Lilly y abrió la boca para dar un pequeño mordisco. ¿Podía el día empeorar aún más? Ahora él la estaba alimentando. Logró dar tres bocados antes de cerrar los labios firmemente.

—Necesitas comer más que eso, Lilly. No es suficiente ni para alimentar a un gorrión —refunfuñó Giles, y Lilly no pudo evitar preguntarse por qué le importaba tanto. Nadie más lo había hecho nunca. Abrió los ojos para encontrarlo mirándola con cierta perplejidad, como si fuera un acertijo por resolver—. Intenta comer más tarde, ¿de acuerdo? No quiero que te consumas.

—Lo intentaré.

—¿Me das tu palabra?

Lilly frunció el ceño. ¿Qué le importaba a él si comía o no? Pero parecía estar esperando su respuesta—. Sí, tienes mi palabra.

Eso pareció apaciguarlo; sus hombros se relajaron y se puso de pie—. Bien. Volveré a verte más tarde, pero la señora Osprey se quedará y te hará compañía. Descansa un poco.

Era bueno que se fuera. Su cabeza había comenzado a palpitar con fuerza ahora. Pero su garganta se cerró ahogando su despedida cuando él desapareció de su vista. Él estaba mejor sin su compañía.

Él era perfecto.

CAPÍTULO SIETE

—MILORD, la señora Osprey cree que la señorita Winter ha desarrollado una ligera fiebre —le informó Dithers después de la cena—. Está preocupada y desea conocer su opinión.

Giles maldijo. Había pasado el día pensando que la salud de Lilly había mejorado un poco, pero debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. Por supuesto, la otra razón por la que se había mantenido alejado era que no confiaba en sí mismo en compañía de Lilly. Había desarrollado el molesto hábito de tocarla y no tenía derecho a hacerlo.

Sí, bueno, de acuerdo, esta mañana había intentado besarle la frente también.

Para distraerse de la tentación, había repasado sus planes para la restauración de Cottingstone Manor. Había contratado trabajadores del pueblo y comenzarían mañana. Diez hombres adicionales estarían en la casa y los terrenos durante las próximas dos semanas, trayendo orden donde ahora reinaba el caos.

El poco trabajo que había traído consigo desde Londres estaba terminado al final de la tarde, y se sentó solo en su estudio, con una copa de oporto en la mano, haciendo lo que usualmente hacía en la mansión: recuperarse.

La vida que llevaba en Londres, una vida dedicada a la búsqueda del placer, en realidad requería mucha energía para mantenerla. Había lugares a los que ir, mujeres a las que perseguir, posesividad que evitar. Sí, una vida muy agotadora.

Excepto que esta noche no podía sentirse cómodo. Su mente seguía volviendo al problema que alojaba en el piso de arriba. —¿Estás seguro de que tiene fiebre?

—No, milord. Dije que la señora Osprey cree que tiene. No siempre estamos de acuerdo, pero no he puesto a prueba su sabiduría con la joven señorita. Usted me dijo que no molestara a su ama de llaves, y dudo en poner mis manos sobre la señorita Winter para comprobar su diagnóstico.

—Podrías perder una mano de esa manera —gruñó Giles, pero el impacto de pronunciar semejante declaración territorial en voz alta lo sacudió.

—Eso es lo que pensé, milord. De ahí que haya acudido a usted. —Dithers miró alrededor de la habitación con apariencia de inspección ociosa, pero su mandíbula apretada insinuaba que estaba tratando con mucho esfuerzo de mantener su rostro inexpresivo.

Giles contuvo otro gruñido. La diversión de Dithers era el menor de sus problemas. Lilly lo necesitaba y él quería ayudarla. Después de las cosas que había hecho ante sus ojos inocentes, tenía mucho que compensar.

—Iré enseguida.

Dejando su bebida en el escritorio, Giles se puso de pie, se ajustó el chaleco, arregló sus mangas y controló sus pasos al salir del estudio. No sería apropiado parecer demasiado

apresurado, incluso si su corazón latía con anticipación por verla.

Dithers había dicho que la fiebre era leve, pero el hombre se adelantó para abrir la puerta de su habitación como si ella estuviera a punto de partir al más allá en cualquier momento.

Lo primero que Giles notó fue que Atticus no estaba en la habitación, y los bordes de la cámara estaban tan oscuros como el Hades. Apenas podía distinguir a la señora Osprey sentada en la silla junto a la cama, retorciéndose las manos con evidente agitación.

Sus pies lo llevaron hasta el borde de la cama sin pausa. Bien podrías estar controlado por cuerdas y un titiritero maestro, idiota. Tocó a Lilly sin pensarlo conscientemente. Demasiado caliente. Su piel parecía tensa por el calor.

Giles no sabía qué hacer. No tenía ningún conocimiento de curación en absoluto.

Unos ojos grises inquietantes se abrieron parpadeando y lucharon por enfocarse en él. Se acercó más para que ella no tuviera que mover la cabeza para verlo, pero sus ojos estaban apagados, reflejando un vasto dolor. —Lilly, ¿dónde te duele?

—¿Aparte de los lugares habituales? —La voz ronca de Lilly le dolió, y ella tragó y hizo una mueca para demostrar su incomodidad. Él asintió, apartándole el cabello de las mejillas ardientes, disfrutando del contacto de sus dedos en su piel incluso si ella estaba sufriendo. Sus ojos se cerraron de nuevo—. Me duele la garganta y tengo dolor de cabeza.

Giles continuó acariciando su piel y escuchó cómo su respiración se calmaba al ritmo de sus caricias. Cristo, podría tocar a esta mujer como un laúd si estuviera lo suficientemente bien. Parecía inusualmente receptiva a él. —¿Dónde están los lugares habituales donde tienes dolor, Lilly?

Sentía curiosidad por sus heridas. Demonios, sentía curiosidad por todo lo relacionado con ella. Acarició su piel hasta que ella respondió. —Cuello, espalda, brazos y piernas. Los lugares que rebotaron más fuerte contra las rocas.

Tocó su muñeca cicatrizada. —¿Estas te duelen? —Frotó sus dedos sobre las ásperas marcas de mordeduras.

—Nunca me han dolido que yo recuerde. Todo lo demás dolía más.

Alguien se aclaró la garganta, recordándole a Giles que tenía público y que no debería estar tocando a Lilly más de lo estrictamente necesario. Giles realmente deseaba poder detenerse. —¿Qué puede recomendar, señora Osprey?

Los ojos de la señora Osprey cayeron sobre Lilly, asintiendo mientras pensaba en un tratamiento. —Té con miel para aliviar su garganta irritada, paños fríos aplicados para reducir la fiebre durante la noche y un caldo para darle fuerza. Si la señorita Winter pudiera lograr comer más, sería una bendición —reflexionó la señora Osprey.

—Muy apropiado, señora Osprey. Ocúpese de ello.

La señora Osprey salió revoloteando de la habitación.

—Dithers, haz que traigan más leña y otra jarra de agua fría. —Dithers permaneció allí—. ¿Qué sucede ahora, hombre?

El mayordomo se inclinó lo suficiente para susurrar:

—Espero que sepa lo que está haciendo con ella, milord. Usted es el último de los Wexham, si lo recuerda.

—Sí, obviamente —gruñó Giles.

—No se involucre demasiado en jugar a ser enfermero. Deseamos mantenerlo con buena salud —señaló Dithers mientras seguía a la señora Osprey.

—Dithers se ha convertido en una gallina clueca —murmuró Lilly detrás de él—. En lugar del bribón que esperaba.

Giles se volvió.

—¿Recuerdas a mi mayordomo?

—Fragmentos. Las criadas estaban todas enamoradas de sus sonrisas cuando era solo un lacayo.

—Nunca lo adivinarías al verlo ahora. No tiene más que miradas severas para todos.

—¿Incluso para ti?

Giles se rio.

—Especialmente para mí. Tenía una bien merecida reputación de rompecorazones cuando era más joven. Más de una muchacha se enamoró de él, pero mantuvo su dignidad y nunca se casó. No puedo entender por qué no confía en mí —confesó Giles, tratando de parecer herido.

—Tiene un punto válido. En circunstancias normales, serías un hombre muy peligroso, sin duda. Pero olvida por completo que es imposible seducir a alguien tan enferma como yo —susurró Lilly, con la voz quebrada en algunas palabras—. No valgo la pena el esfuerzo.

Giles arqueó una ceja. Su falta de afectación era refrescante.

—¿Y qué sabes tú de seducciones, Lilly?

—Más de lo que quisiera, Lord Daventry —No dijo nada más y cerró los ojos de nuevo.

Giles la observó de cerca, fascinado por su respiración agitada y el subir y bajar de sus pechos.

Avergonzado de que la lujuria lo invadiera, se apresuró hacia la palangana sobre el tocador y vertió agua tibia sobre un paño. Lilly necesitaba sus cuidados, no sus fantasías descarriadas. Al menos ella no tenía idea de los pensamientos que giraban en su cabeza.

Exprimió la mayor parte del agua y regresó a su lado, sentándose en el colchón. Cuando la cama se hundió bajo su peso, notó que Lilly se mordía el labio y se dio cuenta de que cualquier movimiento perturbaba su comodidad.

No se atrevió a moverse de nuevo y presionó el paño húmedo contra su rostro. Su aliento exhalado en el interior de su muñeca húmeda envió un estremecimiento por todo su cuerpo.

Después de que el paño se calentó demasiado para proporcionar algún confort, se enfrentó a un dilema. Necesitaba volver a humedecerlo. Pero cuando se levantara, ciertamente la perturbaría de nuevo. No quería causarle más dolor. Miró hacia la puerta, escuchando con la esperanza de que se acercara alguna ayuda.

—Lo siento —susurró Lilly.

Perplejo, Giles bajó la mirada.

—¿Lo sientes por qué?

—Esto no es como sueles pasar tu tiempo, ¿verdad, Lord Daventry? Me estoy disculpando por perturbar tu paz —Mantuvo la mirada baja y a Giles le molestó su regreso a la formalidad. Se había acostumbrado a que dijera su nombre.

—Giles —le recordó—. No, tienes razón. No he atendido muchas cabeceras. Sin embargo, estoy más que feliz de estar al lado de la tuya. Usualmente cuando estoy aquí, me mantengo en mi propia compañía y rara vez hablo con alguien. ¿Percibes la mejora en mis circunstancias? Tengo la oportunidad de hablar con una chica muy bonita y levantarme antes del mediodía.

Disfrutaba mucho cuidarla, una sorpresa que lo dejó un poco mareado. A pesar de, o quizás debido a sus heridas, era muy fácil estar cerca de ella. No tenía que ser nada más que él mismo, una experiencia muy rara. Se inclinó cerca para susurrarle al oído:

—Los sirvientes quieren llamar a un médico para que me atienda.

Cuando Giles se echó hacia atrás, ella lo miró fijamente. Él sonrió lenta y seductoramente, una sonrisa que había funcionado con muchas mujeres hermosas. Lilly no le devolvió la sonrisa.

—Eso fue un mal gesto de su parte, milord —La voz de Lilly tembló al hablar. Giró la cabeza bruscamente, solo para jadear de dolor.

Giles repasó sus palabras, desconcertado. No había dicho nada que debiera haberla molestado. Se levantó para refrescar el paño, mirando por la rendija de las cortinas mientras pensaba. Llamar a un médico porque los sirvientes pensaban que estaba loco era una broma. ¿Alguien había intentado internarla en Bedlam en algún momento?

Miró de nuevo hacia donde ella yacía, haciendo su mejor esfuerzo por ignorarlo, y no pudo creerlo. Su mente estaba demasiado bien formada para la locura. No, debía ser algo más.

Lo único que había dicho había sido un cumplido. Ella era bonita. Lo fascinaba. Lilly lo había hecho desde la primera noche que la vio. Si ella pensaba que no era atractiva, entonces alguien debía haberle dicho algo así. Giles quería sacudir a la persona que se había atrevido a hacerla pensar tan mal de sí misma.

Caminó de vuelta y se quedó un momento contemplando el rostro del que no podía tener suficiente.

—Lilly, mírame.

Sus ojos parpadearon y se abrieron. Él se inclinó para que ella no tuviera que girarse.

—No miento, Lilly. Eres muy bonita. Confía en mí en esto.

Ella parpadeó con lágrimas y Giles le limpió el rostro, eliminando la evidencia. Esperó a que las lágrimas se detuvieran. Finalmente, ella lo miró y sonrió tímidamente. Él extendió la mano y frotó el paño húmedo sobre la punta de su nariz, luego fue a buscar el cuenco para no tener que dejar su lado de nuevo.

Lilly permaneció en silencio mientras Giles la refrescaba, y él tuvo tiempo para preguntarse si su familia había apagado su espíritu antes o después del accidente. Lady Winter era una mujer vanidosa, en su opinión, y podía atribuirle el intento de aplastar la confianza de su hija para acaparar toda la atención. Lilly era más bonita, después de todo, y algún día la superaría en rango. Quizás lo hizo por celos.

La señora Osprey se fue a dormir cuando la fiebre de Lilly disminuyó, pero Giles se quedó. Podía notar que ahora sentía dolor por sus antiguas lesiones, y parecía más de lo que podía soportar en silencio. Le pidió a Dithers que trajera una botella de brandy de su estudio y una copa para el ardiente licor, luego lo despidió.

Mientras la casa quedaba en silencio, Giles alcanzó el líquido ámbar. Sirvió una copa generosa, acercándola a los labios de ella para que bebiera. Ella se atragantó con el sabor desconocido, pero él no tenía nada mejor que ofrecerle.

Cuando se había bebido una copa entera, comenzó a hablar con un ligero arrastre en sus palabras.

—Por supuesto, lo que más noto es que nadie me toca ya. Solo papá —negó con la cabeza. Al parecer, el brandy había adormecido rápidamente su dolor—. Oh, y tú lo haces. Tus manos son tan cálidas y reconfortantes. Desearía que pudieras seguir haciéndolo.

—¿Qué has dicho, Lilly?

—Oh, me has llamado Lilly otra vez. Pensé que lo había imaginado. También hueles tan bien. No como él. Su aliento huele a pescado podrido. Puaj. Espero que no venga aquí.

Mientras Giles le tocaba la cara y su pulgar acariciaba su labio inferior fruncido, se preguntó a quién se refería. ¿Quizás un médico? Pero Lord Winter parecía haber renunciado a los médicos, así que podría haber prometido que nadie se acercaría a Lilly de nuevo.

Su aliento sopló sobre el pulgar de Giles y este, luchando por no excitarse, dejó la copa en el suelo. Ella era demasiado confiada, nunca protestando mientras él deslizaba su mano hasta su

hombro para frotar los músculos tensos por la tensión.

Lilly se movió sensualmente bajo las sábanas y se le ocurrió una idea. Uno de sus mayores dones era su habilidad para usar sus manos para dar placer. Se preguntó si Lilly le dejaría probarlo con ella.

Muchas mujeres habían sucumbido bajo sus hábiles dedos y le habían ofrecido todo si solo seguía frotándoles la espalda. ¿Funcionaría en las lesiones de Lilly y le daría algo de alivio?

Cuando Giles frotó un poco más fuerte, Lilly tomó aire temblorosamente y sus músculos se relajaron. Eso le dio esperanza.

—Lilly, ¿confiarías en mí?

Ninguna mujer cuerda diría que sí a esta pregunta si tuviera planes de mantener sus faldas bajadas, pero se preguntó cuál sería la respuesta de Lilly de todos modos. Continuó acariciando los músculos tensos. Ella respiraba profundamente con cada caricia.

Su respiración se entrecortó.

—Sí, confío en ti, Giles. Probablemente no debería, ¿verdad?

—Tienes razón en dudar de mí, pero quiero intentar algo. Quiero darte la vuelta y frotar los músculos de tu espalda y piernas para ver si eso te da algo de alivio del dolor. ¿Crees que podrías soportarlo? —Giles tragó saliva antes de confesar la última parte de su plan—. Tendría que quitarte el camisón para hacerlo.

Eso no era estrictamente cierto, pero ella disfrutaría mejor la experiencia sin el lino raspando su delicada piel. Lilly estudió su rostro durante bastante tiempo antes de desatar la cinta del cuello de su camisón y girarse. Se movió lentamente y Giles pudo bajar la tela. Cuando su espalda quedó expuesta hasta las caderas, él jadeó en voz alta.

Señor, estaba delgada.

Giles podía ver fácilmente todos los huesos de sus costillas y espalda, afilados bajo la piel pálida y fina. Tragó saliva al ver las cicatrices que tenía. Líneas blancas y dentadas se extendían por su espalda superior y una cadera. Lilly jadeaba ruidosamente y él también, pero su respiración frenética no era por dolor.

Giles se apresuró hacia la puerta. Sería su mala suerte que Dithers regresara justo ahora.

Cuando cerró la puerta con llave, volvió corriendo a la cama, sabiendo que tenía poco tiempo para experimentar con sus lesiones. Se subió a la cama sobre ella con mucho cuidado, frotando desde la base de su columna hasta los hombros en una suave pasada. Lilly gimió.

—¿Te dolió?

—No, Giles.

Usando ambas manos, se puso a trabajar sin hablar de nuevo, a horcajadas sobre sus caderas para empezar, pero con cuidado de no poner ningún peso sobre su cuerpo. Ella gimió bajo su presión, y con cada pasada de sus manos se volvió más seguro de que sus gemidos no eran de dolor, sino de alivio.

Frotó su columna y omóplatos, a lo largo de sus brazos. Giles volvió a su cuello y trabajó suavemente allí durante un tiempo, luego regresó a su espalda y recorrió su huesuda caja torácica, hasta donde el camisón lo detuvo. Se dio la vuelta y subió la tela por su cuerpo, dejando al descubierto sus piernas y su trasero.

Se le secó la boca. No habría podido hablar aunque su vida dependiera de ello. Había más cicatrices en sus piernas. Frotó sus manos arriba y abajo, notando la tirantez de la piel y el músculo, luego masajeó sus pequeños pies también, y pasó un tiempo considerable ablandándolos.

Trabajó de vuelta por todo su cuerpo una y otra vez, disfrutando de tener sus manos ocupadas

en piel desnuda, y sin recibir ninguna sugerencia de Lilly para que se detuviera en ningún momento. Aparte del ocasional gemido profundo, rara vez hacía un sonido.

Cuando se detuvo, contempló su suave piel y tragó saliva con dificultad. Las cicatrices no le restaban belleza a su cuerpo. Estaba hermosamente formada: una cintura pequeña que necesitaba un poco más de relleno, al igual que sus costillas, caderas generosas que se ensanchaban hasta formar globos perfectos que le hacían la boca agua. Dada su posición y el ángulo de sus piernas, apenas podía distinguir un mechón de vello blanco entre sus muslos. Gimió, tentado de hundir su cabeza y saborearla.

Un fuerte ronquido lo detuvo en seco. Luego se escuchó otro, y él resopló. Sus acciones bien intencionadas lo habían excitado dolorosamente, pero ella estaba dormida.

Giles se deslizó fuera de la cama y ajustó el camisón para que volviera a estar decente, luego la volteó cuidadosamente boca arriba, sin llegar a vislumbrar sus pechos bajo la gruesa tela. Subió las mantas hasta su barbilla, solo para asegurarse de que esa vista le estuviera definitivamente vedada.

Cuando la cama parecía como si Lilly no hubiera tenido compañía, cruzó hacia la puerta y la destrabó. En silencio, volvió a cruzar la habitación y tomó su lugar junto a la cama, estirándose para fingir que dormía en caso de que Dithers pensara en verificar sus actividades.

Giles trató de aplacar su furiosa erección, y le llevó un tiempo lograrlo. Dithers se asomó justo cuando había ganado esa batalla. Trajo una cena ligera y le deseó buenas noches a Giles, mirándolo con un extraño brillo en los ojos.

Si Giles no supiera mejor, apostaría a que Dithers había rebajado sus estándares y había pegado el ojo a la cerradura antes para espiar.

—No han pasado por aquí, señor Barrette.

Bartholomew levantó la mirada hacia el mozo de cuadra que se cernía sobre él y frunció el ceño, nada complacido con la noticia. Otro día perdido, otro día desperdiciado recorriendo el campo en busca del carruaje del barón Winter. Había estado tan seguro de que el viejo se habría dirigido hacia lugares conocidos, pero esta vez se había escondido bien y como corresponde.

Miró a su sirviente cubierto de polvo, Brown, a través de la creciente penumbra de la taberna. —Pasaremos la noche aquí. Estate listo para partir al amanecer —el hombre se tocó el mechón de pelo y salió apresuradamente de la taberna.

Maldita zorra, que se vaya al infierno y vuelva.

Al menos esta taberna servía mejor brebaje, y podría beber a sus anchas esta noche. También ofrecía una mejor clase de fulanas. Una moza atractiva balanceó su cadera cerca de su brazo para que sus faldas lo rozaran. Se disculpó, pero luego lo hizo dos veces más. Se inclinó para llevarse su jarra vacía, dándole una vista sin obstáculos de sus pechos.

Ramera.

Pero al menos era rubia.

Pidió otra cerveza, notando que la mirada del posadero también estaba fija en la mujer. Una esposa o una hija, a Bartholomew no le importaba. De cualquier manera, ella buscaría dinero por sus molestias.

Siguió sus movimientos. Cuando el posadero se distrajo con otro cliente, la mujer se escabulló por la parte trasera, mirando por encima del hombro para ver si él lo había notado. Después de un momento o dos, Bartholomew se puso de pie y la siguió.

La luz de la luna hacía que el descuidado huerto de la cocina pareciera agradable, y encontró a la mujer esperando junto a un muro del jardín. Sin decir una palabra, ella lo atrajo hacia sí, agarrándole el trasero como una mujer poseída por la pasión. Si no supiera exactamente lo que ella buscaba, y lo que realmente obtendría, podría haberse divertido.

—Será mejor que te des prisa. Mi marido tiene un temperamento terrible, pero yo tengo ganas de un bonito vestido.

Volteó a la pequeña mujer contra la pared, golpeó su cabeza contra la áspera piedra y le levantó las faldas. —Deberías temerme más a mí que a tu marido. Nadie sabe que estás conmigo.

La fulana gimoteó.

—Y nunca lo sabrán. Te pagaré bien, pero cierra tu estúpida boca, o esto solo se pondrá más violento.

Su cabeza asintió levemente. Él se liberó de la estrecha confines de sus pantalones, le separó los muslos y la tomó de una sola y dura embestida.

Ella gritó, pero Barrette estaba demasiado consumido por el odio para hacer más que apretar su agarre en sus caderas. Le forzó las piernas a abrirse más, embistiéndola con toda la frustración que había cargado sobre sus hombros durante los últimos días.

Deseaba que fuera Lillian. La hija perfecta sería un polvo perfectamente bueno si alguna vez pudiera atraparla a solas. La doblegaría a su voluntad, la obligaría a hacer cosas con él y con nadie más. Haría que su padre se arrepintiera de su decisión de no aceptar su propuesta. La dote de Lilly debería quedarse con él y Dumas.

Terminó con un gruñido, se arregló la ropa y arrojó un generoso puñado de monedas al suelo. Ella jadeaba en busca de aire, pero no hizo ningún movimiento para arreglarse. Él se alejó, pero después de unos pasos se volvió para ofrecerle un consejo. —Cómprate un vestido del color que quieras, pero no amarillo limón. Solo un cadáver andante viste de amarillo limón.

CAPÍTULO OCHO

GILES SE DESPERTÓ tarde al día siguiente, lo cual era sorprendente, considerando que estaba durmiendo erguido en un sillón de orejas en la alcoba de Lilly. Le dolía la espalda por la extraña posición y gimió cuando sus músculos agarrotados protestaron.

Parpadeando rápidamente, notó que la habitación estaba tan iluminada como las cortinas parcialmente cerradas lo permitían. Pero podía ver claramente que el fuego se había apagado hacía mucho tiempo. Había dormido toda la noche sin moverse, y esperaba que Lilly hubiera hecho lo mismo. Cuando se volvió hacia la cama, la encontró observándolo con los labios ligeramente entreabiertos. Le sonrió, feliz de verla ya despierta.

Su cabello estaba bastante despeinado, su camisón se había abierto en la garganta donde él no había logrado atarlo con seguridad, pero sus ojos grises lo miraban con calma. No estaba seguro de qué tipo de recepción encontraría esta mañana, pero entonces Lilly sonrió, y Giles agradeció tener la silla debajo de él.

—Buenos días —dijo ella.

Cuando sonreía, no solo era bonita, sino tan hermosa que desafiaba toda descripción. Se encontró inclinado sobre la cama, con las manos junto a los brazos de ella, mirando fijamente su rostro antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Unos ojos grises y claros le devolvían la mirada. No podía ver nubes de dolor que nublaran su visión.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Te sientes mejor?

—Me siento mucho mejor esta mañana. Gracias, Giles. Anoche fue una idea maravillosa. ¿Cómo aprendiste a hacer esas cosas?

Giles consideró decirle la verdad, pero luego cambió de opinión. Era mejor no disminuir aún más la opinión que Lilly tenía de él tan temprano en el día.

—Solo algo que aprendí por ahí.

Los ojos de Lilly se desviaron en aparente modestia, y él admiró el suave arco de sus pestañas abanicadas contra sus mejillas. Sin su escrutinio directo, podía permitirse imaginar su piel contra su lengua y sus labios. Cómo podría verse en medio de la pasión.

Era perverso y equivocado de su parte considerar a una inválida de esa manera, pero ella despertaba en él una bestia que anhelaba dar placer tanto como proteger. Los ojos de Lilly se movieron detrás de sus párpados. La forma en que su cuerpo se quedó quieto le dio una idea. Podría jurar que ella estaba evaluando su figura.

Una rápida mirada hacia abajo le recordó que su forma de vestir era impropia. Se había quitado la corbata y había abierto el cuello de su camisa cuando se había acomodado para dormir.

Giles esperaba no haberla escandalizado. Su garganta estaba expuesta. Probablemente podría ver todo el camino hacia el interior de su camisa. ¿Las vírgenes gritarían al ver vello en el pecho? Se quedó quieto y, para su diversión, los ojos de ella se deslizaron hacia abajo.

Esta mañana estaba bendecido con una fortuita falta de erección. A esta distancia, ella no habría podido fingir no ver una. Gracias a Dios se había quedado dormida anoche cuando sus pantalones estaban incómodamente apretados.

Su mirada volvió a subir, y notó que un ligero rubor se había extendido por sus mejillas. El color le sentaba mucho mejor que la palidez enfermiza de ayer. Cuando los ojos grises se elevaron hacia los suyos, el rubor se volvió de un rosa intenso.

Giles decidió ser amable y retrocedió un poco. Si Lilly se sentía incómoda por su proximidad, haría todo lo posible por comportarse. Aun así, tomó suavemente su muñeca y trazó círculos reconfortantes en su brazo.

Lilly no se apartó, pero se lamió los labios. Esa lengua rosada causaba más travesuras de las que ella sabía. Tuvo que imaginar la figura desnuda de la corpulenta Lady Barrow para controlar sus deseos.

En la habitación silenciosa, el sonido de su respiración acelerada resonaba fuerte en sus oídos. Él la afectaba, y ese pensamiento lo hizo sonreír. Al menos no estaba completamente solo, el único incapaz de mantener un control total sobre su comportamiento.

—¿Tienes hambre? —preguntó, rompiendo el silencio que se había espesado a su alrededor.

—Sí, un poco —vaciló, mirando hacia donde estarían sus dedos de los pies.

—¿Quieres que pida que te traigan el desayuno ahora?

Se le ocurrió que debería ser una mañana incómoda para ambos. Aunque él había sido consciente del efecto de Lilly desde que la vio por primera vez, este era el comienzo para ella. Las atracciones tenían la costumbre de dejar a uno sin palabras, y dado que había tenido sus manos por toda su piel desnuda anoche, debería haber esperado cierta incomodidad entre ellos.

Ella se lamió los labios de nuevo y la entrepierna de Giles palpitó ante el movimiento de su lengua.

—Todavía no.

No dijo nada más, y de repente se dio cuenta de que ella nunca le haría exigencias. No estaba siendo coqueta, ni tratando de ganarse su atención. Simplemente pensaba que él estaba demasiado ocupado para molestarlo.

—¿Qué necesitas, Lilly?

El suspiro de Lilly agitó el aire junto a su oreja.

—Necesito el orinal otra vez.

No le importaba que ella lo necesitara para un asunto tan personal. No podía decir si haría lo mismo por cualquier otra mujer, pero por Lilly, parecía que haría cualquier cosa para enmendar sus errores.

—Aquí, déjame ayudarte —la ayudó a sentarse, pero ella balanceó sus propias piernas sobre el borde sin ayuda, mostrando una gran cantidad de pierna blanca en el proceso. Lilly nunca lo notó ni se cubrió. Se posó en el borde y luego se deslizó por el costado hasta el suelo.

Giles vislumbró mucho más de su cuerpo. No pudo evitar el flujo de sangre a su entrepierna, pero logró no gemir en voz alta. Eso, en sí mismo, fue todo un logro.

Lilly tenía unas piernas preciosas. Cuando la miró a la cara, ella tenía los ojos cerrados y una extraña sonrisa jugaba en sus labios. Se preguntó qué estaría pensando.

—No hay dolor —susurró Lilly, como si le leyera la mente.

Sorprendido, le apretó el brazo con más fuerza mientras la euforia lo invadía. Seguramente,

no era tan hábil. —¿Nada en absoluto?

—Nada todavía.

Sin querer arriesgarse a empañar su estado de ánimo, extendió el brazo y la guio por la habitación. Una mano rodeaba su espalda, la otra sostenía su mano. La postura era tan reminiscente de un baile que creyó oír música. Casi se rio de lo absurdo que era.

Él no paseaba con mujeres; simplemente se acostaba con ellas a menudo. Lo más cercano que tenía a amigas femeninas era la marquesa de Ettington, esposa de su amigo Jack, y la hermana gemela de Jack, Virginia. Ambas aceptaban que él no cambiaría. Eran mujeres muy tolerantes.

Giles dejó a Lilly en la esquina con el biombo y volvió a cruzar la habitación hasta la puerta. No quería dejarla sola, pero quedarse la incomodaría. El umbral era lo más lejos que estaba dispuesto a ir, sin embargo. Siempre existía la posibilidad de que lo necesitara para volver a la cama. No quería deshacer el bien que había logrado la noche anterior.

Hoy vendrían hombres para comenzar el trabajo, y esperaba que Dithers ya los hubiera puesto a realizar algunas de las tareas. No era un buen día para haber dormido hasta tan tarde. Había tanto que hacer y supervisar.

—Giles, ayuda.

Se giró para encontrar a Lilly agarrándose al biombo con ambas manos. Corrió a través de la habitación y la atrapó contra su cuerpo.

Los dedos de Lilly arañaron su piel mientras se aferraba al lino de su camisa, pero no pudo saborear la sensación. Giles la levantó en sus brazos y la sostuvo con fuerza, mirando su rostro pálido y húmedo. —¿Qué ha pasado?

A Giles se le cayó el alma a los pies.

Ella se aferró a él, el pánico evidente en cada uno de sus gestos. —La habitación está dando vueltas.

Apretó a Lilly contra su pecho y se quedó quieto, esperando a que pasara su mareo. Cuando ella aflojó su agarre en su camisa, se movió con cuidado hacia la cama. —Hmm, quizás necesites comer algo más sustancioso hoy.

Lilly tragó saliva y él decidió no volver a mencionar la comida por un tiempo. Su aliento abanicó su piel, agitando el vello de su pecho y endureciendo sus pezones. Que Dios lo ayudara, estaba fuera de control cerca de Lilly. Ella apretó de nuevo su agarre en su camisa y el roce de la tela sobre los pezones aumentó su excitación.

—Cristo, eres buena —susurró, luchando por no aplastarla contra él.

—¿Buena?

No se había dado cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta. Estaba claro que necesitaba recuperar el juicio y dejarla, pero, para su horror, sus brazos se resistían.

—Buena siendo tan razonable. Cualquier otra señorita estaría chillándome por comprometerla.

Lilly dejó escapar un gran suspiro. —Nadie me creería.

Giles miró el pequeño bulto en sus brazos. —No deberías estar tan segura.

Él lo creería. Una chica inocente lo había convertido en un desastre palpitante de necesidad. Ni siquiera había tenido que recurrir a batir sus pestañas para lograrlo.

Giles bajó a Lilly a una posición sentada y alcanzó las almohadas para apilarlas detrás de ella. La recostó con suavidad, recogiendo su largo cabello y empujando la masa enredada detrás de sus hombros. Se afanó hasta que estuvo satisfecho de que estaba cómoda, y luego subió las mantas hasta su pecho.

Se apartó para examinar su obra. El cabello de Lilly necesitaba un lavado y un buen cepillado. Colgaba sin vida alrededor de su cara. ¿Cómo habían logrado cuidarla con todo el dolor que había soportado antes?

De hecho, se encontró preguntándose sobre todo lo que le había sucedido a Lilly en su corta vida. Giles nunca había sentido tanta curiosidad por otra persona antes y constantemente se sorprendía por sus preguntas no formuladas. ¿Qué diablos le pasaba esta semana?

—Estás bastante delgada, ¿sabes? Se te ven todos los huesos de las costillas a través de la piel. —Como esperaba, un color ardiente volvió a las mejillas de Lilly ante sus palabras—. Es bastante comprensible. Roma no se construyó en un día, después de todo. ¿Crees que podrías soportar comer pronto?

—Si crees que debería.

Giles asintió. —Creo que sí. Quizás eso evite que vuelva el mareo.

Tiró con fuerza de la campana. Cuanto antes pudiera hacer entrar a los sirvientes, más rápido podría proteger su virtud.

Dithers llegó y sonrió al ver a Lilly despierta. Ella le devolvió la sonrisa tímidamente y rápidamente bajó la mirada.

—Desayuno para la señorita Winter, Dithers.

—Solo tostadas, gracias —añadió Lilly.

—No solo tostadas. Trae chocolate caliente, un plato de huevos revueltos, pan fresco con mantequilla, y date prisa.

Lilly lo miró por primera vez con algo que no era buena disposición, y él simplemente negó con la cabeza y se rio.

—Nunca supe que eras dominante.

Giles sonrió. —¿Crees que lo sabes todo sobre mí, entonces?

—Me dijeron qué esperar.

Giles parpadeó. —¿Te instruyó mi madre? —Se hundió en el borde de la cama y tomó la mano de ella entre las suyas. Por fin podrían hablar de su unión frustrada, y luego el tema podría dejarse atrás para siempre.

—Me envió listas de tus cosas favoritas para memorizar. Debo decir que tienes un notable gusto por lo dulce.

—Siempre he pensado que lo mejor de la vida se guarda para bien entrada la noche. Los placeres dulces se pueden apreciar y saborear mejor a la luz de las velas.

Lilly frunció el ceño. —Ya no estás hablando de postres, ¿verdad?

Giles se rio de que ella ya lo hubiera descifrado. —¿A qué otra cosa podría referirme?

Ella no respondió. Él le soltó la mano y se acercó a las cortinas, dispuesto a separarlas. No debería haber bromeado con Lilly, pero ella tenía ventaja sobre él; él solo tenía su lengua de plata para provocarla. Ella, aparentemente, tenía un arsenal de confidencias parentales.

Recordando la aversión de Lilly a la luz, solo abrió la mitad, lo suficiente para iluminar la habitación para las tareas de los sirvientes, pero no tanto como para cegarla por accidente.

Lilly parpadeaba rápidamente cuando él se giró, pero parecía acostumbrarse al aumento de luz.

—Deberías comer todo lo que puedas en cada comida —dijo él—. Quieres levantarte de esa cama en algún momento, ¿no?

A decir verdad, Giles no tenía idea de lo que Lilly sentía sobre su confinamiento. Dado el éxito de la noche anterior, estaba ocupado planeando el futuro de ella fuera de esta habitación, y ciertamente no implicaba un viaje sin retorno a Gales.

La vida que su padre planeaba para ella era inaceptable.

Lilly se incorporó. —Por supuesto que quiero salir de esta cama. ¿Crees que me gusta depender de todos?

Giles se cruzó de brazos. —Sé que a mí no me gustaría. Simplemente no sé si eres el tipo de mujer que disfruta que la atiendan.

Era una provocación deliberada. Lilly se erizó, pero contuvo una sonrisa. Oh, sí, Lilly tenía fuego. Ahora que las pociones habían salido de su sistema, tenía la intención de mantenerla así. No contemplaba cómo podría lograr tal hazaña cuando ella dejara la mansión, pero haría todo lo posible mientras permaneciera bajo su techo.

—Tu madre debería haber añadido tirano a la lista.

Él se despidió con una reverencia exagerada y salió de la habitación a grandes zancadas, de repente preocupado por la situación de ella. No quería que fuera infeliz, pero estaba bastante seguro de que lo sería si Lord Winter se salía con la suya.

En sus aposentos, ordenó un baño y luego tomó un abundante desayuno antes de salir de la casa para revisar el trabajo del día. Todavía estaba fuera cuando Dithers lo encontró unas horas más tarde y le informó que Lilly había comido bien pero estaba descansando de nuevo. Eso no le sorprendió. Estaba terriblemente débil. Recuperar sus fuerzas llevaría tiempo.

Dithers tiró de su chaleco oscuro y miró a su alrededor con orgullo. —Lo que hizo anoche, milord. Fue la decisión correcta. Se ve mucho mejor por ello. ¿Cómo supo qué hacer?

Giles suspiró. Debería haber sabido que su mayordomo observaba cada uno de sus movimientos. —Sus músculos estaban tan rígidos como una de las tablas de cortar de la cocinera. Simplemente la ablandé un poco.

—Puede que tenga que hacerlo de nuevo. No creo que estuviera tan cómoda la última vez que llevé leña. Podría estar sufriendo de nuevo. —Dithers claramente disfrutaba haciendo planes inapropiados para la noche de Giles.

—Sí, es más que posible. Probablemente no dirá ni una palabra al respecto, sin embargo. —Giles miró hacia la ventana de Lilly, deseando verla—. ¿Podrías organizar un baño para ella esta tarde después de que despierte? Haz que todas las doncellas la atiendan. Necesitará ayuda con su cabello, me imagino.

—¿Está seguro de que es prudente, milord? Las chicas no son particularmente fuertes. ¿Qué pasa si necesitan ayuda para levantarla? ¿Quiere que entre yo, o que envíe a uno de los chicos Davis?

Giles gruñó ante la idea de uno de sus sirvientes masculinos cerca de una Lilly desnuda, pero lo que Dithers sugería era escandaloso. Giles no debería estar en la misma habitación que una Lilly desnuda y mojada. ¿Acaso querían que se casara más rápido de lo que pudiera parpadear?

La respuesta, por supuesto, era sí. Tanto su mayordomo como su ama de llaves habían dejado caer suficientes indirectas como para que no debiera sorprenderse por sus intenciones. Que el cielo lo librara de sirvientes casamenteros.

Intentó pensar en otra forma de llevar a cabo la tarea y fracasó. Ahora que lo pensaba, ella podría necesitar su apoyo.

Demonios.

¿Qué pensaría ella de estar desnuda en su presencia con sirvientes a su alrededor para verla?

Giles cedió. —Dile a la señora Osprey que yo la asistiré. Asegúrate de que haya suficientes sábanas disponibles, ¿quieres? Ah, y será necesaria una venda para los ojos.

—¿Está seguro sobre la venda, milord? —preguntó Dithers—. ¿Y si tropezara y la dejara caer? —Su mayordomo luchaba por no reír, y había calculado sus preguntas simplemente para

molestarlo.

—No lo haré. Vuelve a tu trabajo y deja de fastidiarme.

Giles entró en una habitación impregnada del aroma a limón del agua del baño y quiso dar media vuelta. Un pícaro como él no debería estar en esta habitación.

Los asuntos domésticos era mejor dejarlos a los hombres casados o a las enfermeras, y como él era un soltero empedernido, estaba seguro de que Lord Winter lo mandaría descuartizar por lo que planeaba hacer si alguna vez se enteraba.

Cruzó la habitación hasta la cama, pero esta vez logró mantener las manos quietas. Podía notar que Lilly yacía desnuda bajo la sábana que la señora Osprey había colocado sobre ella. Tendría que levantarla y meterla en la bañera con esa sábana, y apartarse antes de que el agua la volviera transparente.

Respiró lentamente por la nariz e intentó mantener la calma. Lilly también parecía evitar su mirada. Probablemente era lo mejor. Se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa, consciente de que los ojos de Lilly se habían alzado y observaban cómo quedaban expuestos sus brazos.

—Señora Osprey, la venda.

Giles se agachó para que la pequeña ama de llaves pudiera atarle la tela, pero pronto se hizo evidente un problema. Era la nariz de los Wexham, por supuesto. Aún podía ver.

De niño, había hecho trampas descaradamente en el juego de la gallinita ciega porque la forma de su cara dejaba un hueco útil bajo sus ojos. Podía ver la mano de Lilly descansando sobre la cama y cuando se acercara, vería mucho más.

La señora Osprey lo guió hacia adelante, y sus manos temblaron al levantar a Lilly de la cama. Probablemente debería confesar que podía ver, pero se mordió la lengua, la llevó al otro lado de la habitación y la sumergió en el agua agradablemente templada. Intentó que su mirada no se detuviera en la sábana que se humedecía rápidamente.

A Lilly se le cortó la respiración cuando él rozó con las yemas de los dedos la jaula de sus costillas y el músculo más carnoso de su muslo al soltarla. Se puso de pie, agarró una toalla a ciegas y retrocedió hasta que no pudo ver más. A Giles le gustaba la sensación de Lilly en el agua.

Mientras se secaba los brazos y esperaba, intentó ignorar los chapoteos y la suave conversación. Dios mío, esperaba poder dominar sus impulsos antes de tener que volver y sacarla.

—Lord Daventry, cuando esté listo.

Giles ahogó un gemido y volvió para cumplir las órdenes del ama de llaves. Continuando con la farsa de que no podía ver, tropezó con una silla. La señora Osprey lo cogió del brazo y lo acercó. Supuso que podría culpar a su espinilla dolorida por su jadeo, pero no era eso lo que lo había provocado. Los ojos plateados de Lilly se cruzaron con los suyos y supo que ella sabía que él podía verlo todo.

No pudo evitarlo. Estaba perdido. Una lujuria imparable lo invadió mientras se inclinaba hacia Lilly.

La generosa curva de sus senos llenos bajo la sábana mojada y los pezones rosados y erectos llamaban su atención.

Sus pechos fueron toda una sorpresa. Había asumido que tenía menos busto del que realmente tenía, pero los pechos de Lilly eran pesados y cabrían perfectamente en la palma de su

mano. Dios mío, ahora estaba más que excitado; estaba en agonía.

Si la señora Osprey no hubiera estado en la habitación, los habría tomado en su boca y los habría succionado hasta que los dedos de ella se enredaran en su cabello. Le encantaban los pechos de Lilly.

La señora Osprey escurrió el agua sobrante del cabello de Lilly mientras él permanecía agachado junto a la bañera, anhelando un cuerpo que deseaba tanto como necesitaba el aire. Por suerte, el ama de llaves parecía no notar su distracción.

Esperó, sus ojos devorando un cuerpo perfectamente proporcionado incluso con la vista de las costillas marcadas y las cicatrices plateadas. —Cuando usted guste, mi lord.

Le llevó tiempo hacer que su cuerpo obedeciera. Giles la levantó, pero sostuvo a Lilly contra su pecho un largo momento, inhalando el aroma de su piel limpia y húmeda y disfrutando cada instante. No entendía por qué se había negado alguna vez el placer de ver a una mujer bañarse. Incluso con los ojos vendados, era lo más erótico que había presenciado jamás.

Lilly se removió un poco en sus brazos, obligándolo a recordar que debía moverse. Se dirigió a la cama y la depositó suavemente. Pero su cuerpo traidor la siguió. Sus labios rozaron la sien de ella antes de que pudiera detenerse.

Un escalofrío recorrió el pequeño cuerpo de ella. Giles se echó hacia atrás y la encontró mirándolo con cautela, sus manos buscando rápidamente las sábanas.

—Pensé que estabas enfadado conmigo —dijo ella.

Giles se llevó la mano a la venda y se la quitó, bebiendo la visión de sus hombros húmedos. —No, no estoy enfadado contigo. —Ella se relajó un poco, pero a su parecer, su cuerpo parecía tenso—. ¿Tienes dolor?

Ella se mordió el labio.

Giles le dio un pequeño empujón en el hombro, comprobando si intentaría ocultarle su malestar. Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Quieres que venga a verte después de la cena?

Esta vez, Lilly tuvo que tomar una decisión con la mente mucho más clara que antes. Sabía exactamente de lo que él era capaz, pero Giles no se impondría si ella no deseaba que la reconfortara.

Las cosas que habían estado haciendo podían tener graves consecuencias, sin mencionar la dolorosa distracción de excitarlo. A él siempre le gustaba que sus mujeres estuvieran dispuestas.

—Sí, por favor, ven.

Giles asintió una vez, incapaz de hablar. Sí, por favor ven. Palabras tan inocentes, pero él sabía exactamente dónde deseaba venir: en cualquier lugar que ella le permitiera.

CAPÍTULO NUEVE

EL JUEVES AMANECIÓ despejado y radiante mientras Lilly se revolcaba en su cama, anhelando salir de ella. No había estado realmente al aire libre en años. Viajar de un carruaje a una casa apenas contaba. Pero no podía hacerlo. No podía salir.

Cuando la señora Osprey abrió sus cajones de ropa, Lilly notó que no había prendas para exteriores dentro. Al reflexionar sobre el asunto, le pareció que no podía recordar la última vez que había usado un vestido apropiado, o incluso se había probado uno.

Oh, sí, recordaba el día del accidente. Lilly llevaba puesto su vestido favorito de muselina color limón con pequeñas flores bordadas en el dobladillo. Un vestido que consideraba bonito y delicado, un atuendo para hacer envidiar a sus conocidas.

Atticus se había comportado admirablemente y no había puesto sus patas embarradas sobre la fina tela ni la había arrastrado por la hierba salvaje de la propiedad. Su obediencia la había hecho sentir tan orgullosa.

Con un poco de entrenamiento y descarados sobornos, Lilly lo había adiestrado de la misma manera que su papá entrenaba a sus perros de caza. El lebrel irlandés había respondido con entusiasmo. Se sentaba cuando se lo ordenaba, esperaba cuando ella se lo decía y caminaba tranquilamente a su lado según las instrucciones. Sí, había sido muy bueno ese día.

Pasó las yemas de los dedos sobre la ropa de cama. Se estaba haciendo tarde. Giles había dormido en su propia habitación anoche, y ella había pasado su primera noche sola desde el accidente. Lilly no estaba acostumbrada a estar sola en absoluto y le había resultado difícil permanecer dormida. Incluso su tratamiento de anoche no la había relajado por completo. La había agitado de maneras que no comprendía.

Giles había sido cortés pero firme con su cuerpo. Había masajeado profundamente sus hombros y espalda, aliviando nudos que no sabía que podía tener. Había sido gentil con su cuello y cabeza, y ella volvió a estremecerse al recordar sus dedos deslizándose por su cabello y peinando los largos mechones.

Las atenciones de la enfermera a su cabello nunca se habían sentido así. Se había estremecido por completo, pero no por enfermedad. El inicio había sido demasiado repentino para causar preocupación. Y la sensación había pasado, cambiando para hacerle contener la respiración cuando Giles masajeó los músculos de sus glúteos. Se sonrojó al recordar sus cálidas manos, cuánto tiempo se había detenido allí y cuán fuerte había sonado su respiración en la noche tranquila.

Pero cuando sus manos bajaron por sus piernas, su rostro se había acalorado aún más y pensó que sus reacciones eran de vergüenza, no de enfermedad. Sus manos habían recorrido repetidamente la longitud de cada pierna, presionando el arco de su pie para enviar escalofríos

por todo su cuerpo.

Un temblor la recorrió ahora. Él no había hablado mucho anoche, pero ella había sido incapaz de contener sus gemidos de placer y alivio.

Giles Wexham tenía unas manos muy talentosas.

Cuando terminó, la vistió de nuevo, subió las mantas hasta arriba, apagó la vela y le susurró buenas noches antes de dejarla sola.

Gentil, considerado y, sobre todo, afectuoso.

Ya no sabía qué pensar de él. Así no era como se comportaba con las mujeres en Londres. Incluso en medio de la bruma inducida por el láudano, ella entendía exactamente lo que motivaba a Giles Wexham. Ansiaba la emoción y el placer.

Actuar como su enfermero debía aburrirlo hasta las lágrimas.

Era un pícaro y pasaba sus noches en los brazos de cualquier mujer dispuesta. Se preguntaba cómo lo hacía. ¿Era difícil hacer el amor con una mujer diferente cada vez?

Lilly no podía entender cómo podía estar feliz perdiendo su tiempo en su compañía. No era como si ella tuviera un gran ingenio o historias fascinantes que contarle. Él debería estar más que aburrido, pero siempre era cortés y siempre volvía. Estaba tan agradecida por el cuidado que le brindaba que no podía soportar decirle que no visitara. Hacía mucho tiempo que no tenía tan buena compañía.

Su apetito también había regresado. El desayuno de esta mañana fue más abundante que el de ayer. Lilly había comido cada bocado que pudo y aún así esperaba con ansias el almuerzo. Se preguntaba qué estaría haciendo Giles. No había venido a verla esta mañana y ella echaba de menos su rostro. Probablemente no era una buena idea confiar en el pícaro, pero disfrutaba sonriendo con él. Giles tenía una sonrisa tan agradable.

Lilly deslizó sus pies por el costado de la cama y se puso de pie, agarrándose al colchón mientras recuperaba el equilibrio. La ventana estaba a buena distancia, pero quería ver la vista exterior.

Solo podía recordar vagamente cómo se veía la propiedad, y dado que era un día tan hermoso, los jardines también estarían hermosos.

Lilly comenzó a cruzar la habitación, desconcertada al principio por la forma en que el suelo se movía bajo sus pies. Llegó a la mitad antes de que la puerta se abriera detrás de ella. Se giró, quizás un poco demasiado rápido, para ver quién entraba. Giles corrió a través de la habitación para tomarla en sus brazos.

El mareo y una oleada de calor le abrasaron las mejillas, así que se aferró a él hasta que la sensación pasó.

—Explorando de nuevo, veo. ¿Y adónde se dirige la señorita Winter en este hermoso y soleado día? —Su voz sonaba afligida y ella se preguntó por qué.

—A la ventana. Quería mirar afuera.

Lilly levantó la barbilla, mirando el rostro serio de Giles, y notó la sombra de la barba reciente en su mentón. Deseaba poder tocar su rostro para ver si la barba incipiente era tan suave como parecía. Pero esa no era forma de comportarse para una dama. Ella no era una de sus mujeres.

El resentimiento burbujeó a través de su compostura y, esperando ocultar sus pensamientos, bajó la mirada hacia el hombro de él. Giles podía tener a quien quisiera, pero nunca la reclamaría a ella. Era demasiado débil, demasiado enferma para ser más que un interés pasajero para él. Un objeto de lástima para ser complacido.

Recordándose por centésima vez que su antiguo prometido podía hacer lo que quisiera con

cualquier número de mujeres, levantó los ojos hacia los de él. Brillaban con picardía.

Las grandes manos en su espalda la mantenían cerca de su calidez y se sonrojó de nuevo, confundida por su toque, una caricia sin el propósito de brindar consuelo. Sus manos se movieron, deslizándose sobre su camisón, y una le cubrió el trasero, el pulgar rozando su piel de una manera que no era tranquilizadora. Todos sus nervios clamaban en un frenesí desarticulado.

—Lilly.

Lilly negó con la cabeza, incapaz de soportar estar tan cerca de él. Él la soltó, y el frío de su propio rechazo la heló. Alcanzó el apoyo de su brazo y se movió hacia la ventana una vez más.

En la ventana, se apoyó en el alféizar de piedra y miró hacia afuera, tratando de poner en orden sus pensamientos. Se concentró en la vegetación que brillaba bajo la luz del sol de la tarde, un paisaje de cuento de hadas donde la vida era maravillosa. Cuando giró la cabeza, se le cortó la respiración.

—Me disculpo. Debería haberte trasladado a otra habitación antes —Giles se inquietó a su lado—. No quería que vieras el puente de nuevo.

Ese horrible lugar atormentaba sus sueños. Sin embargo, a la luz del día, el lugar parecía idílico.

—No, está bien, Giles. No necesitas trasladarme. Tendría que verlo de nuevo algún día. Me habría obligado a hacerlo —Lilly sonrió para tranquilizarlo, pero encontraba la vista desconcertante—. ¿Puedes abrir la ventana?

Giles se inclinó a su alrededor y empujó la ventana hacia arriba, luego posó sus manos en la parte superior de sus brazos. Envuelta como estaba, apenas notó el mordisco de la brisa fresca que rozó su frente. El calor de Giles, de pie tan cerca detrás, la calentaba y le traía a las mejillas un rubor mayor del que cualquier brisa podría vencer.

Lilly se inclinó por la ventana, deslizando las manos hacia los rayos del sol, maravillándose con el calor en las puntas de sus dedos. Giles se aferró a su cuerpo, un brazo rodeándole posesivamente la cintura, el otro cruzando su pecho, la palma plana sobre su piel.

Ignorando el estallido de calor cuando su brazo presionó entre sus pechos, giró las manos, notando las cicatrices en sus muñecas y cómo las venas bajo su piel se destacaban tan claramente. La visión la horrorizó.

Giles se inclinó hacia adelante y cubrió las peores cicatrices. —No te preocupes por eso.

—¿Cómo no hacerlo? Son tan feas. Yo soy fea.

—No, no lo eres. La alternativa a tener las cicatrices es demasiado horrible para contemplarla. Estoy agradecido de que hayas sobrevivido. Las cicatrices son simplemente un recordatorio de que cada día de la vida de uno es precioso —Giles la abrazó un poco más fuerte —. Además, el resto de tus perfectas proporciones compensan ese pequeño defecto.

Lilly sonrió y se sonrojó a juego. —¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un terrible coqueto?

Él se rió, su aliento agitándose sobre su cuello y haciendo que su corazón se acelerara. —Creo que eso ha sido señalado antes. ¿Debería parar?

Lilly lo pensó al menos por un momento. —Me imagino que después de todo este tiempo, el hábito podría ser imposible de romper.

—Muy probablemente —Sus labios rozaron su cuello—. Podría resultarme bastante difícil seguir esa petición mientras estés cerca. Pareces sacar lo peor de mi comportamiento.

Los labios de Giles mordisquearon su piel. Pulsantes sacudidas de placer le curvaron los dedos de los pies y jadeó, deslizando su mano para cubrir la de él.

Giles se rió entre dientes, presionando su frente contra su cabello y respirando

profundamente. —Perdóname. Parece que hoy no tengo sentido de la propiedad.

Y ella no debería permitirle que la sostuviera así, pero tenía a un hombre deseable colmándola de cumplidos, alejando su cuerpo tanto del dolor que era difícil recordar quién era. Desafiaba a cualquier dama a mantener la cordura bajo tales atenciones.

Él la sostenía contra sí, un suave balanceo en su abrazo manteniéndola consciente de su presencia. Ella deslizó su mano de un lado a otro por su brazo, pasando los dedos por el dorso de su mano hasta que él capturó sus dígitos con los suyos. Sorprendida por el genuino afecto, con la respiración agitándose de nuevo, Lilly buscó distracción en el mundo exterior.

La mansión Cottingstone no había cambiado mucho durante su enfermedad. Todavía parecía como si los terrenos no pertenecieran al mundo real, y la paz del lugar la invadió. Se desplomó un poco, dejando que los aromas frescos llenaran sus pulmones y limpiaran su alma.

—¿Puedo salir, Giles?

—No vestida como estás, eso es seguro —respondió con mucha firmeza—. Tengo obreros al otro lado de la casa en este mismo momento y, por mucho que yo pueda admirar la vista, no estoy dispuesto a compartir tu atuendo actual con un grupo de trabajadores sudorosos.

Sus dedos se deslizaron por su pecho y ella miró hacia abajo, notando por primera vez que sus pezones eran visibles a través de la fina tela. Sobresaltada, observó los dedos de Giles rozar la curva redondeada de uno de sus pechos y luego posarse, con los dedos extendidos, sobre su vientre.

Lilly se envolvió fuertemente los brazos alrededor del pecho y se acurrucó contra el alféizar de la ventana. Su estado de desnudez explicaba, sin embargo, el comportamiento atrevido de Giles.

Sus manos recorrieron su espalda, masajeando suavemente para aliviar su tensión. A pesar de la falta de decoro y la transparencia de su camisón, Lilly aún se sentía cómoda con Giles. Pero debía recordar envolverse en una manta cuando saliera de la cama en el futuro.

Lilly no tenía vestidos para cambiarse. Podría llevar semanas que le entregaran vestidos, pero para entonces el día perfecto habría pasado y nunca podría disfrutarlo.

Giles frotaba sus manos arriba y abajo por sus brazos. Era una de las cosas que más le gustaban de él; siempre parecía estar tocándola. Pequeñas atenciones a las que no debería acostumbrarse.

Lilly se tambaleó hacia la cama, abatida y completamente preparada para esconderse bajo las sábanas, fingiendo que estaba nevando afuera y que el día era miserable.

Él le rodeó el brazo con los dedos, deteniendo su avance.

—Tengo una idea —dijo, instándola hacia la puerta de la habitación.

Intrigada por su extraña emoción, ella no opuso resistencia.

Giles asomó la cabeza al pasillo y luego se volvió y la levantó en brazos, apretándola contra su pecho. Cruzó directamente el pasillo, giró el picaporte de otra habitación y entró rápidamente.

Le tomó un momento a sus ojos adaptarse a la penumbra. Baratijas y objetos personales llenaban cada superficie. Lilly no sabía de quién era la habitación, pero estaba fría y tenía un aire deshabitado, a pesar de la falta de polvo o fundas. Giles depositó a Lilly en un sillón orejero junto a la ventana y abrió de par en par las cortinas azules.

—Bienvenida a la habitación de mi hermana. Considera esto como una expedición de compras, de cierta manera. Déjame ver qué cosas buenas ha dejado mi querida hermana.

Giles se frotó las manos con aparente alegría y abrió el cajón más cercano. Encontró medias y le lanzó un par tan fino y delicado que ella no podía creer que no se romperían en el momento de usarlas.

Luego, una camisa de seda se posó sobre sus piernas. Lilly la sostuvo a contraluz y luego la acercó a su mejilla para sentir su suavidad.

—¿No le importará que estés hurgando entre sus pertenencias?

—Katarina nunca lo sabrá. Solo viene una vez al año, y eso suele ser para la limpieza de primavera.

La hermana de Giles parecía tener un verdadero tesoro de cosas escondidas en todos los rincones de la habitación. Cuando Giles sacó unos zapatos, midió uno contra su pie. Aunque no eran una combinación perfecta en longitud, podría usarlos sin temor a tropezar.

Cuando Giles abrió un alto armario de caoba, sacó vestido tras vestido en todos los colores y estilos. Su mente daba vueltas de la emoción. La cama se amontonó con vestidos de baile, vestidos de día, trajes de montar e incluso un vestido formal de presentación que parecía ser nuevo. Eligió un vestido ligero de muselina en amarillo pálido y buscó un chal para ponerle sobre los hombros.

—Mi hermana insiste en tener un guardarropa permanente aquí, y nos aprovecharemos de ello. Ven, ponte de pie, tenemos que vestirte —dijo Giles.

De repente, temerosa de él, Lilly se levantó con piernas temblorosas. Parecía decidido a vestirla él mismo, pero eso significaría que primero tendría que desvestirla. Era cierto que había tocado todo su cuerpo mientras le daba alivio, pero ella siempre se aseguraba de tener clara en su mente la diferencia. Vestirla parecía demasiado personal y peligroso.

—Giles, detente. Olvidas quién soy.

El pánico se apoderó del rostro de Lilly y Giles podría haberse pateado a sí mismo. Se había dejado llevar. No tenía derecho a estar a solas con Lilly ni a considerar vestirla, pero ella había parecido tan triste ante la perspectiva de no salir que había olvidado por completo su lugar en su vida. No tenía ninguno.

Giles la vio inquietarse y luego caminó hacia la campanilla.

—Tienes razón, perdóname. Esperaré afuera. La señora Osprey estará aquí directamente para atenderte.

Giles salió de la habitación a grandes zancadas, irritado por el retraso necesario. Maldita sea, se había olvidado de sí mismo en la emoción de saquear el guardarropa de su hermana y hacer feliz a Lilly. Había elegido las medias de seda más finas porque había querido tocar la piel de Lilly mientras las subía por sus esbeltas piernas. La camisa habría sido casi transparente y debería haberle proporcionado una vista fantástica para avivar sus fantasías.

Fantasías que amenazaban con convertirse en un alivio diario.

La noche anterior había sido más difícil de lo que podría haber imaginado. Se había encontrado incapaz de dormir y se había arrastrado por el pasillo para comprobar cómo estaba Lilly una vez. Era extraño sentirse desplazado en su propia habitación después de solo unas pocas noches en compañía de Lilly.

Giles caminaba de un lado a otro por el pasillo mientras esperaba que la señora Osprey respondiera a la llamada. No tuvo que esperar mucho. La señora Osprey subió parloteando por las escaleras de servicio con Dithers a cuestas y recorrió el pasillo hasta llegar a él.

—La dama necesita vestirse. —Señaló la habitación de Katerina—. Ocúpese de ello, señora Osprey.

La señora Osprey lo miró confundida, pero cruzó el umbral cuando Dithers la empujó

suavemente.

Giles cerró la puerta y se quedó mirándola, pensativo. Planearía más que un simple momento al sol. Haría todo lo posible por sorprender a Lilly. Reuniendo a Dithers con él, descendieron la escalera y se dirigieron a la terraza.

—Hace un poco de sol aquí. ¿Está seguro de que este es el lugar adecuado, milord?

—Es perfecto. Ahora, ve a buscar unos cojines y una manta, y pídele a la cocinera que prepare una bandeja de delicias. Asegúrate de traerla lo más rápido posible.

—¿Se encuentra bien, milord? Se está tomando muchas molestias por la señorita Winter.

—Dithers, siempre pensé que entendías a las mujeres. Esto es perfecto —En realidad, le recordaba a su madre. Ella solía sentarse aquí, en este mismo lugar, tomando té y admirando sus jardines. A Lilly debería encantarle.

CAPÍTULO DIEZ

LILLY SE SONROJÓ cuando la señora Osprey cruzó la habitación, observando el desastre que Giles había creado a sus pies. —Supongo que el señor estaba buscando algo en particular.

—Quería vestirme —soltó Lilly, aún confundida por la abrupta partida de Giles.

Las cejas del ama de llaves se arquearon, pero luego suavizó su expresión para mostrar solo un leve interés. —Bien, veamos qué ha elegido para usted.

Lilly se puso de pie y le entregó la camisola y las medias al ama de llaves. Con la ayuda de la señora Osprey, Lilly se puso la ropa poco familiar, sintiendo picazón en la piel mientras las capas cubrían su cuerpo.

Cuando el último botón se cerró, la señora Osprey le permitió mirarse en un espejo alto. Una mujer diminuta le devolvió la mirada, con el cabello enmarañado alrededor de su rostro. Mientras se mordía el labio, la señora Osprey recogió su cabello y alisó los mechones hacia atrás en un apretado moño.

—Me parezco a mi madre.

Apenas las palabras salieron de sus labios, Lilly quiso retirarlas. Se parecía mucho a su madre, y el peinado apretado solo acentuaba las similitudes.

La señora Osprey dejó caer su cabello. —Creo que un estilo más suave le sentaría mejor y sería más cómodo. Venga, siéntese en el tocador y déjeme ver qué puedo hacer.

Lilly se sentó con cuidado en el taburete bajo, pero no pudo mirar a la señora Osprey. Mientras el ama de llaves tiraba y sujetaba, Lilly pensaba en Giles. ¿Seguiría complacido de verla si se parecía a su madre?

Lady Winter era muy hermosa, elegante y una compañía codiciada. También presumía de un grupo leal de admiradores masculinos que disfrutaban de su lengua mordaz mientras arremetía contra las damas menos admiradas de la alta sociedad.

Reírse a costa de alguna pobre criatura nunca le había atraído a Lilly. Pero su madre se salía con la suya con sus desaires, y todo por su belleza. Lilly nunca quiso ser como ella.

La señora Osprey puso una mano sobre su hombro. —Ya está. El señor no podrá evitar complacerse.

Lilly miró a una joven elegante, con mechones de cabello que se escapaban del moño retorcido en la parte posterior de su cabeza y suavizaban los pronunciados contornos de sus mejillas y barbilla. Lilly sonrió. La señora Osprey había logrado atenuar su parecido con su madre, dándole suavidad donde su madre no tenía ninguna.

Solo para asegurarse de que no estaba imaginando su mejora en su apariencia, Lilly se pellizcó la piel. —Yo...

Lilly no pudo encontrar las palabras para expresar su gratitud al principio y el ama de llaves

se dio la vuelta, recogiendo el camisón de Lilly hasta que tuviera la oportunidad de controlar sus emociones. —Gracias, señora Osprey. No creo haber tenido nunca tan buen aspecto.

La señora Osprey sonrió radiante. —Tonterías. Usted era una niña muy bonita. Su mamá simplemente nunca dejó que nadie la viera.

Lilly sonrió, pero luego un destello de un recuerdo estalló en su mente. Una señora Osprey más joven, entrelazando cintas en su cabello, riéndose de la insistencia de Lilly de que fuera su doncella personal. La imagen contenía el dolor agudo de la emoción.

Lilly había sido tan feliz entonces como lo era ahora. La joven se había emocionado de estar en su futura casa, mientras que Lilly, a su edad actual, no esperaba nada, porque ese futuro nunca sería.

Las mujeres siempre parecían tomarse su tiempo para vestirse, así que Giles no se sorprendió de que, después de todo lo que había hecho afuera, todavía tuviera que esperar unos minutos más a Lilly. El tiempo le dio la oportunidad de considerar si había sido excesivo en su trato con la mujer.

No quería que pensara que la estaba cortejando, pero era incapaz de soportar ver su rostro infeliz y decepcionado. Una revelación completamente sorprendente, y una que se esforzaría mucho por ocultar.

Giles apartó su mente de Lilly, jugando con la idea de añadir otro jardín al norte de la casa, hasta que la puerta se abrió a sus espaldas.

Lilly estaba deslumbrante. El muselina color limón le sentaba perfectamente. El vestido era un poco largo y se arrastraba por el suelo a sus pies, pero el corpiño se amoldaba a sus pechos como un guante. Si tan solo pudiera tener sus manos dentro de esos guantes, sería un hombre perfectamente feliz por el resto de su vida.

Ella le sonrió tímidamente y Giles se acercó para apreciar mejor el trabajo de la señora Osprey. La decepción lo invadió al ver que su cabello había sido recogido en un elegante moño, con peinetas de carey oscuro intentando contener la mayoría de los mechones rebeldes.

Dejó que su mirada se deslizara por la extensión cremosa de hombros y pecho que ahora quedaba expuesta a su vista y no pudo contener los pensamientos diabólicos que le ocurrieron. Era una lástima que esos mismos pensamientos debieran haberse reflejado directamente en su rostro.

La señora Osprey lo miró con el ceño fruncido y deslizó un suave chal sobre los hombros de Lilly que redujo, pero no ocultó completamente, su visión. Se alegraba de no haber elegido un vestido más resistente y, en consecuencia, más pudoroso. La vista era espectacular. Su hermana nunca se vería tan bien con él.

Giles ofreció su brazo, completamente preparado para escoltar a Lilly a cualquier parte. Después de un momento de vacilación, ella colocó su mano sobre él.

Un sollozo ahogado escapó de la señora Osprey. Cuando Giles dirigió su mirada hacia ella, encontró el rostro del ama de llaves manchado de lágrimas pero sonriente. Las lágrimas de felicidad eran lo único de las mujeres que nunca había entendido completamente. ¿Por qué llorar cuando sucede algo agradable?

La condujo a Lilly hasta lo alto de las escaleras, la levantó en sus brazos y la bajó, sintiendo cómo las faldas de ella se enredaban entre sus piernas en una inocente provocación.

Para cuando llegó al último escalón, ya se estaba endureciendo. Para ocultar su reacción de

los sirvientes que pudieran estar mirando, Giles llevó a Lilly a través del salón y salió a la luz del sol.

Tal como lo había dispuesto, la chaise longue estaba bien provista de cojines para la comodidad de Lilly y una bandeja de té, rebosante, se había colocado a su lado.

Bajó a Lilly, acomodó los cojines detrás de su espalda y le entregó un plato con comida. Luego sirvió una taza de té y se sentó en una silla contigua, estirándose para relajarse y disfrutar de la vista con ella. Esto era más como debía ser: paz, satisfacción y una mujer hermosa a su lado.

Unos minutos después, Giles escuchó un sollozo ahogado y perezosamente volvió sus ojos hacia Lilly. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin control.

La taza de té de Lilly tembló y él rápidamente la tomó de sus dedos. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta para sacar un pañuelo y le secó las lágrimas. La forma en que ella lo miraba con tanta confianza profunda hizo que su corazón se acelerara.

Giles se aclaró la garganta.

—Te ves hermosa sentada así. Si pudiera pintar, no creo que pudiera capturar lo radiante que te ves hoy, Lilly. Dudo que alguien pudiera.

—Gracias, eres muy amable al decir cosas tan exageradas.

—Tonterías, simplemente estoy diciendo la verdad que se te negó toda tu vida.

Una vez que pareció más calmada, le devolvió su té. Con las manos apoyadas en sus rodillas, dejó que su mirada recorriera su brillante cabello blanco plateado, sus mejillas sonrojadas. Incluso con los ojos llorosos, era una visión de suave belleza femenina y, para su considerable alarma, quería mantenerla solo para él.

Sus amigos se reirían de él hasta echarlo de Londres si alguna vez se filtraba cómo se estaba comportando. Pero honestamente, no podía evitarlo. Giles nunca había conocido a una mujer que se entrometiera en sus pensamientos como lo hacía Lilly. Su sonrisa era adictiva, lo que significaba que tendría que hacer algo al respecto pronto.

Sobre el escritorio de su estudio, un gran paquete de correspondencia esperaba su respuesta. Invitaciones a fiestas, cartas con información sobre oportunidades de inversión y una creciente pila de cartas fuertemente perfumadas de amantes pasadas y esperanzadas. Todas clamaban por su atención, pero no tenía el menor deseo de responder a ninguna de ellas.

Lo que quería, más que nada, era deleitarse en este extraño mundo privado donde él y Lilly podían ser amigos y compañeros. Sin reglas ni expectativas.

Dithers se apresuró a salir al patio con una bandeja de plata y una sola carta encima. Giles la miró y reconoció el sello personal de Lord Ettington. Mientras la abría, notó que Lilly se bañaba en la luz del sol, con la cara vuelta hacia arriba y una suave sonrisa jugando en sus labios tentadoramente besables.

Giles se removió en su silla para hacer espacio en sus pantalones, y luego escaneó la nota.

—El Marqués de Ettington y su esposa están esperando un hijo, Lilly. Jack está fuera de sí, y está organizando una fiesta en su finca durante la Navidad. Según esto, debo asistir sin discusión. Cualquiera pensaría que Ettington es el primer hombre en encontrarse en esta situación. Me pregunto cómo lo soporta Pixie.

Un estremecimiento involuntario lo sacudió ante el tono domesticado de la carta de Jack. El matrimonio había convertido al hombre más frío de Londres en nada más que un perrito faldero.

—¿Pixie? Oh, ¿te refieres a Lady Ettington? Es una mujer pequeña de cabello oscuro, ¿verdad? —Ante el asentimiento de Giles, Lilly sonrió—. Creo que la vi en Londres. Lord Ettington apenas podía apartar sus ojos de ella. Lo vi observándola desde el otro lado del salón

de baile. Parecía muy intenso.

Lilly podría tener experiencia limitada en la sociedad, pero claramente había estado presente en las veladas más importantes. Y él disfrutaba escucharla hablar.

—¿Cuándo fue esto?

El rostro de Lilly se arrugó mientras se concentraba, pero después de un momento, negó con la cabeza.

—No puedo recordarlo exactamente. Creo que tú estabas allí, junto a Lady Ettington. Algunos recuerdos están muy confusos.

De repente apartó la mirada, con la cara furiosamente sonrojada. El sentimiento no expresado detrás del rubor insinuaba que algunos recuerdos no eran tan olvidables. En lugar de avergonzarse, se alegró de que lo recordara tan claramente.

—¿Lady Ettington estaba de mi brazo?

Lilly asintió. El pasado era un asunto complicado de discutir entre ellos. En todas las ocasiones en que Lilly lo había visto, él había estado rodeado de una mujer. ¿Cómo lidiaba exactamente una mujer con la inexperiencia de Lilly con ese tipo de recuerdo?

—Esa podría haber sido la ocasión en que engañé a mi estirado amigo para que actuara con un poco de maldad poco característica. Y mi primer intento de hacer de casamentero, por cierto. Dado que todos los demás los emparejaron, era inevitable que el matrimonio ocurriera tan rápido. El anuncio la noche después de que se casaron fue lo más divertido que he tenido en la ciudad desde hace mucho tiempo.

—Seguramente no lo más divertido, Giles —replicó ella, y luego se tapó la boca con la mano.

Él supuso que Lilly acababa de intentar burlarse de su hábito de coqueteo público. Se rio.

—No, no lo más divertido, naturalmente. Estaban todas las veces que pude verte.

Giles observó cómo su piel se sonrojaba de un rojo intenso y decidió poner fin a su coqueteo. No era conveniente cansarla demasiado, y realmente se estaba esforzando por ser solo su amigo. Hablar de su comportamiento en Londres inevitablemente tocaría su conducta indebida aquí. No necesitaba el más mínimo estímulo. A pesar de haber dedicado mucho tiempo al asunto, no había logrado encontrar una excusa válida para ignorar todas las reglas de la sociedad. —¿Por qué has estado deambulando sola por los pasillos superiores de la casa de Lord Huntley?

Lilly se encogió de hombros y una tímida sonrisa tiró de sus labios. —No podía dormir y me sentía sola. Esa noche no sentía dolor en absoluto y sabía que tú habías aceptado su invitación, así que... —Se encogió de hombros nuevamente—. Quería verte, pero por supuesto papá nunca me habría permitido ir.

Él frunció el ceño. —¿Tus doncellas no intentaron detenerte?

Ella se sonrojó de nuevo. —Las envié a ver el baile. Es muy aburrido verme dormir.

—No desde donde yo he estado sentado —protestó Giles, y luego sonrió—. Me parece fascinante que casi no hagas ningún ruido.

—¿Mientras tú roncas? —Sus ojos brillaron con diversión.

Él le guiñó un ojo. —Guárdate ese secreto. Junto con todo lo demás que sabes sobre mí.

Cuando el té se enfrió demasiado para ser agradable, Giles levantó a Lilly, manta y todo. Acurrucada contra su pecho, con los brazos firmemente alrededor de su cuello, Lilly suspiró, y él tuvo que contenerse para no empujarla contra la pared más cercana y robarle un beso.

Besarla sería muy malo porque un beso siempre llevaba a otro.

CAPÍTULO ONCE

DESPUÉS DE MIRAR al techo por cuarta vez en otros tantos minutos, Giles hizo un sorprendente descubrimiento sobre sí mismo. No disfrutaba estar solo. Después de años de vida solitaria, anhelaba conversar.

El pensamiento lo sorprendió. Cenar solo nunca le había molestado antes. Antes de que Lilly viniera a quedarse, claro está, y pusiera de cabeza su capacidad de pensar racionalmente.

Bajó los pies al suelo con disgusto y se acercó a zancadas a la ventana. Lilly estaba tomando su descanso de la tarde y él no sabía qué hacer consigo mismo. Ridículo.

La quietud de Cottingstone siempre lo había reconfortado, pero Giles se encontraba disfrutando los largos momentos que pasaba en compañía de Lilly. La encontraba una criatura curiosa, y ella había comenzado a hacerle preguntas sobre la sociedad. Ninguna de sus consultas era escandalosamente impropia, pero en su sociedad, un comentario mal formulado revelaría su ignorancia y la expondría a la vergüenza.

Imaginar a Lilly en Londres, vestida y girando por un salón de baile, le ponía los dientes de punta. Se estremeció al pensar en lo que las viejas chismosas de la alta sociedad le harían a una criatura tan delicada y desinformada. La sociedad la masticaría y la escupiría en minutos.

Le darían poca concesión a Lilly por no cumplir con sus expectativas, a pesar de haber pasado los últimos seis años en agonía. La harían regresar a su habitación si no estuviera preparada.

Y Giles sería condenado si permitiera que Lord Winter regresara, encontrara su salud mejorada, y aun así la enviara a alguna finca remota. Ella merecía una vida mejor que pudrirse en Gales.

Giles miró sus puños apretados. Hizo que sus manos se relajaran, pero la inquietud por Lilly persistía. Ella merecía una vida plena después de todo lo que había soportado.

Tomando una decisión rápida, Giles se sentó en su escritorio para redactar una invitación, pidiéndole a Lilly que se uniera a él para cenar a las siete. Eso le daría tiempo a la señora Osprey para atender sus otras tareas, sin apresurar el arreglo de Lilly. También le dio permiso para disponer de cualquier cosa que pudiera necesitar de la habitación de su hermana.

Katarina se enfurecería cuando eventualmente se enterara, pero ella no estaba aquí para quejarse ahora. Además, esta era la casa de Giles. Consideraba que todo en ella era suyo.

Sellando la misiva con cera roja festiva, llamó a Dithers. —Asegúrate de que esto sea entregado tan pronto como la señorita Winter despierte.

Probablemente Lilly disfrutaría la experiencia de recibir correo en la pequeña bandeja de plata. No estaba seguro si ella recibía cartas, o si las escribía ella misma. No había recibido ninguna durante su estancia.

—Creo que ya está despierta, milord —Dithers recogió la misiva, pero Giles no pudo pasar por alto la media sonrisa que jugaba en la comisura de los labios de su sirviente.

—Bien, asegúrate de que la reciba, y que tenga los materiales adecuados para escribir una respuesta. Creo que hay un escritorio en la habitación de mi hermana.

—Por supuesto, milord. Debería haberlo pensado antes. ¿Hay algo más que le gustaría que entregara?

Giles negó con la cabeza. Dithers se estaba volviendo demasiado transparente en su aprecio por Lilly. La sonrisa que Dithers llevaba era demasiado reveladora, pero el hombre giró sobre sus talones y dejó a Giles solo sin decir otra palabra.

Giles se obligó a leer su correspondencia mientras esperaba, luchando contra una extraña impaciencia hasta que Dithers regresó con su aceptación, y luego fue en busca de Cook.

Mientras hablaba con Cook, la respuesta de Lilly llamó su atención. Miró la nota en su mano. ¿Por qué diablos seguía sosteniendo la maldita cosa? La metió en el bolsillo interior de su chaqueta, cerca de su corazón. Giles puso los ojos en blanco ante sus propios pensamientos.

Cook accedió fácilmente a sus requisitos: una cena íntima para dos y un suntuoso festín que incluía todos sus platos favoritos. Se decidieron por sopa de liebre, pato asado con salsa de cebolla y verduras. El postre sería syllabub de limón.

Esperaba que a ella le gustaran sus elecciones. Había mantenido el menú simple ya que ella aún comía como un pajarillo. No tenía idea de cuáles podrían ser sus preferencias en cuanto a la comida, pero tenía la misión de suavizar sus curvas pronunciadas. Curvas que lo atormentaban en el momento en que se alejaba de su lado.

La señora Osprey le informó con una sonrisa misteriosa que Lilly lo estaba esperando en la sala de estar poco después. Su dama había llegado temprano.

La conmoción por sus propios pensamientos lo impulsó a salir por la puerta. Lilly no era su dama, y era un tonto al pensar así. Él era simplemente su protector temporal, nada más.

Lilly paseaba por la sala de estar, sus dedos recorriendo los adornos que abarrotaban el espacio. Esta noche, llevaba un vestido de noche dorado con el cabello rizado en un moño suelto en la parte posterior de su cabeza. Impresionante. Largos rizos caían en cascada sobre sus hombros, y una fina cadena de oro colgaba de su cuello, cayendo en el valle entre sus senos.

Se tragó un comentario apreciativo sobre sus atributos que la habría escandalizado, y se recordó severamente comportarse como un caballero. —Mi querida, me quitas el aliento.

—Gracias por el cumplido, milord, y por la amable invitación.

Giles se inclinó formalmente sobre su mano. Cuando levantó los ojos hacia los de ella, la encontró conteniendo una sonrisa. Le ofreció su brazo y procedieron a cenar a un paso majestuoso, pero Giles deseaba poder rodear su cintura con el brazo en su lugar.

Los ojos de Lilly se iluminaron ante la cámara iluminada por velas. —Oh, se ha tomado tantas molestias.

—No es molestia. Ceno así todo el tiempo.

Pero eso era mentira. Podría cenar elegantemente en Londres, pero no aquí en Cottingstone. Su personal había superado sus requisitos. A lo largo de las paredes, sus sirvientes estaban vestidos formalmente para la ocasión. Davis Senior retiró la silla de Lilly, pero Giles lo apartó con un gesto y la sentó él mismo, admirando la curva de su cuello y la cascada de mechones rubios por la espalda de Lilly. Alejarse resultó difícil.

Cuando los sirvientes sirvieron el primer plato, las manos de Lilly se retorcieron en su regazo. Miró fijamente los cubiertos frente a ella. De repente, Giles se dio cuenta de que ella no se había sentado a cenar formalmente como adulta a menudo, si es que alguna vez lo había

hecho. Otro error por su parte, pero uno que podía ayudar a corregir.

Cuando los sirvientes se retiraron, Giles señaló distraídamente el utensilio correcto. —Creo que los obreros deberían terminar pronto, y entonces tendremos paz aquí de nuevo.

Los ojos de Lilly se desviaron hacia el dedo que señalaba Giles y luego volvieron a su rostro. —No había notado que fueran particularmente molestos.

Giles tomó su cuchara, girándola entre sus dedos, plenamente consciente de que Lilly observaba atentamente sus acciones. Tomó una porción del tamaño apropiado para una dama y la saboreó lentamente de la manera preferida por la alta sociedad.

—Ha sido terriblemente perturbador tener tanto ruido por aquí. Apenas puedo descansar.

Lilly probó su primera cucharada, y Giles observó con interés cómo su lengua rozaba su labio superior. —¿Tienes mucho de qué recuperarte?

—La temporada ha sido un poco agotadora.

Con el ejemplo, Giles la guio a través de los diversos platos de la comida sin decir una palabra sobre el tema. Cuando llegó el postre, Lilly parecía más relajada en la mesa y hacía preguntas sobre los acontecimientos actuales en Londres. Sorprendentemente, ya conocía a un gran número de los miembros más importantes de la sociedad londinense.

—Papá siempre ha intentado mantenerme al tanto de los miembros importantes de la alta sociedad, aunque no haya tenido la oportunidad de conocerlos. Difícilmente podía invitarlos a tomar el té en mi habitación de enferma, después de todo. —Tomó un bocado del syllabub y cerró los ojos con aparente placer. Giles intentó no reírse de su expresión.

Con un gesto de su mano, despidió a los sirvientes. —¿Cómo ha logrado mantenerte oculta durante tanto tiempo? Supongo que has estado merodeando solo con tu camisón y capa, dado el estado de tu guardarropa.

Lilly sonrió. —Si se celebraba un baile en la casa donde nos alojábamos, me llevaba a un lugar apartado para observar a la gente y me señalaba a quienes debía conocer.

—Aún no entiendo cómo nunca se habló de ti. Londres está lleno de chismosos y nunca escuché una palabra sobre tu presencia allí.

—Quizás las personas que me vieron no chismorrean.

Giles tuvo que incluirse a sí mismo en ese número. No le había dicho a nadie que estaba viendo lo que en ese momento creía que era un fantasma. Podrían haberlo considerado loco. Pero las maravillas nunca cesarían: un secreto realmente podía mantenerse en Londres.

—¿Y tu madre? —preguntó con cuidado—. ¿Qué piensa ella de tus viajes por el país?

Recordaba lo que Lord Winter había dicho, pero debía ser difícil para la chica. Debía extrañar el cariñoso compañerismo femenino.

Lilly dejó su cuchara. —No conozco a mi madre, Giles. No la he visto desde el accidente. Pero eso no es un gran cambio respecto a cuando estaba creciendo. Ella no tuvo mucha presencia en mi infancia —le aseguró Lilly—. Preferiría no alertarla sobre mi mejoría, si es posible. No es muy afectuosa conmigo. Por favor, no le escribas.

Giles se tensó ante su petición. De alguna manera, Lilly era consciente de la preferencia de su madre de que no sobreviviera al accidente. Una espantosa oleada de rabia lo atravesó. No era de extrañar que Lord Winter las hubiera mantenido separadas.

Su leve toque rozó el puño cerrado de Giles, y él hizo un esfuerzo por calmarse. Giles se volvió para mirar a la inocente criatura a su lado e intentó sonreír, aunque sabía que sería un esfuerzo forzado y no completamente creíble.

La boca de Giles temblaba con la necesidad de asegurarle que, aquí en Cottingstone Manor, nadie le deseaba mal. Por el amor de Dios, todo su personal se había puesto de cabeza para

asegurar su comodidad y felicidad. Solo había que considerar a sus sirvientes exageradamente vestidos, por ejemplo. Giles sabía que odiaban esos uniformes y no les había pedido que los usaran. Sin embargo, estaba seguro de que lo habían hecho únicamente por el beneficio de Lilly.

Lilly le apretó el dorso de la mano. —Está bien, Giles. He tenido algunos años para acostumbrarme a la idea. Apenas pienso en ella ya.

—Eso aún no lo hace correcto, ¿verdad?

Lilly separó sus dedos y tomó su mano con firmeza. El corazón de Giles latió con fuerza en respuesta.

—Por supuesto que no es correcto, pero es con lo que tengo que lidiar. Ninguno de nosotros puede elegir a su familia, ¿verdad?

Giles negó con la cabeza mientras pensaba en la vida fácil que había llevado. Su hermana tenía el carácter de una arpía chillona, pero era tan problemática como una picadura de insecto en comparación con los Winter. —Solo una vez —murmuró imprudentemente, mientras un pensamiento espantoso se estrellaba en su cabeza.

Afortunadamente, Lilly no preguntó a qué se refería. Había una ocasión en la que era posible elegir a tu familia. Todas las barreras internas de Giles se cerraron de golpe y se escondieron detrás de años de opiniones arraigadas, ocultándose como ratones de un gato hambriento. Giles aflojó su agarre de la mano de Lilly y terminó su copa de vino.

El matrimonio era la única oportunidad que Lilly tendría de elegir una nueva familia.

Su madre había afirmado que Lilly habría sido una excelente Wexham.

Lilly se levantó para dejar la mesa y, en lugar de dejarla ir sola, se retiraron a la tranquilidad de la biblioteca. Atendidos por dos lacayos y las tontas doncellas, Giles recuperó su sentido del humor. Sirvientes como carabinas, qué pintoresco e ineficaz. Si hubiera querido pecar, había tenido amplias oportunidades de recorrer con sus manos las colinas y valles de Lilly cada noche mientras la masajeaba.

Por la noche, Giles podía oler su aroma con bastante claridad mientras sus manos presionaban su trasero para aliviar la tensión acumulada durante el día. Lilly, por su parte, parecía absorber cada pizca de su atención.

Giles agarró una baraja de cartas como distracción de sus pensamientos perversos y le enseñó a Lilly los rudimentos del veintiuno. Como había supuesto, ella tenía poca experiencia con las cartas, y hablaron sobre otros juegos populares en Londres. Consideró jugar una mano, pero entonces Lilly se cubrió la boca y bostezó.

—Deberías haberme dicho que estabas cansada, Lilly. Podemos jugar mañana si quieres. Vamos a llevarte a la cama antes de que te quedes dormida aquí.

—Es una habitación agradable —murmuró ella mientras él la ponía de pie. El aroma a limón tiró de sus sentidos e inflamó su cuerpo. Esperaba que ella no notara que caminaba con un extraño cojeo.

Al pie de las escaleras, la tomó en sus brazos a pesar de sus protestas. —Shh. Déjame cuidarte.

Lilly sostuvo su mirada por un momento y luego entrelazó su brazo alrededor de su cuello. La corbata de Giles se tensó. Las yemas de los dedos de ella rozaron la parte inferior de su cabello y la excitación recorrió su columna. Esos dedos de Lilly tenían mucho poder seductor para alguien tan inocente.

La miró acurrucada en sus brazos y luchó por respirar. Su boca se curvaba hacia arriba en una sonrisa satisfecha, y Giles estaba hipnotizado por la curva exuberante de su labio inferior. Su corazón latía a toda velocidad mientras ella parpadeaba mirándolo, y vislumbró lo que temía

podría ser deseo arremolinándose en las profundidades grises de sus ojos.

Si Giles quisiera, podría llevarla a su cama esta noche. Una virgen. El horror de ese pensamiento no disminuyó su deseo. Pero compartir la cama con una virgen nunca había sido una responsabilidad que quisiera.

Bajando a Lilly hasta ponerla de pie en la puerta de su habitación, tomó su pálida mano entre las suyas. Pequeña y delicada. Giles presionó sus labios contra sus nudillos sin romper el contacto visual. Los labios de Lilly se separaron en un suspiro.

Se detuvo antes de continuar el beso con un gruñido interior. Podría ser uno de los pícaros más perversos de Londres, pero no corrompía a las vírgenes. No arruinaría la vida de Lilly hiriéndola cuando el romance terminara.

La noche estaba tranquila y los únicos sonidos eran el crujido de las cuerdas de la cama y el roce de la respiración agitada contra la piel de Lilly. Estaba en absoluta dicha. Las manos mágicas de Giles masajeaban su cuello y cuero cabelludo, provocándole piel de gallina. Frotó sus hombros y ella tuvo que contener un gemido. Cuando sus manos se asentaron para amasar sus glúteos y muslos, un estremecimiento recorrió entre sus piernas.

Lilly no entendía por qué disfrutaba tanto el toque de Giles, pero no quería que terminara. Giles Wexham era la persona más atenta que conocía. Nunca podría tener suficiente de su toque o su atención. Cuando sus manos encontraron sus dedos de los pies y le hicieron cosquillas, Lilly sacó su pie de su agarre.

Lo siguiente que Lilly escuchó fue un gemido entrecortado antes de que la puerta de su habitación se abriera y se cerrara de golpe. Cuando levantó la cabeza, Giles se había ido.

Lilly se sentó contra el cabecero, preguntándose qué había hecho. Claramente era algo que a Giles no le gustaba. Se mordió el labio y esperó, con la esperanza de que él volviera y explicara su repentina partida.

Después de no oír nada más allá de su habitación, ninguna señal del regreso de Giles, se puso con dificultad su camisón y luego apagó la vela. Envolviéndose con un chal sobre los hombros, se acurrucó en la cama, ansiosa por deshacerse de una nueva incomodidad. Le dolía, pero no en ningún lugar que esperara. ¿Qué había hecho?

La oscuridad no tenía respuestas. Lilly se frotó el cuello donde habían estado las manos de Giles minutos antes. Le gustaba demasiado su toque. Lilly no había estado tan aturdida como para confundir el sonido que Giles hizo justo antes de dejarla. Él gemía cuando tenía sexo. Deseaba saber qué hacer.

Follar. Pensó que era así como la gente lo llamaba. Alguien una vez le había susurrado palabras impactantes al oído en los primeros años de su enfermedad. Palabras alegres y groseras, regocijándose por su estado de inválida. En ese momento, no había entendido lo que la voz burlona había sugerido, que nunca sería lo suficientemente mujer para un hombre, que nunca se convertiría en la esposa de Giles. Esa voz tenía razón.

Lilly pasó su mano por su pecho y rozó sus pezones con las yemas de los dedos. Estaban dolorosamente duros y jadeó ante la sensación. Pero ese no era el único lugar que pulsaba. Su mano se deslizó por su vientre, separando sus rodillas, y rozó los rizos en la unión de sus muslos. El dolor estaba más abajo.

Vacilante, Lilly deslizó sus dedos entre sus piernas y su cuerpo tembló ante la sensación. Su camisón se humedeció entre sus dedos y su piel. Retiró su mano de golpe.

Lilly deseaba tener alguien en quien confiar, pero nunca había tenido una amistad cercana y el ama de llaves parecía demasiado distraída para arriesgarse a hacer preguntas incómodas.

La única persona a la que podía recurrir era Giles, pero él era todo el problema. Antes de conocerlo apropiadamente, nunca había tenido estos sentimientos. Su cuerpo solo le había dado dolor. Esto también era doloroso, pero la diferencia era clara. ¿Había algo que Lilly pudiera hacer para aliviar el anhelo con el que su cuerpo temblaba cada vez que Giles la tocaba?

Estos extraños sentimientos solo estaban creciendo, ganando fuerza cuanto más lo conocía. Lilly se abrazó fuertemente el pecho para ahuyentar el escalofrío que amenazaba con llegar a su corazón. Él merecía algo mejor.

Giles era la primera persona en ser su amigo. Era amable y atento. Estos masajes nocturnos finalmente le habían traído alivio del dolor de sus lesiones que innumerables médicos no pudieron. Estaba tan agradecida por sus atenciones, pero no podían continuar así por mucho más tiempo.

Ahora podía ver un futuro desplegándose ante ella, pero cómo se desarrollaría era nebuloso. Su vida, como siempre, dependería del decreto de su padre. A pesar de sus promesas, podría decidir llevarla de vuelta a Dumas. Lilly se estremeció y se preguntó si sería posible volver a dormir mientras estuviera en la misma casa que su madre.

Tenía sus dudas.

CAPÍTULO DOCE

EL DÍA SEPARADO de Lilly se había hecho eterno. Giles la observaba discretamente reclinada en la chaise longue, disfrutando del sol de un hermoso día, pero sabía que no podía evitarla por más tiempo. Había llegado el momento de la verdad.

Desde su posición justo dentro de la puerta, dejó que sus ojos recorrieran la extensión cremosa de su piel sobre el vestido azul que se ajustaba a su cuerpo.

Le gustaba demasiado su cuerpo. Cuando pasaba sus manos por sus piernas por la noche, anhelaba sentir su suave piel envuelta alrededor de sus caderas desnudas. Deseaba dar ese paso fatal y convertirse en su primer amante.

Sin embargo, cuando la noche anterior sus piernas se separaron más —una respuesta inocente a sus cosquillas—, se le cortó la respiración. Apenas logró contenerse a tiempo cuando se inclinó para inhalar el aroma de su excitación, deteniendo su intención de separarle las piernas y saborearla.

Ahora, a la fría luz del día, se reprochaba su falta de control y su estupidez por pasar demasiado tiempo en su compañía fuera de la hora necesaria para aliviar su dolor. Hoy, necesitaba explicarle algunas simples verdades sobre cómo las jóvenes debían comportarse en sociedad, lo que la sociedad esperaba de ellas y el cuidado que debía tener con él.

Giles tenía que hacerle entender y poner algo de distancia entre ellos. Bueno, tal vez no entender todo. No le diría exactamente cuánto excitaba su cuerpo al suyo, por ejemplo. Eso solo complicaría las cosas.

Una vez que sus manos tocaban su piel, Giles perdía la capacidad de pensar y su mundo se reducía a la carne bajo sus dedos. Lilly parecía ser su máxima tentación y un camino directo hacia el rincón más cálido del infierno.

Le explicaría las cosas y luego se iría, tan pronto como su padre regresara de Gales. Ella no merecía tener a un hedonista impenitente como él deseándola. Volvería a Londres y apagaría la sed que lo consumía con tantas mujeres dispuestas como pudiera encontrar. Cualquier cosa para sacar a la inocente Lilly de su mente.

Decidido, Giles cruzó la puerta y Lilly volvió su rostro hacia él. Aunque le gustaría creer que el sol provocó esa reacción, podría jurar que su corazón dejó de latir durante un minuto entero.

Giles se detuvo a su lado y sus dedos se cerraron sobre su hombro. Lo apretó. La suave seda de su piel le quemó los dedos y sintió el impulso de deslizar su mano dentro del corpiño de su vestido para tocar esos llenos globos. No había tenido la intención de tocarla en absoluto, pero como de costumbre, no parecía poder evitarlo.

—Buenas tardes, Giles.

—Buenas tardes, señorita Winter. Espero que haya tenido un día agradable —respondió

formalmente, como lo habría hecho con cualquier joven dama en Londres.

Necesitaba cambiar cada forma de dirigirse a ella. Después de esta conversación, Giles cuidaría más sus palabras y se esforzaría más por comportarse como un verdadero caballero. Cuando sus amigos se enteraran de esto, si podía soportar confesar su parte en la situación, se morirían de risa.

—Sí, gracias. —La sonrisa de Lilly vaciló—. La señora Osprey ha sido una compañía muy agradable, pero temo haber ocupado demasiado tiempo de su sirvienta. Debe tener otras tareas que atender.

—Su tiempo está mejor empleado siendo su acompañante.

—Estoy acostumbrada a estar sola, Giles. No necesito que me entretengan como a una niña —le recordó Lilly.

—No, no es usted una niña, y me doy cuenta de ello demasiado bien. —Giles tenía la apertura que necesitaba, pero por primera vez hoy, temía carecer de la determinación para hacerlo—. Y es por eso que quiero que escuche atentamente lo que tengo que decir.

La sonrisa de Lilly se desvaneció ante su anuncio, pero asintió para que continuara. Quizás esto sería más incómodo de lo que había pensado inicialmente. Se deslizó en la silla contigua y rezó por no haber causado un impacto demasiado grande en sus afectos.

—Hasta su llegada aquí la semana pasada, estaba convencido de que usted había muerto a causa de las lesiones de su accidente. —Hizo una pausa para evaluar sus reacciones, pero no vio ninguna sorpresa—. ¿Me entiende? Todas esas veces que nuestros caminos se cruzaron en Londres, asumí que estaba viendo un fantasma.

—Me lo imaginaba.

—Nunca pronunció una palabra en voz alta, y nadie más que yo la vio jamás. Tiene que creerme cuando le digo que si hubiera sabido que era real, no la habría dejado quedarse para ver las actividades en las que estaba involucrado.

La cabeza de Lilly se inclinó tanto que no pudo decidir cuál era su reacción. Se inclinó hacia adelante en su silla y ella retrocedió. Bueno, al menos había obtenido algún tipo de reacción.

—Como sabe, llevo una vida menos que convencional y disfruto cada minuto de ella. Verla como estaba y permitirle verme en esos abrazos fue un gran fracaso de mi parte. Su padre, si es que se entera alguna vez, estaría en su derecho de retarme a duelo o dispararme de inmediato. No lo culparía. Usted no debería haber estado deambulando sola por los pasillos en camisón.

Lilly se removió inquieta. —Sabía que no me haría daño.

—Señorita Winter, las jóvenes de buena cuna nunca deberían estar a solas con hombres como yo. Se da cuenta de eso, ¿verdad? —Esperó a que asintiera, pero ella no se movió y se vio obligado a continuar.

—No puede volver a estar a solas conmigo. No se puede confiar en mí. Si tuviera la más mínima idea de los pensamientos que rondan por mi cabeza en la mayoría de las ocasiones, saldría corriendo y gritando. No confíe en mí ni me considere seguro jamás. No tengo mujeres como amigas, señorita Winter. Las disfruto hasta que gritan. Haría bien en distanciarse de mí. —Giles lo declaró con dureza, quizás con crueldad, pero ella necesitaba entenderlo claramente, de una vez por todas.

—Sé lo que hace con las mujeres, Giles. He visto suficientes pruebas de ello, ¿no es así? —Apartó el rostro.

—Como dije, fue un grave error de mi parte.

Lilly se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y su mano tembló. El corazón de él se encogió por el dolor que le había infligido, pero no tenía otra opción. Lilly debía ser protegida de

él.

—Pensé que habías hecho una excepción y decidido ser mi amigo, pero en realidad ni siquiera pude despertar tu interés en eso. A pesar de lo que pretendías, creí que era tu amiga. Tú eras el mío —respondió ella, con un tono de acero en su voz.

Lilly se puso de pie y luego puso una mano sobre el hombro de él. Lo apretó, tal como él lo había hecho con ella momentos antes. Su aroma lo envolvió, nublando su razonamiento y amenazando con desarmarlo. No deseaba nada más que rodear sus piernas con sus brazos y atraer su cuerpo hacia él. Su decisión de renunciar a su asociación con Lilly lo atormentaba, y desesperadamente quería retirar esas frías palabras.

Pero era lo mejor para Lilly.

Cuando ella se alejó sin decir otra palabra ni mirar atrás, el pecho de Giles se tensó. Quería llamarla y decirle que siempre serían amigos. Pero entonces, ¿qué? Giles no sabía qué hacer con una mujer más allá de tumbarla de espaldas y darle placer. Lilly estaba mejor sin su tipo de amistad.

Giles se ordenó creer eso y rezó para poder hacer que la mentira fuera verdad.

Lilly regresó a su habitación abatida, dejando que la puerta se cerrara de golpe tras ella. El pesado ruido fue como un toque de difuntos para las pequeñas esperanzas que no se había dado cuenta de que albergaba. También cerró la puerta con llave, decidida a esconderse de la desolación de la vida más allá de las bonitas paredes. Pero el aspecto soleado de la habitación atravesó su control como un cuchillo caliente a través de la mantequilla.

Ella no era una mujer. No realmente. Giles no tenía un interés real en ella y ni siquiera podía molestarse en fingirlo por más tiempo. Moviéndose hacia el pie de la cama, Lilly agarró el poste y se aferró a él mientras un doloroso sollozo escapaba de ella. No podía respirar; su pecho se apretó tremendamente.

Esas voces burlonas habían tenido razón todo el tiempo. Ella no servía para nada en esta vida. Ni siquiera el pícaro más obsesionado con el placer se molestaba en ser su amigo.

Sin que él lo explicara con tantas palabras, Lilly sabía en el fondo cómo sería. La pequeña mujer, la señora Osprey, se convertiría en su única compañía hasta que su papá regresara.

¿Y entonces qué?

¿Papá la arrastraría a otra casa y quizás la dejaría allí también? Tal vez planeaba ver a Lilly comprometerse y finalmente liberarse de su responsabilidad. Podría haber pensado que Giles, un pícaro con la reputación más perversa, estaría lo suficientemente interesado en el dudoso honor.

A Lilly le gustaría pensar bien de su papá, pero la había dejado sola con uno de los principales buscadores de placer de Londres. Un hombre que se llevaría a una mujer hermosa si ella tan solo arqueaba una ceja hacia él.

Se sentó, no en la cama sino en el asiento de la ventana, y miró las pequeñas figuras que se apresuraban por el jardín. Al menos ellos tenían amigos, familia, alguien a quien acudir cuando estaban tristes.

Ahora ella no tenía a nadie. Otro sollozo estalló. Furiosa, Lilly se secó las lágrimas, metió los talones debajo de ella y rodeó sus rodillas con los brazos para dejar de temblar. Cuando apoyó la mejilla encima, lágrimas calientes brotaron libremente más allá de su poder para controlarlas.

El rechazo de Giles dolía tanto.

Hace una semana, Lilly no habría podido sentarse como lo hacía ahora. Hace una semana,

tenía un dolor insoportable. Giles se lo había quitado. Hoy, se lo había devuelto multiplicado por diez. Hace una semana, Lilly no se había engañado a sí misma anhelando algo más de lo que la vida le había dado.

Miró alrededor de la habitación e hizo una mueca ante los recuerdos que el espacio evocaba. No podía quedarse. Quería irse de Cottingstone. Y ese pensamiento fue suficiente para comenzar un diluvio desesperado de lágrimas y sollozos que sacudieron todo su cuerpo, encogiéndola en una apretada bola de miseria para llorar por la pérdida de una ilusión.

Mucho tiempo después, el rasguño en su puerta se inmiscuyó en su miseria y ella se levantó para dejar entrar a Atticus en la habitación. Lilly estaba a medio camino cuando escuchó el sonido de los pasos distintivos de Giles en el pasillo. Se quedó helada.

No podía verlo de nuevo tan pronto. Él no debería saber cuánto había lastimado su corazón. Intentaría explicar, ofreciendo palabras inútiles que no le darían consuelo.

Giles creía que poner distancia entre ellos era por su propio bien, por su reputación. Pero Lilly sabía que él sería más feliz en el momento en que ella se alejara.

Atticus gimió. Ignorar al perro era difícil, pero se quedó donde estaba, a tres pasos de la puerta, y esperó que el lebrel se fuera.

Mientras Giles le hablaba al perro, Atticus comenzó a rascar la puerta con más fuerza. Lilly no quería molestar al perro, pero no podía abrir la puerta para dejarlo entrar. Podría ver a su amo.

Giles no estaba logrando calmar a la bestia, y su fuerte golpe sacudió la puerta. Cuando ella se mordió el labio para no responder, él intentó girar el pomo. —Lilly, abre la puerta.

Ella no lo haría.

La puerta se sacudió en su marco cuando Giles golpeó la madera y Lilly saltó hacia atrás, sobresaltada por su vehemencia. Solo quería que se fuera. No quería enfrentarse a nadie que tuviera el poder de lastimarla tan fácilmente o sin remordimientos.

Lilly se arrastró hacia la puerta y se agachó cerca del ojo de la cerradura. Atticus gimió cuando sus sensibles orejas captaron sus movimientos. En voz baja, dirigiéndose directamente al perro, le ordenó que se fuera. Un aullido le aseguró que obedecía y el sonido de los arañazos se detuvo.

Lilly se alejó de la puerta. Ahí estaba, libre del hombre y su sabueso. El amo ahora podía olvidar que ella existía.

—Eso fue cruel, Lilly. Abre la puerta.

La voz enojada de Giles al otro lado la paralizó. ¿Por qué le importaba cómo trataba ella al perro?

Lilly se negó a hablarle. Él no era su amigo. Estaba sola y solo tenía que complacerse a sí misma y a su papá. Un futuro solitario y oscuro en lugar del brillante que podría haber tenido.

Sobre la repisa de la chimenea había una botella de brandy de Giles, un vestigio de su primera noche de alivio temporal. Rodeó el cuello de la botella con una mano mientras la otra alcanzaba el vaso. El brandy, al igual que el láudano, alejaría el dolor.

Dejó ambos sobre el pequeño escritorio, ignorando los golpes de Giles en la puerta. El cristal tintineó contra el costado del vaso mientras servía una cantidad generosa. Esta noche, aún podría dormir sin importar el alboroto que él armara afuera.

—Lilly, ¿qué fue eso? ¿Qué estás haciendo? Sal de ahí —ordenó Giles, pero ella estaba sorbiendo su bebida y el ardor en su garganta no le permitía responder, aunque quisiera hacerlo.

Cuando terminó el primer vaso, siguió bebiendo con determinación. El láudano la había mantenido maravillosamente adormecida, y anhelaba esa paz una vez más. Las emociones fuertes eran demasiado para manejarlas sola.

La puerta volvió a sacudirse en el marco, pero luego unos pasos fuertes confirmaron que se había ido.

Lilly intentó alegrarse por ese hecho, pero se entristeció por su rápida retirada. ¿Realmente valía tan poco esfuerzo? Barty siempre lo había dicho.

Se detuvo con el vaso presionado contra sus labios e intentó recordar quién era Barty.

El brandy no ayudó a su memoria de ninguna manera útil, pero lo bebió y volvió a llenar su vaso. En el calor del asiento de la ventana, una ligera corriente de aire agitó las motas de polvo y le pareció más fascinante estudiarlas que tratar de recordar detalles de un viejo recuerdo.

Cuando el nivel de la licorera bajó, Lilly frunció el ceño y se preguntó cómo podría conseguir más. Si su memoria no le fallaba, y eso siempre era dudoso, podría haber una botella en el salón, el comedor o incluso en la alcoba de Giles.

Lilly se incorporó con dificultad y se tambaleó alrededor de la mesa. Llegar allí, desafortunadamente, parecía requerir más esfuerzo del que poseía en ese momento. La habitación se hundía y se balanceaba bajo sus pies. Sonrió, más feliz de bailar entre las motas de polvo.

Bailar era un trabajo sediento, así que Lilly intentó servir lo último del brandy, pero el maldito vaso no dejaba de moverse y derramó la mayor parte sobre la mesa.

La puerta detrás de ella se abrió de golpe y unos pasos se apresuraron hacia ella. Su repentino giro hizo que la habitación se balanceara alarmantemente, pero unos brazos fuertes la atraparon antes de que cayera al suelo.

—Ah, Lord Malvado, ¿has venido a acabar conmigo? Quizás un rápido salto desde el puente te salvaría de mi compañía. Barty dijo que debería haber aprendido a nadar.

Lilly se rió mientras las motas de polvo giraban alrededor de la cabeza del conde como un halo divino. Qué absurdo.

Aun así, dejó caer su pesada cabeza contra el hombro de él.

—Dios mío, ¿cómo te has emborrachado tan rápido?

Ella luchó por alejarse de él. —¿Qué te importa? No soy asunto tuyo.

—Lilly, por favor, trata de entender.

Giles no quería su amistad. Ya no quería conocerla. Ella lo empujó con toda la fuerza que pudo, pero él siempre iba a ser más fuerte.

Sin embargo, el movimiento repentino no fue una buena idea. Su estómago se revolvió. Como Giles la mantenía quieta, Lilly no tuvo más remedio que vomitar el contenido de su estómago —principalmente brandy— sobre él.

Un largo momento de silencio reinó después de su vulgar exhibición y ella se apartó del conde. Por fin, él estaba callado. No más palabras hirientes salieron de sus labios. De alguna manera, encontró la cama y se arrastró sobre ella.

Una dama respetable nunca debería excederse con los licores fuertes. Esa sería su primera lección para Lillian Winter, y su cuento precautorio para sus congéneres. Giles se había quitado la última prenda de su ropa sucia cuando Dithers respondió a su apresurado llamado.

Desafortunadamente, el mayordomo inhaló bruscamente al percibir el olor de la habitación y comenzó a tener arcadas. Si Giles hubiera entendido por qué Lilly luchaba contra él, quizás no se habría comportado como un completo bárbaro. Sin embargo, aun así no la habría dejado ir.

Dejando caer su ropa sucia sobre la alfombra arruinada, Giles examinó las consecuencias de

su conversación. Lilly no había tomado bien la discusión, después de todo. Había sido un tonto al pensar que su manera era la mejor.

Claramente, Lilly no había estado de acuerdo. Mientras Giles la observaba, desplomada torcidamente sobre la cama y ajena al mundo que la rodeaba, maldijo su pobre juicio una vez más. Le había causado más dolor, pero especialmente no le gustaba que ella hubiera intentado ahogar sus penas en licores fuertes.

Al apartar el cabello de su mejilla, su corazón se contrajo al ver el hermoso rostro de Lilly manchado de rojo por el llanto. Él le había hecho eso. Qué bastardo era.

Y la mujer tendría más miseria por venir debido a los efectos posteriores del brandy. Le dolería como el mismísimo demonio si se quedaba en esa posición. La giró para que quedara recta sobre su espalda, tirando de su vestido hasta los tobillos por modestia.

Dithers recuperó la compostura y cruzó para abrir la ventana, pero jadeó al darse cuenta de que el señor de la casa estaba desnudo. Se apresuró a cerrar la puerta de la alcoba. —¿Milord?

—No lo digas, Dithers. Sé lo mal que se ve esto —señaló la alfombra—. Agarra ese extremo, ¿quieres?

Juntos enrollaron la alfombra arruinada y la ropa hasta formar un cilindro. A pesar del ceño fruncido de Dithers mientras ayudaba, arrojaron todo por la ventana, eliminando la mayor parte del olor en el proceso. Aún desnudo, Giles se dirigió al tocador para buscar el perfume de Lilly. Roció un poco en el aire.

Podía sentir la mirada fulminante de Dithers clavada en su trasero desnudo. —Dithers, ve a buscarme un par de pantalones limpios, una bata, y encárgate de quemar esa alfombra y todo lo demás, ¿quieres? Creo que están más allá de toda reparación.

En la palangana, Giles se enjuagó las manos y luego humedeció un paño, preparándose para volver junto a Lilly. La expresión de Dithers era hostil. —Ahora, Dithers. A menos que quieras esperar a que una chica inocente despierte y empiece a gritar con solo verme.

—Por la señorita Winter, milord —con el rostro enrojecido, el mayordomo hizo lo que se le pidió.

Giles miró a la bella durmiente y negó con la cabeza. Ahora tenía dos problemas que resolver: el padre de Lilly y un sirviente enojado con la capacidad de hacerle la vida difícil. El paño en su mano goteó agua sobre su pie y le recordó que dejara de mirar fijamente. Limpió el rostro y los labios de Lilly, tomó sus manos y las limpió también, luego dejó el paño a un lado.

Aflojó el vestido de ella y lo deslizó suavemente por sus hombros y su cuerpo. Había algunas manchas salpicadas en el dobladillo que necesitaban limpieza, razonó. No la estaba desnudando con ningún propósito nefasto. Mientras Giles le quitaba las medias de seda por las piernas, ella gimió, y él se encontró excitándose sin la molesta restricción de la ropa.

Las manchas rojas se desvanecieron de su piel, pero su boca quedó entreabierta y, para su diversión, Lilly comenzó a roncar como un osezno. Su erección persistía. También su camisola.

Giles no podía creer sus reacciones físicas en un momento así. Maniobró con la chica de miembros sueltos bajo las sábanas y la arropó con la ropa de cama limpia y fresca, subiendo las mantas hasta el mentón de Lilly como siempre hacía.

Cuando terminó, pasó sus nudillos por debajo de la mandíbula de Lilly, deteniendo sus ronquidos. Sus labios hicieron un puchero, frunciendo el ceño con desagrado ante su caricia. Él se rió, incapaz de comprender cómo las emociones de una mujer tan callada lo cautivaban tan completamente.

Acarició su mejilla con la nariz y le dio besos suaves en la piel. —Tonta niña, ahora tengo otra cosa por la que sentirme culpable. Mañana te dolerá la cabeza como mil demonios.

Lilly giró la cabeza hasta que su piel tocó los labios de él. Él besó su mejilla de nuevo y continuó besándola hasta llegar a la comisura de sus labios. Se detuvo allí y buscó la fuerza de voluntad para alejarse, pero la había perdido.

En algún momento después de romperle el corazón, había perdido el suyo propio.

Lilly era su dueña.

CAPÍTULO TRECE

UN RASGUÑO Y un revuelo de papeles despertaron a Lilly de un sueño confuso. Sus ojos se negaban a abrirse con facilidad, y permaneció en su cama preguntándose por qué le dolía tanto el estómago. Su boca sabía a cenizas.

Lilly entreabrió los ojos y gimió cuando la luz brillante atravesó su cerebro. Moviéndose con cuidado en la cama, se dio cuenta de que su cabeza palpitaba al ritmo de su sangre. Deseaba poder recordar por qué se sentía tan horrible. Se había acostumbrado a sentirse bien de nuevo.

Ayer.

Ayer, Giles había rechazado su simple amistad y destruido su frágil mundo. Sí, lo recordaba demasiado bien. Su pecho dolía, compitiendo con el martilleo en su cráneo, y no estaba segura de cuál de los dos ganaba. Giles la había alejado, y ella había regresado a su habitación para ocultar su corazón roto.

Siempre estaba sola, no era nada nuevo, pero se había acostumbrado a escuchar la voz de Giles y al roce de sus manos sobre ella. Ahora ambos se habrían ido, y la sensación de pérdida era abrumadora. Lilly levantó una mano hacia su rostro para evitar que las lágrimas en sus ojos se derramaran, pero su extremidad pesaba como plomo. Presionando sus dedos contra sus ojos, luchó por controlar sus emociones.

Al menos su sentido del olfato no la había abandonado. El aroma a limón bañaba la habitación en un bálsamo reconfortante, sutil y calmante, un contrapunto al dolor en su cabeza. Respiró profundo y apartó la mano de su rostro, frotando sobre su pecho adolorido. Era una tonta por permitir que el rechazo de Giles le doliera tanto. Se acurrucó de lado para estudiar el poste de la cama y la puerta distante.

Había cerrado con llave la puerta de su dormitorio anoche. La primera vez que se le había ocurrido tomar tal medida. Había cerrado el dolor que esperaba más allá, e incluso había enviado a Atticus lejos. Pobre perro. Pero si su amo no la quería, entonces ella no debería acaparar su compañía.

Pasando los dedos sobre las costuras de la sábana, Lilly contempló el desastre en que se había convertido su vida. Nunca se le permitía que algo fuera verdaderamente maravilloso por mucho tiempo. Debería estar acostumbrada a la decepción, pero de niña había tenido sueños muy diferentes a esto. Todo lo que había querido era un hogar y casarse con alguien que fuera amable con ella. No parecía demasiado pedir.

Lilly escuchó ese leve sonido de nuevo y se dio cuenta de que alguien más estaba en la habitación. Probablemente era solo la señora Osprey. Debía estar leyendo o haciendo algo igualmente absorbente, porque apenas hacía ruido. El ama de llaves debía haber usado la llave de repuesto para entrar en la habitación mientras ella dormía. Lilly esperaba que la señora Osprey la

hubiera vuelto a cerrar. No es que Giles fuera a buscarla más.

Sin ganas de compañía, Lilly permaneció quieta, como si estuviera dormida. Prefería fingir un rato más que el día anterior no había sucedido, y que nunca se había familiarizado más con Giles Wexham.

Sin Atticus en la habitación, podía fingir que esto era solo otra alcoba en una larga fila de habitaciones de invitados anónimas por toda Inglaterra, un lugar desconocido visto a través de un breve momento de claridad. Justo en este momento, daría cualquier cosa por que la niebla del láudano se asentara sobre ella y difuminara el mundo.

Pero la porcelana tintineó detrás de ella, recordándole que estaba siendo grosera. De hecho, estaba bastante asombrada por el silencio que el ama de llaves había logrado mantener. La señora Osprey era una mujer nerviosa y se quedaba quieta solo por períodos muy cortos. Lilly supuso que debería darse la vuelta para no parecer descortés. No estaba bien descargar su decepción en el ama de llaves de Giles.

Con un suspiro, Lilly se dio la vuelta y miró en dirección al sonido, parpadeando como si despertara del sueño, pero la señora Osprey no estaba allí en absoluto.

Giles estaba sentado en su escritorio, con la pluma posada junto a su taza de té y papeles esparcidos frente a él. También la estaba mirando fijamente por encima del hombro.

Lilly se echó las sábanas sobre la cabeza y se escabulló debajo, sin querer enfrentarse a su rechazo de nuevo.

Sin embargo, el movimiento repentino hizo que su cabeza doliera con un dolor renovado, y no pudo contener su jadeo. Se maldijo por mostrar debilidad frente a él y se apretó las sábanas contra la cabeza.

La silla crujió y fuertes pisadas se acercaron, golpeando contra la madera como un ejército que venía a hacer la guerra. Lilly se enterró más profundo. ¿No podía el hombre entender la indirecta de que ella no quería verlo?

Deseaba que Giles no pisara tan fuerte al cruzar su habitación. Al menos podría caminar sobre la alfombra. Seguramente se podían oír sus pasos hasta la India.

La cama se hundió cuando el peso de Giles se asentó en el borde, y Lilly trató de apartarse. Unos brazos fuertes la enjaularon en su lugar, luego la luz brillante del día atravesó sus párpados cuando él retiró las sábanas. Ella se llevó las manos a la cara para cubrirse.

Giles se quedó quieto, esperándola al parecer, pero ella no iba a mirarlo sin importar cuánto tiempo se quedara allí.

—¿Qué tan mal está tu cabeza hoy, Lilly? —preguntó Giles en voz baja, pero demasiado fuerte para que su cabeza palpitante lo apreciara.

Ella permaneció en silencio y deseó que estuviera a mil kilómetros de distancia. ¿Cómo se atrevía Giles a sonar como si le importara, hoy de todos los días? Intentó darse la vuelta, pero él no la dejó. Sus grandes manos presionaron sobre su pecho y la empujaron para que quedara boca arriba, luego agarraron sus muñecas y las apartaron de su rostro.

Lilly realmente intentó luchar contra él, pero no era ni de cerca lo suficientemente fuerte como para esperar ganar. —Váyase, Lord Daventry.

—No.

Lilly apretó sus manos en puños, dispuesta a hacer algo con ellos, pero él se rio suavemente y le presionó las manos contra el colchón junto a su cabeza, impidiéndole cualquier movimiento.

Abrió los ojos para fulminarlo con la mirada, pero el efecto se arruinó cuando la luz la hizo parpadear. La mirada de Giles era triste cuando finalmente pudo encontrarse con sus ojos. La cabeza le palpitaba, así que se quedó justo donde estaba y no luchó contra él. No importaría. Él

se iría pronto.

Giles permaneció en silencio. Ella se encontró hipnotizada por su mirada azul y el movimiento de sus pulgares sobre sus puños apretados. Relajó las manos en señal de derrota e intentó retirarlas, pero Giles entrelazó sus dedos con los de ella y los sujetó con fuerza.

No lo entendía. Seguramente, esta no era forma de mantener las distancias.

—Creo que te pregunté cómo te sentías esta mañana, y aún estoy esperando una respuesta.

—¿Qué importa? Por favor, váyase, mi lord. No lo quiero aquí. Usted tampoco quiere estar aquí. Deje de fingir y márchese.

—Giles —le recordó—. Lo que quería ayer y lo que quiero hoy no tienen nada que ver con la pregunta. Necesito saber cómo te sientes. Bebiste mucho brandy anoche. Tu cabeza probablemente se sienta como si cien tambores furiosos estuvieran retumbando ahí dentro.

Giles liberó una mano y le apartó el cabello de los ojos. Lilly se quedó inmóvil ante la expresión en su rostro. Era una expresión que no reconocía. Nadie la había mirado así antes y se quedó sin palabras.

Continuó acomodando los mechones y acarició los más largos hasta las puntas. Nadie jugaba con su cabello tampoco, pero él parecía fascinado por él.

—¿Bebí brandy? No lo recuerdo.

—Probablemente sea mejor así. No fue uno de tus mejores momentos. —Los dedos de Giles rozaron sus orejas y ella se retorció ante el cosquilleo—. Ven, déjame ayudarte a sentarte. Has dormido todo el día.

Sus grandes manos la sujetaron por los hombros y Lilly se incorporó con cuidado. Mientras Giles acomodaba más almohadas detrás de su espalda, Lilly respiró profundamente, saboreando su aroma y envolviéndose en él como en una manta querida.

Cuando estuvo cómoda, él se sentó de nuevo en el borde del colchón y simplemente la miró. Una mirada a la ventana confirmó que el sol, efectivamente, se estaba poniendo.

Cuando su mirada volvió a Giles, él ya no observaba su rostro. Sus ojos brillantes estaban fijos en un punto más bajo. Sorprendida, miró hacia abajo. ¿Por qué se había puesto la fina camisa de seda para dormir? Respiró hondo para preguntar, pero su inhalación reveló lo que mantenía la atención de Giles.

Aturdida, avergonzada y fascinada por Giles, observó cómo sus manos agarraban el borde de la manta y la subían hasta su pecho para cubrir sus senos expuestos. Una respiración entrecortada acarició su mejilla y cuando Lilly se giró, sus ojos azules se escondían tras párpados de pestañas pelirrojas a escasos centímetros de los suyos.

De cerca, el hombre era impresionante. Giles retiró las manos lentamente, acariciando audazmente el costado de su cuerpo. Cuando dejó de tocarla, Lilly pudo respirar libremente de nuevo.

Sus ojos azules se abrieron de golpe y brillaban más que nunca. —¿Vas a ayudarme o tengo que convertirme en un tirano? ¿Tienes sed? ¿Puedes comer algo? ¿La luz es demasiado brillante? ¿Necesitas ir a algún lugar que preferirías no nombrar? Háblame, Lilly. Solo quiero cuidarte.

Se lamió los labios para hablar. Tenía la boca seca como el pergamino. Los ojos de Giles siguieron su lengua. Lilly rápidamente croó una petición de agua y él se la trajo. No tenía hambre, pero Giles regresó con un plato envuelto en lino y descubrió un trozo de pan simple. Partió un pedazo y se lo entregó.

Lilly lo mordisqueó. ¿Por qué había vuelto Giles con ella? Tampoco parecía tener prisa por irse. Sin embargo, llegaría, estaba segura de ello. Solo estaba retrasando lo inevitable.

En un destello de visión, recordó haber luchado contra él y frunció el ceño, insegura de

cuándo había sucedido eso. Bajó la mirada y giró la cabeza para mirar el suelo. Las tablas estaban desnudas. Miró a Giles, pero él había visto la dirección de su mirada.

—No era una de mis alfombras favoritas. —Giles apartó otro mechón de cabello de su rostro —. No importa, hoy encontraremos otra alfombra en los áticos.

Lilly luchó con su memoria confusa, luego recordó que había vomitado, ¡y encima de él también! Más que avergonzada, enterró la cabeza entre sus manos.

Giles se acercó, pasando su mano arriba y abajo por su columna. —No importa, Lilly. De verdad que no.

La inconfundible sensación de Giles besando su cabello la sacó de su miseria, pero la hundió aún más en la confusión. Giles besaba a sus amantes. Apartó la cabeza, captando un vistazo de esa extraña expresión en su rostro nuevamente. No debería burlarse; eso era demasiado cruel.

Con un suspiro, le apartó el cabello y colocó el plato en su regazo. —Come algo más y luego descansa. Te sentirás mejor. —Le apretó el brazo y luego caminó hacia el escritorio nuevamente con movimientos rígidos y volvió a sus papeles.

Poco después, Lilly se movió. Giles escuchó sus pies golpear el suelo con un golpe sordo. En lugar de girarse inmediatamente, dudó. Sabía lo que vería.

Todo lo que él deseaba. Más de lo que debería entregarle a un hombre como él. No quería darse la vuelta y vislumbrar nuevamente sus senos a través de la fina seda, pero tampoco soportaba no vigilarla.

Giles deseaba desesperadamente haber encontrado una bata en el armario de su hermana antes de hoy, pero nunca se había acordado de buscar una. Enviaría a la señora Osprey a buscar una hoy o, si podía soportar dejar a Lilly sola de nuevo, la buscaría él mismo.

Armándose de valor, Giles se dio la vuelta. Lilly seguía aferrada a la cama y exponía una gran extensión de pierna a sus ojos hambrientos. Luchando contra el impulso de apresurarse, Giles se levantó lentamente y fue hacia ella, rodeando la cintura de Lilly con su brazo tan naturalmente como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

Ella se resistió inicialmente, pero pronto se rindió cuando su agarre férreo en su cintura se negó a ceder. Era eso o permitir que su mano vagara donde quisiera.

Sin decir una palabra, Giles la condujo a través de la habitación hasta la esquina con el biombo, y luego salió al pasillo, dándole privacidad a ella y a él tiempo para controlar su desenfrenada erección. Abrió de golpe la puerta de la abarrotada habitación de su hermana y buscó una bata. Encontró una en el tercer cajón y la agarró, apresurándose a volver con Lilly.

En el umbral, Giles se tambaleó hacia atrás. Esa camisola era demasiado fina. La luz que entraba detrás de Lilly la había vuelto transparente. Su respiración se entrecortó mientras distinguía la curva de sus senos bajo la seda, la forma de su diminuta cintura, el ensanchamiento de sus caderas y los rizos pálidos casi invisibles entre sus piernas. La respuesta de su cuerpo, que no había desaparecido, rugió fuera de control y formó una tienda de campaña en la parte delantera de sus pantalones de manera muy evidente.

Giles colocó la bata frente a su entrepierna.

Con los dientes apretados, se acercó al lado de Lilly, moviendo su cuerpo traicionero detrás de ella y fuera de su línea de visión. Siempre había oído que las vírgenes eran terriblemente quisquillosas ante la vista de una erección de cerca. No quería hacer nada más para disminuir su opinión sobre él.

Deslizando la seda rosa sobre los hombros de Lilly, esperó mientras sus brazos encontraban las mangas. Luego juntó los lados para cruzarlos sobre su cuerpo antes de atar el cinturón y aplanó sus manos sobre su vientre.

Lilly se puso rígida cuando la atrajo hacia su abrazo, dejando que su toque lo excitara aún más. Su miembro dolía mientras se rozaba contra su pequeño cuerpo. No podía ocultar su deseo.

Estando tan cerca uno del otro, podía apoyar su barbilla en la parte superior de su cabeza, pero en su lugar la inclinó para poder presionar sus labios contra su cabello. Se balanceó, llevando a Lilly con él, sin querer ignorar la curiosa sensación de envolverse alrededor de ella sin que ninguno de los dos se moviera.

Permanecieron así un rato y Giles se preguntó qué pensaría ella de que la abrazara. Lilly no había dicho una palabra y él no quería ser el primero en apartarse. Amaba demasiado esto, su calidez, su aroma, su confianza en él.

Un toque tan ligero como el viento rozó sus dedos y le hizo saber que ella no estaba horrorizada por su comportamiento.

—Esto es como bailar, ¿verdad? —Su voz tembló mientras se acurrucaba contra él, tentando su deseo más alto de lo que él quisiera.

—Sí, casi —respondió, pero esa era otra mentira. Nunca había sufrido una erección mientras bailaba con ninguna dama de la alta sociedad. No en todos sus años de decadencia perversa.

—Solía gustarme bailar, pero ha pasado tanto tiempo que probablemente he olvidado todos los pasos. El vals parece divino. ¿Sabes bailarlo?

—Lo he intentado una o dos veces, sí —le aseguró, moviendo sus caderas contra su trasero sin querer.

—¿Me enseñarías algún día, Giles? —Lilly sacudió la cabeza, rozando su cabello rubio contra su piel—. Lo siento. Olvida que te lo pregunté.

Su cabeza se inclinó y miró al suelo. Sus dedos se enterraron bajo los de él, tratando de liberarse, pero Giles no iba a permitir eso. El día anterior había sido un error, y tenía toda la intención de compensar a Lilly lo más rápido posible.

Bajó la boca hasta su oreja.

—Te enseñaré ahora. ¿Qué te parece?

A pesar de sus recriminaciones de que estaba yendo demasiado rápido, rozó su erección contra su trasero una última vez y dio un paso atrás. Con la erección aún sobresaliente, giró a Lilly para que lo mirara y ella levantó la vista. Sus ojos brillaban con confusión y placer, cada uno luchando por dominar.

Giles tomó sus manos, colocó una contra su hombro y tomó la otra en la suya. Rodeó su espalda con el brazo de modo que descansara alto entre sus omóplatos y lejos de la tentación de su trasero.

—Esta es la postura correcta para bailar el vals. La distancia adecuada debe mantenerse en todo momento, o la mujer será censurada por sus pares y el hombre aplaudido por sus compañeros. Asegúrate de ser tú quien mantenga la distancia y no confíes en que el hombre lo haga, ¿de acuerdo?

Giles comenzó a moverlos, lentamente al principio hasta que Lilly cogió el truco de los pasos. Supo el momento exacto en que Lilly reconoció su estado excitado. Su mano se flexionó en la suya, agarrándola con fuerza, pero ella seguía mirando hacia abajo. Él intentó no excitarse más de lo que ya estaba.

Un deseo inútil.

La hizo girar lentamente, consciente de que demasiados giros no serían buenos para su

cabeza, pero decidido a no decepcionarla. Giles persistentemente la acercaba más, haciendo que Lilly mantuviera la distancia entre ellos hasta que él se rindió en intentarlo y simplemente disfrutó bailando con ella.

Un golpe en la puerta los separó. Giles le dio a Lilly un momento para que volviera corriendo a la cama antes de responder a la llamada. Dithers abrió la puerta, mirándolos a él y a Lilly, y luego la abrió completamente.

Entró una doncella, Maisie o Daisy —nunca podía distinguirlas—, llevando ropa de cama, y luego el resto del personal la siguió, cargando vajilla y una cena diseñada para complacer a dos.

CAPÍTULO CATORCE

LILLY DEJÓ ESCAPAR un suave suspiro cuando el último sirviente se marchó. Aunque nunca antes le había dado mucha importancia, prefería que solo Giles la viera vestida de manera informal. Ahora que se habían ido, podía dejar de sujetar su bata cerrada. —¿Qué es lo que más te gusta de Londres, Giles?

—Oh, hay tantas cosas —Giles tomó un sorbo de vino.

Saboreó el vino en su boca con apreciación y la forma en que bebía hizo que Lilly quisiera reírse. —¿Vas al teatro?

—Sí, con bastante frecuencia.

—¿Cómo es? —Lilly alisó las arrugas de la bata de seda, admirando el suave material bajo sus dedos. Movió la comida en su plato—. ¿Has conocido a muchas actrices?

—Algunas.

Giles probablemente se habría acostado con ellas. ¿Cómo podría alguien resistirse a él? —Por supuesto.

El rostro de Giles mostró una expresión extraña, y luego se burló. —Las que pisan las tablas son muy apasionadas con su oficio y con complacer a sus patrocinadores.

—¿Te complacen a ti? —preguntó Lilly, y Giles se rió, esa risa profunda que vibraba desde sus pies descalzos—. Las actrices, quiero decir.

Él le puso el tenedor de vuelta en la mano. —¿Vas a comerte esa comida o vas a dejar que se enfríe?

—Oh, perdóname. Me gusta escucharte hablar, Giles —Lilly se llevó otro pequeño bocado a los labios y se obligó a tragar—. Aunque no respondiste a mi pregunta.

Él sonrió y se sirvió otra copa de vino. —Y no tenía intención de hacerlo.

—¿Por qué no? —insistió Lilly, disfrutando al verlo retorcerse.

Giles se apretó el puente de la nariz con la mano libre y luego negó con la cabeza. —¿Qué tal estaba tu cordero?

—Delicioso, gracias. ¿Y el tuyo?

—Perfecto. Deberías tomar otro bocado.

Lilly obedeció y cuando miró a Giles de nuevo, él estaba haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

Lilly frunció el ceño. —Eso no ha sido agradable, Giles. Si no quieres hablar conmigo, no tienes por qué seguir sugiriendo que me meta comida en la boca —Su tenedor cayó con un ruido poco elegante y apartó su plato.

—No estoy intentando silenciarte por completo. Simplemente estoy tratando de evitar el tema de mi vida amorosa. No es una conversación apropiada para tener durante la cena.

—¿Por qué no puedo hablar de ellas contigo? No tengo a nadie más a quien preguntar qué les gusta a los caballeros.

Giles se inclinó sobre la mesa y tomó su mano entre las suyas. —Las actrices no son muy estimadas en la sociedad. La mayoría de las damas ni siquiera las mencionarían.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres.

—Créeme, aprecio lo especial que eres —Cuando Giles soltó su mano para tocarle el rostro, Lilly se acurrucó en su cálida palma, contenta de dejar el tema por ahora.

Lilly estaba de pie bajo el débil sol, haciendo crujir sus faldas alrededor de sus piernas. Era un placer estar vestida apropiadamente de nuevo y poder ver el mundo. Aunque el día estaba nublado, era mejor de lo que había pensado tener.

Giles lo había mejorado.

Él le había sugerido que se encontraran después del almuerzo para dar un paseo por los terrenos, pero que solo caminara hasta el pequeño estanque y lo esperara allí.

Lilly hizo una mueca al agua y se mantuvo a unos metros de distancia. Atticus, sin embargo, caminaba por las aguas poco profundas, persiguiendo renacuajos. Ella solía disfrutar observándolos también, pero ya no. El agua era demasiado peligrosa y no sabía nadar. Tenía suficientes problemas bañándose y detestaba que el agua se deslizara por su rostro.

Unos pasos crujieron en la grava detrás de ella y se giró. Giles. Había pasado todo el día anterior con ella y cenado en su habitación anoche. No se había apartado de su lado el tiempo suficiente como para que ella se cambiara a un vestido apropiado.

Habían hablado hasta muy tarde, pero él aún había calmado su espalda y hombros, alegando que dormiría mejor sabiendo que ella estaba cómoda. Anoche su camisón había permanecido puesto y sus manos solo habían rozado su piel en el cuello y los pies.

Aun así, había tenido el mismo efecto en ella. Descansaba más cómodamente, pero Lilly sabía que sus acciones los habían excitado a ambos. Cuando habían bailado, había visto el lino oscuro abultado sobre la entrepierna de Giles. Conociéndolo tan bien como lo hacía, no había tenido miedo. Le avergonzaba admitir que estaba complacida. Su evidente estado desmentía sus temores de no ser atractiva.

Viendo acercarse a Giles, su corazón dio un pequeño vuelco y sus dedos se curvaron en las zapatillas prestadas. Él podría detener su corazón de nuevo en cualquier momento, y aun así ella haría cualquier cosa por permanecer cerca de él. Le gustaba. Le gustaba mucho su amigo.

Por un momento, se preguntó qué haría cuando el toque sanador de Giles no estuviera disponible. ¿Se refugiaría de nuevo en una botella de láudano y se marchitaría? No quería eso.

Lilly quería una vida normal, pero no se hacía ilusiones de que lo que compartía aquí con Giles fuera de alguna manera normal.

La sonrisa de Giles se ensanchó cuando llegó a ella, y le ofreció su brazo para que lo tomara. El calor de él, el aroma de su cuerpo, la envolvieron y la hicieron sentir segura. A pesar de todas sus amenazas, en secreto pensaba que Giles Wexham era muy bueno para ella. A su lado, era feliz por primera vez quizás en toda su vida.

Giles tragó saliva con fuerza cuando la sonrisa en el rostro de Lilly cambió. Conocía esa mirada y no auguraba nada bueno para él. Lilly se estaba enamorando de él, y él era impotente para detener su caída.

Su táctica habitual sería enfriar las cosas entre ellos antes de pasar a otra amante. Pero su intento anterior había sido un completo desastre y las repercusiones del día anterior aún le preocupaban. Lilly necesitaba un amigo y tontamente lo había elegido a él para serlo. Su único amigo. Normalmente, la idea lo aterrorizaría, pero esta era Lilly. A pesar de su inocencia, o quizás debido a ella, le gustaba pasar tiempo en su compañía.

Giles no sabía qué iba a pasar cuando su padre regresara a Cottingstone. Dios mío, se había olvidado por completo de los planes de su padre. Qué tonto. Podría haberle escrito a Lord Winter para hacerle saber que ella estaba mejor, si el barón se hubiera molestado en confiarle una dirección de reenvío.

Giles luchó con sus dudas por un momento y luego se encogió de hombros, sin saber qué hacer con su punzante temor. Con Lilly caminando alegremente a su lado, tan confiada y pura, no podía compartir sus preocupaciones con ella. Él y Lilly se estaban volviendo demasiado cercanos.

Los guió alrededor del jardín ahora despejado, a lo largo del camino de adoquines y hacia el huerto, pero su mente daba vueltas con preguntas.

—Ah, ya veo por qué hay tal variedad de frutas en cada comida. Estás terriblemente mimado en cuanto a opciones, Giles.

—Los jardines eran la obsesión de mi madre, y tengo suerte de que hayan logrado salvarse del daño de mi negligencia. Algunos de los árboles son muy viejos. La cocinera se iría sin su abundancia.

—Nunca te dejaría. Por lo que puedo ver, la cocinera, junto con todos los demás, te mima.

Giles se rio y atrajo a Lilly más cerca. —La cocinera ha tenido una víctima dispuesta para sus creaciones durante mucho tiempo.

Él y Lilly parecían hablar todo el tiempo, sobre cualquier cosa y todo. Era una ocurrencia extraña para Giles. Usualmente, la conversación quedaba en segundo plano cuando estaba con una mujer. Pero Lilly tenía una curiosidad vivaz sobre Cottingstone y hacía sus preguntas de una manera que casi lo avergonzaba. Era tan condenadamente sincera sobre todo y él se sentía profundamente halagado por su interés.

Eso no significaba que hubiera aceptado su molesta atracción por ella. En los momentos más extraños, se encontraba respondiendo de una manera más apropiada para el dormitorio, o al menos un rincón privado. Ella tenía la habilidad única de excitarlo solo con oler una rosa en flor, como lo hacía ahora.

Apartó la mirada del rostro de Lilly en un vano intento de control, pero ¿a quién engañaba? No había tenido un momento de verdadero control desde la primera vez que la había vislumbrado rondando una habitación tenuemente iluminada de Huntley House.

Todas sus ensoñaciones y fantasías giraban en torno al pequeño fantasma a su lado. Todavía pensaba en ella de esa manera, también. Lilly era su propio espectro privado, invadiendo sus sueños y su vida de la manera más disruptiva posible.

En su breve intervalo en Cottingstone, no había respondido de manera positiva a las invitaciones que le enviaban las damas de su conocimiento. Cuando regresara a Londres, tendría una agenda en blanco frente a él. Una pizarra limpia sin enredos románticos.

No tenía una necesidad urgente de regresar ni deseos de tomar una amante.

Las amantes eran agotadoras.

A diferencia de Lilly.

Cuando Lord Winter regresara, Giles no volvería directamente a Londres. Temía que pudiera llevar algún tiempo purgar sus pensamientos del fantasma de una chica en un camisón blanco y virginal.

El sonido del agua interrumpió los pensamientos de Giles y levantó la cabeza, sorprendido por su ubicación. No había tenido la intención de traer a Lilly tan lejos de la casa, y especialmente no aquí al cruce del arroyo.

Ciertamente no al lugar donde casi había muerto.

Una rápida mirada a Lilly confirmó su ansiedad. Ella miraba hacia adelante, sosteniendo su labio inferior entre los dientes. Giles reprimió despiadadamente el impulso de consolarla. Uno o dos besos podrían ser justo el tipo de distracción adecuada y su labio inferior se veía tan exuberante y suave que estaba muy tentado de romper su propia regla sobre involucrarse con vírgenes.

—¿Sabías que cuando mis padres eran recién casados y discutían por muchas cosas triviales, después siempre jugaban juegos tontos para reconciliarse? Si estaban afuera, mi padre traía a mi madre aquí, fingía ser un monstruo y exigía un beso por cada paso que daba a través del puente.

Lilly se detuvo al pie del puente y su ceño se profundizó. —No había oído eso, pero, de nuevo, no recuerdo bien a tus padres.

Eso era una lástima. A sus padres les había gustado Lilly. —Entiendo que en el primer año de su matrimonio, mi madre apenas llegaba al otro lado antes de que él la arrojara sobre su hombro y la llevara de vuelta a la casa. Suena romántico, ¿no? Por alguna razón, esa historia avergüenza a mi hermana, Katarina. No puedo entender por qué.

Giles miró a Lilly, esperando que su confianza despreocupada la hubiera distraído lo suficiente. Prefería mucho más esa mirada anterior suya. Una Lilly asustada le dolía en el corazón. El ceño de Lilly se desvaneció y sus labios se curvaron, pero no habló.

—Siempre pienso que esa historia muestra cuánta inteligencia existe en la línea Wexham, ¿no crees?

Lilly puso los ojos en blanco. —Oh, obviamente, y cuán aficionados son a una buena dosis de auto-adulación también.

—Mi padre siempre decía que era mejor librar cualquier batalla en la cama que fuera de ella. —Riendo, Giles tomó su mano. Ella todavía no parecía completamente tranquila. Las reglas estaban hechas para romperse—. ¿Quieres jugar el juego?

—Giles —gimió Lilly, pero él la arrastró hacia el puente de todos modos.

—Aquí es donde tienes que tomar la decisión de cruzar y pedir pagar con un beso. Vamos, pregunta.

Una expresión de consternación adornó el rostro de Lilly, como si pensara que él estaba completamente loco.

—Giles. Giles. ¿Cuánto para pasar? —Giles había suavizado su voz para imitar la de una mujer, pero luego la profundizó para continuar—. Solo un besito, mi dulce dama. Entonces tú dices: "Oh, está bien", y yo digo: "Nunca beso y cuento".

Con su última palabra, Giles bajó la cabeza y rozó sus labios con los de Lilly antes de cambiar de opinión. Fue un beso breve, casto de hecho. Y quería otro.

La atrajo un paso hacia adelante y gruñó:

—¿Quién va ahí?

Lilly soltó una risa ahogada ante su tontería.

Y era una tontería. Giles se esforzó por recordar la última vez que había jugado y pensó que

posiblemente habría sido con su madre cuando era muy pequeño. Lilly, al parecer, tenía la habilidad única de sacar el comportamiento más extraño en él.

—Giles. Giles. ¿Cuánto para pasar? —preguntó ella, riendo.

A lo que él respondió correctamente, haciendo su voz aún más profunda que antes. Lilly temblaba de risa, lo que simplemente tenía que parar. Giles la besó, apropiadamente esta vez.

Al principio torpe, luego creciendo con una certeza que lo sacudió hasta las botas, Giles acunó el delicado cráneo de Lilly en sus manos, sosteniendo sus labios contra los suyos. Los besos nunca habían sido parte de su repertorio, pero descubrió que no podía parar. Las manos de Lilly revolotearon entre ellos y luego se posaron en su pecho. Cuando se deslizaron hacia arriba, él la atrajo cerca y comenzó a caminar.

Giles la besó en cada paso del camino, caminando hacia atrás sobre el puente hasta que llegaron al punto más alto. Conociendo a Lilly como la conocía, adivinó que ella no tendría idea de que se habían movido. Nunca había conocido a una mujer que se concentrara en él con tanta determinación.

Cuando su espalda golpeó la pared del puente, Giles soltó sus labios y se movió para besar su mejilla, su cuello, saboreando hasta que tuvo que volver a sus labios una vez más.

Los labios de Lilly se separaron, y su mundo cambió.

¿Por qué diablos se había privado alguna vez de los besos? Besar labios era un placer nuevo para él, como una copa de vino fino pero mucho más embriagador. O, quizás, era solo besar a Lilly.

Su cuerpo se arqueó fuera de la pared y hacia su pecho. Él acarició con su lengua el labio inferior carnoso de ella, cosquilleó por el interior de su boca y tocó sus dientes justo detrás.

Inclinando su cabeza, deslizó su lengua sobre la de ella, una, dos veces, perdido en el sabor de su boca. Ella sabía a miel, y ese era también uno de los mayores placeres de la vida. Conocía bastantes cosas que podía hacer con miel que involucraban sexo y comer, todo a la vez. Un día se lo mostraría a Lilly.

Ese solo pensamiento lo hizo dejar de besarla. Se había dejado llevar de nuevo. Presionando sus labios contra el lado de su cara, Giles miró a lo lejos, respirando con dificultad. Dios mío, estaba planeando más que un rápido revolcón entre las sábanas.

Ese pensamiento lo asustó hasta la blandura. ¿Quería ser él quien continuara las aventuras de dormitorio de Lilly? ¿Para siempre?

Su cuerpo gritó un rotundo sí.

A Giles no le gustaba la posesividad, y estaba horrorizado de pensar que él podría ser el que se aferrara.

Las manos de Lilly se desenredaron de su cabello y ella se relajó en sus brazos, pero Giles no hizo ningún movimiento para soltarla. No podía. Estaba demasiado abrumado por la imagen de hacer el amor a una mujer por el resto de su vida.

—Eso fue hacer trampa —le regañó Lilly.

Giles sonrió. Le gustaba la forma en que ella le hablaba, clara y sin cinismo. No se basaba en comentarios coquetos a expensas de expresar una opinión real. Eso le gustaba mucho. Muy pocas mujeres hacían eso a su alrededor.

—De todos modos, ya es demasiado tarde para enojarte conmigo. Ya estás donde quiero que estés.

A regañadientes, Giles la soltó y se movió para pararse a su lado, ya no bloqueando su vista. Lilly tomó una respiración aguda. Deslizándose detrás de ella, la atrajo contra él y ella se reclinó en su abrazo. De hecho, parecía estar intentando empujarlo de vuelta lejos del borde.

La apretó cerca y su pulso saltó erráticamente ante el contacto. Cualquiera pensaría que era un chico inexperto por las payasadas de su cuerpo.

—Está bien. No te pediré que te luzcas y subas la pared de nuevo.

—Por supuesto que no subiré la pared. Tengo miedo a las alturas, tonto. ¿Podemos bajar ahora? —preguntó urgentemente, girándose en sus brazos, su rostro apretado por la ansiedad.

Su movimiento inocente se frotó contra su entrepierna y él se estremeció. Sí, había regresado a ser un chico verde. Si alguna vez entraba en ella, probablemente se correría en la primera embestida.

—Es comprensible. Tuviste una caída desagradable, después de todo. Estas cosas pueden mejorar si estás dispuesta a enfrentarlas, tengo entendido. —Aunque esa opinión podría haberse relacionado con volver a montar un caballo que te había tirado, decidió que podría tener algún mérito en esta situación también.

—Siempre he tenido miedo a las alturas, Giles. Recuerdo que una vez me quedé atrapada en un árbol. No puedo recordar exactamente por qué estaba en las ramas ahora, pero Pinkerton tuvo que bajarme. El pobre hombre estaba tan histérico como yo.

—¿Quién es Pinkerton?

—Es el ayuda de cámara de papá. Al menos, creo que todavía es su ayuda de cámara. No lo he visto en algún tiempo. Ahora recuerdo, mi gatito estaba atrapado en una rama alta. Oh.

Lilly se escabulló de su flojo agarre y se apresuró a salir del puente. Mientras él la seguía, tuvo tiempo de considerar sus palabras. Los chicos harían cosas ridículas para superar un miedo, incluso arriesgarse a lesionarse para demostrar que no temían algo. Si una chica tenía miedo a las alturas, ¿estaría dispuesta a hacer lo mismo?

Por alguna razón, dudaba que Lilly hubiera sido ese tipo de niña. Lord Winter había dicho, después de todo, que su hija era un ángel. Si Lilly no había trepado al puente, ¿cómo había llegado a caer al agua ese día?

Una punzada de inquietud se agitó mientras Giles recordaba algo que Lord Winter había mencionado la primera noche de su estadía. Ebrio en ese momento, el hombre se había preocupado de que ocurrieran demasiados accidentes alrededor de Lilly.

Sin un hijo varón que heredara, la propiedad —menos la dote de Lilly— pasaría fuera de la familia, al siguiente pariente masculino. Giles se preguntó quién sería el heredero de Lord Winter y qué pensaría de la hasta ahora frágil existencia de Lilly.

La familia de Lord Winter era demasiado formal como para permitir a una mujer más que una modesta dote. Pero la inquietud molestaba a Giles, y se preguntó si su acuerdo de compromiso olvidado hace tiempo estaba aquí o en su residencia de Londres. Podría haber detalles de las finanzas de los Winter en el documento.

Ah, demonios. ¿Qué estaba haciendo?

¿Realmente creía que alguien había intentado dañar a esta mujer? Desafortunadamente, temía que así fuera. Se suponía que Giles debía usar discreción y mantener en secreto la presencia de Lilly. Las enfermeras seguían yéndose, y Lilly había abusado de un medicamento a base de opio. Luego estaban las lesiones que sufrió en la caída del puente, una hazaña que bien podría no haber sido lograda por una niña, un ángel, que temía a las alturas. ¿Alguien había intentado hacer volar al ángel?

Necesitaba ver ese documento de nuevo.

Lilly lo llamó y detuvo su especulación. La luz en sus ojos le recordó que besarla podría no haber sido una buena idea. Sí, la había hecho cruzar el puente, pero había creado otro problema. Uno que podría tener dificultades para negar.

Quería besarla de nuevo. Tenía labios hechos para ello, y su boca sabía a miel. Se estremeció al pensar cómo sabría en otras partes.

Ese pensamiento lo deshizo. Giles luchó contra el impulso de agarrarla y hundirse en la hierba verde. Quería deslizar sus faldas entre ellos y rozar su miembro sobre sus rizos rubios. Anhelaba hundir su longitud en sus suaves profundidades y darles placer a ambos hasta cegarlos.

Giles decidió que realmente debería dejar de intentar convencerse de no seducirla. Le hacía darse cuenta de que había demasiadas oportunidades para jugar y demasiadas experiencias que quería compartir. Si continuaba así, estaría rogándole a Lilly que lo sacara de su miseria. Lilly podría convertirlo en su esclavo, y probablemente ni siquiera protestaría. Caliente, dispuesto y palpitante: así era como ella lo conquistaría.

—¿Sabes qué pienso, Giles? —la voz baja de Lilly lo provocó, sus dedos rozando su manga.

—¿Qué es eso, oh temible fantasma?

Ella rió y se alejó bailando unos pasos. —Creo que quieres besarme de nuevo. Tu rostro está bastante serio.

—Esa podría ser una suposición acertada, señorita Winter. —Ante su risita, añadió—: Es del todo posible que yo suponga, a su vez, que tú también deseas besarme. —Alzó una ceja y luego se lanzó hacia ella, atrayéndola hacia sí, presionando sus labios contra los de ella y deslizando su lengua en su boca.

Al otro lado de la concurrida calle del pueblo, un caballero alto y bien vestido reía como si no tuviera una preocupación en el mundo. Bartholomew lo odiaba a él y a todos los de su clase. Este hombre, este vizconde, era un hijo favorito de la alta sociedad. Oscar Ryall, vizconde de Carrington, tenía la opinión de la sociedad en la palma de su mano mimada. Podía hacer mal y salirse con la suya gracias a su encantadora sonrisa.

Maldita sociedad estúpida. Apostaría a que había un par de esqueletos desagradables en el armario del vizconde que podría explotar. Había aprendido que cada familia tenía algo que ocultar. Mientras el hombre rubio entraba en la taberna, Bartholomew jugueteó con la idea de exponer sus secretos. Por un precio, cualquiera hablaría. Y entonces la sociedad no hablaría de otra cosa que del comportamiento menos que perfecto del necio charlatán.

Aun así, Carrington merecía ser observado e imitado. La sociedad esperaba cierto tipo de caballero y Bartholomew tenía que mantener las apariencias hasta que tuviera el título y la esposa necesaria. Pero una vez que hubiera logrado su objetivo, la sociedad —al menos partes de ella— conocería sus verdaderos colores.

—Mi señor, podría tener alguna información.

Bartholomew dudaba seriamente de esa afirmación, pero se volvió hacia su sirviente. Dado el porte confiado de Brown, el hombre obviamente estaba complacido consigo mismo, con un raro enderezamiento de sus hombros que Bartholomew aplastaría con gusto pronto. —¿Qué noticias?

—Se notó un carruaje negro en el cruce recientemente.

—¿Y? —Dios, encontrar a un viejo y a una mocosa inútil era como sacar sangre de una piedra.

—Un muchacho notó un carruaje negro sencillo moviéndose lentamente el jueves pasado, y luego de nuevo el sábado. Excepto que el sábado, el carruaje viajaba a un ritmo mucho más rápido. Saliendo del cruce cercano como si lo persiguieran demonios, dijo el muchacho.

Bartholomew se frotó la mandíbula. El viejo solo viajaba rápido cuando Lilly estaba en otro

lugar. No arriesgaría lastimar a su precioso ángel. Miró hacia el cruce, esforzándose por recordar a los asociados del barón en la zona. Debía haberla dejado y partido. Bartholomew casi saltó de alegría.

Lillian estaba sola.

Ahora solo tenía que averiguar dónde se estaba quedando.

Ignorando a Brown, se dirigió hacia la taberna, se deslizó en una mesa apartada y pidió una jarra de cerveza. Al otro lado de la sala, Lord Carrington conversaba animadamente con el tabernero. Mientras el vizconde gesticulaba exageradamente y arrancaba una carcajada por su actuación, Bartholomew contuvo una mueca de disgusto.

Mimado, protegido, bueno para nada más que una bala entre los ojos. Bartholomew lo imaginó vívidamente. Luego tuvo que esforzarse para que su expresión no mostrara más que un aburrimiento cortés.

Lo logró justo cuando un puñado de monedas cambiaba de manos y el tabernero, todo sonrisas y familiaridad, guiaba a Carrington por un pasillo hacia un comedor privado.

La sonrisa fingida se desvaneció de los labios de Bartholomew. Carrington era el favorito de muchos y lo invitaban a todas partes. Tenía amigos en las altas esferas: duques, marqueses y condes. Todos buscaban su compañía.

Como el antiguo prometido de Lilly, el Conde de Daventry.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, tan intensa que asustó a una camarera que pasaba cerca de su mesa. Luchó por controlar sus facciones, pero la euforia hizo que su ser vibrara con un deseo intenso por la sangre de ella.

Maldición, ¿podría el viejo tonto haberla devuelto a Northamptonshire?

CAPÍTULO QUINCE

EL MIEDO, una emoción abrumadoramente nueva, le cortó la respiración a Giles. Caminó a grandes zancadas por la hierba alta, ansioso por llegar al puente. Lilly estaba en el punto más alto, y algo en su postura le asustó. Tenía que llegar hasta ella.

Sus pies tocaron el camino de grava y el sonido hizo que ella girara la cabeza. Lilly deslizó sus manos sobre las piedras desgastadas y le sonrió, pero él estaba seguro de que algo andaba mal.

Esa no era la sonrisa habitual de Lilly. Había algo en su mente, y apostaría su testículo izquierdo a que no era un pensamiento agradable. Su mirada se desvió antes de que Giles llegara a ella y cayó sobre el agua burbujeante. Sus manos, retorciéndose entre sí, señalaban su angustia.

Giles caminó directamente hacia ella, la atrajo a sus brazos y presionó sus labios contra su frente. Un consuelo escaso, pero el único que podía ofrecer. Pasando sus manos por el cuerpo de ella con tanta firmeza como se atrevió, tuvo la inquietante sensación de que podría salir volando y, si se iba, no sabría cómo sobrevivir a la separación.

Lilly levantó sus manos hacia los brazos que la abrazaban y lo agarró con fuerza, pero la tensión seguía ahí. Su presencia no había hecho nada para calmarla. Giles los meció suavemente, como lo había hecho el día que bailaron, pero después de un tiempo Lilly se apartó de su abrazo. Presa del pánico, Giles titubeó sin saber qué hacer.

Dado que sus experiencias más frecuentes con las mujeres consistían en meterse bajo sus faldas, Giles luchó por encontrar algo que decir. Anhelaba volver a atraer a Lilly hacia él, pero no podía. No creía que ella se lo permitiera. Ella tenía que elegir dejarlo entrar en sus pensamientos, y Giles nunca había soñado que querría saber lo que pensaba una mujer antes.

Se quedó cerca, apoyando la cadera contra el muro de piedra mientras esperaba que ella se confiara a él. Lilly se mordía el labio inferior como si estuviera dándole vueltas a un enigma. Giles alcanzó sus manos apretadas y las estrechó. Ella sonrió de nuevo con vacilación, una pequeña mueca de sus labios que no hizo nada para aliviar su ansiedad, y soltó un largo suspiro antes de bajar la mirada. Sus manos, atrapadas bajo las de él, no se movieron.

—Te eché de menos en el almuerzo hoy —susurró Giles.

—No tenía hambre. Por favor, no hagas un escándalo sobre mi alimentación otra vez.

Educada pero curiosamente distante. Giles se preguntó qué había hecho mal. —No era consciente de que me hubiera vuelto odioso al respecto. Mis disculpas.

Deslizó sus manos hacia atrás y Lilly no lo detuvo, pero continuó mirando las suyas propias. Su piel mostraba la impresión de los dedos donde su agarre había sido demasiado fuerte. El momento se prolongó mientras observaban cómo las marcas se desvanecían y la punta del dedo de Lilly trazaba sobre el recuerdo de ellas.

Cuando ella no respondió, Giles tomó una profunda bocanada de aire. —No esperaba encontrarte aquí de nuevo. La última vez saliste corriendo del puente muy rápido. ¿En qué estás pensando?

—En muchas cosas —murmuró Lilly—. Cuanto más tiempo estoy aquí, más clara se vuelve mi memoria sobre el pasado. Encuentro que hay mucho que no entiendo.

—¿Como qué? —Giles esperó, deseando que sus pensamientos profundos no lo involucraran a él.

—¿Por qué te gusta tanto el sexo?

Su pregunta lo sorprendió y lo dejó sin palabras. Ella mantenía la mirada en sus manos, pero él podía ver sus dientes mordisqueando su labio inferior de nuevo.

—Porque encuentro que es una actividad placentera que no me gusta negarme —respondió Giles honestamente, soltando el aliento que había contenido.

Le encantaban las relaciones íntimas con las mujeres, pero se preguntaba a dónde llevarían sus preguntas. Estaba seguro de que eso no era todo lo que quería preguntar.

—¿Por qué tienes tantas parejas diferentes?

Debía estar pensando en la noche que lo encontró con Sabine y Millie. Una noche en la que había tenido el raro privilegio de tener dos mujeres en su cama. Había olvidado gran parte de esa aventura, pero lo que recordaba claramente era a su fantasma, Lilly, observando.

Cómo había observado y especialmente cómo, al final, Giles había mantenido su mirada e imaginado que estaba con ella en su lugar. Ese recuerdo se enroscó alrededor del hiperactivo cerebro de Giles y lo atormentó. Aún deseaba que hubiera sido Lilly debajo de él, incluso ahora. Pero entonces no la conocía como la conocía ahora, y no podía borrar lo que había hecho. —Como creo que te he dicho antes, disfruto de una vida de placer en Londres. El sexo puede ser muy divertido. A veces el placer proviene de una variedad de fuentes.

En realidad, el sexo se había convertido en una liberación vacía, el único significado se encontraba bajo la mirada fantasmal de Lilly.

—¿Cuántas?

—¿Perdón, cuántas qué?

—¿Cuántas compañeras de cama has tenido en tu vida, Giles?

—Docenas —respondió sin dudar—, pero no llevo una lista y siempre soy discreto. —Mirando sus labios apretados, añadió—: Hasta ti.

—Docenas. —La voz de Lilly sonaba plana.

—No es tan malo como suena, Lilly —murmuró Giles, esperando desesperadamente que ella le creyera.

—¿Cualquier mujer? —murmuró Lilly, pero no era una pregunta. Pensaba que él se acostaba con cualquiera.

—Suelo limitarme a viudas y cortesanas. Encuentro menos problemas en esa dirección.

—¿No te gustan las complicaciones?

—Prefiero la honestidad, Lilly. Una cortesana debe ganarse la vida, pero nunca he mantenido a una como amante a largo plazo. Como detesto la infidelidad en el matrimonio, soy selectivo al elegir mis compañeras. Acostarme con viudas y cortesanas no lastima a nadie. No hay maridos a los que engañar, y no me permito olvidar las consecuencias de mis actos. No hay hijos ilegítimos que lleven mi parecido, arruinando la posición de sus madres en la sociedad. Prefiero mantener en privado con quién me acuesto y dónde, y como dije antes, soy discreto.

El pulgar de Lilly intentó frotar una hendidura en su mano.

—Siempre podrías casarte con ellas si hubiera un hijo.

—No tengo deseos de casarme. Esas mujeres se unen a mí en la cama para un revolcón y nada más. No desearían quedarse atrapadas con mi pobre compañía de por vida.

Giles creyó ver caer una lágrima de su ojo, pero ella se giró para mirar hacia el sendero del bosque.

—Me mentiste, Giles —Lilly se limpió la cara, pero se irguió para mirarlo a los ojos—. Has tenido un amorío con la esposa de alguien. Sé que pasaste una noche en la alcoba de Lady Cameron.

—¿Conoces a Genevieve? —preguntó Giles.

—Lord y Lady Cameron eran amigos de mi papá.

—Oh. —Lord Winter había visitado brevemente a Genevieve durante su aventura para ofrecer sus condolencias por el destino de su marido, pero se marchó poco después, si recordaba correctamente. Giles tampoco había oído hablar de la existencia de Lilly entonces, aunque, a decir verdad, tenía que lidiar con una mujer histérica—. Entonces debes saber todo sobre el accidente de Lord Cameron.

—¿Accidente? —Lilly negó con la cabeza—. No sé de ningún accidente más que el mío.

Irritado por tener que dar cuentas de con quién se acostaba, y igual de asombrado porque quería hacerlo, Giles se aclaró la garganta.

—Hace poco, Lord Cameron tuvo un accidente que involucró a una criada y una sartén muy pesada. La historia triste de siempre. Estaba enamorado de una nueva sirvienta y pensó que debería dejar que se acostara con ella. El golpe lo dejó inconsciente. Pero cuando despertó, cada palabra, cada acción suya, había cambiado. Se volvió peligroso, Lilly. Lady Cameron temía por la seguridad de sus hijos y la suya propia. Necesitaba ayuda para internarlo. Actualmente reside en Bedlam.

—¿Cómo sabes esto?

—Cameron es un viejo conocido de la escuela. Yo era un invitado la noche que intentó estrangular a su esposa —murmuró Giles—. Ayudé a llevárselo.

—¿Y te aprovechaste de ella después?

—Créeme, nadie se aprovechó de nadie. Lady Cameron fue quien instigó la breve aventura. Nunca comprenderé lo que esperaba ganar invitándome a su cama.

—Eso aún no lo hace correcto —afirmó Lilly, con claro disgusto.

Lady Cameron había querido más de él que solo esa breve aventura, pero la culpa ya se había instalado en su corazón. Especialmente cuando recordaba las desconcertadas peticiones de Lord Cameron de ver a su esposa después de su encarcelamiento.

Mirando a Lilly, observó sus lágrimas caer sin control y Giles supo que la había decepcionado seriamente. El pasado estaba más allá de su poder para corregirlo, pero lo que más le sorprendió fue que sentía que su corazón también se estaba rompiendo.

Así era él. Por su propia elección, había perseguido todos los placeres imaginables, metido su mecha donde pudiera encajar. Sin embargo, ahora mismo, deseaba que todo eso no hubiera ocurrido solo para que Lilly volviera a sonreír. La mayor sorpresa fue que Lilly tenía un reclamo sobre su propia felicidad.

—¿Cómo no supe que estabas allí? —susurró Giles, como si hablar bajo pudiera desterrar el evento.

—No quería que me vieras.

A Giles se le cayó el alma a los pies. Lilly nunca se había escondido de él antes. Siempre había confiado en él.

—Lilly, hay muchas cosas en la vida que no necesitas entender, y muchas cosas que no

deberías haber visto. Esa definitivamente era una de ellas.

Su frente se arrugó y él extendió una mano para suavizar su piel, pero ella se apartó de su toque. Giles bajó la mano mientras ella daba un paso atrás. Su corazón falló en sus latidos y temió que pudiera detenerse.

—¿Alguna vez te permitirás el consuelo de una compañera permanente?

Era sorprendente con qué rapidez una conversación pasaba de compañeras de cama temporales al futuro, pero no era un salto antinatural. Las mujeres tendían a esperar el cuento de hadas, el amor duradero, y Lilly no era diferente a las demás. No había deseado casarse con ninguna de esas mujeres, viuda o cortesana. Ni una sola le había atraído más allá del momento en que terminaba el placer.

—No había planeado casarme, no.

Lilly asintió bruscamente y su cuerpo se desplomó. Giles la atrapó y la sostuvo mientras temblaba.

—Déjame llevarte de vuelta a la casa.

—Aún no.

—¿Quieres que me quede?

—No. Estoy segura de que tienes muchas otras cosas que hacer hoy. Está bien.

Ahí estaba. La palabra "bien" debería ser borrada del idioma español. Siempre que una mujer decía esa palabra, nunca era cierto. Lilly lo había excluido y estaba en todo su derecho de hacerlo.

Su reputación se basaba en hechos. Ella conocía de primera mano demasiados de esos hechos. Cada detalle que podría molestar a una joven bien educada desfiló ante sus ojos inocentes.

Despedido, Giles regresó a la casa de mal humor. Ella no volvería a mirarlo. No le gustaba ser excluido. No le gustaba ni un maldito poco.

—Milord, ¿no debería haberse quedado con la señorita Winter? —preguntó su molesto mayordomo tan pronto como cruzó el umbral de la casa.

—No me quedo donde no soy bienvenido, Dithers. Ocúpate de tus asuntos —gruñó Giles, y tuvo la satisfacción de ver a su mayordomo dar un paso atrás.

—¿Puedo pedirle a la señora Osprey que la atienda? —preguntó el hombre mayor con cautela.

Giles miró hacia la puerta mientras Lilly dejaba caer la cabeza sobre sus brazos. Maldición. —Envía a la señora Osprey afuera —ordenó y se dirigió a su estudio.

Cerrar la puerta de golpe no le trajo ninguna satisfacción. Se dejó caer en un sillón para considerar su problema. Se aburría de una pareja sexual con demasiada facilidad. Por eso se había acostado con tantas. Cada aventura comenzaba con la promesa de algo más, pero siempre faltaba algo.

Quizás debería ceñirse a lo que mejor hacía. Volver loca de placer a una mujer era su mayor logro. La amistad con Lillian Winter lo estaba volviendo loco.

Estas últimas semanas en Cottingstone eran el intervalo más largo sin el alivio de una compañera de cama experimentada. Sin embargo, Lilly, dulce e inocente Lilly, lo mantenía excitado todo el día.

Solo se le había ocurrido una vez irse y buscar atención para su problema, pero desde su exceso de alcohol, no podía soportar la idea. Solo ella podía saciarlo, pero eso no iba a suceder. Necesitaría algo que lo distrajera cuando se separaran de nuevo, quizás una orgía de sexo para limpiar estos inquietantes sentimientos de posesividad.

—Disculpe, milord —interrumpió Dithers desde la puerta.

Giles giró la cabeza. —¿Qué sucede?

Dithers se movió nerviosamente en la entrada. —Pensé que le gustaría saber que la señorita Winter ha regresado a su habitación.

—Gracias, Dithers. —Se volvió para mirar el retrato sonriente de su madre. Si alguna vez hubo una mujer que pudiera perdonarle sus pecados, la difunta Lady Daventry podría ser la única.

—Hay otro asunto del que debería estar al tanto, milord. La señorita Winter ha solicitado cenar en sus aposentos esta noche. Sola —añadió el mayordomo disculpándose—. Me han dicho que tiene la intención de acostarse temprano. —Dithers se acercó a su escritorio y colocó un montón de correspondencia en la esquina.

—Por supuesto. Comeré aquí. Envíame una botella fresca de brandy con la comida. —Giles se desplomó y planeó su regreso a Londres. No estaba deseando el viaje.

—Milord, ¿hay algo en lo que pueda ayudarle?

—Vete, Dithers.

Lleno de una inquietud turbulenta, Giles caminó hacia la ventana y se quedó mirando los hermosos terrenos. Pero no los veía. Su amistad con Lilly no podía haber terminado. Él-

Giles se agarró el pecho. La idea de dejar a Lilly no lo hacía feliz. Caminó de un lado a otro de la habitación, luchando por saber qué hacer con ella. Quería que lo perdonara. Quería que le gustara tal como era, pero ya no lo creía probable.

Arriba había una virgen pura como la nieve. Ella lo había visto con múltiples parejas. No la culpaba por esconderse de él. Había creído que ella podría haberse estado enamorando de él antes de las preguntas de hoy, pero el impacto de su franca conversación sin duda mataría cualquier sentimiento tierno que pudiera tener por él. Golpeó la silla al pasar.

No insistiría en ver a Lilly esta noche, y Giles ya estaba nervioso ante la idea de pasar la noche solo. Quería estar con Lilly tan desesperadamente que no podía quedarse quieto.

La casa estaba en silencio, la noche tan negra como la pez, pero Lilly no podía dormir por extrañar a Giles. Era algo después de las tres de la mañana. El gran reloj de abajo había dado la hora hace poco, haciendo vigilia con sus pensamientos arremolinados.

No sabía qué hacer. No sabía qué pensar. Lilly tampoco sabía si creerle a Giles sobre Lord y Lady Cameron.

Dándose la vuelta por centésima vez, Lilly golpeó la almohada, esperando que la tentara a dormir. Los golpes no ayudaron.

Nada parecía ayudar cuando tenía un problema para el que no podía encontrar respuesta.

En la oscuridad de su habitación, Lilly pensó en Giles. Su cuidado, su afecto y el precioso regalo de su conversación. Él no ganaba nada mintiéndole. De hecho, debería estar delirando de felicidad porque Lilly se había alejado de él voluntariamente. Sin embargo, antes, la señora Osprey le había confiado que no había cenado nada y estaba bebiendo constantemente.

La señora Osprey, al parecer, tenía la idea fantasiosa de que Giles la estaba cortejando. Había afirmado que estaban destinados el uno para el otro y que un futuro rosado de amor, e insinuado ampliamente que pronto habría niños correteando por Cottingstone.

El ama de llaves estaba equivocada en eso. Giles no quería nada más allá de la emoción del placer. Ciertamente no quería una esposa o hijos en su futuro.

Todo lo que quedaba era la posibilidad de ocupar un lugar como su compañera de cama temporal. Sin embargo, a pesar del deseo de Lilly por Giles, eso no significaba que debiera rendirse a estos intensos sentimientos. No la ayudaba a aceptar un lugar entre los cientos de mujeres que habían venido antes.

Todas esas amantes tenían nombres, algunos de los cuales ella conocía. Ese pensamiento hacía arder sus entrañas de celos y miedo. No había forma de que Lilly pudiera estar a la altura de las decenas de mujeres experimentadas del pasado de Giles. Simplemente no estaría a la altura.

Lilly se incorporó y sus movimientos perturbaron a Atticus. El perro lobo había soportado su agitación toda la noche, pero ahora se escabulló de la cama y se dirigió a la puerta cerrada. Murmurando una disculpa, ella entreabrió la puerta para él y el perro se apresuró a salir hacia la casa oscura.

Lilly también salió, deslizándose por el pasillo hasta encontrar la puerta de Giles. No estaba cerrada con llave y se abrió silenciosamente, permitiéndole entrar.

No se hubiera molestado en ser silenciosa. Giles roncaba vestido, extendido de lado en su cama, y el olor nauseabundo a brandy la asaltó cuando se acercó.

Contuvo una arcada y dio un paso atrás. La señora Osprey no había mentido sobre la bebida.

Giles se dio la vuelta, extendiendo el brazo hacia ella en sueños. Sus entrañas se contrajeron. Lo deseaba, incluso en ese estado.

Sacudiendo la cabeza, Lilly desanduvo sus pasos y regresó a la privacidad de su habitación. Giles la deseaba y la había besado.

¿Significaba eso que ella ocupaba un lugar especial en su corazón?

Solo había una manera de averiguarlo, si era lo suficientemente valiente como para arriesgarse a pedir lo que realmente necesitaba de él.

CAPÍTULO DIECISÉIS

¿CUÁNTO TIEMPO HABÍA pasado desde que Lilly había intentado escabullirse sin ser detectada? Si no estuviera tan nerviosa, tan llena de dudas sobre dar este paso, quizás hubiera intentado calcularlo. Pero estaba a centímetros de la puerta del estudio de Giles.

Él estaba allí dentro, lo sabía. Podía oírlo hablar, dando órdenes cortantes en un tono que nunca antes había escuchado. Prácticamente gruñía sobre la ausencia de su decantador de brandy.

El mayordomo salió apresuradamente de la habitación, asustando tanto a Lilly con su rápida aproximación que dio un paso atrás. Dithers la agarró del brazo y la mantuvo erguida. —Mis disculpas, señorita Winter —susurró, lanzando una mirada apresurada a la habitación detrás de él.

—Estoy perfectamente bien, Dithers.

Él sonrió y la soltó, quedándose cerca un momento como si pensara que aún podría desmayarse. —Me alegra mucho oírlo. —Miró hacia la puerta del estudio, frunció los labios y luego se volvió hacia Lilly—. ¿Puedo hacerle una pregunta impertinente? Yo, en nombre del personal de la casa, estaría interesado en saber si cenará con el amo esta noche. Puramente en interés de proporcionar un servicio eficiente, por supuesto.

Oh, era tan malo como el ama de llaves, otro casamentero lleno de nociones fantasiosas. Y otro que se decepcionaría cuando llegara la inevitable conclusión de su visita. ¿La culpaba por el mal humor de su amo?

Sin confiar en sí misma para hablar, asintió. El mayordomo se relajó, una amplia sonrisa cruzó sus facciones antes de reprimir la expresión.

Sin decir otra palabra, hizo una reverencia y se apresuró hacia las escaleras de servicio. Lilly esperó hasta que la casa volvió a quedar en silencio para asegurarse de que no la verían, luego se acercó suavemente a la abertura, ignorando el dolor de su cuello, para echar un vistazo alrededor del marco.

Giles estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta. Ella contempló su perfil de hombros anchos a su gusto. Su cabello estaba tan desordenado como siempre, pero su ropa estaba impecable. Por una vez, no parecía como si acabara de levantarse de la cama de alguna mujer.

No había estado en la suya y lo había extrañado anoche, tal vez había echado de menos su compañía más que sus manos. Esta mañana, cuando se despertó con los ojos arenosos y melancólica, supo que no quería mantener una distancia segura de él.

A pesar de las diferencias en su experiencia, él nunca se reía de ella. De hecho, parecía decidido a educarla sobre el mundo. Sin embargo, ella todavía tenía muchas dudas.

Giles disfrutaba del sexo. Ella siempre lo había supuesto. La intensa expresión que llevaba la tranquilizaba de que era por placer cuando gemía. Esa mirada en su rostro al final, salvaje y sin restricciones, le decía cuánto lo deseaba. Pero la gran cantidad de mujeres que había llevado a su cama y la variedad a la que estaba acostumbrado seguían siendo intimidantes.

Giles se pasó los dedos por el pelo, con agitación clara en cada movimiento.

Sabiendo que podría girarse y encontrarla espiándolo en cualquier momento, se enderezó y cruzó el umbral. —Buenos días.

Giles se giró al sonido de su voz. Como siempre ocurría, el corazón de Lilly latió el doble de rápido cuando sus miradas se encontraron. Él la observó durante un largo momento y, en lugar de sentirse ansiosa, Lilly ganó fuerza.

Él parecía nervioso. Más nervioso que ella, de hecho.

Se ajustaba los puños y el chaleco, alisando prendas sin arrugas cuando no era necesario. Cuando Giles tomó una respiración profunda y la dejó salir lentamente, Lilly dio un paso adelante. Sus ojos recorrieron de su cabeza a sus pies, pero volvieron a encontrar su mirada.

Animada por su silencio, por el ligero levantamiento de sus labios hacia una sonrisa, Lilly se movió para pararse frente a él. Por mucho que lo intentara, no podía mantener su mirada. Tales inspecciones intensas la ponían nerviosa. Miró hacia afuera sin ver. El calor invadió sus mejillas y adivinó que se vería tan rosada como una novia sonrojada en su día de boda.

Pero no habría boda, ni un final feliz para esta historia. Lilly tendría lo poco de Giles Wexham que fuera suyo para tomar y estaría agradecida por una pequeña porción de felicidad.

Giles no podía creer que hubiera extrañado tanto a Lilly. Sin embargo, estaba inseguro sobre cómo proceder. Que Lilly estuviera aquí ahora, parada a dos pies de distancia y luciendo más hermosa en muselina azul de lo que había soñado, lo sorprendió.

Si fuera honesto, su presencia también lo aliviaba.

Giles había pasado la noche anterior y hoy en un manojo de pensamientos y sentimientos confusos. Lo más importante en su mente era si sería posible que Lilly pasara por alto su escandaloso comportamiento pasado y siguiera siendo su amiga.

Si ella se atrevía a venir sola a su compañía de nuevo, después de lo que habían hablado ayer, Giles al menos tenía una oportunidad de recuperar algo del terreno perdido. Cuán lejos estaba dispuesta a llegar le preocupaba, porque desesperadamente quería recuperar su amistad.

—Buenos días. —Quería llamarla Lilly de nuevo, pero no estaba seguro de sí mismo.

Ella levantó los ojos hacia él. —Los jardines se ven muy bonitos hoy. —El blanco de sus ojos estaba opaco y parecía exhausta. ¿Habría pasado una noche tan problemática como él?

—Sí, los trabajadores hicieron un excelente trabajo para reparar mi negligencia. Contraté a dos jardineros adicionales para que vinieran cada semana. Dithers está complacido conmigo, aunque no lo demuestre. Creo que espera que pueda estar de vuelta en residencia más a menudo debido a ello.

—¿Lo estarás? —preguntó ella con un pequeño giro de su cabeza, y luego levantó una mano hacia su cuello, haciendo una mueca al hacerlo.

—Lo estaba considerando, pero es un vecindario muy tranquilo. Necesitaría tener mayor compañía para estar contento aquí por largos períodos de tiempo.

Su expresión cambió, otro delicado rubor se extendió para cubrir su piel de un cálido color. Miró hacia el jardín. —Habría muchas familias por aquí con las que podrías entablar amistad,

Giles.

Giles se acercó un poco más, eufórico porque ella había usado su nombre de pila. —¿Conoces a alguno de ellos?

Ella bajó la mirada al suelo. —No estoy completamente segura de en qué parte de Inglaterra me encuentro actualmente. ¿Cómo podría saberlo?

Giles miró la coronilla de Lilly durante un largo rato antes de volver a hablar. ¿No sabía dónde se encontraba? Qué estúpido de su parte asumir que ella conocía todo sobre su finca. —Estamos en Northamptonshire.

—Ah.

Giles deslizó sus nudillos bajo el mentón de ella para levantar su rostro. —¿Recuerdas dónde está eso?

—No exactamente —admitió Lilly, y luego se mordió el labio como si la respuesta la avergonzara—. Mi educación terminó en gran parte cuando me lesioné.

Él tomó su mano, la guió hasta un libro de mapas abierto sobre un atril junto a la pared más lejana, y le señaló su ubicación, luego la de Londres. Lilly pasó la yema del dedo sobre las líneas y luego cruzó la superficie del mapa, deteniéndose en nombres que debían serle familiares.

Cuando su dedo encontró Exeter, Lilly suspiró. Dumas, su finca familiar, se encontraba al sur de Exeter. Muy lejos de Cottingstone Manor.

Trazó la línea de regreso a Northamptonshire y miró hacia el norte. Encontró la frontera con Escocia, cruzó hacia Gales y luego apartó los dedos.

—¿Papá dijo a dónde iba?

—A algún lugar de Gales, creo. No me dio indicaciones específicas. —Giles la observaba nerviosamente. Habían mantenido conversaciones triviales antes, pero nunca había sido tan incómodo. Su estómago nunca se había revuelto así antes—. ¿Te duele el cuello otra vez? Te lo estás frotando.

—Sí, está un poco rígido. Tuve problemas para dormir.

Lilly no lo acusó, pero él sabía que la culpa era suya.

—¿Te importaría frotármelo, Giles? —Su voz sonaba tan vacilante que tuvo que reprimir el impulso de estrecharla contra sí. ¿Dudaba que él quisiera ayudarla? Tonta, tonta muchacha.

Giles se colocó detrás de ella. Percibió la confusión de Lilly cuando la instó a apoyar los brazos contra el atril. Acomodó suavemente sus extremidades para que sus hombros estuvieran relajados y se puso manos a la obra. Lilly respiró profundamente, perfectamente complaciente a sus deseos.

Con los ojos fijos en la curva de su cuello, pasó las manos por sus brazos, hombros y parte superior de la espalda. Su suspiro en el primer recorrido de sus manos fue profundo y satisfecho. Ella lo necesitaba. Nadie lo había necesitado más allá del sexo antes. Era una realización embriagadora.

Giles se inclinó, rozó con sus labios el elegante moño de su cabello y aplicó una presión más firme. Ella era única, su Lilly, y él haría lo mejor posible para no decepcionarla de nuevo. Permanecieron así por un tiempo. Lilly se ablandó gradualmente y él sonrió. Disfrutaba haciendo esto por ella. Se sentía natural y fácil estar a solas con ella. No jugaba ni hacía exigencias.

Cuando ella estaba más relajada, presionó sus labios contra su mejilla. —Deberías ir a descansar ahora.

Lilly se apartó del atril, justo hacia él. —Supongo que debería, pero es hora de cenar.

—Te sentirás mejor después de descansar. —Giles deslizó una mano alrededor de su cintura, imaginándola extendida en su cama, esperando que él le diera alivio de nuevo más tarde esa

noche—. ¿Quieres que te lleve a la cama? —Bueno, por supuesto, Lilly no debería decir que sí a eso.

—No, le prometí al personal que cenaría abajo. —Lilly suspiró.

Giles le dio otro beso en el cabello y luego tuvo muchas dificultades para mantener sus labios lejos de su piel. Ella sabía mejor que cualquier faisán, mejor que cualquier postre en la creación. Preferiría darse un festín con ella.

Se oyó un golpe en la puerta y Giles rápidamente puso una distancia respetable entre él y Lilly. —Adelante.

Su mayordomo entró en la habitación. —La cena está lista cuando lo desee, milord.

El mayordomo se retiró rápidamente, pero sus ojos denotaban diversión.

La parte inferior del cuerpo de Giles palpitaba mientras Lilly se lamía los labios para capturar lo último del postre más decadente de la cocinera.

—¿Te gustó? —Giles cambió de posición en su silla.

Los ojos de Lilly brillaban. —Oh, estuvo delicioso. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Mi padre lo bautizó como Cúspide de la Pasión.

Ella se rio. —Giles, no creo que ese pueda ser el nombre correcto.

A pesar de su incomodidad, él se rio con ella. —Bueno, no cuestiono demasiado a la cocinera por si acaso deja de crear estas obras maestras para mí —confió Giles, deslizándose al borde de su silla y poniéndose de pie con cautela. Estaba excitado, dolorosamente consciente de cada movimiento inocente que Lilly hacía con su boca o sus manos.

La mesa había ocultado su estado durante la comida, pero ahora que la cena había terminado, necesitaba acompañar a Lilly al salón o al estudio si deseaba consultar el atlas de nuevo.

Lilly se puso de pie, pero se volvió para mirarlo. —Giles, ¿estás sufriendo?

—En cierta medida, pero no es nada con lo que no pueda vivir. —Y había vivido con ello durante semanas. Lilly lo estaba llevando al borde de la locura.

—¿Qué te pasa? —Los ojos grises de Lilly escrutaron los suyos y Giles encontró difícil respirar. Parecía sinceramente preocupada por su salud. Precioso ángel, si supiera la verdadera razón, no se vería tan preocupada.

La arrastró hacia el salón donde esperaba que no hubiera sirvientes. La suerte estaba de su lado: la habitación estaba libre de acompañantes. Cerró la puerta tras de sí y la aseguró por si acaso. —Eres tan hermosa, Lilly, y debes saber que te deseo intensamente. No es fácil resistir tus encantos, pero estoy tratando de comportarme —confesó Giles con aprensión. Este nivel de honestidad era una forma segura de asustarla de nuevo.

—¿Por qué?

Giles se rio y la presión en sus pantalones disminuyó. —Ángel, dices las cosas más asombrosas.

Lilly se rio con él, pero colocó sus manos sobre su pecho. Por voluntad propia, las manos de él se curvaron alrededor de su espalda y se deslizaron hacia abajo.

—Parece que quieres besarme otra vez —susurró ella.

La muselina azul no ocultaba el calor de su trasero, ni la curva exuberante de su cadera. —Cierto.

—En realidad, creo que quieres hacer más que besarme —Lilly lo provocó, coqueteando. El pensamiento era tan provocativo que él perdió un poco más de control sobre su libido.

—Cierto también —suspiró Giles y presionó sus labios contra los de ella ligeramente—. No me lo estás poniendo fácil.

—Prefieres que las cosas sean fáciles. No te gustan las complicaciones —Lilly se apartó de su abrazo y caminó unos pasos.

Giles la siguió. —Yo... no sé lo que quiero cuando se trata de ti, Lilly. Pero sí sé que no quiero disgustarte de nuevo.

Lilly tomó una baraja de cartas y se la entregó por encima del hombro. La forma en que giró la cabeza hacia él, el ángulo de su cuello lo invitaba, y bajó sus labios para besar su piel.

No se aventuró más lejos y agarró las cartas con fuerza en su puño para mantener al menos una mano bajo control. Lilly inclinó su cuello y él mordisqueó su lóbulo.

Ella gimió. —¿Vendrás a mí esta noche?

Giles tragó saliva e intentó pensar en una razón para negarse. No quería negarse. Presionó un beso prolongado detrás de su oreja. —No debería.

—Quiero que lo hagas —dijo Lilly dubitativamente.

Él la giró y cedió al impulso de besarla apropiadamente. Profundizó el beso tan pronto como sus labios se separaron, provocando su lengua, invadiendo su calidez y ahogando sus sentidos en la perfección de sus labios.

Lilly suspiró cuando sus labios se separaron, como si estuviera tan consumida por la pasión como él. Permitió que sus manos acariciaran más abajo y agarró los firmes montículos de su trasero posesivamente, sintiéndola sonreír alrededor de sus besos. Mientras sus lenguas se rozaban y jugaban, Lilly subió sus manos alrededor de su cuello y lo sostuvo con fuerza.

—Enséñame a jugar —susurró Lilly entre besos.

—¿Al whist o a algo más? —murmuró Giles antes de atrapar el lóbulo de su oreja con los dientes.

Lilly se retorció en sus brazos, rozando su entrepierna con menos inocencia de la que él esperaba. —Algo más.

Giles se quedó inmóvil, bastante seguro de que estaban pensando en lo mismo. —¿Estás segura de que quieres eso?

—Estoy segura de que te quiero a ti.

Giles la apartó, pero sostuvo su cabeza con una mano en su nuca. Tomó varias respiraciones profundas antes de hablar, preparándose para ser un caballero y retroceder. —¿Aunque no sea para siempre?

Lilly asintió. —Incluso una sola noche puede ser suficiente.

Giles tensó cada músculo para evitar lanzarse sobre ella. La sangre rugía en sus oídos, ahogando el mundo que los rodeaba. Todo lo que podía oír era la respiración jadeante de Lilly. Todo lo que podía ver era su rostro sonrojado por el deseo. —Es demasiado temprano para ir a la cama y esperar engañar a los sirvientes.

—Entonces enséñame a jugar al whist para pasar el tiempo —sugirió Lilly, pareciendo sorprendida de que el buscador de placeres más decadente de Londres estuviera temblando en sus botas.

Qué poco lo conocía. Se sentía desequilibrado por primera vez en una década frente a una mujer hermosa. Se estaba ahogando en las aguas desconocidas de un tipo diferente de lujuria. Diferente, mejor y mucho más fuerte que cualquier cosa que hubiera conocido antes.

Y todo por Lilly, la única mujer por la que no había imaginado sentir nada. Ella podría haber sido su esposa una vez. Una mujer a la que habría llevado a la cama para cumplir con su deber de producir un heredero, pero poco más. Los matrimonios arreglados nunca habían sido por amor.

Tolerancia, tal vez, y esperanza de afecto.

Lo que sentía por Lilly en este momento desafiaba su considerable experiencia. —De acuerdo —dijo Giles después de una pausa—. Pero nada de besos hasta más tarde.

—Lo que tú quieras, Giles —accedió Lilly.

Giles sacudió la cabeza para aclararla de infinitas posibilidades decadentes.

CAPÍTULO DIECISIETE

LA PUERTA DE la alcoba se cerró con la más suave presión de su mano y Giles se apresuró a girar la llave en la cerradura. Lo que pretendía hacer era excitante, insensato y completamente temerario. Un acontecimiento que podría llevarlo a enfrentarse al pistola o la espada del padre de ella en el campo del honor.

Esta noche, compartiría la cama de Lilly para algo más que un rápido masaje. Esta noche, se convertiría en su amante.

Los ojos de Lilly lo siguieron mientras se acercaba, su mirada recorriendo su cuerpo. A pesar de su audaz evaluación, miradas que cosquilleaban sus nervios y aceleraban su corazón, ella se escondía bajo las sábanas. Tal vez no se sentía del todo cómoda con su propia sugerencia de compartir la cama con él. Si había cambiado de opinión, le daría la oportunidad de detener esta loca caída en el pecado. No la obligaría a mantener su invitación.

Tocó la cama, dejando que sus dedos se arrastraran por el lino mientras caminaba hacia el lado opuesto. Lilly se giró para seguir sus movimientos, y eso fue todo lo que necesitó Giles para convencerse de que era bienvenido. Ella yacía boca abajo como de costumbre, pero sus hombros y la parte superior de la espalda ya estaban desnudos.

Lilly se había desnudado para él, pero los nervios de doncella la mantenían enterrada bajo el cobertor. Esa imagen nubló tanto su mente que Giles no pudo moverse por un momento. Ella sonrió tímidamente y luego se enterró bajo las sábanas, hundiendo su rostro en la almohada.

Con cuidado de mantener sus impulsos bajo control, Giles se quitó la chaqueta lentamente, pero dudó en quitarse más. No era que no quisiera hacer el amor a Lilly, pero la ropa ajustada lo ralentizaría. Más que nada, quería que Lilly disfrutara de su tacto, de su atención, incluso a costa de su propio placer.

Alcanzó el borde de la manta, exponiendo la parte superior de su espalda desnuda al aire. Una vez que levantó el cubrecama lo suficiente para admitirlo en su cama, descubrió que su capacidad de compartimentar el cuidado de Lilly había desaparecido por completo.

Se deslizó en la cama, botas y todo, tiró de las sábanas sobre sus caderas y presionó sus labios contra su columna vertebral. —Buenas noches, ángel.

—Buenas noches.

A pesar de la situación, una sonrisa tiró de sus labios. Ambos sonaban terriblemente formales, pero tenía que hablar. Tenía que decir algo para marcar el momento. A diferencia de las otras mujeres que había conocido, no podía relajarse en la cama con ella tan fácil o rápidamente. Sabía que lo que estaba haciendo cambiaría la vida de Lilly para siempre. Perder incluso parte de su inocencia merecía su máximo respeto y cuidado.

Levantándose para que su peso descansara sobre un brazo, tocó sus costillas, deslizando sus

dedos sobre su piel, presionando pequeños besos a lo largo de su columna. Dejó de pensar, amasando músculos y acariciando a Lilly de una manera completamente diferente a la habitual, más sensual y erótica. Toques diseñados para calmar y deliberadamente excitar.

Lilly se movió, un ligero balanceo de sus caderas contra la ropa de cama, haciéndole saber que la estaba afectando tanto como ella lo afectaba a él. Dejó que sus manos vagaran por su cabello y liberó los alfileres, dejando que los suaves mechones fluyeran sobre su hombro y se derramaran sobre la almohada. Apartó los cabellos de dulce aroma y hundió sus labios en su cuello. Dios, sabía tan dulce, tan bien.

Recordando que Lilly tenía necesidades que debía atender, se sentó y la montó con cuidado, mientras maldecía en silencio su renuencia a quitarse las botas. Pero no podía hacer una pausa lo suficientemente larga para quitárselas. La noche pasaba y no quería que los encontraran juntos así. Le dio el masaje que tanto necesitaba, pero cuando terminó, besó la parte posterior de su rodilla, su tobillo, y capturó sus pies inquietos para presionar un beso en el arco.

—¿Giles? —se quejó Lilly en un susurro.

Él se rio entre dientes. —Pensé que te gustaría eso, pero parece que aún eres demasiado cosquillosa para disfrutarlo plenamente. —Gateó por la cama y se acostó a su lado, nuevamente apoyando su peso sobre un brazo.

Los ojos de Lilly, nublados por la pasión, se encontraron con los suyos. —¿Te gusta eso?

Él se encogió de hombros. —Nadie lo ha intentado antes, así que no puedo decirlo con certeza.

Lilly bajó la cabeza, pensando en algo. Él la dejó pensar. Quizás quisiera cancelar todo y aún había tiempo para mantenerla inocente. Todavía podía alejarse de su cama, aunque sería con considerable pesar.

Los dedos desnudos de Lilly se deslizaron sobre la parte superior de sus botas y presionaron contra él. Con ese pequeño aliento, Giles besó su espalda, besó un camino por sus costillas, dejando que su aliento abanicara la base de su columna justo encima de su glorioso trasero. Debatió si ir más abajo.

—¿Qué te gusta, Giles?

Se levantó sobre sus rodillas, montándola para poder usar ambas manos. Las colocó en su cintura, las deslizó con fuerza a lo largo de sus costados hasta que encontró las primeras curvas de sus senos.

Lilly levantó su pecho marginalmente, y él ahuecó sus senos. Gloriosos, suaves y un ajuste perfecto para sus palmas. Bajó su boca al nivel de su oído. —Me gustas tú.

Arrastrando sus manos lejos, dejó que las puntas de sus dedos rozaran sus pezones endurecidos. Ella gimió, su cuerpo temblando ante la nueva sensación. Giles giró las puntas de sus dedos alrededor de los duros capullos y luego ahuecó sus senos nuevamente, apretando y amasando su carne para darle placer.

Lilly trató de darse la vuelta, pero su posición restringía su movimiento. Él pellizcó su pezón y ella se estremeció. Flexionó sus caderas para que su miembro excitado presionara contra la firme curva de su trasero. Incluso esa ligera fricción lo volvía loco.

Pero no quería apresurarse; quería complacerla primero.

Trepando cuidadosamente sobre ella, cayó sobre el colchón. Compartir la cama con Lilly era abrumador. Inhaló profundamente, luchando por recuperar el control.

—¿Algo va mal?

Lilly se había vuelto de lado y lo observaba con ojos cautelosos.

—Eres tan hermosa —susurró Giles, presionando un largo beso en su hombro. El cabello le

hizo cosquillas en la nariz y lo apartó, exponiendo más de su piel y un seno pleno y maduro.

El control estaba sobrevalorado. Atrajo a Lilly hacia sí, tomó sus labios en un beso intenso y deslizó su cuerpo bajo el de ella. La carne suave y cálida marcó su piel incluso a través de la ropa que llevaba. Lilly le devolvió el beso, deslizando su lengua en su boca, desencadenando una avalancha de deseo que tuvo que luchar duro para suprimir.

Ella yacía sobre su cuerpo, con los muslos separados y su centro presionado firmemente contra su erección. Se mecía, gimiendo de frustración mientras el placer aumentaba lentamente. Demasiado lento para ella, pero mucho más rápido para él. Si continuaba, no sería capaz de esperar a que llegara su placer.

La hizo rodar sobre su espalda, mantuvo su peso arriba para no aplastarla, y deslizó su mano hacia abajo. Cuando sus dedos cruzaron su vientre, ella contuvo el estómago. Cuando sus dedos tocaron sus rizos, un gemido necesitado se escapó.

—Pronto, ángel. Solo espera.

Giles normalmente no era un hombre vocal en la cama, pero el deseo y Lilly lo incitaron a hablar. No parecía poder evitarlo, al igual que con todo lo demás relacionado con Lilly. Podía culparlo de estar en la cama con una mujer desnuda y aún estar completamente vestido. Era una de sus fantasías menos utilizadas. Ser el que daba placer, ser el que controlaba lo que sucedía, era embriagador.

Afortunadamente, Lilly parecía contenta de seguir su ritmo, de dejarlo decidir la posición también.

Besó su mandíbula. —He soñado con estar en la cama contigo durante tanto tiempo.

Los ojos de Lilly se abrieron y las profundidades grises estaban tormentosas. —¿Cuánto tiempo?

¿Debería confesar todo? ¿Debería decirle que cada otra amante palidecía en comparación con solo este placer? Giles tomó aire. —Desde la primera noche que te vi en Huntley House.

La confesión era buena para el alma, había oído, y parecía ser muy buena también para Lilly. Sus pequeñas manos calientes acunaron su rostro y él gimió fuertemente al ver el deseo reflejado en ella.

Los dedos trazaron su mandíbula, quemaron una línea hasta su oreja y luego se arrastraron en su cabello, torturando su cuerpo con piel de gallina. Ella curvó su brazo alrededor de su cabeza y mantuvo sus labios contra los de él. Convencido de que besar sus labios no era algo a lo que renunciar, Giles le dio los besos que ella exigía.

Sin embargo, no podía permanecer inactivo bajo tal asalto, así que acarició el costado de su cuerpo, sintiendo que el final se acercaba. Cuando rozó el borde huesudo de su cadera, continuó. Acariciando y amasando el globo de su trasero, se ahogó en el aroma de su cuerpo, en la textura de su piel.

Giles rompió el beso y dejó que sus labios se deslizaran por su rostro, dejando que su cuerpo cayera al colchón en un montón desordenado. Besó su cuello y el valle entre sus senos. Sabía lo que quería. Giles tomó su pezón en su boca en el momento exacto en que sus dedos se enredaron en sus rizos rubios. No le dio tiempo a Lilly para protestar. Succionó su pecho con avidez mientras sus dedos separaban sus muslos y se sumergían en su calor, deleitándose con sus gemidos de placer y los tirones agudos en su cabello.

—Oh, Giles.

Sus dedos se humedecieron al separar sus pliegues y trazar hasta su fuente de mayor placer. Lilly saltó cuando acarició su botón y su miembro se hinchó en anticipación.

Giles levantó la cabeza. Los músculos del cuello de Lilly se tensaron mientras se flexionaba,

jadeando, excitada más allá de todo lo que había conocido. Tan malditamente hermosa que Giles no podía apartar los ojos de su rostro sonrojado. Ralentizando sus dedos, esperó a que Lilly lo mirara. No podía soportar que ella evitara sus ojos. —¿Cariño?

Los ojos grises de Lilly lo ahogaron, su aliento jadeaba sobre sus labios. —Ahora entiendo por qué te gusta esto.

Giles giró sus dedos de nuevo y ella jadeó, alzando las caderas hacia su toque. —Ahora lo sabes.

No tomaría su virginidad, pero había beneficios en permitirle jugar libremente. Giles vería su clímax y disfrutaría haciéndolo. Sus dedos se deslizaron de sus pliegues y agarró uno de sus muslos, colocándolo sobre el suyo para que estuviera completamente abierta. No necesitaría mantenerse quieta, estaría cómoda. Eso era todo lo que a Giles le importaba.

Deslizó su mano por su muslo y cubrió su monte de nuevo, besando sus labios mientras sus dedos presionaban y giraban. Cuando sus caderas se elevaron para encontrarse con sus dedos de nuevo, supo que pronto llegaría al clímax. Ella gimió y sollozó mientras se acercaba la cúspide.

—Eso es. Llega para mí, Lilly. —Giles se elevó sobre ella posesivamente para observar su liberación por primera vez, y no le importó que él mismo no recibiera placer. Nunca antes se había preocupado tanto por la felicidad de una mujer. Complacer a Lilly era todo lo que importaba esta noche.

Con los ojos fijos, aumentó la fricción de sus dedos, extendiendo su humedad hasta que ella se arqueó de nuevo, sollozando su nombre cuando el alivio la golpeó de lleno. Los muslos se apretaron con fuerza alrededor de su mano mientras ella frotaba su cuerpo contra su puño.

Para una mujer pequeña y frágil, sus contracciones duraron mucho más de lo que había anticipado. Con su mano enterrada como estaba, sintió cada ondulación de placer que la sacudió. Se sintió asombrado y orgulloso a la vez. Dios, ella era el cielo, y se preguntó cómo había pensado alguna vez que el deseo existía antes de hoy.

Sus muslos se relajaron y él movió sus dedos, solo para encontrar mayor humedad que antes. Lilly estaba goteando, y no pudo evitar frotar su miembro contra su muslo. Una vez, dos veces, y luego un gemido largo y prolongado se escapó mientras se corría en sus pantalones con solo esa ligera fricción.

Lilly apretó su cabeza contra la de él hasta que se desplomó en el colchón, respirando con dificultad para recuperarse. No había necesitado correrse tanto en mucho tiempo.

No se había manchado la ropa desde que era un jovencito en pantalones cortos, espiando a las chicas del pueblo mientras lavaban en el arroyo. Pero Lilly tenía el efecto más condenado sobre él. Uno que nunca había experimentado antes. Todas sus ideas cuidadosamente pensadas sobre el placer acababan de ser arrojadas por la ventana.

—¿Estás bien? —preguntó Lilly.

Él levantó la cabeza y le sonrió. La tierra volvió a moverse y presionó sus labios contra los de Lilly para evitar que algún comentario banal brotara de su boca. Los labios de ella se aferraron a los suyos, sus dedos se enredaron en su cabello mientras él la apretaba contra su cuerpo.

La forma en que ella se movía contra él lo convenció de que, con suficientes horas nocturnas, podría darle placer de nuevo. Pero la noche estaba pasando. No tenía idea de la hora. Ambos necesitaban dormir y él tenía que escapar antes de que el amanecer lo encontrara en su cama.

Con pesar, Giles giró a Lilly, colocó su brazo bajo la cabeza de ella y estiró la sábana y el cubrecama para cubrirlos a ambos. Lilly suspiró, presionando sus labios contra la muñeca de él. Encendiéndolo con su simple gesto. Él retrocedió sus caderas para que no encajaran tan

ajustadamente y le dio un beso en el cabello, esperando que su mundo se asentara. —Es hora de dormir, pequeño fantasma.

Lilly refunfuñó.

Tomando su mano, Giles entrelazó sus dedos y los sostuvo contra el vientre de ella, saboreando el calor agradable entre ellos. Para su sorpresa, Lilly apartó su mano y se giró para mirarlo. Apoyando la cabeza en el brazo de él, colocó su mano contra la mejilla de Giles. Las uñas cortas de Lilly rascaron su barba incipiente una vez y luego se quedaron quietas, su respiración volviéndose uniforme y profunda.

Asombrado por su repentino sueño, escuchó el sonido de su respiración. Nunca había recordado los hábitos de sueño de sus amantes anteriores, pero siempre recordaría este momento, compartiendo la cama con Lilly. Una noche más allá de sus expectativas y una experiencia que quería repetir. Solo esperaba que Lilly dijera lo mismo por la mañana.

CAPÍTULO DIECIOCHO

AL PARECER, Lilly podía considerarse tan libertina como la mitad de las mujeres de Londres. Ese fue su primer pensamiento al despertar. Cuando se dio la vuelta y encontró su habitación desprovista del cálido cuerpo de Giles, la tristeza se filtró en ella. Por supuesto que no se quedaría. El hombre estaba hecho para el galanteo y nada más. Pero aun así, ya lo echaba de menos.

Su segundo pensamiento fue menos condenatorio y tenía más que ver con los dedos de él sobre su piel. Oh, las cosas que ese hombre podía hacer con sus manos eran increíbles. Giles podía hacer que cualquier mujer se relajara con él. No es que ella le hubiera temido exactamente, pero sabía lo imposible que sería enamorarse de él y compartir su cama.

Dejando de lado su habilidad para aliviar sus lesiones, era perversamente insistente en su búsqueda decidida del placer. La hacía palpitar. La hacía desear más.

Lilly se estiró. Las sábanas crujientes se enredaron alrededor de sus piernas mientras intentaba aferrarse al recuerdo de los labios y los dedos de Giles sobre su cuerpo.

Su tercer pensamiento fue preguntarse si querría compartir su cama de nuevo. Ahora que había hecho su voluntad con ella, más o menos, ¿se acostaría a su lado esta noche si se lo pidiera?

Considerando lo concentrado y tierno que había sido, esperaba que lo hiciera. Combinaba lo mejor de sus manos sanadoras con caricias escandalosas que inflamaban sus sentidos. Y también se había excitado él mismo.

Para su vergüenza, Lilly no podía atribuirse el mérito de su placer. No había sabido cómo tocarlo. Cuando él había gemido en su cuello por la ligera fricción contra su pierna, se había avergonzado de no haberle prestado más atención.

Lilly le preguntaría qué hacer la próxima vez. Si es que había una próxima vez. Se mordió el labio. Dado lo que sabía ahora, no podía culparlo por disfrutar tanto de las relaciones íntimas. Lo que habían compartido había sido intenso. Habían disfrutado de una gran intimidad juntos.

Lilly empujó los brazos bajo su cuerpo y se incorporó. Su cuerpo aún estaba desnudo y sus pechos se elevaban por encima de las sábanas, sorprendiéndola con una emoción de aire fresco sobre sus pezones. Nunca había dormido desnuda antes y mientras se retorcía contra las gruesas sábanas de algodón, decidió que le gustaba.

Giles dormía desnudo.

Un rubor se deslizó por sus mejillas. Había sollozado el nombre de Giles cuando su pasión alcanzó su punto máximo. Su mundo se había vuelto oscuro y estrellado cuando sus dedos la empujaron más allá de un límite que nunca había esperado que existiera.

A los pies de la cama yacía el camisón de Lilly, listo para deslizarse sobre su cabeza por

pudor. Lo alcanzó, arrastrando la tela familiar hacia arriba de la cama y luego luchando para meterse en la prenda suelta. Mientras se sacaba el cabello y lo colocaba sobre su pecho, sonrió.

Giles era tan considerado, tan decidido a atender sus necesidades, aunque si alguien sospechara que Lilly y Giles eran amantes, eso podría cambiar.

Lilly se acurrucó bajo las mantas nuevamente, bastante preparada para perderse en el recuerdo de hacer el amor con Giles, pero la puerta crujió al abrirse y una cabeza con gorro blanco se asomó por la rendija. —Buenos días, señorita Winter. Lamento si la he despertado demasiado pronto.

Lilly se estiró. —Estaba dormitando. ¿Cómo está usted hoy, señora Osprey?

El ama de llaves avanzó con su prisa habitual, abrió las cortinas de un tirón y sacudió la ventana para dejar entrar el aire fresco de la mañana. —Oh, nada de qué quejarse. —Revisó las flores, la chimenea y la mesita de noche, luego arregló las sábanas alrededor de la cintura de Lilly, subiéndolas bien alto—. ¿Está lista para su desayuno?

—Eso sería encantador.

La señora Osprey revoloteó fuera de la habitación pero regresó poco después con una bandeja grande y muy cargada. Podría ser su imaginación, pero las bandejas del desayuno parecían estar cada vez más llenas con cada comida. Lilly escogió lo que más le gustaba, ignorando la sospecha de que Giles monitoreaba sus hábitos alimenticios incluso después de haberle dicho que no lo hiciera.

Mientras Lilly terminaba su desayuno, la señora Osprey entraba y salía de la habitación, seleccionando ropa de la alcoba de Katarina —hoy muselina azul oscuro— y organizando su baño. Era vergonzoso cuánto tiempo pasaba la señora Osprey con ella. ¿No estarían sufriendo sus deberes como ama de llaves?

Pasos más pesados anunciaron la llegada de los sirvientes masculinos con el agua del baño. Acurrucada bajo las sábanas, Lilly observó la fascinante interacción entre la señora Osprey y el mayordomo. Hoy, ambos se lanzaban miradas furtivas. Lilly ocultó su sonrisa ante lo cómicos que parecían mientras uno se giraba antes de que el otro lo sorprendiera mirando.

Cuando Dithers estaba cerca, la señora Osprey se volvía aún más distraída. Lo absurdo de la situación no pasó desapercibido para Lilly. Como resultado, Dithers tomaba el mando con firmeza sobre el personal, aunque esos asuntos fueran responsabilidad del ama de llaves. Cuando el baño estuvo preparado según los exigentes estándares de Dithers, él le hizo una reverencia y se excusó, asintiendo a la señora Osprey como si le recordara su tarea.

Normalmente el ama de llaves lo ignoraba, pero hoy la señora Osprey soltó un fuerte suspiro y abandonó toda apariencia de despiste. —Sé lo que tengo que hacer, diablo —se quejó lo suficientemente alto para que Lilly la oyera.

Desconcertada, pero sin querer involucrarse, Lilly se deslizó fuera de la cama y se apresuró a bañarse. Detrás de ella, la señora Osprey quitó las sábanas de la cama en un tiempo récord, las hizo un ovillo, recogió su camisón del suelo y luego los colocó en la puerta para lavarlos.

Lilly se sorprendió. Solo habían cambiado la ropa de cama por sábanas limpias ayer. No necesitaban mimarla hasta ese punto.

La señora Osprey la ayudó a vestirse. La muselina azul no era tan bonita como el vestido de ayer, pero al menos no era otro camisón que la confinara a la casa.

—Ya está, todo listo —dijo la señora Osprey, retrocediendo para examinar su obra. Lilly giró la cabeza de un lado a otro, admirando el bonito arreglo de su cabello contra el tono más oscuro del vestido. El contraste era llamativo. La señora Osprey tenía un verdadero talento.

—Gracias, señora Osprey. Me ha malacostumbrado para mi vida normal.

La ama de llaves sonrió.

—Tonterías, mi niña, cualquiera que pueda hacer sonreír a su señoría como usted lo hace merece mucho más que esto.

Sonrojándose, Lilly buscó un tema más seguro.

—No pensé que necesitaría ropa de cama limpia tan pronto. No quiero agobiar a los sirvientes con tareas innecesarias. Seguramente podrían haber esperado otro día.

La señora Osprey frunció el ceño.

—Normalmente podrían haberlo hecho, pero es mejor ocuparse de las sábanas directamente. Ahora que conocemos su ciclo, estaremos mejor preparados para el próximo mes si aún está aquí entonces. Quizás debería descansar en casa hoy. La madre del conde siempre estaba acostada en estos momentos. No puedo culparla por aprovechar la oportunidad. Algunas mujeres lo pasan peor que otras, y Lady Daventry era de constitución delicada como usted, si lo recuerda.

Lilly no entendía por qué la señora Osprey pensaba que estaba más frágil hoy que ayer o el día anterior. Podía admitir que su larga enfermedad daba a los demás la impresión de que era débil, pero sabía que estaba mejorando un poco más cada día.

—Recuerdo a Lady Daventry. Era amable pero frágil, ¿verdad? —Lilly siempre había supuesto que un viento fuerte podría derribarla si alguna vez se aventuraba a salir, pero no deseaba hablar mal de los muertos.

—Así era, y no podría esperar encontrar una señora más dulce y amable. Usted me recuerda a ella.

Lilly no pudo contener una sonrisa. Era un cumplido mayor de lo que la señora Osprey podía saber.

—Señora Osprey, me pregunto si podría decirme. ¿Cuándo murió Lady Daventry? No creo haber oído nunca de ello, y dudo en preguntarle al conde por temor a alterarlo.

La señora Osprey frunció el ceño.

—Probablemente sea lo mejor. Su muerte le afectó mucho. Fue después de su accidente, pero menos de un año después de que su marido falleciera. Lord Daventry, el mayor, se cayó de su caballo y murió una semana o dos después por una fea infección. Quizás dos años después de su accidente.

—Oh, tampoco sabía eso.

—La señora no tomó bien su muerte, y de una forma u otra logró seguirlo poco después. Los niños estaban devastados. Su señoría intentó tanto animar a su madre, pero ella se le escapó. —La señora Osprey le colocó un mechón suelto de cabello detrás de la oreja—. Por eso el amo prohibió el láudano en la mansión. Cree que ella se mató a base de medicamentos. Supongo que por eso está tan preocupado por usted. Ambas son mujeres frágiles.

La señora Osprey inclinó la cabeza y se apresuró a salir con la ropa de cama, dejando a Lilly con el corazón acelerado. Las noticias de la señora Osprey explicaban bastante sobre el comportamiento de Giles.

Treinta minutos después, Lilly temblaba y se acurrucaba en la esquina del diván. Acababa de usar el orinal y descubrió, para su sorpresa, que estaba sangrando.

Lilly estaba asustada. Aterrorizada. Si esto era lo que sucedía después del placer del toque de Giles, estaba horrorizada. No tenía idea de que los placeres del cuerpo pudieran resultar en tal lesión. ¿Moriría ahora que finalmente había logrado burlar todas las voces desagradables y había comenzado a vivir de nuevo?

Lilly simplemente no sabía cuánto tiempo tomaría, así que se acurrucó de lado y rezó. Rezó para morir rápidamente esta vez.

—Así que aquí es donde te escondes cada verano.

Giles levantó la vista y encontró a Lord Carrington merodeando en su puerta. Giles le lanzó su corbatín a su ayuda de cámara y cruzó la habitación.

—Carrington, ¿cuándo diablos llegaste? No escuché el carruaje —dijo mientras atraía al hombre más joven en un abrazo brusco.

—Cabalgué hasta aquí esta mañana desde el pueblo. Mi carruaje se averió anoche, así que tontamente pensé en pedir prestado un jamelgo al posadero en lugar de esperar.

—Dios mío, me temo que conozco el que te prestaron y ahora estoy doblemente sorprendido de verte. ¿No tienes sentido común?

—Aparentemente no.

Giles se volvió hacia su ayuda de cámara y dejó que el hombre se ocupara de su atuendo.

—Me alegro de ver que sobreviviste. Ese caballo, si es el que temo, ha tirado a más jinetes hábiles dentro de una milla del pueblo de los que puedo contar.

—Eso explica por qué el posadero no parecía muy preocupado por cuándo regresaría la bestia. Dijo que lo vería pronto. El tonto animal se asustaba con cada pájaro o conejo sobresaltado —dijo Carrington, apoyándose contra la pared—. Gracias por invitarme.

—No hay de qué. Estoy encantado de ofrecerte un breve respiro de tu familia. Estoy seguro de que tu madre ha estado observando cada boda de los últimos años y tomando notas.

—Demasiado cierto, demasiado cierto. Tiene un libro —Carrington exhaló con fuerza—. ¿Por qué diablos decidí casarme?

Giles mantuvo la mirada del hombre más joven, sorprendido de que hubiera pronunciado la pregunta que Giles había estado tratando de evitar hacer durante los últimos meses.

—Por lo que entiendo, tuviste poca opción sino hacerlo o arriesgarte a perder tu honor.

Carrington se pasó la mano por el pelo. Cuando empezó a caminar de un lado a otro, la señal habitual de que el vizconde estaba alterado, Giles decidió no continuar con la discusión. Hablar no ayudaría. —Estaba a punto de bajar a desayunar. ¿Has comido?

Carrington se detuvo. —No —Se giró y miró a Giles a los ojos—. ¿Sabes? Me sorprende que no tengas una figura más rellena. ¿Es tu respuesta para cada crisis comer?

—Olvidas que llevo una vida activa. Un hombre debe comer para alimentar sus pasiones.

Carrington estalló en carcajadas, y Giles se alegró de que su comentario hubiera distraído al hombre más joven de sus problemas.

—Activa es una forma de describir tu vida. Pero con todo el descanso que supuestamente tienes cuando estás en Northamptonshire, habría pensado que no seguirías comiendo tan bien —Carrington sonrió—. De hecho, debo felicitarte. Pareces estar de un humor notablemente mejor para ser un hombre cuyo celibato autoimpuesto se ha convertido en un evento anual bien conocido. Diría que estás feliz.

Giles puso la mano en el pomo de la puerta. ¿Era tan transparente para los demás esa sensación burbujeante de satisfacción con la que se había despertado? No podía ser. —Carrington, bajemos a desayunar.

Salió de la habitación y, tras un momento, oyó los pasos apresurados de Carrington siguiéndole. Por una vez, el hombre más joven contuvo su lengua hasta que los dejaron solos en el comedor. Pero la mirada de Carrington lo clavó en el sitio. —¿Tienes una mujer aquí?

Giles respiró hondo. Este era el momento de informar a Carrington de la presencia sin carabina de Lilly, pero dudó. Después del apasionado encuentro de anoche, no sabía cómo

describir lo que existía entre él y Lilly. Amantes sonaba demasiado vulgar.

—La tienes, ¿verdad? —sugirió Carrington—. Volveré a Londres. Deberías haber mencionado que planeabas tener compañía de la que preferirías que tu última amante no se enterara. Lady Montgomery te envía saludos, por cierto.

—¿Quieres decir que intentó seducirte? —Sabine Montgomery había mostrado su pierna a más de uno de sus amigos íntimos y, para su mortificación, había sido rechazada cada vez.

—No acepté su generosa oferta. Siempre has sabido cómo están las cosas conmigo.

Giles suspiró y dejó la servilleta a un lado. —Lo sé. ¿Cómo lo está llevando Aggie?

Carrington volvió a caminar de un lado a otro. —No lo sé. No quiere hablar conmigo.

—¿Puedes culparla? ¿Qué mujer en su sano juicio podría ser feliz sabiendo que el hombre que ama se ha visto obligado a comprometerse con otra?

Carrington se dejó caer en una silla y hundió la cabeza entre las manos. —Lo sé. No estaba prestando suficiente atención.

Giles lo observó, compadeciendo las circunstancias que habían cambiado la existencia encantada de Carrington. La suya era una situación que la mayoría de los hombres temían. —Mi prometida está aquí.

En el momento en que las palabras salieron de sus labios, Giles supo que acababa de crear más problemas. Por regla general, no le gustaba mentir, pero su primer pensamiento fue proteger la reputación de Lilly.

Carrington levantó la cabeza de golpe, pero por una vez, el hombre parlanchín permaneció en silencio.

La mentira le espesó la lengua hasta que Giles tuvo que aclararse la garganta. —Es decir, mi antigua prometida, Lillian Winters, una casi inválida, está residiendo arriba. Sin carabina.

La verdad era mejor.

Carrington miró al suelo, y luego sus hombros empezaron a temblar. Preocupado, Giles se acercó a su lado y puso una mano sobre él. En el momento en que tocó a Carrington, sus temblores se convirtieron en risa. Giles frunció el ceño, nada divertido por la reacción de su amigo.

El otro hombre se levantó y se movió por la habitación, secándose las comisuras de los ojos mientras su risa continuaba en una oleada imparable. Resignado, Giles esperó a que se calmara, pero no creía que la situación mereciera tal derroche de emoción.

Finalmente, Carrington encontró su mirada. El otro hombre parpadeó, dándose cuenta quizás de que Giles no encontraba la situación graciosa en absoluto. Lilly merecía más respeto que esto, y se alegró de que ella aún estuviera en la cama. Carrington volvió a su silla y se sentó.

—Con razón pareces tan feliz. Te has llevado a la chica a la cama —Carrington asintió, asumiendo que el silencio de Giles era una confirmación—. Dados mis recientes problemas, creo que deberías contarme todo lo que ha pasado desde que dejaste Londres. Quizás aún sea posible salvarte.

—¿Salvarme?

—Por supuesto. Lo primero que deberías hacer es volver a Londres. Dada la naturaleza de Lady Montgomery, estoy seguro de que podrías convencerla para que te proporcione una coartada plausible que anule cualquier reclamo de la mocosa. Por supuesto, yo estaré encantado de hacer lo mismo.

—No necesito que me salven —gruñó Giles. No mentiría descaradamente sobre la presencia de Lilly en su casa. Sabía que habría consecuencias por dejarla aquí, y había intentado señalárselas a su padre cabezota. Pero después de anoche, el matrimonio con Lilly tenía un

atractivo inesperado. Era una mujer apasionada y muy poco exigente. Podrían llevarse bien juntos, pero no había necesidad de apresurarse a tomar una decisión. Cruzaría ese puente cuando llegara el momento. Por ahora, Carrington mantendría la boca cerrada y, cuando el barón Winter regresara, Giles vería si su atracción por Lilly disminuía. —No me haría feliz dejar a Lilly.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LA DISCUSIÓN CON Lord Carrington había durado horas y, al final, Giles no había logrado convencer a su amigo de que Lilly no lo engañaría para casarse con él. Simplemente, ella no era tan calculadora.

Se habían separado cuando parecía probable que llegaran a los golpes por los comentarios despectivos de Carrington, y su amigo se había marchado a dar un paseo por el campo para refrescar la cabeza. Por si acaso se perdía, Giles había pedido que uno de los mozos lo siguiera discretamente. Carrington podría navegar por la sociedad sin apenas pensarlo, pero se perdería en cinco minutos en el campo si estuviera realmente solo.

La puerta crujió y Giles se preparó para tratar con su amigo con una actitud más racional. Sin embargo, no era Carrington en absoluto, sino su ama de llaves.

—Perdone que lo moleste, pero deseo hablarle sobre la señorita Winter. Devolvió una bandeja de almuerzo intacta y ha dejado que toda una tetera de té se enfríe sin probar una gota. No quiere decir por qué.

—¿Quiere decir que no ha comido nada desde el desayuno? —exigió Giles, irritado por la noticia.

La señora Osprey asintió, cambiando el peso de un pie a otro al otro lado de su escritorio.

—¿Está enferma, señora?

—Oh, no, señor. No está enferma. Bueno, quizás no como usted podría entender las cosas. No, no está enferma en absoluto —le aseguró la señora Osprey, pero él seguía sin entender cuál podía ser el problema.

Al verla retorcerse las manos en una agitación sin palabras, Giles colocó ambas manos sobre el escritorio y se puso de pie.

—¡Dithers!

Ante su grito, la señora Osprey palideció.

—Oh, no podría. Simplemente no podría.

El mayordomo podría ayudarlo a lidiar con esta criatura irritante. Él generalmente sabía cómo. Giles levantó una mano para detener el flujo de palabras mientras esperaba.

—Dithers, por fin —exclamó Giles cuando la puerta se abrió de golpe—. A ver si puedes sacar algo de sentido de esta mujer, ¿quieres? Aparentemente, necesito saber algo sobre la señorita Winter, pero la señora Osprey no puede decidirse a decírmelo. Al menos no de una manera que yo pueda entender claramente, si me entiendes.

La expresión de Dithers indicaba que no entendía nada en absoluto, pero se acercó a la señora Osprey. Cuando la señora Osprey se encontró con su mirada, sus ojos se endurecieron de inmediato y giró para enfrentar a Giles, pareciendo estar en su sano juicio por primera vez desde

su regreso a Northamptonshire.

—Es un asunto privado, mi lord.

Giles pudo ver a Dithers desconcertado por su tono cortante. La señora Osprey parecía una mujer en completo control de su mente. Se formó una sospecha molesta. No solo los hombres jugaban juegos para conseguir lo que querían.

¡Mujer astuta! Había fingido ser indefensa para mantener a Dithers cerca.

Giles despidió al hombre con un gesto.

—Dithers, puedes retirarte.

La señora Osprey ocultó una sonrisa y Giles señaló hacia la puerta del jardín. Ella pasó con pasos firmes y caminó delante de él hasta un lugar donde no pudieran ser escuchados.

Giles se cruzó de brazos.

—Ahora, ¿qué demonios está pasando?

La señora Osprey juntó las manos.

—Mi lord, entiendo si prefiere no involucrarse directamente con la joven dama, pero el comportamiento de la señorita Winter hoy me preocupa mucho.

El corazón de Giles se le cayó a los pies, pero logró soltar un convincente y neutral:

—Oh.

—Cuando estuve con ella esta mañana temprano, y sé que esto no es de interés para los caballeros, pero noté que su tiempo de mujer había llegado. Al menos eso es lo que creí entonces. Cuando la dejé, parecía alegre, pero el almuerzo llegó y se fue y ella no comió nada. Se quedó en la chaise longue y no se ha movido. Cuando subí el té hace un momento, todavía estaba allí y tenía una mirada que no me gustó. Ella no confía en mí, mi lord, pero creo que está en algún tipo de shock. ¿Cree que pudo haberle pasado algo durante la noche? ¿Quizás algo siniestro que pudiera haber alterado sus nervios?

Giles se quedó clavado en el sitio. Nada siniestro le había ocurrido a ella aparte de compartir la cama con él. Nada que explicara el sangrado de todos modos. Y Giles no había entrado en ella. Ni siquiera con la punta de un dedo. Había logrado mantener la cabeza y permaneció fuera del cuerpo de Lilly durante todo el glorioso evento.

No, debía ser como la señora Osprey había supuesto al principio, su tiempo de mujer había llegado y estaba molesta por ello. Él no había dejado su cama hasta que la primera luz de la mañana había iluminado su habitación. Había dormido toda la noche en la cama de Lilly, incluso manteniendo sus botas puestas.

Ahora mismo, sin embargo, tenía un problema. La señora Osprey asumía, como él había querido que asumiera, que no tenía un interés serio. Había pensado que ella podría haberse estado escondiendo de él por timidez, o quizás de Lord Carrington, y quería golpearse la cabeza contra un árbol muy duro por no haber pensado en ir a verla antes.

Debería haberla tratado de manera muy diferente después de anoche, y necesitaba ir a verla ahora. ¿Era posible que hubiera bajado, escuchado su discusión con Carrington y no le hubiera gustado lo que se dijo sobre ella? Ni él ni Carrington se habían acordado de mantener sus voces particularmente bajas.

—Tendrá que hablar con la chica, sospecho —la señora Osprey se balanceó sobre las puntas de sus pies—. No sé cómo se sentirá ella con todo esto, pero quizás usted podría hablar con ella en privado. Puedo esperar afuera en el pasillo, o al borde de la habitación.

Bendita sea la señora Osprey. Ni siquiera tenía que sugerir comportarse de manera impropia. Quizás ella todavía pudiera leerle la mente como él había pensado una vez.

—Sí, supongo que una discusión privada sería lo mejor y resultaría menos vergonzoso para

todos. Gracias por sugerirlo, Osprey. Iré allí directamente.

—Oh, es usted muy amable, mi lord.

Miró a su alrededor y vio una hermosa flor en un macizo cercano. Una flor podría levantar el ánimo de Lilly. En cuanto la señora Osprey se dio la vuelta, Giles la arrancó del arbusto y la guardó en un bolsillo interior antes de seguirla al interior.

No hubo respuesta al suave golpe de Giles en la puerta de Lilly, pero entró de todos modos. En lugar de encontrarla recostada en la cama, bajo las sábanas como de costumbre, Lilly yacía acurrucada de lado en la chaise longue. Giles cerró la puerta de una patada, dejando fuera a la señora Osprey, y se embriagó con su sutil y muy distintivo aroma.

La excitación le apretó los pantalones y luchó contra ella. El rostro de Lilly tenía un aspecto tenso que le preocupaba mucho. Cuando cruzó la habitación y se inclinó sobre la chaise longue, ella no se movió. Le abrió la mano y le hizo girar la flor sobre la palma, pero no obtuvo una sonrisa complacida a cambio.

Le apretó la mano con fuerza, presionando la flor entre sus palmas, y notó lo húmeda que estaba.

—Lilly, cariño, ¿qué te pasa? —Giles reflexionó con ironía que le preguntaba eso muy a menudo.

—Me estoy muriendo, Giles.

—¡¿Muriendo?! —exclamó—. No lo creo, querida. Te sentirás mejor en un día o dos.

—¿Un día o dos? ¿Tardará tanto? No creo que pueda soportar esto.

—Bueno, según mi experiencia, la mayoría de las mujeres encuentran estos primeros días desagradables, pero nunca he oído que alguien haya muerto por ello —le aseguró, frotándole el dorso de la mano con el pulgar, complacido por el aumento de su color.

—¿Me estás diciendo que todas las mujeres pasan por esto? ¿Que el placer produce esta debilidad?

—¿Debilidad? ¿De qué diablos estás hablando? —Giles se arrodilló—. Tu período mensual no tiene nada que ver con el placer, querida. Tiene que ver con tener hijos.

Ella lo miró horrorizada y una idea aborrecible se apoderó de él.

—¿Nadie te explicó nunca los asuntos de las mujeres?

Ella negó con la cabeza rápidamente.

Giles le apretó las manos con fuerza. —Pobre querida, qué mañana tan espantosa debes haber pasado. Reprendería a tu padre por esto, si no pensara que me dispararía por conocer detalles tan personales sobre ti.

—¿Hijos?

—Ah, veo que voy a tener que empezar desde el principio. Te prometo que no te estás muriendo. Mira, déjame ver si puedo explicártelo. Solo recuerda que mi punto de vista es desde el lado masculino y que una mujer podría explicártelo mejor. —Deliberadamente eligió no mencionar a su propia madre, pero ella debería haber sido quien educara a la chica mucho antes del accidente.

Una hora después, llamó a la señora Osprey para que trajera té y se encargó de que Lilly cenara con él y Carrington para que se hicieran las presentaciones necesarias. Su color mejoró. Mejoró mucho. Sus explicaciones habían provocado muchos sonrojos por parte de ella y bastante tensión por la suya.

No le habían contado nada. Todo lo que sabía sobre las mujeres venía de él. Primero de verlo acostarse con otras, y el resto de la franca charla de hoy.

—¿Y sangro cada mes?

Giles la atrajo contra su hombro. —Hasta que tu cuerpo sea demasiado mayor para tener hijos. —Le besó la coronilla, imaginándola con un bebé en brazos. Cerró la puerta de golpe a ese tipo de pensamientos.

En todos los años de su enfermedad, ella no había sido consciente de su propio flujo mensual. Quizás esta era la primera vez que Lilly estaba lo suficientemente lúcida como para reconocerlo. También era posible que hubiera estado completamente ausente. Le gustaría mucho saber la respuesta, pero satisfacer su curiosidad terminaría en un encuentro con una pistola humeante.

—Debes pensar que soy una completa imbécil, Giles. Lo siento mucho, papá me trajo aquí para molestarte.

—Yo no lo siento en absoluto. Eres muy dulce y deliciosamente inocente, Lilly. Mejor equivocarse conmigo que con otra persona. Mejor escuchar la verdad de un amigo, creo. —Giles la abrazó de nuevo y ella le rodeó la cintura con los brazos, aferrándose a él con fuerza sin provocar esa sensación de asfixia que otras mujeres le habían provocado. Sí, eran muy buenos amigos, sin duda. Ella necesitaba a alguien de su lado. Con el tiempo, Carrington vería que no esperaba nada más que eso.

Si Giles le hubiera susurrado que tenía dos cabezas en lugar de una, Lilly tendría una explicación para las miradas de reproche que Lord Carrington le dirigía al otro lado de la bien puesta mesa de caoba. Por extraño que parezca, se sentía incómoda con el hombre más encantador de Londres. No le caía bien. No parecía nada amistoso.

—¿Cuánto tiempo se quedará en Northamptonshire, señorita Winter?

Ella miró la expresión impasible de Giles antes de responder al vizconde. Dada la mirada beligerante que Carrington le ofreció a cambio, dejó el tenedor, perdiendo por completo el interés en la comida. —Hasta que mi padre regrese. Como creo que ya mencioné, no sé cuándo será eso.

Carrington se volvió hacia Giles y arqueó una ceja. No dijo nada, pero alguna forma de comunicación privada pasó entre ellos. Lilly no pudo determinar inicialmente qué podría significar una ceja arqueada. Pero, a medida que el silencioso intercambio se prolongaba, tuvo la horrible sensación de que esa mirada era sobre ella y su estado sin carabina.

—Winter volverá por su hija a su debido tiempo, Carrington. No temas.

El vizconde resopló ante las palabras de Giles, y ella se dio cuenta de que el vizconde pensaba, de hecho, que ella tenía planes de atrapar al conde en otro compromiso. Sorprendida, se volvió hacia Giles de nuevo, pero su única respuesta fue darle un golpecito en la pierna por debajo de la mesa.

Giles dio un sorbo a su vino, saboreándolo en la boca, como siempre. —¿Recibiste la misma invitación escuetamente redactada para pasar la Navidad en Warwickshire que yo, Carrington?

—Sí —respondió Carrington, acomodándose con facilidad en su silla—. La carta de Ettington llegó la semana pasada. Mi madre también recibió una.

—¿Asistirás?

Carrington frunció los labios. —Eso dependerá, por supuesto, de cuándo mi prometida se convierta en mi esposa, pero temo que pueda angustiar a la nueva marquesa si no hago acto de presencia. Pixie parece del tipo organizador. No le gustaría que sus planes se frustraran.

—Sí, yo tampoco querría irritar a Pixie. Ettington me reprocharía por decepcionar a su nueva esposa.

Carrington miró hacia Lilly. —¿Usted asistirá, señorita Winter?

—No —Lilly se presionó la servilleta contra la boca y luego la colocó sobre su plato medio lleno—. Mi padre tiene poco que ver con el marqués. Un marqués está bastante fuera del círculo de conocidos de mi padre.

Escuchar a los hombres planear futuros entretenimientos en su presencia a los que ella nunca sería invitada explicaba el tono mordaz de su comentario. Giles tenía una gran vida, tenía muchos amigos más allá de esta tranquila finca. Una vida llena de emociones, un amplio círculo de conocidos dispuestos a reírse de sus bromas. En comparación con la de Giles, la Navidad de Lilly sería desoladora.

Giles se aclaró la garganta. —¿Dónde pasarás la temporada navideña, Lilly?

Cuando miró a Giles, pudo ver un profundo ceño fruncido en su frente. Logró esbozar media sonrisa. —¿Donde sea que mi padre decida pasarla? Creo que la Navidad pasada la pasamos en Londres.

El hombre más encantador de Londres lucía una expresión desconcertada. —¿Crees? —Carrington se rió—. ¿No lo recuerdas?

¿Cómo sería ser tan popular como Lord Carrington? Nunca cuestionado, siempre aceptado. Lilly no podía imaginar ese tipo de vida. —No, mi lord. No lo recuerdo —Lilly se puso de pie—. Si me disculpan, caballeros, me gustaría retirarme y permitirles a ambos disfrutar de su velada. Buenas noches.

Ambos hombres se pusieron de pie cuando ella abandonó la habitación, con Atticus siguiéndola de cerca.

—Eres un idiota cegato, Carrington —susurró Giles furiosamente detrás de ella—. ¿Tienes que desconfiar de todo el mundo?

Lilly no se quedó a escuchar nada más.

Ella no había elegido venir aquí y su intento de causar una buena impresión en uno de los amigos más cercanos de Giles había fracasado espectacularmente.

Pasos resonaron fuertemente en el pasillo.

—Lilly, espera.

Giles la alcanzó, tomándola del brazo y atrayéndola hacia su costado. —Querida Lilly, me disculpo por Carrington —Lilly se tensó—. Él no te conoce y ve engaño en cada mujer. Piensa que me está salvando de sufrir un destino similar al suyo.

Un segundo juego de pasos resonó en el pasillo y Carrington apareció a la vista. Su rostro tenía una expresión extraña. Si Lilly tuviera que apostar, diría que estaba preocupado. Ella retiró su brazo del agarre de Giles y dio un paso atrás.

—Carrington. Espérame en el salón —Giles se pasó los dedos por el cabello mientras el hombre más joven se marchaba—. Había esperado que ustedes dos se conocieran mejor, pero no creo que quiera ver cuchillos volando por encima de la mesa.

Cuando ya no pudo oír los pasos de su amigo, Giles la tomó en sus brazos. —Lamento mucho que haya tocado un tema sensible. La Navidad debe haber sido solitaria para ti.

Lilly se encogió de hombros. La Navidad podría ser solitaria, pero era solo un día en la vida vacía que tenía por delante. —Difícilmente eres culpable del pasado.

—Sé que no soy culpable, pero lamento no haberme molestado en confirmar las palabras que tu madre pronunció.

Apartarse de su abrazo resultó difícil. Parecía que él estaba mucho menos preocupado por el riesgo de escándalo de lo que debería estar. Carrington podría volver en cualquier momento. —Eras libre, Giles. ¿Por qué te habrías molestado en descubrir qué fue de mí?

—Lilly, si me hubiera dado cuenta de que existías en tal dolor, me gustaría pensar que podría haber hecho tu vida mucho más cómoda de lo que ha sido. Podría haberte hecho tan bien como lo estás ahora.

Lilly lo miró fijamente. Hablaba en serio. Él habría hecho todo lo que estuviera en su poder para asegurarse de que ella no sufriera. Lástima que tuvo que pasar por todo ese sufrimiento para aprender que el Conde de Daventry habría sido un esposo admirable, si el destino hubiera elegido una vida diferente para ella.

CAPÍTULO VEINTE

DESAYUNAR EN LA alcoba de Lilly era la manera perfecta de comenzar el día, según Giles. Desde que se suspendió la medicación, el apetito de Lilly había vuelto a lo que él consideraba saludable para una mujer de su complexión. Nunca antes había considerado el apetito de sus amantes pasadas como un requisito para su propia felicidad, pero en este caso, parecía que lo era.

—¿No esperará Lord Carrington verte esta mañana?

—Es demasiado temprano para considerar matar a Carrington.

El rostro de Lilly lucía un dulce ceño de preocupación. Pero después de más preguntas sarcásticas anoche, Giles temía que pudiera estrangular a su amigo si volvía a empezar. Dejaría que el vizconde se calmara un poco antes de volver a hablar con él.

—No entiendo por qué debería desagradarle tanto. No me parezco en absoluto a su prometida —Lilly frunció los labios y sopló sobre su chocolate caliente antes de dar un sorbo delicado.

Excitado por la visión, Giles se removió en su silla.

—Carrington entrará en razón con el tiempo. Se le considera muy encantador.

Lilly arrugó la nariz.

—Sí. Eso he oído. Aunque no puedo dar crédito a los rumores después de conocerlo —Una sonrisa irónica tiró de sus labios—. Una vez dijiste que saco lo peor de ti. Al parecer, eso se aplica también a otros hombres.

Giles se rio.

—Mientras no te apresures a aceptar a otros hombres con mis habilidades particulares tan fácilmente como me aceptas a mí, puedo vivir con eso —Dejó que sus ojos vagaran, deslizándose sobre su piel de la manera en que deseaba tocarla, y fue recompensado con un sonrojo.

Lilly miró más allá de él, hacia la puerta.

—La fila de caballeros suplicando por mi compañía ha desaparecido, milord. Tu reputación, para nada exagerada, debe haberlos avergonzado a todos hasta el punto de abandonar su desesperada persecución.

Él sonrió. Desayuno y Lilly. Había llegado a amar pasar todas sus mañanas con ella.

Giles se quedó paralizado con el tenedor a medio camino de su boca, un poco sorprendido de que quisiera pasar cada momento de cada día con la mujer con la que debería haberse casado.

La sensación de pánico que había experimentado al enterarse por primera vez de su existencia había desaparecido hacía tiempo. Ya no echaba de menos a otras mujeres, ni anhelaba la paz o deseaba que ella abandonara su finca.

Se llevó la comida a la boca con el tenedor, pensando intensamente. No le disgustaba la existencia de soltero, pero había momentos, como estas semanas, en los que disfrutaba no estar

solo. Ciertamente, había un flujo constante de sirvientes entrando y saliendo de la alcoba de Lilly, dando a su asociación una fina capa de respetabilidad. Muy fina, en realidad.

Su relación con Lilly se había vuelto mucho más complicada que cualquier aventura pasada. A Giles generalmente le gustaba mantener las cosas simples, y esta amistad que compartían era todo menos eso.

—¿Cuáles son tus planes para hoy?

La pregunta de Lilly quedó suspendida en el aire entre ellos. Por la forma en que sus manos se retorcían, esperaba que él entretuviera a Carrington y la dejara a ella a sus anchas. Él prefería estar con ella, pero también quería que Carrington llegara a conocer y confiar en Lilly.

—Originalmente, había pensado en cabalgar por la propiedad y revisar a los granjeros arrendatarios, pero con la lluvia...

—Oh, no pensé en ellos. ¿Tienes muchos que visitar?

—Algunos. Son increíblemente difíciles de evitar.

Lilly suspiró.

—A pesar de tu queja, suenas encariñado con ellos.

Giles sonrió.

—Me han conocido toda mi vida y no tienen respeto por la importancia de mi título. Seré asediado por las esposas y presionado para probar su cocina. Las hijas se sonrojarán, tartamudearán y mirarán fijamente, y los hijos intentarán memorizar todo sobre mi persona en un patético intento de emular a mi pobre ser.

—Oh, cielos. Pobre Giles.

Giles levantó las manos al aire.

—Por fin, alguien que entiende las exigencias que me imponen.

Lilly se rio y apartó su plato.

Dithers se apresuró a llevárselo, pero sus ojos señalaron hacia la puerta. Carrington merodeaba fuera, apoyado contra la pared del pasillo mientras escuchaba su conversación.

Cuando Carrington levantó una ceja acusadoramente, Giles negó con la cabeza y miró a Lilly. Pero la encontró mirando la lluvia con una expresión melancólica en su rostro, sin darse cuenta de que estaban siendo observados.

Giles tocó su mano para llamar su atención.

—Iré cuando el tiempo mejore.

Los labios de Lilly se curvaron en una sonrisa feliz.

A veces Giles olvidaba cuánto tiempo pasaba ella en el interior. Estar confinada, cuando apenas había logrado volver a salir al exterior, debía ser enloquecedor.

—No puedo imaginar lo horrible que sería cabalgar por ahí, empapada hasta los huesos, y estar tan lejos del suelo además.

—¿Nunca aprendiste a montar?

—Oh, aprendí. Una futura condesa debe montar —imitó Lilly, y luego arrugó la nariz—. Gracias al cielo que esa tontería terminó. Mi madre me ató una vez a mi caballo porque era demasiado obvia en mis intentos de evitar las lecciones. Ya conoces mi miedo a las alturas. Lo único agradable por lo que puedo agradecer a mi accidente fue el fin de la tortura de las lecciones de equitación.

A pesar de lo que reveló, Lilly lo miraba con una pequeña sonrisa jugando en sus labios. Aunque Carrington se demoraba en la puerta, Giles se sintió tentado de arrastrar a Lilly a su regazo y consolarla. Por supuesto, seguramente habría besos involucrados si se tocaban, y entonces Carrington descubriría la verdad sobre quién estaba corrompiendo a quién aquí.

Giles se puso de pie.

—Será mejor que vaya a buscar a Carrington. Estaremos en mi estudio cuando estés lista para enfrentar otro interrogatorio.

Lilly hizo una mueca, torciendo los labios en una forma muy besable.

—En un ratito.

Giles salió apresuradamente antes de hacer alguna tontería. Carrington esperó hasta que llegaron a la escalera antes de agarrar el brazo de Giles y empujarlo contra la pared.

—¿Desayunando juntos? Después de todo lo que hablamos ayer. Estás buscando problemas.

Giles se sacudió el agarre de Carrington. El comentario de su amigo sobre su estado mental era sorprendentemente acertado. No sabía qué le había pasado. Estaba persiguiendo a Lilly como un chiquillo enamorado.

Embobado por la lujuria, se corrigió. Esto no era amor.

Sentía una atracción hacia ella. Una abrumadora, sin duda. Una mirada a sus pantalones en cualquier momento del día podía confirmar su condición, pero ciertamente no era amor. No podía serlo.

Eran amigos, y ella estaba increíblemente sola.

—Deberías prestar atención a tus propios asuntos.

Carrington no comentó nada, así que Giles se dirigió a su estudio, ya echando de menos la conversación sencilla con Lilly. Mantuvieron un silencio incómodo, cada uno desarrollando un interés que no requería que se hablaran. Pero después de un rato, notó que Carrington jugueteaba con una nota en su mano.

—¿Qué es eso que tienes ahí?

Carrington hizo una mueca.

—El contrato matrimonial. Esperaba mostrártelo y ver si podías encontrar una salida.

Giles suspiró.

—Por lo que sé, no hay nada que puedas hacer sin que te demanden por incumplimiento de promesa. ¿Por qué no hablaste antes?

—Cuando su padre nos encontró juntos, no pude probar que no me la había llevado a la cama. —Carrington se movió incómodo—. Ya estaba un poco desarreglado después de haber estado con...

Giles frunció el ceño para cortar lo que probablemente iba a salir de su boca a continuación. Ya había hecho algunas suposiciones sobre esa noche.

—No me lo digas. No quiero oírlo.

—Entonces —comenzó Carrington—, ¿cuándo volverás a Londres? Has estado aquí mucho más tiempo del que planeaste inicialmente.

Giles miró hacia el techo, en dirección a donde se encontraba Lilly. No se iría hasta que el futuro de ella estuviera resuelto a su satisfacción. Exactamente qué implicaba eso, no quería especular todavía. Pero honestamente no esperaba con ansias el día en que Lilly y él se separaran.

Unos pasos se acercaron, salvándolo de dar una respuesta. Lilly asomó la cabeza por la puerta.

—¿Estoy molestando?

—Siempre, pero por favor, pasa.

Carrington resopló, pero Lilly desafió su pobre bienvenida y se paseó por la habitación. Giles la observó por un momento, demorándose en la curva de su mejilla y los mechones sueltos de cabello suave que le harían cosquillas en la nariz más tarde esa noche. Sintiendo el calor de la

excitación tensando sus pantalones de nuevo, bajó la mirada al papel que Carrington aún sostenía.

—Dame eso.

Carrington lanzó el pergamino sobre el escritorio y Giles se dispuso a leer. Envuelto en una caligrafía casi ilegible había un documento de compromiso bastante corto. Tropezó con una pequeña sección de palabras mal formadas.

—¿Quién escribió esto?

—Su padre —respondió Carrington después de rodear el escritorio para mirar por encima de su hombro.

—La peor maldita caligrafía de la historia, diría yo. ¿Qué demonios dice ahí?

Carrington tomó la página y escudriñó el texto borroso.

—No puedo descifrarlo.

—Yo tampoco. Lilly, ¿podrías echarle un vistazo a esto, por favor, y ver si puedes leerlo?

Lilly se movió hacia ellos, pero su expresión transmitía reluctancia. ¿Pensaba que Carrington podría gruñir si descubría malas noticias? Le tendió el papel.

Mientras ella cruzaba hacia la ventana, Giles observó el vaivén de sus faldas. Solo unos días más y podría sumergirse debajo de ellas. Era una lástima que la paciencia nunca hubiera sido un elemento particularmente notable de su carácter. Estaba tan tenso como una cuerda de violín.

—Está muy borroso —declaró Lilly, volteando la página para examinar el reverso—. Apenas puedo distinguirlo, pero parece haber una estipulación de que residas en cierta dirección. ¿Qué es este documento?

—Mi documento de compromiso. ¿Cómo pudiste ver lo que estaba debajo?

Lilly se encogió de hombros.

—He tenido muchas horas de ocio que llenar. Las puntas de las plumas pueden dejar impresiones en el otro lado. Solía intentar leer cartas viejas al revés para pasar el tiempo. —Le devolvió la página—. ¿Realmente aceptaste la condición de residir en la casa de tu suegro durante todo el matrimonio?

—¿Qué? —Carrington se apresuró hacia la ventana y Lilly pacientemente señaló las letras.

—¿Tiene razón? —Giles cruzó la habitación y, mientras Carrington estaba distraído, rodeó la cintura de Lilly con un brazo. La apretó y tuvo el placer de ver una verdadera sonrisa cruzar su rostro.

—La tiene. —Carrington se desplomó contra el marco de la ventana—. Todo lo que puedo esperar ahora es un acto de Dios, o que Lady Penelope cancele todo para salvarnos a ambos de un futuro infeliz. No me gustan mis posibilidades.

Lilly suspiró.

—A mí tampoco me gustan tus posibilidades. Los Thorpe son malvados. No debería sorprender a nadie que a mi madre le agraden tanto.

—Sus cartas, milord.

Dithers las colocó sobre su escritorio, y una carta gruesa en la pila se destacó. Reconociendo el fuerte perfume en el aire, la agarró primero.

Impregnada de tonos posesivos, Sabine exigía su regreso a Londres. Giles la miró fijamente por un largo momento y luego la rompió por la mitad.

—Supongo que no eran buenas noticias —preguntó Carrington, levantando la nariz de su

brandy lo suficiente para mirar a través de la habitación con una mirada inestable.

—Sabine.

—¿Persistente?

—Asfixiante.

Carrington se inclinó hacia adelante.

—Puede que me haya equivocado con respecto a tu Lilly.

Ya era hora, y un gran alivio. Al menos se había desarrollado una especie de tregua entre Lilly y Carrington durante el almuerzo, pero Giles se había preocupado de que eso hubiera sido solo por la distracción del vizconde con la estafa de su compromiso.

Giles exhaló un suspiro.

—Por supuesto que estás equivocado.

—Debería haber estado más preocupado por ella porque parecía muy probable que saltaras sobre la mesa del almuerzo y la devoraras. Casi no pude terminar mi comida. Sin ofender al cocinero, por supuesto.

—Creo que...

El sonido de caballos y carruajes en la entrada interrumpió lo que Giles iba a decir. Estuvo en la ventana delantera en un instante y vio con horror que Lord Winter había regresado.

Lilly. Golpeó con el puño el marco de la ventana y se dirigió hacia la puerta, tratando de no pensar en el futuro.

El tiempo a solas de Lilly con él había terminado.

Disminuyó el paso antes de salir de la casa, con su mayordomo y Carrington pisándole los talones, mientras otro pensamiento lo golpeaba. La mayor parte de su satisfacción provenía de la compañía sin complicaciones que habían compartido. Había sido feliz. Dios mío, eso ciertamente había terminado ahora.

En los escalones, Giles se molestó al ver que Lord Winter había traído consigo a otro invitado, el Sr. Bartholomew Barrette. Un primo de Lilly, si Giles recordaba correctamente. El aislamiento en Cottingstone se estaba convirtiendo en una verdadera fiesta. Su madre había organizado la última, y esa fue la triste ocasión de la lesión de Lilly y nunca hubo otra.

—Lord Winter, qué placer verlo, señor —dijo. Dado que el anciano le había pedido que mantuviera sus planes de viaje en secreto, decidió mantener la charada hasta que Lord Winter le indicara lo contrario. Al menos Giles había tenido la previsión de preparar a Carrington. Ya le había explicado que Lord Winter había solicitado específicamente que la presencia de Lilly permaneciera en secreto—. Debería haber enviado aviso de su inminente llegada.

Lord Winter parecía acosado, y Giles se encontró midiendo al intruso. El primo era un poco más bajo que la altura desgarbada de Carrington, pero no poseía nada de su estilo. El hombre era un pavo real del peor tipo.

—Me alegro de verte, Daventry, y estoy muy contento de encontrarte en casa. ¿Te importa si me quedo un día o dos? Tengo una necesidad abrumadora de disfrutar de tu excepcional brandy antes de regresar a Londres. —Miró de reojo—. Mi sobrino, el Sr. Bartholomew Barrette.

—Sr. Barrette.

—Daventry.

Simple y directo al grano. Al menos el hombre no hacía melindres, como la última vez que se encontraron.

Carrington se adelantó.

—Me temo que tendrá que compartir el brandy, señor. Vizconde Carrington, si me recuerda.

El barón pareció sorprendido por la identidad de su amigo, pero se recuperó rápidamente y,

después de una breve vacilación, estrechó la mano extendida de Carrington.

Giles se rio para cubrir el incómodo saludo.

—Tengo una buena reserva guardada aquí, y ciertamente suficiente para compartir. Por favor, entren y dejen que sus cuerpos se recuperen del viaje en carruaje.

—Se lo agradecería. Pero debo volver pronto con Lilly en Londres. Me está esperando.

Carrington tosió mientras subían los escalones de la entrada y miró a Giles. Giles inclinó la cabeza. Sí, iban a fingir que Lilly no estaba aquí. El Sr. Barrette debía permanecer en la oscuridad sobre Lilly, pero ¿cuánto tiempo sería posible cuando ella estaba deambulando por la mansión casi recuperada?

Tuvo una breve palabra con Dithers sobre la situación y le pidió que le comunicara a Lilly que esperara arriba hasta que pudiera hablar con su padre.

Giles alejó su ansiedad y se apresuró tras sus invitados, desesperado por tenerlos instalados en el salón lo más rápido posible. Ante la oferta de brandy, Giles podría jurar que Barrette parecía satisfecho. Quizás le gustaba darse el gusto tanto como a su tío. Pero cuando se le ofreció brandy, Barrette se apresuró a rechazarlo. Su única utilidad, al parecer, era llenar el vaso de su tío.

Mientras Winter revelaba sus planes para el confinamiento de Lilly, Giles supo que algo andaba muy mal con el barón. Recordaba claramente que Winter había mencionado un viaje a Gales, no a Escocia.

—La situación en Escocia será perfecta para el frágil estado de mi hija —prometió Lord Winter a todos—. Lilly disfrutará de la compañía femenina de la señora Harris y su hija en lugar de mi aburrida presencia. La tranquilidad del pequeño pueblo le gustará.

—¿Cuándo la llevará allí? —La pregunta de Barrette sonaba como una consulta educada, pero Giles podía ver que estaba pendiente de cada palabra de Lord Winter.

—Pronto, pronto. —Winter se rio entre dientes, un sonido que a Giles le pareció falso—. Primero debo visitar a Lord Daventry.

—Por supuesto. Unos días de relajación, y luego un período en la ciudad para disfrutar de los placeres de Londres deberían prepararle para el largo viaje. Es justo lo que necesita —coincidió Giles.

Winter se frotó las manos y volvió a coger su vaso.

—Justo lo que necesito, en efecto.

En privado, Giles pensó que estaban exagerando un poco, pero Barrette parecía estar absorbiendo todos los pequeños detalles. Podía ver al otro hombre contando los días. Lord Winter tendría suerte si lograba librarse de él a este ritmo. Habían hecho que las próximas semanas sonaran como demasiada aventura.

Una hora después de la cena, Lord Winter estaba dormido junto al fuego.

Giles se disculpó, dejando a Carrington y Barrette hablando de Londres mientras iba en busca de su mayordomo.

—¿Qué dijo Lilly sobre quedarse arriba?

—No quería hacerlo hasta que mencioné que su primo había llegado sin invitación. No parecía tener prisa por renovar su conocimiento y pidió que la dejaran sola por la noche.

—Pero comió, ¿verdad?

—Efectivamente, lo hizo.

—Bien —Giles se mordió el labio—. Supongo que no le pediste al personal que guardara silencio, ¿verdad?

—Si su padre desea ocultar su existencia, ¿quiénes somos nosotros para frustrarlo? —Echó

un vistazo alrededor—. Además, una vez que el hombre de Barrette empezó a hacer demasiadas preguntas sobre la casa y sus ocupantes, todos encontraron una razón para estar ocupados.

Regresó a la biblioteca y descubrió que Carrington finalmente había recurrido a un libro para tener mejor compañía que la que el otro hombre proporcionaba en su ausencia. Barrette era tremendamente aburrido y presumía de conexiones que Giles dudaba que fueran reales. No era buen amigo de la mitad de la alta sociedad, pero habría que vigilarlo.

Como Barrette no hizo ningún movimiento para meter al viejo Winter en la cama, Giles supuso que debía hacer el trabajo él mismo. Con la ayuda de Carrington, llevaron al barón borracho escaleras arriba hasta su dormitorio y lo entregaron a su ayuda de cámara que lo esperaba.

—Échanos una mano con el viejo, ¿quieres, Pinkerton?

Barrette, alegando que también se iba a la cama, permaneció en la puerta, con una mirada especulativa en su rostro mientras el barón era metido bajo las sábanas a la fuerza.

Como Pinkerton parecía eficiente y capaz de manejar al barón de miembros sueltos, Giles lo dejó encargarse y le deseó buenas noches a Barrette antes de retirarse a su habitación, alegando que seguía el horario del campo.

No mucho después de que el reloj diera las dos, la cama se hundió. Giles se incorporó de golpe, encontró el rostro de Lilly con sus manos y la besó. Dios, la había echado de menos esta noche. Cuando finalmente la dejó tomar aire, estaba dolorosamente excitado. La tenía en su habitación y en su cama. Oh, las cosas que quería hacer con esta mujer.

—¿Papá va a desterrarme a Escocia?

Su deseo no disminuyó del todo con su pregunta.

—¿Estabas espiándonos esta noche? Esa es una práctica peligrosa, querida —Giles le echó el pelo hacia atrás por encima de los hombros y presionó sus labios contra la piel debajo de su oreja.

Lilly se retorció.

—No has respondido a mi pregunta, Giles. Deja de distraerme. ¿Es cierto que me va a enviar lejos?

En la oscuridad, podía mentir, pero prefería no hacerlo.

—No a Escocia, a un lugar en Gales. Fue a investigar la posibilidad de instalarte allí. No sé por qué habla como lo hace delante de Barrette. Pero la separación no ocurrirá ahora, Lilly. Quería hablarte de eso. Estás mucho mejor. Tu dolor es mucho menor y he notado una gratificante mejora en tu salud. Estoy seguro de que no te enviará lejos una vez que vea la mejora por sí mismo.

—¿Sabías de sus planes antes? ¿Cuando me dejó aquí?

—Los mencionó —admitió Giles—. Estaba muy disgustado por la posibilidad, pero pensó que era lo mejor. Los médicos habían admitido la derrota y él solo quería asegurar tu comodidad —Giles pasó su mano por el brazo cubierto por el camisón—. Recuerda, estabas muy enferma cuando llegaste por primera vez, Lilly.

—¿Qué voy a hacer, Giles?

—Muéstrale que has mejorado —le dijo, firme en su creencia de que era el mejor curso. El único curso—. Pero estoy un poco desconcertado por qué le dijo a tu primo que estabas en Londres.

—¿Papá dijo eso?

—Lo hizo, pero no explicó por qué le mintió al Sr. Barrette. Carrington y yo seguimos el juego, pero no sé cuánto tiempo podremos ocultarte.

—No pueden. Me disculpo por que mi padre te haya puesto en una posición incómoda. Estuvo muy mal de su parte —Suspiró—. He estado tratando de decidir cómo explicar mi repentina mejora. No le diré la verdad.

Giles enmarcó su rostro. La chica promedio lo habría dejado en el lodo sin mirar atrás. Esto solo demostraba cuán por encima del promedio de las señoritas de Londres estaba Lilly.

—Diremos que el aire fresco, la comida y las comodidades de una casa de campo tranquila han restaurado gradualmente tu salud. Podríamos atribuir los masajes a la Sra. Osprey.

—Pero papá intentaría llevarse a la Sra. Osprey con nosotros cuando nos fuéramos. Y si ella no viene, como estoy segura de que no lo hará, intentaría encontrar a otra persona para ocupar ese papel. ¿Cómo podría dejar que un extraño me tocara como lo haces tú?

Tenía razón. Eso podría ser un problema, y no solo para ella. Hablar de que Lilly dejara Cottingstone, y a él, inquietaba a Giles de manera alarmante.

Sonaba tan afligida que Giles la atrajo a sus brazos y le dio besos ligeros por toda la cara y los labios. Pero su pánico nunca lo abandonó.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—BUENOS DÍAS, papá.

Esas tres palabras cortaron el tintineo de la plata sobre la fina porcelana como un toro embravecido en una tienda de porcelana.

Giles se asombró al verla bajar tan temprano y también se alegró. Habían hablado anoche sobre cómo discutirían su recuperación, pero pensó que el momento habría sido privado con solo su padre presente.

Lord Winter permaneció sentado en un silencio atónito mientras Lilly se deslizaba la distancia restante hacia la habitación para pararse junto a su silla. Solo Giles y Carrington recordaron ponerse de pie; sus sillas sonaron ásperas en la habitación silenciosa. Lilly se inclinó para besar la mejilla de su padre, y luego se retiró para mirar su rostro embelesado.

Arqueó una ceja ante el continuo silencio de su padre, luego su mirada se dirigió a Giles en un saludo vacilante.

Giles deseó poder besarla buenos días y eso era inquietante. Su peso se desplazó para dar un paso adelante y tomar su mano, pero ese momento le dio a Lord Winter la oportunidad de parpadear y respirar. Una vez que lo hizo, logró moverse. Winter extendió una mano hacia el pálido rostro de su hija y la posó ligeramente sobre su piel. Giles notó el leve temblor de su mano mientras Lord Winter recuperaba el sentido y el equilibrio en su mente.

—¡Hija! —exhaló Winter.

—¿Sorprendido? —Lilly frotó su mejilla contra el tacto de su padre como un gato hambriento de afecto. Ese simple gesto fue suficiente para que el barón se pusiera de pie, y abrazó a Lilly mientras se le escapaba una carcajada—. Ciertamente lo estoy —dijo con una risa cordial.

La risa de Lord Winter sonaba oxidada y un jadeo sobresaltado atrajo la mirada de Giles hacia la reacción de Barrette. El hombre se veía decididamente pálido, como si hubiera visto un fantasma. Barrette tragó saliva, y las campanas de advertencia sonaron en el cerebro de Giles. ¿Qué razón tenía Barrette para verse tan descompuesto?

Cuando se volvió hacia Lilly, ella estaba limpiando las lágrimas de las mejillas de su padre. —No sabía que llovía bajo techo en esta época del año, papá —rio Lilly—. ¿Tuviste un viaje agradable?

—No tan agradable como verte tan bien. ¿Qué ha sucedido?

—Te dije cuando era más joven que Cottingstone era mágico, ¿no? —respondió Lilly, aún sonriéndole radiante—. Todavía lo es.

—Buenos días, señorita Winter —la saludó Giles formalmente, como si apenas se conocieran.

—Buenos días, Lord Daventry —respondió Lilly con exquisita cortesía, pero sus miradas se mantuvieron fijas.

Atrapado por sus extraordinarios ojos, el silencio se prolongó entre ellos. Él estaba recordando a Lilly extendida en su cama anoche. Cálida y suave, una compañera de cama perfecta. ¿Estaba ella pensando en esas horas también? No sabía qué hacer o decir a continuación, y cuando Dithers entró en la habitación para poner un lugar para Lilly junto a su padre, se sintió aliviado por la distracción.

Lilly murmuró su agradecimiento al mayordomo, y Lord Winter soltó sus manos solo el tiempo suficiente para que ella se sentara cómodamente antes de reclamar una nuevamente.

—Mágico, sin duda. —Lord Winter miró entre ellos, pasando su pulgar por el dorso de la mano de Lilly. Giles esperaba que Lord Winter no se estuviera preguntando qué tan bien se habían conocido. Aún no tenía una buena respuesta preparada.

Giles se ocupó sirviendo el té de Lilly, agregando leche y azúcar, así como adquiriendo un plato de comida para ella. Supuso que no debería haberlo llenado tanto como lo hizo, pero se dejó llevar recordando a Lilly en su cama anoche y olvidó detenerse.

Cuando Giles se sentó de nuevo y miró en su dirección, Lilly golpeó el borde de su plato para hacerle saber que no le divertía la cantidad de comida. Él ocultó su sonrisa detrás de un bocado de huevo y dejó que la conversación fluyera sobre él.

Fue una suerte que Giles hubiera logrado devolver a Lilly a su habitación anoche sin ser detectado. Su regreso a su fría alcoba ocurrió en el umbral del amanecer, cuando el cielo se teñía de un profundo púrpura. Había entretenido a una mujer en su cama anoche y no había hecho el amor, ni la había acariciado en gran medida. Eso era inaudito para él. Sus vacaciones se estaban convirtiendo en una serie de grandes sorpresas.

Cuando su conversación comenzó a dar vueltas en círculos sobre qué hacer hoy, Giles la silenció con un largo beso y la metió bajo las mantas con él, acunando su espalda contra su pecho.

Era como si hubieran yacido juntos durante años.

Se había quedado dormido en una nube de perfume ligero y largo cabello rubio platinado. Lilly se había dormido rápidamente y no se había movido hasta cerca del amanecer.

Para su diversión, ella no había querido dejar su cama esta mañana. Al final, Giles había levantado a la mujer refunfuñona y la había llevado a su puerta. Ella insinuó que él estaba desarrollando una vena cruel. Él pensó que, quizás, eran los restos desgarrados de una conciencia.

—¿Daremos un paseo, hija? —preguntó Lord Winter—. Hay mucho de lo que deberíamos hablar.

—Por supuesto. Los jardines son encantadores.

Barrette se disculpó y salió de la habitación.

Giles trató de contener su ansiedad mientras la pareja salía.

Carrington apareció a su lado. —¿Estás seguro de que ella mantendrá la boca cerrada?

—Sí.

—¿Sabes? Ese tal Barrette me da una sensación extraña. No podría jurarlo, pero creo que no le cae bien tu Lilly. ¿Te importa si lo vigilo?

Como la principal preocupación de Giles era lo que Lord Winter planeaba hacer con Lilly, mantuvo sus ojos fijos en la pareja que estaba afuera. —Te lo agradecería.

Carrington le dio una palmada en el hombro. —Intenta no mostrar tanto interés en la chica. Normalmente eres más discreto que esto.

—Todo con Lilly es diferente.

—Puedo verlo claramente. Si no tienes cuidado, Lord Winter también lo verá. —Carrington salió de la habitación.

Lord Winter expresaba su deleite por el milagro de la recuperación de Lilly de manera física, deteniéndose a menudo para mirarla, extendiendo la mano para tocarle la mejilla, e incluso una vez caminando con el brazo alrededor de sus hombros mientras Atticus trotaba a su lado.

Giles quería hacer eso, y su pecho dolía por la oportunidad perdida. Parecían cómodos, pero Lord Winter mantuvo a Lilly al aire libre demasiado tiempo para su gusto. Con una palabra discreta a la señora Osprey, Giles hizo que le trajeran el chal de Lilly. Una presunción de su parte, por supuesto, pero una sabia precaución dado el frío en el aire.

—Únase a nosotros dentro para el almuerzo, Lord Winter. Mi cocinera está encantada de tener tantas bocas que alimentar —pidió Giles, colocando el chal sobre los hombros de Lilly y dándole un breve apretón en el hombro.

—Por supuesto. Perdóname, Daventry. Cuando un día tengas la oportunidad de pasear con tu hija del brazo, entenderás mi posesividad.

Giles tosió y Lilly apartó la mirada de él rápidamente. Llegaron a la terraza y se dirigieron hacia las puertas del comedor.

—Lilly y yo estábamos discutiendo sobre un regreso a Londres. Sé que puede parecer algo apresurado, pero he propuesto que volvamos para ver si algún joven caballero llama su atención. Ella no parece convencida de su atractivo, pero creo que le irá muy bien en la ciudad. ¿No crees?

La mano de Giles apretó con fuerza el pomo de la puerta al abrirla. —Volver a Londres parece una buena decisión, pero ¿está seguro de que no debería darle más tiempo para adaptarse a su mejor estado de salud? —No le agradaba la imagen de Lilly rodeada de jóvenes. La rodearían como abejas.

—No hay mejor momento que el presente, siempre digo —declaró Lord Winter alegremente.

Giles rechinó los dientes. La impotencia no era una situación agradable. —Supongo que dependerá de Lilly elegir.

—Podemos volver a Londres y alquilar una casa en la mejor dirección —continuó Lord Winter, sin dar a Lilly la oportunidad de responder—. Estaré muy orgulloso de presentar a Lilly en sociedad.

A Giles se le cayó la mandíbula. Los planes de Lord Winter para el futuro de Lilly eran muy diferentes de sus planes de ayer. El hombre parecía decidido a deshacerse de ella lo más rápido posible. Pero ¿por qué? Le irritaba insoportablemente que Lilly no lo mirara a los ojos mientras su padre esbozaba sus planes para su vida y no le daba voz ni voto.

Dejarla en el campo, o un matrimonio rápido con el primer hombre que se ofreciera. La pobre mujer debía tener la cabeza dando vueltas. Pero Lilly continuó sonriendo durante todo el almuerzo, y se fue reencontrando poco a poco con su primo. Barrette parecía haber superado su conmoción de la mañana y se mostraba muy interesado en ser amable con Lilly.

A Giles no le gustaba eso.

Carrington intercambió una larga mirada con él y sus ceños fruncidos parecían coincidir con los pensamientos preocupados de Giles.

Mientras Barrette tocaba el pianoforte para su entretenimiento esa tarde, Giles observaba a Lilly y a Lord Winter desde un lado. Barrette mantenía sus sonrisas para Lilly y el barón miraba a la pareja con algo parecido a la especulación en su mirada. Giles decidió que más le valía no ser una especulación feliz.

Mientras el rostro de Barrette se iluminaba de animación al tocar una melodía vigorosa, y

Lord Winter golpeaba el reposabrazos de la silla, el de Lilly permanecía quieto y rígido. Si tuviera que adivinar, y Giles se estaba volviendo muy bueno leyendo a Lilly, estaba cansada. Pero, por supuesto, ella no iba a mencionarlo en compañía y que la consideraran débil.

Giles hizo que Dithers anunciara la cena una hora antes de lo habitual. Lilly le lanzó una mirada de gratitud. En honor a los invitados, los sirvientes habían excedido sus instrucciones sobre los platos. Eso, desafortunadamente, significaba una asistencia más prolongada a la mesa. Al final de la comida, Lilly estaba desfalleciendo. Giles quería decir algo, ofrecerle a Lilly una oportunidad de escapar, pero ¿cómo podía?

Lord Winter mantenía un férreo control sobre su brazo cuando salieron de la mesa y apenas la había dejado fuera de su vista en todo el día. Había sido un día muy largo para ella. Normalmente se recostaba en el diván tanto por la mañana como por la tarde. Hoy había estado de pie la mayor parte del tiempo.

Mientras Giles la seguía a la sala de estar, concluyó que era condenadamente inconveniente estar tan sintonizado con el sufrimiento de otra persona y no poder hacer nada al respecto. No podía soportar mucho más sin hablar.

El dolor comenzó a deslizarse detrás de la sonrisa de Lilly, y hundió las yemas de los dedos en el acolchado de la silla a su lado. Señor, estaba cansada. De no ser por papá y su primo, habría alegado fatiga hace mucho tiempo.

Pero era una Winter, y un Winter no mostraba debilidad en presencia del enemigo.

Ah sí, ahora recordaba las malas maneras de Barrette. Demasiado bien. Era el favorito de mamá. A los diez años, Barty había convencido a mamá de que le diera un cachorro. El de Lilly. Brackus había sido un perro de caza de naturaleza dulce antes de que Barty pusiera sus manos sobre él. El niño que Brackus atacó más tarde perdió una mano.

Lilly observó a Barty con ojo crítico. A primera vista parecía un tipo frívolo sin mucho en la cabeza. Apuesto y vestido con fina seda. Lilly no lo había reconocido al principio. No fue hasta más tarde, durante el almuerzo, cuando una de las palabras que pronunció resonó de manera extraña.

Mientras Lilly lo observaba tocar el piano, hizo la conexión con su pasado. Estaba horrorizada de que Barty ahora frecuentara a su padre. Eso no era bueno. Para nada bueno. Mamá le había prohibido mencionar lo que ella llamaba "acusaciones infundadas" contra el heredero de papá, y había guardado silencio muchas veces hasta su accidente. Después, no había tenido la oportunidad de contarlo, incluso sin la prohibición de mamá.

Deseaba poder hablar con Giles. Lilly no se había dado cuenta de cuánto dependía de escuchar sus pensamientos hasta que perdió la capacidad de hablar con él. Todos los planes que papá había mencionado durante la cena le hacían doler la cabeza. O tal vez era el ruidoso piano. La música nunca le había interesado.

Mamá adoraba a Barty por su habilidad con el instrumento, y lo exhibía ante sus invitados cada vez que estaba en la residencia. A Lilly, siempre desterrada a los rincones más lejanos de la casa cuando tenían invitados, no le importaba estar lejos de Barty. Pero eso significaba que él estaba más cerca de papá.

Lilly nunca había codiciado la responsabilidad de la finca, pero Barty era extraño con todo eso. Sus años de enfermedad lejos de Dumas la habían dejado ambivalente sobre su hogar de la infancia. Se preguntaba si Barty le creería esta vez.

Mamá había tomado a Barty bajo su ala, enseñándole sobre Dumas alrededor de la época en que Lilly perdió su cachorro por su culpa. Quizás mamá esperaba congraciarse con él, ya que dependería de él para los pequeños lujos de la vida.

La charla de papá sobre casarla también debía ser en preparación para ese día. Si estaba bien, sería mejor que tuviera un marido que la protegiera de Barty, pensó con gravedad. Barty siempre había resentido su existencia, aunque hoy lo encontraba extrañamente agradable. Tal vez había cambiado su opinión sobre ella con los años.

Quizás las serpientes también habían aprendido a embotar sus colmillos. Habría que vigilarlo.

Un gruñido bajo reverberó por la habitación cuando Atticus se acercó a ellos con una postura amenazante. Lilly se sorprendió. El perro había sido tan manso en sus modales hasta ahora.

—Atticus —Giles habló con brusquedad, pero el perro no le hizo caso.

Atticus gruñó a papá y a Barty, y eso no se podía permitir.

—Atticus, ven —Lilly habló en voz baja como su padre le había enseñado, y el perro se acercó a su mano extendida.

Se inclinó hacia adelante y susurró una orden directamente en el oído del perro. Él se estremeció, pero obedeció, presionándose contra su pierna y girándose ligeramente para enfrentar a los hombres.

Avergonzada de que el perro mostrara una marcada preferencia por una mujer en lugar de su amo, se mordió el labio. El lebrel irlandés era un perro poderoso. Sabía de primera mano que sus dientes eran muy afilados. Demasiado afilados para cometer errores.

Giles estaba bendecido con una vasta experiencia en merodear casas señoriales sin ser detectado. Simplemente no parecía funcionar en su propia casa. Cuando Lilly finalmente se había retirado justo antes que su padre y Barrette, se había sentido aliviado. Unas horas más tarde, caminaba por el pasillo, solo para tropezar con el Sr. Barrette haciendo lo mismo.

—¿Daventry? Sabía que no podrías mantener los horarios del campo como lo hace Lord Winter. Iba de camino a buscar una copa antes de dormir. ¿Te apetece acompañarme?

Dada la forma en que lo expresó, Giles tuvo poca elección. Juntos descendieron a su estudio y se sirvieron copas de oporto. Hablaron poco, pero Giles notó la inquietud del hombre.

—Me cuesta horrores dormir en un lugar nuevo. Siempre necesito un poco extra para ayudarme a conciliar el sueño. ¿Qué hay de ti?

Giles se rio.

—Oh, normalmente puedo dormir en cualquier parte, y con frecuencia lo hago.

—Imagino que las damas de por aquí absorben toda la atención. Deben estar hambrientas de buena compañía hasta que regresas con invitados —murmuró.

—¿Qué estás insinuando? —Giles dejó su bebida a un lado—. Importuna a cualquier mujer bajo mi techo y tendremos una conversación poco agradable. ¿Está claro?

Barrette pareció sorprendido. Al parecer, creía conocer la reputación de Giles. Pero Giles nunca tocaría a una mujer cuyo sustento dependiera de su poder.

También se dio cuenta de que su reacción había sido un poco demasiado insistente. Había incluido a Lilly en su advertencia sin querer.

—Por supuesto, por supuesto. Simplemente tanteaba el terreno.

—Bebe todo lo que quieras. Yo me voy a la cama. Buenas noches.

Mientras Giles subía la escalera, las advertencias danzaban sobre su piel. La sociedad conocía su insaciable apetito por el placer. Si no tenía más cuidado con su temperamento, Barrette podría sentir curiosidad sobre exactamente cómo Lilly se había recuperado tan rápidamente.

Barrette lo siguió escaleras arriba a cierta distancia, observando cómo Giles pasaba de largo frente a la puerta de Lilly y se deslizaba en su dormitorio. Para asegurarse de que no hubiera malentendidos, Giles hizo girar la cerradura ruidosamente para mayor seguridad.

Lilly no estaba en su cama, y él se desplomó contra la puerta con decepción. Ella se le había metido bajo la piel de una manera muy incómoda, y no estaba seguro de querer sacarla. Seguramente este deseo inquieto era solo lujuria frustrada.

Más allá de su puerta, escuchó un gruñido bajo cuando Atticus marcó a un intruso cerca de su territorio, territorio que incluía la habitación de Lilly. Barrette debía estar pasando, pero ciertamente estaba en el extremo equivocado del pasillo si estaba cerca de la puerta del dormitorio de Lilly.

Giles consideró asomarse para comprobarlo, pero descartó la idea. No había garantía de que Atticus le permitiera entrar en la habitación de Lilly sin hacer mucho ruido tampoco, dado el humor irritable del perro esta noche.

Afuera, el trueno retumbó en la distancia, y él cruzó la habitación sin aire hasta la ventana para asomarse y respirar la noche. Una tormenta se acercaba rápida y furiosa. Las tormentas siempre eran buena cobertura para un encuentro de medianoche. Miró a la izquierda para juzgar la distancia y los puntos de apoyo disponibles hasta la habitación de Lilly. Había muy pocos, y tuvo que admitir que ni siquiera él podría cruzar la distancia hasta la ventana de Lilly sin romperse el cuello en el intento.

Mejor intentar verla antes del desayuno.

Tendría que ser más astuto que nunca y necesitaría algunos cómplices si fallaba mañana. Eso significaba que tendría que solicitar la ayuda de los sirvientes. Más particularmente, de Dithers y la señora Osprey.

Podría obligar a la pareja a hablarse de nuevo. En general, no interfería en los asuntos personales de su personal, pero después de observar a Barrette vigilando a Lilly todo el día, los necesitaba de su lado. Y del lado de Lilly.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

GILES ESTABA EN el húmedo huerto observando cómo Dithers y la señora Osprey se le acercaban desde direcciones opuestas. Llevaba un tiempo caminando por los senderos lluviosos, desahogando algunas frustraciones, y supuso que ya habían percibido su agitación.

Su mañana no había salido según lo planeado. Lo primero que le molestó fue que su ayuda de cámara, Worth, estaba haciendo un trabajo mediocre. Parecía distraído y había arruinado nueve corbatas antes de que Giles estuviera lo suficientemente presentable para la compañía.

Ese retraso no ayudó a Giles a encontrar a Lilly a solas ni por un momento. Ella ya estaba sentada en la mesa del desayuno con su padre y el obsequioso primo. Barrette rondaba a su alrededor. Y parecía estar tratando de dirigir a Lord Winter. Primero sugirió un paseo por el campo, pero como estaba lloviendo, Lord Winter no lo consideró. Y, como Giles también señaló, sus establos albergaban animales de tiro, no caballos adecuados para montar.

Luego Barrette propuso una caminata, pero los terrenos mojados no eran adecuados para que Lilly los recorriera. Winter también abandonó esa idea. Giles se alegró de que ella no corriera el riesgo de resfriarse.

Dithers no se acercó a la señora Osprey cuando llegaron hasta él.

—Nos mandó llamar, milord.

Podía percibir la ira de Dithers y, a juzgar por la expresión obstinada de su rostro, la señora Osprey sabía exactamente lo que estaba haciendo. ¿Habría insinuado Dithers que la señora Osprey estaba perdiendo la cabeza?

Este no era el rostro de una mujer con un entendimiento deficiente. Ambos habían sido engañados. Giles se habría reído a carcajadas si no pensara que Dithers renunciaría. El orgullo del hombre había sido duramente golpeado.

—¿Qué opinan de nuestros invitados?

El mayordomo lanzó una última mirada de disgusto a la señora Osprey antes de responder.

—Bueno, Lord Winter se ha recuperado rápidamente de la conmoción. Es bueno que vaya a presentarla en sociedad en Londres pronto, ¿no cree? Su personal está emocionado por ella.

Parecía que iba a continuar, pero luego apretó los labios, conteniendo otra información.

—Dithers, no tengo tiempo para evasivas —Giles quería volver a la casa lo antes posible—. Dime el resto.

—No me gustaría que me responsabilizaran por causar problemas entre amigos.

—Suéltalo ya.

Dithers se irguió.

—He notado que Lord Carrington ha estado pasando mucho tiempo con el señor Barrette. Dado su desaprobación hacia la señorita Winter, pensé que debería saberlo.

—Con mi consentimiento, Dithers —Giles se pellizcó el puente de la nariz—. No puedo vigilar a la señorita Winter y al primo al mismo tiempo.

—Pero dadas las opiniones del vizconde sobre la señorita Winter, milord, yo...

Giles soltó una carcajada. Maldita mujer. Tenía a todo su personal velando por sus intereses.

—No te preocupes por Carrington. La señorita Winter está en camino de ganárselo. Podría hacer sonreír a un muerto.

Dithers pareció ofendido por su comentario, y Giles reprimió una sonrisa. Cuando Lilly se fuera, ¿se llevaría también a su mayordomo? Parecía una posibilidad clara.

—Escuchen, necesito volver con mis invitados pronto, pero me gustaría pedirles que mantengan los ojos abiertos e informen si hay algo que les preocupe.

La señora Osprey se aclaró la garganta.

—¿Que nos preocupe? ¿Sobre qué, milord?

Dithers frunció el ceño a la señora Osprey y la mujer tuvo el buen juicio de bajar la mirada.

—Sobre Lilly, por supuesto. Vigiladla. No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento sobre el señor Barrette. —Se dio la vuelta para irse.

—Antes de que se vaya, milord, los sirvientes de Lord Winter finalmente han notado la ausencia de la enfermera.

—Cristo, me había olvidado por completo de esa mujer —Giles sacudió la cabeza. Esa iba a ser una conversación incómoda también—. Ah, y por cierto, no me importa cuáles sean sus problemas, pero arreglen sus diferencias y hagan su trabajo, a menos que prefieran ver a otros promocionados para ocupar sus puestos.

Giles se alejó hacia la casa sin esperar a ver la reacción a su amenaza. Dithers era un idiota y la señora Osprey lo había engañado, y continuaba engañándolo. Esa mujer podría haber burlado al pícaro envejecido antes, pero ahora el gato estaba fuera de la bolsa. Se preguntó qué haría Dithers. Probablemente debería huir, pero entonces Giles tendría que soportar el entrenamiento de uno de los lacayos más jóvenes para el papel de mayordomo. Eso era todo el problema que necesitaba esta semana.

El almuerzo fue seguido por otra actuación musical, y mientras Barrette estaba distraído con su interpretación, Giles estudió tanto a Lord Winter como a Lilly. Lilly se recostó en su silla con una postura que no era del todo correcta. Un lapso escandaloso en Londres, pero una postura necesaria hoy. Como Giles no había logrado visitar a Lilly la noche anterior, imaginó que estaba adolorida.

Esta noche, entraría en su habitación y la ayudaría. Pero cómo iba a arreglárselas con el viaje a Londres para su triunfante presentación en sociedad, sin sus manos sobre ella al final de cada día, se le escapaba.

Pero lord Winter parecía feliz. Era una actitud tan nueva para el hombre mayor que Giles no podía decidir si auguraba algo bueno o malo. Lord Winter frecuentemente sostenía la mano de su hija y, cuando no los miraban, Barrette observaba sus dedos entrelazados con una expresión indescifrable. Sin embargo, Giles estaba seguro de que no era de alegría.

Cuando Barrette se despidió, pudieron hablar libremente de nuevo y lord Winter no tardó en hacer preguntas.

—¿Qué ha sido de la enfermera que dejé a cargo de Lilly? —preguntó lord Winter—. Lilly mencionó que desapareció una noche.

Giles se frotó el rostro antes de responder. Podía decir la verdad y preferiría hacerlo, pero Lilly, dulce e inocente Lilly, podría resultar perjudicada por ello. Tendría cuidado con lo que revelaba.

—Se marchó la noche de su partida. Al día siguiente no encontramos ni rastro de ella.

Podría decirle a lord Winter que sospechaba que la enfermera podría haber enfermado a Lilly, pero no tenía pruebas reales, solo sospechas.

Lord Winter asintió.

—No pensé que se quedaría con nosotros mucho tiempo, pero esperaba que aguardara mi regreso. Ninguna de ellas parece quedarse. Sin embargo, parece que usted tiene sirvientes excepcionales para rehabilitar a mi hija tan rápidamente, cuando años de consultas y exámenes nos han fallado. ¿Me haría el honor de señalar a la sirvienta responsable para que pueda recompensarla? La recuperación de mi hija se debe en gran parte a sus esfuerzos, y a la terquedad de la voluntad de los Winter. —Se inclinó hacia adelante en tono confidencial—. Podría robarle a esa mujer.

—Por supuesto. —Se negó a corregir al hombre sobre sus suposiciones erróneas. Tendría que ser la señora Osprey quien se llevara el crédito. No podía reclamarlo él mismo, ya que hacerlo haría que el padre de Lilly la mirara con desaprobación.

—¿Dónde adquirió los vestidos que lleva mi hija? Si hay una factura que pagar, me gustaría saberlo ahora, si no le importa. —Lord Winter extendió un dedo y tocó el borde del vestido que caía junto a la pierna de su hija.

Giles se rio sorprendido. Se había olvidado de la ropa.

—Mi hermana aún mantiene un guardarropa considerable aquí. Sorprendente, ¿no es así? Katarina es adicta a la moda, pero probablemente nunca se pondrá ni la mitad de ellos. Quizás podría acercarse a ella con la solicitud de la factura, pero tal vez no. Katarina es un poco arpía, después de todo. Se consideró que Lilly tenía una talla similar y le he permitido acceso a las posesiones de mi hermana. No podía seguir deambulando por la casa en camisón.

Winter se quedó inmóvil y luego apretó la mandíbula mientras Giles se daba cuenta de lo mal que sonaba aquello. Parecía como si Giles hubiera visto a Lilly en camisón más de una vez, lo cual era cierto, pero lord Winter no necesitaba conocer todos los detalles. Tendría que tener más cuidado al formular estos asuntos relacionados con Lilly.

Winter le dirigió una mirada extraña.

—Cottingstone está tan encantadora como recuerdo. Ha realizado obras desde que me fui.

Mientras Giles hablaba de sus mejoras, lord Winter echó tres terrones de azúcar en la taza de té de Lilly. Como a Lilly solo le gustaba uno, Giles intercambió su taza sin tocar por la de ella.

—Gracias, Giles.

Cuando Giles se sentó de nuevo, el barón miraba alternativamente a él y a Lilly, con el ceño fruncido restaurando su rostro a su expresión habitual. Giles sostuvo su mirada. El hombre debería haber previsto que al menos hablaría con su hija mientras él estaba en Gales. No debería sorprenderle que supiera cómo le gustaba el té tampoco. No había nada escandaloso en saber eso.

Lilly se removió inquieta.

Pensándolo bien, ¿por qué Winter no le había hecho ya estas preguntas a Lilly? ¿Acaso el barón no creía sus explicaciones? Lilly estaba inusualmente pálida, incluso para ella, y aunque no podía garantizarlo, estaba bastante seguro de que Lilly tenía algo en mente.

Giles la miró a los ojos.

—¿Qué te parece Cottingstone en comparación con tu hogar ancestral?

Su ceño se frunció más.

—Cottingstone es...

—Cottingstone es un entorno rústico encantador, pero no puede compararse con el esplendor de Dumas —les aseguró Barrette desde la puerta—. He estado familiarizándome de nuevo con la

casa y los terrenos, pero debo decir que podría necesitar el toque superior de lady Winter. Ella se sentirá muy aliviada de tener a mi prima bajo su ala otra vez.

Giles no había oído a Barrette en el pasillo y se preguntó cuánto tiempo había estado allí. Lilly no quería volver a Dumas. Había sido muy insistente en ese punto hace solo unos días.

—No sabía que había visitado Cottingstone antes.

Lord Carrington entró en la habitación y rodeó a Barrette para tomar una silla un poco apartada del grupo. Su expresión parecía desconcertada.

—Siempre he sido invitado a todas partes —prometió.

Giles tuvo que pensar. Barrette no había estado en Cottingstone durante el tiempo que Giles había ostentado el título. Nunca habría invitado a este adulador a ningún lado en el pasado ni en el futuro.

Tampoco podía dejar pasar el comentario sobre que su hogar era rústico sin hacer un comentario.

—Cottingstone es la menor de mis preocupaciones en Inglaterra, Barrette. Como muchos hombres progresistas, encuentro gran placer en perseguir inversiones en otras áreas que ofrecen un mayor rendimiento.

¿Había pensado que porque Giles no era un terrateniente importante no era rico de otras maneras? ¿Pensaba que la falta de sirvientes y ostentación era una indicación de economía? Era un ejercicio para lograr una existencia pacífica y libre de responsabilidades. Después de todo, había muchas formas de adquirir riqueza.

Barrette apretó la mandíbula. —Al igual que yo.

Giles pensó que era una exageración. Si Barrette tuviera fondos de sobra, no estaría rondando a su tío ni entrometiéndose donde no lo invitaban.

Barrette se acomodó en una silla vacía con una taza de té y pareció inclinado a rumiar, así que Giles lo dejó cocerse en su propio jugo.

Lord Winter de repente tomó la mano de su hija y la apretó. Su acción para tranquilizar a Lilly confirmó que Lord Winter tampoco se sentía del todo cómodo alrededor de su primo, aunque por qué no se deshacía de esa sanguijuela escapaba a la comprensión de Giles.

La cena fue insoportable. Giles podía ver claramente la fuerza interior que Lilly usaba para mantener una apariencia feliz durante toda la comida, pero se preguntaba por qué evitaba descansar con tanta obstinación. Quería decir algo, pero dada la forma en que Lord Winter la vigilaba, no se atrevió.

Después de la cena, Barrette sugirió una partida de cartas, y cuando Winter comenzó a negarse en nombre de Lilly, ella lo detuvo. —Me encantaría jugar, papá. Sé un poco de los juegos que la gente practica.

Barrette sonrió con satisfacción.

Era una suerte que Lilly aprendiera rápido. Pero nunca habían jugado por dinero, ni una sola vez. Nunca habían apostado. Dudaba que el juego terminara bien o a su favor a menos que él la ayudara.

Cuando la pila de monedas aterrizó en la mesa frente a ella, Lilly las miró desconcertada, y luego su mirada se dirigió a Giles. Mantuvo su mirada por un largo momento. Giles asintió para animarla y se acomodó en una silla frente a la mesa con una clara vista de lo que sucedía. Ella sabía cómo jugar, pero no cómo apostar. Esperaba que Lilly entendiera sus señales lo suficientemente bien como para oponer al menos una breve resistencia.

—Tendrán que perdonarme si estoy un poco oxidada. Ha pasado bastante tiempo desde que me he sentido lo suficientemente bien para jugar —murmuró Lilly.

—Por supuesto. Siempre hago concesiones por ti, querida. —El desprecio goteaba de la lengua de Barrette y Giles se preguntó si Lord Winter también podía oírlo.

—Eres muy amable. —Los labios de Lilly se curvaron en una pequeña sonrisa—. Barty.

La mandíbula de Barrette se tensó ante el apodo, y rápidamente repartió las cartas y se acomodó en su silla, exudando confianza. Giles se inclinó un poco hacia adelante. Esto no iba a ser un partido amistoso después de todo, y le complacía que Lilly se enfrentara a su primo.

A través de una serie de golpecitos con los dedos en su rodilla doblada, contó el mayor número de monedas para apostar. A veces ella lo seguía, y otras no. Giles no podía ver sus cartas, así que no era necesariamente hacer trampa. Al menos, no en su opinión.

La frente de Barrette brillaba con un ligero brillo de sudor. No había mucho dinero involucrado en las apuestas, y Giles se preguntó por qué esa muestra de ansiedad. ¿Era una representación precisa de su mano o era ira que trataba de contener? Giles apostaba por lo primero.

Se sobresaltó cuando el sonido del cristal chocando contra el cristal rompió su concentración. Carrington y Lord Winter se habían alejado para rellenar sus copas. Con la tensión del juego, había olvidado que había alguien más en la habitación.

Winter se hundió en el cojín a su lado para ver el final del juego. Le dio un codazo. —Una excelente pareja, ¿no crees?

Dada la forma en que Lilly evitaba la mirada de Giles, tuvo la sensación de que había escuchado a su padre. Giles esperaba que Lord Winter se refiriera al juego de cartas, y no a una posible pareja entre Lilly y su heredero. La idea le repugnaba.

Carrington se rió cuando Giles permaneció en silencio. —Sí, pareció un partido justo al final. El señor Barrette gana.

Lilly se disculpó y se retiró.

Cuando la puerta de la biblioteca se cerró tras la espalda de Lilly, se encontró rodeada de sirvientes. Dithers y la señora Osprey estaban esperando, con expresiones preocupadas nublando sus rostros. La señora Osprey deslizó un brazo alrededor de su cintura y Dithers le ofreció su brazo. Ella agradeció su apoyo. Su espalda y piernas ardían de dolor. Tardó una eternidad en llegar a la mitad de las escaleras.

—Si me perdona, señorita, esto será más rápido.

Dithers la levantó en sus brazos y la llevó el resto del camino hasta su dormitorio. Justo antes de cruzar el umbral, escuchó una risa profunda detrás de ellos.

—Mejor que Daventry no te atrape haciendo eso, hombre.

Dithers giró ligeramente la cabeza. —Mis deseos exactamente, Lord Carrington. Disculpe.

—Has embrujado a toda una casa, señorita Winter —dijo Carrington mientras los seguía hasta la puerta de su habitación—. Espero que no juegues con los afectos de mi amigo insinceramente.

Lilly lo miró, con un dolor que le atravesaba las piernas y le robaba la paciencia. —No juego a nada, milord. La vida es demasiado corta para la insinceridad. Usted debería saberlo mejor que nadie. Ahora salga. Debo descansar.

La señora Osprey la ayudó a acostarse y escuchó a Dithers salir al pasillo.

—Ese caballero es tan desconfiado de todo el mundo.

—Ignóralo. —En ese momento, a Lilly no le importaba un comino Lord Carrington. Todo lo

que le importaba era poder quitarse los pies de encima.

La señora Osprey resopló.

—Te ha estado observando demasiado para mi gusto. Puede que esté comprometido y todo eso, pero no tiene derecho a vigilarte tanto.

Lilly se encogió de hombros y el gesto le provocó más dolor.

—Solo está cuidando de su amigo, señora Osprey. No deje que le preocupe.

Lilly se metió en la cama y se estiró. Su cuerpo protestó enérgicamente y cerró los ojos para que la señora Osprey no viera lo mal que estaba.

Una de las criadas entró ruidosamente en la habitación, trayendo, por lo que se oía, una cena para la señora Osprey. El ama de llaves suspiró un poco. Parecía triste, y Lilly deseó estar lo suficientemente bien como para preguntarle qué le preocupaba.

Pero no había escapatoria al dolor. Necesitaba a Giles esta noche más que nunca. Lo echaba de menos. Una vez que papá consiguiera lo que quería, ella volvería a Londres y se hundiría de nuevo en una existencia llena de dolor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprender lo mucho que había llegado a depender de él. Decadente y buscador de placeres impulsivo como era. No había querido enamorarse de él también, pero lo había hecho. Él había logrado que lo amara por sus maneras gentiles y su determinación para que ella se cuidara mejor. Hacía mucho tiempo que no consideraba otra forma de vivir.

Una ligera presión en su mejilla secó sus lágrimas y la envolvió la nube de aroma dulce a canela que siempre rodeaba a la señora Osprey. Le caía bien la señora Osprey. Le gustaba esta casa y sus sirvientes. No quería que la obligaran a irse.

Se le escapó un sollozo y volvió la cabeza para llorar. Tampoco quería dejar a Giles, pero siempre había sabido que este interludio no podía durar. Era demasiado problemática para que un pícaro se molestara con ella más allá del momento de diversión.

—El señor te pondrá bien pronto —susurró la señora Osprey—. Sé en lo que se ha convertido para ti y me alegro por ti y por él. No dejará que sufras otra noche de dolor cuando sabe cómo quitártelo para siempre. Confía en él y todo saldrá bien, ya verás.

Bendito fuera el corazón romántico de la señora Osprey, pero él no tendría oportunidad. Lilly se iría de Cottingstone en cuestión de días. Una vez que papá se decidiera, no habría forma de impedirle salirse con la suya.

Bartholomew se ocultaba entre las sombras y observaba a los sirvientes de Lord Daventry ir y venir apresuradamente. Aunque consideraba que su ubicación actual estaba por debajo de él, tenía que determinar quién se ajustaría mejor a su propósito. La cocina bullía de actividad, pero vislumbró a una voluptuosa criada campesina con una cabeza de cabello castaño apagado, y esperó que fuera la elegida.

Esta vez él mismo haría el trabajo. No dejaría que algún sirviente transitorio destruyera su futuro con su voluble atención al detalle. Pero primero necesitaba información precisa y una forma de llegar a Lilly sin ser detectado.

Podía ver una bandeja de desayuno esperando a ser llenada mientras la cocinera iba y venía apresuradamente, apilando los platos y jugueteando con el pequeño arreglo floral. Llamó a la criada que tenía en la mira y, cuando esta recogió la bandeja, Bartholomew retrocedió, precediendo a la chica por las escaleras de servicio hasta que estuvo bastante más allá de los

escalones.

El momento era perfecto, el pasillo superior estaba vacío. Los lores Daventry, Carrington y el tío de Bartholomew seguían conversando abajo. Cogió una curiosidad de la mesa del pasillo, se la guardó en el bolsillo y luego sacó su cuchillo de la bota. La hoja brillaba a la luz del sol de la mañana, proyectando sombras danzantes sobre la pared.

Se cortó la piel.

La sangre brotó del corte superficial y se apoyó contra la pared, cerca de una mesa, y dispuso su cuerpo de manera desordenada.

Unos pasos resonaron en los escalones y se apresuraron por el pasillo hacia él. La criada miró la mano que acunaba.

—¡Dios mío! ¿Está herido, señor Barrette?

—Rápido, trae una toalla de mi habitación.

La criada dejó la bandeja sobre la mesa junto a él y corrió hacia su habitación.

Los sirvientes eran, en efecto, una raza estúpida. Sacó el corcho de la botella y añadió gotas de láudano a todos los platos de la comida de su prima.

Conteniendo una risita, se guardó la botella en el bolsillo interior de la chaqueta y abordó a la criada en su dormitorio.

—Puedes olvidarte del paño. Ya te tengo donde quería.

La criada se dio la vuelta e hizo ademán de rechazar sus avances. Intentó escabullirse junto a él, y él le dejó pensar que tenía una oportunidad. Pero aun así le robó un beso y le manoseó los pechos antes de dejarla escapar de la habitación.

La puerta se cerró de golpe tras ella, y él se llevó una mano a la boca para ocultar una carcajada. La tonta no hablaría de sus avances y, con suerte, esta noche la tendría aferrada a sus brazos mientras su prima luchaba por su vida.

Bartholomew silbó una alegre melodía, sacó la curiosidad de su bolsillo y la examinó con mejor luz. Viejo, pero dado su aspecto pintoresco, el pato valía potencialmente para cambiarlo por un revolcón por el camino. Se acercó a su baúl, sacando un puñado de ropa de lino para revelar sus tesoros ocultos.

El pato encajaba perfectamente junto a un par de candelabros, y aseguró el compartimento, colocando cuidadosamente su ropa de lino encima. No quería que ningún sirviente servicial pensara que necesitaba que le ordenaran las cosas, pero su ayuda le serviría de otras maneras muy pronto.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

SI AYER HABÍA amanecido lúgubre con lluvia, hoy era peor. El clima se había asentado en un manto sombrío sobre el campo, como si estuviera triste ante la perspectiva de perder a Lillian Winter del distrito. Ella no había bajado a desayunar hoy, y Giles no había visto a la señora Osprey para hacer preguntas. Lo que más molestaba a Giles era que tampoco había logrado ir a la habitación de Lilly anoche.

Cuando salió de su alcoba para intentarlo de nuevo, había visto a Barrette paseando a lo largo del pasillo, y tuvo que dirigirse a su estudio como si hubiera olvidado algo. Quizás el hombre simplemente no podía dormir como afirmaba. Giles esperaba estar equivocándose, pero cada noche que se encontraba con Barty merodeando por los pasillos, como a Lilly le gustaba llamarlo, su inquietud crecía.

Winter planeaba irse pronto.

Giles miró por la ventana el cielo lloroso, y luego cerró los ojos. Sabía lo que tenía que hacer para ayudar a Lilly a sentirse mejor. Pero dado el comportamiento del primo, sería una asistencia muy pública. ¿Tenía el derecho de irrumpir en su habitación y hacerse cargo de su cuidado por completo?

Ayer, Giles había visto el sufrimiento de Lilly, y la angustia de no hacer nada le había dolido. ¿Cómo se sentiría Lilly hoy? ¿Acaso quería que él se involucrara más?

Carrington se aclaró la garganta.

—Deja de fruncir el ceño.

—¿Podrías tú?

Su amigo se apoyó contra la ventana.

—Imagino que no. Anoche necesitó ayuda para subir las escaleras.

La furia se apoderó de él.

—¿Seguiste a Lilly después de dejarnos?

—Cálmate. Cálmate —susurró Carrington, mirando hacia la puerta—. Quería asegurarme de que llegara a salvo a su alcoba. Se inclinaba a estribor como un barco en una tormenta. Pero el mayordomo y el ama de llaves la tenían bien sujeta.

Agarró el brazo de Carrington.

—Mantente alejado de Lilly.

—Amigo mío, ella me dijo exactamente lo mismo, y de manera muy inteligente, de hecho. Tiene un temperamento notable para ser una mocosa tan pequeña.

—Mi fantasma.

El roce de una bota sobre el mármol les alertó de compañía. Lord Winter cruzó la habitación y se dirigió directamente hacia la bandeja de licores. Giles resopló. Lilly merecía un padre mejor

que uno que corría por una botella al primer signo de problemas.

—Tu mujer está con Lillian, Daventry, pero no veo que le esté haciendo ningún bien —las palabras de Lord Winter goteaban amarga acusación—. Cualquier número de enfermeras han hecho lo mismo y sin ninguna mejoría. ¿Por qué ya no está mejor?

Giles se volvió hacia la ventana para rechinar los dientes. Por supuesto que no había mejoría sin él. La señora Osprey no tenía idea de lo que él había estado haciendo con sus noches. Sin embargo, se salvó de la necesidad de dar una respuesta evasiva porque Barrette, por supuesto, había seguido de cerca a Lord Winter.

Reprimió un gruñido. La única manera en que podía ayudar a Lillian era si todos los dejaran solos. Si Lillian fuera su responsabilidad, podría verla en cualquier momento que quisiera.

Pero para evitar dañar su reputación, tendrían que casarse.

Se pellizcó el puente de la nariz. Lillian Wexham, Lady Daventry. Su nombre sonaba perfecto junto al suyo y siempre lo había sido. Sin embargo, todos dirían que un pícaro era totalmente inadecuado para alguien tan inocente como Lilly.

Cuando ella tampoco bajó a cenar, Giles se dio cuenta de que su tiempo para vacilar se había agotado. Pasó la primera parte de la comida observando una sonrisita de suficiencia que revoloteaba por el rostro de Barrette, solo para desaparecer en una expresión grave. Parecía feliz de que Lilly estuviera enferma de nuevo, y hacía todo lo posible por ocultarlo.

Giles se limpió la boca con la servilleta.

—Carrington, ¿podrías mantener entretenidos a mis invitados? Acabo de recordar una tarea que requiere mi atención. Me reuniré con ustedes antes del postre.

Carrington lo despidió con un gesto.

—Excelente. Eso significa que puedo repetir el famoso pato estofado de tu cocinera sin tener que pelear contigo por él. En esta visita, voy a molestarla hasta que me dé la receta para que mi propia cocinera la pruebe.

—Ja. Puedes intentarlo, pero ella guarda ese libro con su vida.

Giles salió de la habitación y subió apresuradamente las escaleras. Llamó a la puerta de la alcoba de Lilly, y después de unas breves palabras, la señora Osprey lo dejó entrar.

—Está mucho peor, mi señor.

Lilly dijo su nombre cuando tocó su piel, y luego guardó silencio. Él levantó su mano hasta sus labios, pero a juzgar por el peso de su extremidad, ella no se daba cuenta de que él estaba allí.

—Señora Osprey, creo que podría matar a alguien.

—Oh, no, mi señor, no debe hacerlo. ¿Qué sería entonces de la señorita Winter?

—Sí. ¿Qué, en efecto? —Miró a Osprey—. ¿Me parece que está drogada?

El ama de llaves tragó saliva.

—A mí también, pero no puedo explicar cómo pudo haber sucedido.

Él retiró las sábanas y deslizó sus brazos bajo el cuerpo de ella para levantarla contra su pecho.

—¿Qué puedo hacer, mi señor?

Giles asintió hacia la puerta.

—Puede ayudarme a comprometer a la señorita Winter. Abra esa puerta, pero mantenga al perro dentro de esta habitación. Luego apresúrese a la mía. Ahora. Y sea muy silenciosa en el pasillo y asegúrese de que nadie la vea.

Con Lilly yaciendo sin fuerzas contra su pecho, se deslizó al pasillo y observó cómo la señora Osprey convencía a su perro lobo de quedarse. El pobre animal parecía desolado.

—Asegúrese de tirarle un hueso más tarde. No queremos que esté aullando toda la noche.

La señora Osprey se apresuró por el pasillo delante de él y mantuvo la puerta abierta de par en par. —Está haciendo lo correcto, mi lord. La señorita Winter estaba muy triste anoche. Lo echaba de menos.

Él también la había echado de menos. Acostó a Lilly en su cama. —Quédate aquí. Mantén la puerta cerrada con llave y solo déjanos entrar a mí o a Dithers. Sin excepciones. Y nada de desacuerdos esta noche. Puedes torturar a mi mayordomo mañana.

La señora Osprey se mordió el labio para contener una sonrisa.

—Mujer traviesa.

En total, Giles solo estuvo ausente quizás unos diez minutos, y ni Barrette ni Lord Winter parecían interesados en lo que había estado haciendo a su regreso. Carrington, sin embargo, le lanzó una mirada inquisitiva, pero mantuvo un flujo constante de confidencias que solo reforzaban su reputación de charlatán. Lord Winter se fue emborrachando cada vez más.

Al igual que antes, Barrette no se ofreció a ayudar a acostar al anciano, y Giles supuso que debería acostumbrarse a esta actividad. ¿Acaso Winter siempre estaba borracho como una cuba? Era sorprendente que no hubiera perdido de vista a Lilly con más frecuencia si ese fuera el caso.

En la puerta de su habitación, Giles dudó un momento antes de llamar. Osprey abrió la puerta de golpe y él cerró la pesada madera con la espalda, apoyándose en ella. Todo estaba listo.

—No se ha movido —le informó Osprey.

Giles asintió. —Como esperaba. Puede retirarse, señora Osprey. Manténgase alejada de esta habitación mañana hasta que la llame.

—Pero...

Él la miró fijamente, y ella tuvo el buen juicio de sonrojarse antes de salir apresuradamente de la habitación. Giles apenas necesitaba la ayuda de una solterona para comprometer a Lilly.

Cruzó la habitación a grandes zancadas y levantó la tapa de la cena ligera que Dithers debía haber enviado mientras Giles entretenía a sus invitados. La comida se veía bien y no debería estropearse antes del amanecer. Encendió un cigarro, lo colocó en un cenicero y luego sirvió una copa de brandy. Puso ambos junto a la cama, junto con un orinal limpio.

Lilly yacía insensible a su entorno. Él se quitó la chaqueta, la corbata y el chaleco, y luego se arremangó las mangas. Su rostro estaba ceniciento, sus labios de un pálido azul, pero su pulso era bueno. Sin embargo, no se movió cuando él le movió el brazo.

El hecho de que Lilly estuviera bajo los efectos del láudano solo podía significar que uno de sus invitados había traído el veneno a la casa y de alguna manera había dosificado su comida.

Giles abrió de par en par la ventana del dormitorio, dejando entrar una ráfaga de aire fresco en la habitación. Se esforzó por levantar a Lilly a una posición sentada. Su cabeza se balanceaba y él la acomodó para que descansara contra su hombro. Pasó el cigarro bajo su nariz un par de veces hasta que obtuvo una leve reacción, y luego lo colocó en el recipiente de porcelana en su regazo. El humo se elevaba hacia su rostro.

—Lilly. Pequeño fantasma, despierta.

Ella refunfuñó como si lo hubiera escuchado, pero la poción aún nublaba su mente. No tuvo más remedio que obligarla a beber el brandy.

Ella se atragantó y luego jadeó, tragando el líquido y el humo en partes iguales. Momentos después, vomitó en el recipiente de porcelana, una y otra vez hasta que a él le dolió el estómago por el sonido.

Cuando terminó, con el rostro rosado y brillante de sudor, la recostó y retiró el recipiente y el brandy hacia la ventana, arrojando ambos lejos en la noche. Giles le quitó el camisón a Lilly y la

sumergió en una bañera de agua fría, recordando sostenerla con sus brazos para que no se ahogara. Lilly jadeó.

—Perdóname, pero debes despertar. —Giles le salpicó agua en la cara—. Ya ves lo que sucede cuando te dejo sola por un día o dos. Me obligas a hacer las cosas más crueles, mi querida.

Tuvo cuidado de no mojar demasiado su largo cabello y le frotó los brazos y las piernas, esperando eliminar el veneno. Esperaba que esto funcionara. No podía soportar esperar días para ver su sonrisa de nuevo.

Cuando sus dientes comenzaron a castañetear y sus brazos se cubrieron de piel de gallina, la sacó del agua para abrazarla. Aunque ella empapó todo su frente, era un pequeño precio a pagar por los sonidos infelices que comenzaba a hacer.

—Camina, Lilly, y luego te prometo nada más que placer para siempre.

Tragando saliva por su elección de palabras, Giles la hizo marchar desnuda por la habitación hasta que ella usó más de su propia fuerza para la tarea.

—¿Por qué me haces caminar? Déjame descansar —se quejó Lilly.

Giles se frotó los ojos. —Porque tengo que hacerlo, Fantasma. Aguanta un poco más.

Cuando Lilly intentó apartarse, Giles la levantó en sus brazos y la acostó sobre las toallas que esperaban para secarla.

—Definitivamente debería haber añadido tirano.

Giles rio suavemente, imaginando lo que su madre pensaría de sus actividades esta noche. No estaría contenta con sus decisiones, pero creía que entendería que solo pretendía ayudar. —Si insistes, añadiremos tirano mañana.

Al final del pasillo, Atticus ladró en señal de advertencia, pero Giles no iría a la puerta a ver quién andaba tropezando por ahí. La robusta puerta de su habitación estaba bien cerrada contra los intrusos. Sin embargo, para asegurarse de que no los interrumpieran, Giles apagó las velas y confió en la luz del fuego para volver con Lilly.

Cuando estuvo seca, la metió en su cama, luego se movió por la habitación, ordenando cosas y cerrando la ventana del dormitorio. Cruzó el espacio en la oscuridad antes de quitarse el resto de la ropa. Giles se deslizó en la cama junto a Lilly y la atrajo contra su piel.

Lilly suspiró contra su pecho desnudo y deslizó sus manos por su cuerpo, encendiendo fuegos que no tenía derecho a alentar, dado su estado actual. Pero su respiración se acompasó en un ritmo normal y profundo, y él hizo lo posible por dormirse también.

Lilly despertó y se encontró con su cuerpo atrapado bajo algo pesado. Respiró hondo y aspiró el aroma de Giles tan cerca de ella. Su brazo descansaba sobre su pecho y su mano le cubría el seno. Cuando ella se movió un poco, él también lo hizo. Rodó y la apretó contra su piel ardiente.

A Lilly le tomó un momento superar la impresión del contacto piel con piel. Giles ardía. Lilly tragó saliva nerviosamente, luego deseó beber algo para librarse del horrible sabor en su boca. Tragar de nuevo no ayudó, así que levantó el pesado brazo de Giles, intentando escapar de él.

—¿Qué quieres, Lilly? —murmuró él.

—Agua. Tengo un sabor terrible en la boca, pero soy capaz de conseguirla, ¿sabes?

—Es el láudano o el brandy que te hice beber. Déjame cuidarte. Sabes que lo disfruto. —Giles besó el costado de su rostro y se movió detrás de ella. El cristal tintineó en la oscuridad.

La cama crujió cuando regresó, y tanteó su rostro, ofreciéndole torpemente el vaso para que

bebiera. Ella se lo bebió todo y se lo devolvió.

El cristal resonó contra la madera, luego Giles se deslizó de nuevo bajo las mantas. Cuando las acomodó cómodamente de nuevo, besó el hombro de Lilly antes de volver a dormirse. Su ligero ronquido la hizo reír porque le hacía cosquillas en el cuello de una manera extraña.

Mientras Giles dormía, Lilly permaneció despierta preguntándose cómo había llegado a esta habitación. El día anterior era otro borrón, como si hubiera tomado la medicina para sus dolores. ¿La habían engañado para que consumiera láudano de nuevo? Giles había dicho que sí. Pero ella no recordaba haber aceptado la poción. Mientras reflexionaba sobre qué habría contenido el brebaje, enredaba sus dedos en los rizos del vello de los antebrazos de Giles.

El brazo alrededor de ella se tensó, luego acarició su torso. Había despertado a Giles con su inquietud. El calor se movió detrás de ella, y se percató de un punto caliente en su trasero.

—¿No puedes dormir? —susurró Giles mientras sus labios presionaban contra su cuello, a lo largo de su hombro y de vuelta.

—No. Intentaba recordar el día de ayer.

—No te preocupes. No voy a dejar que te pase nada otra vez, cariño. A partir de ahora, te quedas conmigo —prometió Giles.

Lilly sonrió. Quedarse con Giles era una bonita fantasía.

La mano de Giles dejó de vagar al azar y alivió sus músculos tensos. Lilly se dio la vuelta sin que se lo pidiera y Giles se puso a trabajar en su espalda. Oh, Giles era tan bueno en esto. Cuando había convertido sus sentidos en masilla, Lilly se volteó para detenerlo atrayéndolo para besarlo. Él dejó caer todo su peso sobre ella y ella separó las piernas para acomodar su cuerpo.

El calor le abrasaba la piel. Una franja de su muslo interno ardía. Giles movió las caderas mientras se besaban y se deslizó sobre su piel. Cuando cambió de posición para que su cuerpo quedara junto al de ella, ella trató de no decepcionarse. ¿Cuán perversa soy por querer más?

Muy perversa.

Cuando Giles pasó su mano por su piel, Lilly lo exploró a su vez.

El vello del pecho era toda una revelación. Los pelos parecían largos y suaves, así que jugó a alisarlos, solo para encontrarse con un pezón masculino. Cuando los dedos de Lilly rozaron la punta de nuevo, Giles dejó escapar un gemido. Lilly soltó una risita.

—Tentadora perversa.

Lilly besó su mejilla. —Solo tienes que culparte a ti mismo.

Él recompensó su respuesta impertinente devolviéndole el favor. Lilly se arqueó ante la sensación de sus dedos pellizcando, y luego sus labios se posaron en la punta y succionaron.

Esto no era como la última vez que había compartido su cama. Giles estaba menos reservado, más exigente en la forma en que sus manos recorrían sus curvas. La torturaba con sus labios y su lengua. Ella ronroneó cuando él cambió al otro seno y usó sus dedos para atormentar el pezón húmedo que acababa de dejar.

Movió las piernas inquieta sobre las sábanas hasta que Giles atrapó una de las suyas con una de él, separándole las piernas justo cuando había empezado a sentir un hormigueo en la unión de sus muslos. Él abandonó su pezón y su aliento acarició su piel. Sus dedos se deslizaron hasta su vientre en patrones ondulantes hasta que descansaron en la parte superior de sus rizos.

Si tan solo se moviera un poco más abajo, pensó, retorciéndose en la cama hacia esos hábiles dedos. Él no los movió, sino que atrapó sus labios de nuevo y la besó como un hombre hambriento. Quizás lo era. Lilly estaba segura de que él no tenía amante aquí en Cottingstone. No había visto señales de una. Hasta que papá llegó, habían estado juntos la mayoría de las noches.

Los músculos se flexionaron y retorcieron bajo sus manos mientras exploraba a Giles minuciosamente. Acarició su pecho, bajando hacia su ombligo, siguiendo la línea de vello. La boca de Giles se separó de la suya. Movió las caderas y depositó su erección directamente en su mano.

Mientras la besaba, Lilly superó la sorpresa. Hizo una caricia vacilante sobre su suave piel. Giles gimió animándola. Sus dedos juguetones se deslizaron entre sus rizos y luego empujaron en su hendidura, volviéndola loca.

Mientras Lilly aprendía a darle placer, él la acariciaba hasta que ella jadeó. Ella apretó su agarre sobre su longitud y se movió al ritmo de sus propios dedos.

—Eso es, mi amor. Justo así.

Ella lo acarició hasta que él gimió de nuevo y él la provocó hasta que ella sollozó.

Giles presionó su frente contra la de Lilly. —¿Juntos?

El mundo de Lilly explotó y un líquido caliente salpicó su vientre. Luchó por recuperar el aliento, pero Giles la calmó hasta que sus respiraciones se estabilizaron de nuevo.

Los labios de Giles rozaron su mejilla. —Dios mío, serás mi muerte.

Ella no podía recordar haber escuchado a Giles hablar con sus amantes después del sexo antes. Pero saber que tenía el poder de cambiarlo la hizo sonreír.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LILLY ABRIÓ LOS ojos en la habitación tenuemente iluminada y se despertó al instante. Las sábanas estaban ajustadas contra su cuello y se retorció para salir de debajo de ellas, sintiéndose satisfecha y maravillosamente relajada.

Todavía estaba en la cama de Giles, y cuando giró la cabeza, pudo ver que él dormía a su lado, enredado en los bordes de las mantas, con el torso medio descubierto ante sus ojos. Su rostro estaba debajo de una almohada y ella se deleitó observando las suaves líneas de su pecho y el ligero vello pelirrojo que cubría las partes de su torso que podía ver.

Quería tocarlo.

La noche anterior había sido tan increíblemente tierna y mientras pensaba en volver a sostener su longitud en su mano, un latido comenzó entre sus piernas. Le encantaba tocarlo.

Mirando alrededor de la habitación, divisó una bandeja cubierta cerca del fuego y una bañera aún llena. Podía recordar partes del día anterior. Partes desagradables. Ahora recordaba haber devuelto el estómago y arrugó la nariz avergonzada.

Pobre Giles. Ella era una carga para él. Ninguna de sus otras amantes le habría causado tantos problemas.

Lilly hizo una pausa y pensó en ser contada entre las muchas amantes de Giles, y decidió que no le gustaba ser incluida con ellas. Si él no había entrado en su cuerpo, ¿eso aún la convertía en una de sus amantes? Pensaba que sí. Amaba lo que él le hacía. Él hacía que su cuerpo cantara como nunca antes había creído posible.

Sintiendo la urgente necesidad del baño, se extrajo cuidadosamente de las suaves sábanas. Giles refunfuñó, pero ella logró salir de la cama sin despertarlo para ponerse de pie sobre piernas temblorosas.

Desafortunadamente, Lilly no sabía dónde podría estar el orinal. Miró alrededor y divisó una puerta, pero no había ningún rincón con biombo en la habitación. Lilly decidió investigar la puerta y encontró el vestidor de Giles.

Fila tras fila de ropa adornaba una pared de una habitación de buen tamaño, y un biombo bajo cubría un rincón lejano. Se dirigió allí primero y felizmente encontró lo que necesitaba.

Cuando se sintió cómoda de nuevo, examinó la ropa de Giles, pasando sus dedos por las mangas de caras chaquetas de seda, lana y brocado. Había filas de chalecos sobrios, y bastantes chillones que esperaba que Giles no usara realmente. La visión sería espantosa.

Relucientes botas de montar y zapatillas de noche marchaban juntas en una fila ordenada y ella se maravilló del lujo de tener tanta ropa para elegir. Su propio guardarropa consistía en camisones poco favorecedores y una capa pesada. Toda la ropa que había usado en las últimas semanas había sido prestada por la intimidante Katarina.

Lilly merodeó por las habitaciones privadas de Giles, fascinada por las pequeñas curiosidades que encontró. La cámara distintivamente masculina estaba llena hasta el tope de objetos de un tipo que nunca antes había notado. Las niñas pequeñas, por ejemplo, no deberían tener nada que ver con pipas.

La colección de Giles adornaba un pequeño gabinete de curiosidades adherido a la pared. Algunas eran ornamentadas y otras muy toscas y viejas. Se preguntó por qué había espacios, y luego recordó la colección de mariposas a medio terminar en la guardería de años atrás. ¿Acaso Giles nunca terminaba una colección?

Se acercó a la bandeja y destapó una comida de pan, fruta y queso. Tomó un panecillo y le dio un mordisco, paseando por la habitación y echando un vistazo a todo lo que Giles poseía.

Tenía varios hermosos paisajes y a Lilly le gustó su aspecto. No sabía nada sobre arte o pintores importantes, pero le gustaba lo que veía ya que estos lugares parecían pacíficos.

Encontró la ropa descartada de Giles esparcida sobre una silla y, notando que su piel se había enfriado, se puso su camisa. Le caía por debajo de las rodillas, ahogándola en lino. Sosteniendo el panecillo entre los dientes, luchó para liberar sus manos. Intentó enrollar las mangas hacia arriba y quitarlas del camino, pero hizo un trabajo desordenado. Obviamente, no estaba destinada a escapar de sus suaves garras.

Leyó los lomos de la pequeña colección de libros de Giles. Udolfo, El monje y Peligros a través de la vida. Lilly nunca había oído hablar de ellos y se preguntó de qué podrían tratar.

Había un pequeño libro apartado. Lo tomó y abrió la cubierta.

Se le escapó un jadeo al reconocer su propia letra. Era su libro. El que había comenzado antes del accidente y olvidado. Acarició con su dedo su escritura con cariño. Siempre había llevado un diario hasta su accidente.

Mamá había desaprobado muchas cosas que Lilly disfrutaba hacer, a menudo quitándole sus placeres como medio para salirse con la suya.

Lilly sostuvo el libro cerca de su pecho, repentinamente mareada. Necesitando sentarse, se hundió en un asiento de ventana grueso con cojines. Subió las rodillas hasta su pecho y las rodeó con sus brazos.

Mamá no era segura para estar cerca. Independientemente de lo que Barty sugiriera, nunca aceptaría volver a Dumas. Se negaría. Huiría y encontraría otro lugar para vivir.

Lilly abrió el libro, leyendo las palabras de su yo más joven, cuyo único placer en la vida era complacer a su papá. Parecía que había pasado tanto tiempo y ahora que era mayor, había comenzado a dudar si realmente tenía sus mejores intereses en mente. No estaba de acuerdo con su sugerencia de que se casara. No sería justo para el hombre.

—Vaya vista para despertar.

Lilly alzó la mirada y encontró a Giles apoyado sobre su codo observándola, con una sonrisa pícara jugando en sus labios. Sus ojos descendieron y ladeó la cabeza mientras contemplaba las piernas de ella asomando bajo la camisa que llevaba puesta.

—Buenos días —dijo ella, reclinando la cabeza contra la pared y sonriéndole, mientras estiraba las piernas, repentinamente inquieta bajo el calor de su mirada. Giles apartó las sábanas, sacó las piernas de la cama y se puso de pie. Estaba completamente desnudo y absolutamente perfecto.

Lilly tragó saliva ante la visión de su cuerpo esbelto y musculoso. ¿Cómo podía caminar hacia ella con tanta confianza cuando sus propias manos habían comenzado a temblar de verdad al ver sus ojos azules? La revelación del resto de su cuerpo prácticamente le robó el aliento.

Intentó no mirarlo fijamente, pero fracasó estrepitosamente. Examinó cada detalle de él y no

encontró nada que le faltara.

Cuando Giles llegó hasta ella, se quedó quieto, permitiéndole una inspección más cercana de su anatomía. Luego se inclinó para presionar un suave beso en los labios de Lilly. El beso cambió cuando ella le tocó el muslo, pasando de un gentil saludo a una pasión ardiente en un solo latido. Giles permaneció inclinado sobre ella mientras sus lenguas se entrelazaban, pero sus manos acariciaban su cuello y sus hombros, haciendo que su cuerpo se ruborizara y temblara de deseo por él. Rodeó la cintura de Lilly y la atrajo hacia sí, poniéndola de rodillas, para luego presionar sus cuerpos juntos.

Lilly enredó sus dedos en su cabello despeinado y mantuvo sus labios unidos, perdida en la maravilla de sus besos y sin querer parar. Las manos de él se deslizaron por su espalda hasta abarcar su trasero y presionó su rígida longitud contra su vientre.

Ella quería explorarlo a la luz, dejar que sus dedos se deslizaran por su piel y descubrir por qué era tan diferente. Cuando pasó sus dedos por su cuello y hombros, cubrió el vello sedoso de su pecho y encontró sus pezones nuevamente, él gimió su nombre. Ella rozó con sus pulgares las duras cimas y él se rio antes de levantarla para llevarla de vuelta a la cama.

—¿Más placer para ti, mi travieso fantasma?

—Sí, por favor, Giles.

Giles la mantuvo cerca mientras se arrastraba sobre las sábanas revueltas y la depositaba contra las almohadas. Su delicadeza aún la sorprendía. Le quitó su camisa de los hombros y dejó al descubierto sus pechos. Esta mañana, solo les prestó una atención superficial, y ella hundió sus dedos en su cuero cabelludo cuando él iba a abandonarlos.

—Vaya, vaya, creo que he creado un monstruo. Estás muy exigente esta mañana —se rio Giles, pero no volvió a ellos.

—No conozco otra forma de ser —respondió ella, retorciéndose mientras sus labios presionaban contra su vientre. Sabía que era codiciosa. En su limitada experiencia de placer, sus atenciones concentradas eran una droga para sus sentidos hambrientos.

—No temas, me gusta mucho.

Giles lamió su estómago y luego se movió más abajo. Con horrorizada fascinación, ella se dio cuenta hacia dónde se dirigía. Al primer toque ligero, sus caderas se arquearon hacia su rostro y él hundió su lengua más profundamente. Sin embargo, no era lo suficientemente cerca. Él separó sus piernas, empujando sus rodillas insistentemente.

El aliento caliente de Giles abanicó sus muslos y su carne expuesta mientras presionaba sus labios contra su piel, rozando su lengua contra ella. Lilly gimió ante la calidez de su boca, pero gritó cuando su lengua volvió a ese pequeño punto de intenso placer y lo rozó con golpes ligeros y suaves. Temiendo por su cordura, entrelazó sus dedos en su cabello y se aferró mientras él lamía su hendidura.

Cuando succionó, Lilly luchó por respirar. Él se movió y se acomodó para arrancarle aún más temblores. Esto era, por mucho, más intenso que lo que habían hecho antes. Si esto no era hacer el amor, Lilly temía no sobrevivir a ese evento.

Otra sensación, una presión más abajo de donde Giles la besaba, la distrajo. Movió sus caderas. Cuando Giles levantó su rostro de atormentarla, ella pudo ver su puño cerrado junto a su entrada, y sentir el deslizamiento de su dedo entrando en su cuerpo. Él miró hacia abajo y trabajó su dedo dentro de ella suavemente, luego bajó su boca para succionarla con fuerza.

Las sensaciones se acumularon rápidamente y cuando él presionó más profundamente dentro de ella, con el puño presionado contra su piel, las olas de liberación sacudieron su cuerpo.

—Giles, Giles, Giles.

Pasó un tiempo, pero cuando Lilly abrió los ojos, lo encontró tendido a su lado. Se sonrojó, pero él solo sonrió pícaramente y luego la besó.

Mientras su erección se frotaba contra su cuerpo, recordándole a Lilly que él seguía insatisfecho, ella se acercó más. No se quedaría ociosa en sus brazos otra vez. Eso no era nada justo. Cuando sus labios se separaron, Lilly empujó a Giles contra el colchón y lo miró detenidamente. Giles flexionó sus músculos y empujó sus caderas hacia ella, y ella no pudo evitar sonreír.

Dejó que sus dedos caminaran suavemente sobre su piel, y él se estremeció ante el toque. Pasó su mano por su estómago plano y él contuvo la respiración, mostrándole los huesos de sus caderas con más detalle. Su mano se deslizó hacia abajo hasta su vello y sus dedos se cerraron alrededor de su miembro.

Giles jadeó y empujó sus caderas hacia su mano, mostrándole cuán ansioso estaba por más. La primera caricia a lo largo de su longitud la fascinó. Giles la guió para aumentar el ritmo de sus caricias, y cuando retiró su mano, ella vio una pequeña gota de humedad en la punta. Lilly se inclinó hacia adelante para lamerla con su lengua.

Su sabor era salado, y cuando se lamió los labios de nuevo, finalmente notó lo agitada que era la respiración de Giles. Aún mirando hacia abajo, se preguntó si debería hacer lo que otras amantes habían hecho por él. Dejó a un lado su nerviosismo para presionar un beso en su cabeza. El gemido que se arrancó de los pulmones de Giles hizo temblar la cama. Le dio otro beso, luego sacó la lengua y la giró alrededor de la suave cabeza.

Cinco dedos se clavaron en su espalda alta. Lamió todo su largo y volvió a subir, sintiendo las crestas de su eje, la suavidad aterciopelada de su piel sobre el núcleo duro y caliente debajo.

Cuando Lilly llegó a la cabeza, dudó y luego abrió la boca para tomarlo.

—Madre de Dios —murmuró Giles, y luchó por alejarse de ella.

Lilly envolvió su mano alrededor de la base, lo levantó y lo tomó en su boca de nuevo. Más profundo. Pensó en cubrir sus dientes, lo deslizó hacia afuera y hacia adentro un par de veces, humedeciendo aún más su piel. Giles le apartó el cabello sobre los hombros y se incorporó para mirar.

Los ruidos húmedos de succión la excitaban tanto como creía que lo excitaban a él. Se humedeció los labios de nuevo y experimentó hasta dónde podía llegar dentro de su boca. Cuando encontró una profundidad cómoda, él movió su cabeza en un movimiento ascendente y descendente y ella entendió que lo que podía hacer con su mano, podía hacerlo con su boca.

Se cerró alrededor de su eje y Giles gimió. Sus dedos le frotaron la columna y bajaron hasta sus nalgas. Ella se movió para arrodillarse más cómodamente y aumentó el ritmo de sus movimientos y la fuerza de su mandíbula.

—Dios mío, tienes talento para esto, pero si no levantas la cabeza, fantasma, vas a recibir un buen bocado —gruñó Giles.

Pero ella quería todo lo que él pudiera darle. Su respiración se volvió frenética. Se arqueó para llenar su boca y la calidez brotó sobre su lengua, obligando a Lilly a tragar rápidamente.

—¿Sabes que acaparas las mantas? —preguntó Giles un rato después mientras masajeaba un punto particularmente sensible hasta someterlo.

—Lo siento. No me había dado cuenta.

Giles le dio un beso en la columna. —Tendré que aprender a ser más agresivo mientras

duermo si quiero mantenerme caliente.

—Ah, en poco tiempo no tendrás que preocuparte. —Lilly sonrió a pesar de su tristeza. Estaba decidida a disfrutar todo lo que Giles Wexham tenía para ofrecer. Incluyendo la parte mala de decir adiós.

—¿Y si quiero preocuparme? Me gusta cuidar de ti, fantasma.

Lilly se quedó quieta, preguntándose qué estaba sugiriendo. No podía ser matrimonio. No podía ser. —Entonces creo que deberías volver a acostarte hasta que pase la sensación.

—Si te casaras conmigo, podrías estar muy cómoda.

—Estoy cómoda ahora —chilló Lilly.

—Pero este interludio no puede durar, querida. —Pasó sus manos más suavemente sobre su piel al terminar. Lilly tenía miedo de darse la vuelta. Giles debía estar borracho. Sobrio, no contemplaría tal cambio en su vida.

—Esa no es una muy buena razón.

—El matrimonio conmigo te protegería y te daría todas las comodidades que pudieras desear. Si no te has dado cuenta, somos muy compatibles en la cama.

—También podría estar cómoda en Gales. He considerado el plan original de papá y he decidido que tiene algo de mérito. Si vivo mi vida con cuidado y descanso a menudo, no hay razón por la que una casa de campo no sea aceptable.

—¿Cambiaste de opinión sobre dejar que alguien más te toque? —Giles no sonaba feliz y, de mala gana, Lilly se dio la vuelta. Su mandíbula estaba apretada en una línea terca que Lilly no conocía.

—No —confesó Lilly—. Nadie más me tocará jamás como tú lo haces.

Eso pareció apaciguarlo por un momento. —Te he comprometido, Lilly. Ya lo he hecho muchas veces desde que viniste a quedarte, pero a estas alturas todo el personal sabe dónde pasaste la noche anterior. Se lo dirán. Es solo cuestión de tiempo antes de que tu padre venga a tocar esa puerta.

Lilly no había contado con eso. Había asumido que Giles había sido tan discreto como antes. —¿Estás seguro de que quieres hacer esto, Giles?

—Es la única forma en que puedo cuidar de ti.

Giles se bajó de la cama y se dirigió a su vestidor. Debía estar molesto porque ella había resistido su plan, simplemente porque él no estaba listo para que terminara su aventura. Sin embargo, estaba un poco aturdida de que pensara en casarse con ella para mantenerla en su cama.

Giles le había dicho que no se casaría, y ella le había creído. Lilly había aceptado esa condición. Le había permitido tentarla para satisfacer su propia curiosidad creciente, pero no tenía la creencia de que algo más vendría después del placer que esperaba.

Pero ayer Giles la había robado, depositado a Lilly en su propia habitación, encerrándolos mientras ella se recuperaba. Lo que vino después en su cama había sido maravilloso. Parecía preocuparse por ella. Tal vez sería suficiente para mantenerlo a su lado al menos por un tiempo. Sin embargo, Lilly dudaba tener la capacidad de mantenerlo satisfecho por mucho tiempo.

Cuando se deslizó en el vestidor, lo encontró parcialmente vestido, así que pasó sus manos por su espalda desnuda, maravillándose con los duros músculos bajo su piel, y deslizó sus dedos hacia abajo en dirección a su trasero.

—¿Estás tratando de tentarme para que vuelva a la cama?

—¿Es eso una posibilidad? —Lilly sonrió. También extrañaría sus escandalosas conversaciones.

—Podría prometerte que lo es. Pero pronto tendremos compañía, y preferiría estar al menos

parcialmente vestido para la ocasión de pedir tu mano a tu padre.

Lilly miró hacia abajo y recordó su desnudez. —Yo también lo preferiría.

—Pero te ves tan hermosa tal como estás —bromeó Giles, mirándola con apreciación y lujuria brillando en sus ojos—. Si abres la puerta de ese armario, encontrarás que la señora Osprey te ha proporcionado ropa limpia. Vas a tener que aceptar al menos un compromiso, ¿sabes? No hay otra manera.

Frustrada, Lilly le dio la espalda. Pero Giles la atrapó en sus brazos y besó su cuello. Ella jadeó y se olvidó por completo de vestirse y casarse en favor de sentir placer nuevamente.

CAPÍTULO VEINTICINCO

GILES SEÑALÓ EL papel junto al plato de Lilly y ella lo tomó. Sus ojos se abrieron de par en par al llegar al final del largo documento. —¿Nunca lo firmaste? ¿Por qué?

—Un despiste escandaloso por mi parte, ¿verdad? —Eludió su pregunta con un encogimiento de hombros. No recordaba por qué no lo había hecho, pero dado que no se esperaba que Lilly sobreviviera a su caída, supuso que en ese momento apenas parecía importante—. Hoy nos viene muy bien para nuestros propósitos.

Unos pasos retumbaron por el pasillo hacia ellos, y luego la puerta del dormitorio de Giles se abrió de golpe.

—Maldito seas, Daventry —Lord Winter irrumpió en la habitación, casi echando espuma por la boca.

A pesar de tener las mejores intenciones de casarse con Lilly, Giles retrocedió—. Vamos, señor, no hay necesidad de alterarse. ¿Le apetece desayunar?

Winter pareció sacudirse y miró la cama deshecha que claramente había sido bien utilizada. Apretó la mandíbula y cerró el puño.

Ambos estaban completamente vestidos y, aparte de la cama deshecha, a primera vista parecían perfectamente respetables. Excepto por el hecho de que ninguno de los dos estaba casado con el otro. Todavía.

Giles había usado la seducción para que Lilly aceptara casarse con él. La había aprisionado contra las puertas del armario y le había negado el clímax durante tanto tiempo que ella había gritado su aceptación. Había disfrutado atormentándola así. Oírla sollozar su nombre cuando llegó al orgasmo hizo que su irritación restante por su resistencia desapareciera por completo.

¿Qué podía haber de malo en casarse con él? Era atento en la cama, por no mencionar muy contenido. Esta mañana podría haberle quitado la virginidad fácilmente, y lo había considerado repetidamente, pero algo lo contuvo. Para su considerable sorpresa, descubrió que quería esperar hasta que estuvieran casados respetablemente.

Durante toda su vida adulta, Giles había vivido al borde de la respetabilidad, pero al parecer había una cosa que consideraba sagrada. No arriesgaría crear una vida en el cuerpo de Lilly sin un anillo en su dedo y un cambio permanente en su apellido.

—¿Qué derecho tiene usted, señor, de aprovecharse así de mi hija? ¡No es ninguna vulgar ramera para que la persiga como un libertino hastiado! Ella merecía un mejor trato que este, y lo tendrá antes de que termine la semana. No carecemos de medios, canalla degenerado. Puede que esté por encima de mí en rango, pero no nos faltan amigos. ¿Pensó en juguetear con ella y luego descartarla por pastos más verdes? ¡Piénselo de nuevo, Daventry! Me aseguraré de que el asunto se resuelva como es debido.

—El asunto ya está resuelto —le aseguró Giles, y luego esquivó un golpe. No había querido que sus palabras se interpretaran de esa manera. Atrapó las manos oscilantes del hombre mayor, le sujetó los brazos a la espalda y lo hizo volverse hacia su hija—. Lilly, si me haces el favor, el papel. Muéstrale a tu padre a lo que me refería.

Lilly estaba blanca de miedo y sostuvo temblorosamente el documento ante la mirada de su padre.

Cuando Lord Winter se desplomó, Giles lo soltó con cuidado, preparado para el siguiente puñetazo. Sin duda había causado una impresión en su futuro suegro. En fin, al menos no se esperaría que lo llamara papá.

—Nunca firmaste para terminar el acuerdo —Winter tomó el papel y tembló en su agarre—. ¿Sigues comprometido con Lilly?

Giles miró a Lilly y le guiñó un ojo—. Eso parece.

En general, Giles estaba realmente feliz de casarse con Lilly. Dado que la química entre ellos en la cama era emocionante, y también le agradaba fuera de ella, pensó que tenían la oportunidad de ser felices.

No estaba acostumbrado a sentirse tan bien. Tres encuentros esta mañana no habían saciado su ardor por sus caricias. Dios mío, la mujer lo había tomado en su boca con tal hambre y generosidad que su miembro se agitó un poco incluso ahora.

La próxima vez que la tuviera sería después de que estuvieran casados, y finalmente podría entrar en ese cuerpo dulce y frágil que ocultaba una pasión tan feroz por la vida. Dudaba que alguna vez se cansara de ella. Sabía que ella no lo creía capaz de monogamia, pero las profundidades de sus pasiones combinadas apenas se habían explorado. Se sentía más cercano a ella que a cualquier otra. No podía imaginar desear serle infiel.

Lilly era apasionada, desinhibida y la mujer más entregada que jamás había llevado a la cama. Esperaba no desmayarse cuando hicieran el amor.

Ahí estaba de nuevo, se reprendió. Lo había llamado hacer el amor. No podía soportar usar la palabra follar cuando pensaba en Lilly. Winter tenía razón. Ella merecía un mejor trato.

Rodeó a Winter y levantó a Lilly de su silla para tomarla en sus brazos. Ella temblaba violentamente por la violencia que su padre había exhibido, completamente desprevenida para tales demostraciones emocionales crudas. Le besó la parte superior de la cabeza y la acomodó en el asiento de la ventana, sirviéndole otra taza de té justo como a ella le gustaba. Ella la tomó y cuando Giles se volvió, encontró a Winter mirándolo con asombro.

—Pensé que apenas se conocían.

Giles eludió la pregunta con un encogimiento de hombros, cogió otra silla para Lord Winter y luego se sentó a terminar su desayuno. Cuando el aturdido hombre se unió a él en la mesa, Giles lo miró a los ojos y dejó ver algo de su propia ira.

—La dejó con solo las mezquinas atenciones de una enfermera incompetente que la drogó y la abandonó la primera noche. ¿Qué hubiera querido que hiciera? ¿Ignorarla? ¿Permitir que sufriera innecesariamente? Ha soportado más que su justa parte de miseria, pero afortunadamente se ha recuperado y ahora está casi libre de dolor. Seguí sus instrucciones y no contacté a nadie. Ni siquiera a usted, ya que no tenía su dirección, si lo recuerda.

—¿Qué quiere decir con casi libre de dolor? Pensé que había dicho que estaba curada —afirmó Winter.

—Nada de eso se dijo en esta casa. Si puede soportar considerar el asunto, puede ver cuando está sufriendo. Como la terca Winter que es, hace todo lo posible por mantener ese conocimiento firmemente oculto tras los dientes apretados —le informó Giles, asqueado de tener que explicar

una parte tan integral del carácter de Lilly a su propio padre. ¿Realmente el hombre no la conocía?

Lord Winter se frotó la cara con una mano.

—Papa —Lilly se removió inquieta—. ¿Sigo realmente comprometida con Giles?

—Eso ya no importa. Os casaréis antes de que termine el mes.

Giles dejó a un lado su taza de té.

Se oyeron pasos rápidos acercándose a la puerta abierta del dormitorio. Se puso de pie y tomó entre las suyas los fríos dedos de Lilly justo cuando Barrette irrumpió en la habitación, con el rostro enrojecido y resoplando con fuerza.

—¿Qué significa esto? —La apariencia afectada había sido reemplazada por una indignación siseante. El hombre no actuaba en absoluto como el caballero afable que había fingido ser apenas ayer.

—Felicítanos. Tu prima ha aceptado casarse conmigo. De nuevo. —Giles besó largamente los dedos temblorosos de Lilly. Echó un vistazo al reloj cuando dio la hora. Habían pasado exactamente treinta minutos desde que Lilly había gritado su nombre por última vez. El pensamiento le hizo sonreír, y se preguntó cuándo podría quedarse a solas con ella.

Como si le leyera el pensamiento, Lilly se sonrojó intensamente. Él se volvió para encontrar a Barrette fulminando con la mirada a su tío.

—¿Estás borracho? ¡No puede haber boda! —La mirada de Barrette cayó sobre Giles—. Obviamente has coaccionado al barón para que acepte esta parodia de matrimonio. Lillian no está capacitada para ser esposa. Solo andas a la caza de dinero.

Winter se puso de pie de un salto. —Escucha bien...

Barrette se burló. —No, escucha tú, viejo necio.

Lord Winter se erizó. —¿Cómo te atreves? Lord Daventry se casará con mi hija, como siempre ha sido el plan. Recuerda, no sería insólito que un hombre retara a duelo a un pariente por un insulto. No me tientes.

Giles soltó la mano de Lilly y se colocó junto al barón. —Creo que ese honor me corresponde a mí, milord. Acaba de insultar a mi futura esposa.

Un duelo exitoso le daría una lección a Barrette, pero si Winter fallaba y moría, Barrette tendría el control sobre el futuro de Lilly. Tenían que casarse.

Barrette temblaba de rabia. —Después de todo lo que he hecho por ti, tío, ¿considerarías batirte en duelo por esa criatura patética? Probablemente ella planeó todo esto solo para vivir en el centro de otro escándalo.

—Fuera —gruñeron al unísono Giles y el padre de Lilly.

La pequeña comadreja se mantuvo firme. —Olvida usted, señor, que llegué a este destino en su compañía. Me iré cuando usted lo haga y ni un momento antes.

Giles ya había tenido suficiente. Pasó por delante del barón y agarró a Barrette del brazo. Arrastró al peso ligero hasta la puerta de su dormitorio y lo arrojó hacia el rostro sonriente de Lord Carrington. —Déjalo en el pueblo para que espere la diligencia.

—Con mucho gusto, amigo mío.

Carrington agarró a Barrette del brazo y se llevó al hombre balbuceante por el pasillo y, con suerte, fuera de la casa.

Giles vio que Lilly estaba de pie, pero sus manos se retorcían con agitación. Se colocó detrás de ella y volvió a masajear sus músculos tensos.

—Así es como lo hiciste, ¿verdad? —exclamó Lord Winter, observando cómo Giles calmaba automáticamente el cuello y los hombros de Lilly, que se habían tensado de nuevo por la

preocupación—. Nunca se me ocurrió, ni a ninguno de esos médicos.

—Fue un accidente.

—¡Un maldito accidente afortunado! —Lord Winter se acercó a ellos—. ¿Con qué frecuencia?

—Todos los días.

—¿Desde cuándo?

Giles consideró la vergüenza que Lilly sufriría si respondiera honestamente, y juzgó que probablemente se sonrojaría intensamente. No podía responder.

—Desde el día después de que me dejaras, Papa.

Lord Winter buscó a tientas su silla y se hundió en ella, tragando ruidosamente. —Tanto tiempo.

Giles lo observó por un momento y luego se inclinó hacia el oído de Lilly. Inhaló profundamente su aroma para sostenerse durante las próximas horas. —¿Por qué no vas a descansar para darle a tu padre tiempo de asimilar la idea? Llama a la señora Osprey tan pronto como llegues a tu habitación.

Ella no se fue automáticamente, sino que le dio una suave palmada en el trasero fuera de la vista de su padre, y siguió su sugerencia de marcharse.

Lilly no necesitaba escuchar nada más.

—Realmente te preocupas por mi hija, ¿verdad, Daventry?

Giles se detuvo a considerar lo que sentía por Lilly. No había intentado ponerlo en palabras. Eran amigos y amantes, pero Giles no creía que a Lord Winter le agradara escucharlo expresado de esa manera. —Ella ha sido mi principal preocupación durante algún tiempo, señor. La cuidaré bien.

Winter no pareció completamente satisfecho, pero lo dejó pasar y comenzó a discutir sobre la boda y el acuerdo matrimonial. Informó a Giles que la dote de Lilly permanecía sin cambios. Giles había prestado poca atención a la cantidad, pero la mención del monto ahora lo sorprendió. —¿Está seguro de que eso es correcto?

—Es lo que tu padre y yo acordamos.

Giles se apresuró a leer el antiguo documento de compromiso para confirmar esa declaración.

Allí estaba en letras muy claras. Lilly tenía una dote de sesenta mil libras.

Giles se sentó mientras asimilaba la sorpresa. No tenía idea de que Lilly habría sido la novia más codiciada en el mercado matrimonial durante todos estos años si tan solo hubiera estado bien.

Miró hacia la puerta mientras la reacción del señor Barrette ante la feliz noticia de su matrimonio volvía a reproducirse en su mente. Con fondos de ese tamaño en juego, se preguntó hasta dónde podría llegar el heredero de Lord Winter para impedir cualquier matrimonio que Lilly quisiera contraer.

—Y te digo que sí lo es.

Lilly dio un respingo al oír la voz de Giles alzada en cólera. Cuando había bajado, descubrió que Giles y su papá estaban encerrados en su despacho. Por lo que se oía, no se estaban llevando bien. Se acercó más a la puerta, tratando de escuchar mejor la respuesta de su padre.

—El dinero no está abierto a discusión.

Los debates sobre finanzas siempre causaban conflictos entre los hombres, pero una dote era

un signo del valor de una joven y una fuente de orgullo para su familia. Al menos eso era lo que su papá siempre había afirmado.

—Su dote no necesita ser tan grande. Ya te he expresado mis preocupaciones —insistió Giles —. Arriesgas arruinar tu patrimonio y poner a Lilly en...

—Ejem.

Lilly se giró para encontrar a Lord Carrington a unos pasos de distancia. Parecía divertido por su espionaje.

—Yo no estaba...

Carrington sonrió.

—Por supuesto que sí, pero no importa. No te delataré.

—Gracias.

—Debo decir que conocerte ha resultado emocionante. Y echar a tu primo de la casa esta mañana fue un momento divertido. Un tipo detestable... intentó convencerme de que lo habías planeado todo.

—Yo...

Carrington le ofreció su brazo.

—Nadie podría hacer que mi amigo se comportara de esa manera si no estuviera completamente comprometido con el resultado que ahora tiene. Te ofrezco una disculpa por dudar de tus motivos. ¿Tomamos el té en el salón?

Lilly miró a Lord Carrington y frunció el ceño. No sabía si confiar en tal cambio en su comportamiento como una verdadera muestra de amistad o no. Estaba intentando encantarla.

Tomó su brazo en lugar de hablar porque había una doncella cerca para actuar como carabina que los siguió al té.

—No puedo esperar a ver el revuelo que causará este matrimonio entre la alta sociedad.

—¿Te refieres entre las amantes de Giles?

Carrington tosió.

—Me refería a la sociedad en general, no a sus relaciones pasadas.

Lilly frunció el ceño.

—No necesitas fingir que está a un paso de la santidad. Conozco algunos aspectos de su vida que la mayoría de las mujeres en mi posición no conocerían. No espero que cambie.

—Aspectos pasados —Carrington negó con la cabeza—. ¿Sabes mucho sobre su familia?

—Un poco.

—Los Wexham son una rareza en la sociedad. Siempre lo han sido. No se casan hasta que deben hacerlo, y una vez que lo hacen, juran constancia a sus esposas. Una postura decididamente impopular en estos tiempos. Solía burlarme de Daventry por ello cuando era joven.

—¿Lo desapruebas?

Carrington se encogió de hombros.

—Todos mis amigos han hecho matrimonios por amor, no uniones diseñadas para la grandeza dinástica. Por lo que puedo ver, siguen embelesados con sus elecciones de esposas, y sus conexiones y dotes, o la falta de ellas, tuvieron poca influencia en las decisiones. No entendía el atractivo antes de comprometerme.

—¿Y lo entiendes ahora?

Carrington asintió y volvió su rostro hacia la ventana. De perfil, ella podía ver por qué a la mayoría de las mujeres les gustaba su apariencia. Era atractivo, podía mantener una conversación fascinante, pero no era nada parecido a Giles Wexham. ¿Podría Giles jurar eternidad a una sola

mujer?

—¿Qué es lo que entiende Carrington?

Ver a Giles atravesar la habitación a grandes zancadas hizo que su corazón volviera a latir con fuerza. Se dejó caer en el cojín junto a ella, se inclinó, le acunó el rostro con una mano y la besó firmemente.

Lilly lo apartó.

—Por favor.

Miró alrededor, pero su padre no había seguido a Giles y Carrington había salido de la habitación llevándose a la doncella con él.

—¿De repente tímida? —Giles inclinó la cabeza y sus labios acariciaron su oreja. La piel se le erizó en oleadas—. Anoche no eras tan recatada.

Lilly se lamió los labios, luchando por no pensar en compartir la cama de Giles. Su cuerpo vibraba de anticipación.

—Papá sonaba enojado antes. No quiero molestarlo.

Él atrapó el lóbulo de su oreja entre los dientes, y ella vibró de placer. La soltó y besó la piel detrás de su oreja.

—Tu padre y yo hemos llegado por fin a un entendimiento.

Lilly puso su mano sobre el brazo de Giles, con la intención de apartarlo, pero sus dedos se curvaron alrededor de su extremidad y lo acercaron más.

—¿Y cuál fue?

La respiración de Giles era áspera.

—Puedo casarme contigo tan pronto como pueda arreglarlo. Si pensara que podrías soportar un viaje a la frontera, ya estaríamos en camino.

Lilly frunció el ceño. Eso no era lo que habían estado discutiendo.

—¿Es seguro volver? —preguntó Carrington, con un tono quejumbroso.

Ella se enderezó y luchó contra un sonrojo.

—Por favor, hazlo.

Carrington se acomodó en una silla opuesta, cruzando sus largas piernas hasta lograr la pose adecuada.

—Ustedes dos serán asediados con invitaciones una vez que se hagan los anuncios.

—Estoy segura de que Giles disfrutará la atención.

Giles colocó su brazo alrededor de sus hombros y la apretó.

—Ambos disfrutaremos las salidas hasta que te canses y entonces volveremos a casa juntos. No tendré razón para asistir a bailes sin ti a mi lado.

Lilly se mordió el labio, consternada de que renunciara a tanto tan rápidamente. Temía que fuera una decisión de la que se arrepentiría demasiado pronto.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

NO ERA COMPLETAMENTE necesario casarse simplemente por haberse enamorado tontamente. Lilly entrecerró los ojos ante la luz del amanecer, admirando, con la mitad de su mente, el jardín envuelto en gruesos zarcillos de niebla arremolinada. Hacía mucho tiempo que no veía una mañana como esta, y se apresuró a perderse entre los remolinos blancos.

El camino de grava crujía bajo sus pies calzados con zapatillas, haciéndole desear unas botas más resistentes. Desafortunadamente, nada parecido residía en el armario de Katarina.

Se ciñó el chal más grueso de Katarina alrededor del pecho mientras el aire húmedo acariciaba su rostro y sus pulmones. La niebla era una de sus cosas favoritas. En la blancura nacarada, distinguió la forma oscura del estanque central y se preguntó qué pensarían los pececillos sobre su situación.

Tenía miedo.

De casarse con Giles, de dejar a su padre, del eventual retorno del dolor cuando Giles se aburriera de cuidar a una mujer frágil.

Sus pensamientos daban vueltas y vueltas, sin ir a ninguna parte, como esas pobres criaturas en el estanque. Habían estado así desde el momento en que se despertó.

Lo amaba, pero eso no significaba que él tuviera que casarse con una mujer rota. Ahora que sabía lo que se requería para mantener el dolor a raya, Giles no tenía una necesidad real de casarse con ella y limitar su disfrute de la vida.

Lilly nunca montaría a caballo. Dudaba que su cuerpo debilitado se lo permitiera. Nunca viajaría lejos. El estrés de incluso un corto viaje en carruaje siempre había producido los dolores más fuertes. Ni siquiera podía bailar mucho. Su cuerpo simplemente no era lo suficientemente fuerte como para permitirle participar en algo más allá de un simple paseo, seguido de una generosa cantidad de tiempo recostada sobre una superficie bien acolchada.

Ciertamente, sería una esposa y compañera muy pobre para él, razón por la cual temía que pronto se arrepintiera de su precipitada oferta de matrimonio.

Giles era un hombre muy físico, y no solo en la cama. Siempre estaba en movimiento. Lilly podía hacerle el amor, darle un heredero, pero la idea del parto —incluso de llevar al niño— le daba un gran temor. Recordaba que alguien había dicho una vez que no sería lo suficientemente mujer para tener un hijo. Pensaba que podrían tener razón.

Sin Giles, su vida seguiría envuelta en la miseria. Pero ahora sabía que podía planear el futuro. No podía imaginar las manos de otro hombre sobre su piel. Pero pensaba que podría soportar el toque de una mujer.

Si contrataba los servicios de una amable acompañante femenina, Lilly podría explicarle qué hacer para sus dolores.

Mientras rodeaba el estanque, recordó el pequeño banco de piedra en un sendero lateral y se dirigió en esa dirección.

Al acercarse al banco, una forma gris se resolvió en la figura de su papá. Estaba sentado hacia adelante con las manos sobre las rodillas, mirando al suelo. Debió haberla oído, porque levantó la vista bruscamente y luego dejó escapar un profundo suspiro. Parecía tan aliviado de verla que ella obedientemente se inclinó para besarle la mejilla y luego se sentó a su lado.

—Buenos días, hija. Me alegra verte levantada y activa tan temprano. Lord Daventry parece haberte cuidado muy bien anoche —su cumplido la hizo sonrojarse y no supo cómo responder.

—Lilly, no hay necesidad de avergonzarse conmigo. La culpa es toda mía. Lord Daventry tiene bastante reputación con las damas, y fue un descuido de mi parte haberte dejado sola con él. Esperaba que estuvieras cómoda aquí. No que él... No que tú...

—Quieres decir que no pensaste que estaría interesado en una mujer rota.

—Yo no he dicho eso —dijo rápidamente.

—Pero es la verdad, papá, lo quieras o no —Lilly suspiró. Prefería vivir su vida en la realidad, no en la fantasía. Casarse con Giles era pura fantasía.

—Bueno, eso no viene al caso. Él te ha comprometido y ha hecho lo decente al ofrecerte matrimonio de nuevo. Ha aceptado que hay consecuencias por sus acciones, y ese es el fin del asunto.

—No puede haber consecuencias cuando un evento en particular no ha tenido lugar, papá —Lilly quería que supiera la verdad antes de que fuera demasiado tarde.

—¿No ha tenido lugar? Pero... has compartido su cama. Seguramente... él... tú...? —se interrumpió.

—Compartir una cama, ciertamente, papá. Pero el resto, él no lo ha hecho —Lilly miró hacia adelante a la niebla arremolinada y ocultó una mueca. Estaba mintiendo al omitir lo que compartir una cama con Giles había implicado. Si había alguna forma de salvar a Giles de este matrimonio, tenía que hacerlo ahora—. Es cierto que me ha curado, pero no permitiré que Giles renuncie a su vida para cuidarme —todavía tenía la oportunidad de tomar sus propias decisiones si podía convencer a su padre de que era lo correcto para todos—. ¿Qué viste en Gales, papá? ¿Era aceptable la finca?

—¿Cómo sabes sobre eso?

La sorpresa en su voz la convenció de continuar.

—La noche de tu regreso, escuché fuera del comedor y te oí contarle a Giles sobre la amable anciana y su hija solterona en Escocia. Le pregunté a Giles sobre ello más tarde esa noche. Él me dijo la verdad, papá. Él no me miente como tú lo haces.

Lilly observó a su padre tragar su culpa y entendió su dilema. Si admitía el plan, estaría admitiendo que estaba cansado de cuidarla. Después de todos estos años, ella también estaría cansada.

Ella le dio unas palmaditas en la mano.

—No pasa nada. Estoy muy agradecida por el tiempo que me has dedicado estos últimos años. No debe de haber sido una tarea fácil, y sé que has debido renunciar a gran parte de tu libertad para cuidarme y mantener alejada a madre. La finca lejana es una buena elección. ¿Crees que podré llevar una acompañante conmigo? Me gustaría más que una enfermera. Cuéntame sobre el lugar donde iré a vivir.

Su padre se llevó las manos a la cara, pero ella no se volvió para ver si se secaba las lágrimas. La despedida sería lo suficientemente dolorosa cuando llegara el momento de partir hacia el oeste.

Con palabras entrecortadas, le habló de la casa y los terrenos. Como también había un pequeño pueblo cerca, incluso podría hacer amigos y recibir visitas.

Lilly no preguntó si él sería uno de ellos. ¿Por qué otro motivo elegiría un lugar tan lejano si deseaba liberarse de ella?

—Ahora, quiero saber de qué hablaste con Giles antes en su despacho. Él no quiso decírmelo.

—No queríamos preocuparte.

—Papá, ahora estoy preocupada. ¿Qué podría hacer gritar a un hombre como Daventry?

—Giles es mejor hombre de lo que le di crédito —la reprendió.

—Papá, estás ciego ante sus defectos. Es un hombre más que dispuesto y feliz de seducir a cualquier mujer. ¿Cómo puedes estar contento de tener a un mujeriego tan notorio en tu familia? No puedes estar entusiasmado con esta alianza.

—De hecho, no tengo ningún problema con que te cases con Lord Daventry. Él se preocupa por ti. Me lo dijo ayer, y le creí. Te casarás con Lord Daventry, Lillian. Tan pronto como se pueda arreglar el asunto.

—No, no lo haré. —Se puso de pie y miró a su padre—. No puedes obligarme a decir las palabras ni a firmar el registro. Me voy a Gales como ya has empezado a planear. ¿De qué hablaste con él?

Él negó con la cabeza.

—No necesitas saber los detalles.

Lilly se dirigió hacia la casa, furiosa por primera vez en muchos años, y se marchó sin despedirse de ninguna manera.

Ignoró las preguntas de Carrington cuando pasó junto a él de camino a su dormitorio. La robusta puerta mantendría a esos hombres necios fuera de su vista. Podría sentirse tentada a darles unos golpes para que entraran en razón. Puede que no fuera mundana, pero no era estúpida. Lo que discutieron era definitivamente asunto suyo.

—No lo dijo en serio —le aseguró Lord Winter a Giles mientras salía de la niebla.

—Sí que lo hizo. —Giles se rio entre dientes—. Y merezco mucho más de la ira de su hija que este arrebato. Parece tener un terrible genio. ¿Es ese un rasgo familiar para el que debo prepararme? Quizás debería conseguir una armadura de algún lado. Tal vez Ettington ya esté harto de ese espantoso traje en su vestíbulo.

Lord Winter hizo una mueca.

—No la había visto perder los estribos en años. No desde que su madre regaló su cachorro.

Giles parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Fue hace años. Cuando Barrette era más joven, vino a nuestra finca mientras sus padres viajaban por el extranjero. Le encantó de inmediato el cachorro que mi hija había conseguido de los establos. Como mi esposa vivía horrorizada por los perros pero le gustaba complacer a nuestro sobrino, se lo entregó. Lillian no lo tomó bien.

—No la culpo. Parece algo particularmente cruel de hacer a un niño.

—Sí, bueno, mi esposa no pudo tener más de un hijo. Había deseado desesperadamente un varón. Descargó sus frustraciones en nuestra hija.

—Eso no es excusa —argumentó Giles mientras miraba alrededor—. Lady Winter parece

habitualmente fría.

El barón negó con la cabeza.

—¿Está aquí fuera para espiarme, Daventry, o hay algo que pueda hacer por usted?

Desafortunadamente, los problemas de Lord Winter eran ahora problemas de Giles.

—Estaba vigilando a Lilly. Sabe que tengo sospechas sobre su accidente y los otros sucesos extraños que suman una conclusión preocupante. Es una situación que no puedo ignorar, especialmente cuando acabo de enterarme de que Barrette no ha abandonado la zona. Ya que un día de niebla puede ocultar muchas travesuras, quizás sea mejor que vuelva adentro.

Lord Winter se puso de pie y miró rápidamente alrededor.

—¿Teme por mí también?

—Digamos que está un poco demasiado cerca de ese puente para mi gusto. Vuelva adentro y jugaremos una mano de cartas.

Giles no tenía deseos de holgazanear afuera en un día donde no había oportunidad de ver si Barrette se les acercaba sigilosamente. Ya tenía los pelos de la nuca de punta. Apresuró a su futuro suegro hacia la casa tan rápido como pudo.

—¿Sabría si Barrette puede disparar con algún grado de precisión? —preguntó Giles mientras cruzaban el umbral hacia la sala de estar y cerraban la puerta con llave tras ellos.

—No. Barrette es un pésimo tirador. Siempre me sorprende verlo en el campo. No creo que le guste ningún lugar que no sea Dumas o Londres.

—Por supuesto que está aquí. Usted está aquí, y entiendo que se ha convertido en una especie de sombra. Estaba pensando en la niñera que trajo consigo antes. La que desapareció en la noche tan pronto como usted partió. ¿Barrette la conocía?

—¿No lo recuerdo? —Winter frunció el ceño—. Espera. Sí. Ahora que lo pienso mejor, han intercambiado algunas palabras. Barrette siempre ha sido aficionado a las damas.

—Sí, también lo noté aquí, lo que podría explicar cómo Lilly volvió a ser drogada con láudano —Giles negó con la cabeza, incapaz de creer que alguno de sus empleados aceptara a sabiendas algo que pudiera dañar a Lilly—. Me pregunto si de alguna manera logró acceder a sus bandejas de comida.

—¿Estás convencido de que pretende hacerle daño?

—¿Cómo puedes no sospechar de él? —Giles sacudió la cabeza—. Creo que el accidente de Lilly no fue un accidente en absoluto. Un ángel siempre se comportaría bien. ¿Sabías que le teme a las alturas?

—Bueno, por supuesto que sí, ¿y quién podría culparla?

—Le temía a las alturas antes del accidente, Winter. Lilly nunca habría subido a ese puente por su cuenta —le aseguró Giles.

El rostro de Lord Winter palideció. —¿Cómo demonios conseguiste sacarle eso? Nunca pudimos descubrir cómo se cayó. Estaba demasiado enferma para responder preguntas, y luego se negaba a contestar.

—Puede que no quiera recordar. La llevé al puente yo mismo unos días después de su recuperación, y me contó sobre un incidente con un gatito, un manzano y tu ayuda de cámara. Dijo que incluso entonces había estado histérica.

—Tienes razón, ahora que lo pienso. Lilly estaba blanca como un fantasma. Todos pensamos que había subido a ese puente.

—¿Nosotros? ¿Serían tú y Barrette, quizás?

Lord Winter se pasó una mano temblorosa por la frente. —Era un chico amable antes de la muerte de su padre.

—Las cosas cambian, la gente muere —le recordó Giles, aún más seguro de estar en guardia por el bien de Lilly. No sabía hasta dónde estaría dispuesto a llegar Barrette para lograr su objetivo equivocado de salvar la propiedad de la pérdida de la ridícula dote de Lilly. Al menos Winter había transigido en la cantidad, pero sería mejor estar preparado.

—¿Le enseñaste a mi hija a jugar a las cartas?

—Simplemente refresqué su memoria. Aprende rápido —Giles miró el puño apretado de Lord Winter y suspiró. Oh, su vida anterior era irritante. Era bien conocido por favorecer las apuestas de mesa cuando jugaba en privado con mujeres, y con bastante frecuencia también se apostaba la ropa. Pero todo lo que había hecho con Lilly había sido fresco y muy diferente de sus travesuras habituales. No era culpa de Lord Winter si anticipaba lo peor de él.

—Le enseñaste a apostar para engañarla y llevarla a tu cama —Lord Winter se enfureció.

—Le enseñé a jugar a las cartas. No a apostar —corrigió Giles. Lo mínimo que podía hacer era decir la verdad sobre eso—. Lilly hizo sus apuestas con algo de ayuda de mis señales.

—¿Así que Lillian tenía razón cuando dijo que no se había acostado contigo?

—¿Eso dijo? Tonta avefría. Winter, odio sacar a colación un tema tan delicado, pero te prometo que he comprometido a tu hija muy a fondo. Estoy haciendo uso de toda mi fortaleza para contenerme hasta nuestra boda, pero no pasará de los primeros diez minutos con lo que le queda de su virginidad intacta cuando llegue el feliz día —Giles se rió, la anticipación lo hacía sentirse eufórico. Estaría muy feliz de mantenerla atrapada en su cama durante los primeros seis meses de matrimonio.

Lord Winter apretó los labios, pero no dijo nada más mientras pasaban la tarde jugando a las cartas. Giles supuso que no debería ser tan franco sobre el asunto de acostarse con Lilly, pero Winter pareció tomarlo bastante bien. Giles encontró un alivio poder ser él mismo con su futuro padre.

Cenaron sin Lilly. Winter la esperó, pero Lilly no vino ni envió una nota. Giles no estaba preocupado. La vería cuando fuera a la cama. Estaba ansioso por tenerla de nuevo en sus brazos.

Giles entró en su dormitorio cerca de la medianoche y se quitó la ropa en la oscuridad. Se excitó anticipando pasar sus manos por las curvas de Lilly mientras sus dedos tocaban las sábanas. Ella estaba ganando peso, y la vista de sus costillas ya no le dolía por su delgadez. Se metió en la cama, ansioso, pero solo encontró sábanas frías y vacío. Maldita mujer. Lilly iba a ser su muerte.

Giles saltó de la cama, se puso la camisa y los pantalones, y se dirigió a grandes zancadas hacia la habitación de Lilly. Giró el pomo pero encontró que había cerrado la puerta con llave. Llamó, pero no oyó ningún sonido dentro. Ni siquiera el perro. Tonta avefría. Olvidó que podía usar la llave del ama de llaves.

Se apresuró por el pasillo y encontró las escaleras de servicio que conducían a la salida más cercana a la oficina de la señora Osprey. Una vez que despertó al ama de llaves y tomó el juego de llaves de los dedos de la soñolienta mujer, Giles se volvió hacia las escaleras, pero algo lo detuvo. Aspiró otro aliento y se quedó helado.

Humo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

EL GEMIDO DE Atticus despertó a Lilly de un sueño intranquilo y se incorporó, desorientada en la oscuridad. No sabía qué hora era, pero pensó que debía ser muy tarde. Atticus le ladró y luego arañó la puerta con urgencia.

Eso debía ser lo que la había despertado. El perro debía querer salir.

Se deslizó de la cama, cansada y disgustada por estar despierta. Su sueño había estado lleno de imágenes de caídas y agua fría y dura alzándose para recibirla. Se estremeció y deseó que el sueño nunca volviera.

Se apresuró alrededor de la cama en la oscuridad hacia el perro, acariciando su cabeza al alcanzarlo. —Lo siento, chico. No quise encerrarte.

Era un perro tan bien entrenado, pero debía haberlo encerrado demasiado temprano. Su mal humor del día anterior no era excusa para descuidar al animal. Le gustaba demasiado como para ser cruel. Lilly quitó el seguro, giró el pomo para abrir la puerta... y aspiró una bocanada de humo espeso.

Tosió y empujó la puerta para cerrarla con ambas manos.

Sonó una campana de advertencia.

—¡Dios mío, la mansión está en llamas! —Lilly retrocedió tambaleándose desde la puerta, tosiendo y frotándose los ojos irritados. Confundida, chocó contra una mesita lateral y tiró un jarrón al suelo. El cristal se hizo añicos. Sus pies estaban descalzos.

Cuando pudo ver de nuevo, calculó dónde estaba en relación con los trozos y determinó qué camino tomar para evitar cortarse. Caminó con cuidado, deslizando sus pies descalzos por el suelo hasta que se encontró lejos del cristal.

Atticus gimió en la puerta, pero ella ignoró sus quejas. Necesitaban salir, pero necesitaría más que un camisón en la espalda y los pies descalzos.

Lilly corrió hacia su armario, se puso un vestido oscuro sobre el camisón, agarró el único par de zapatillas que tenía y se las calzó. Deseó tener algo más grueso, pero Katarina solo compraba cosas bonitas, no prácticas.

Cogiendo un trozo de toalla, Lilly lo empapó en agua de la jarra, luego se envolvió el paño húmedo alrededor del cuello, atando efectivamente su largo cabello. Lilly agarró un segundo trozo de tela y lo mojó también. Podría cubrir el hocico del perro también si él lo permitía. No podía arriesgarse a perderlo por el humo.

Con los zapatos ahora protegiendo sus pies, corrió a través de la habitación hacia la puerta y colocó el paño húmedo sobre el hocico del perro. Atticus intentó retroceder, pero ella le ordenó obedecer mientras lo ataba suavemente detrás de sus orejas.

Con una última mirada a la habitación, Lilly enroscó sus dedos en el collar del lebrel y le dijo

que saliera. Si se aferraba con fuerza, él podría guiarla hacia afuera más rápidamente que si ella intentara encontrar el camino a ciegas. No imaginaba que sería fácil atravesar la casa mientras ardía, pero confiaba en que el perro haría lo mejor para ambos.

Lilly abrió la puerta lentamente y el humo se coló por la rendija, elevándose hacia el techo. Atticus se lanzó hacia adelante y ella tropezó tras él.

No podía ver mucho de nada y apenas podía respirar. Cuando miró hacia abajo, Lilly vio que el humo era más fino cerca del suelo. Pero agacharse era difícil para ella; sus faldas se enredaban en sus piernas y entorpecían cada paso.

En lo alto de las escaleras, tropezó fuertemente contra la barandilla y jadeó de dolor, aspirando demasiado humo cuando su paño húmedo se desprendió. Tosió y luchó por ponerse de pie nuevamente. Lilly se aferró a la barandilla con una mano y avanzó centímetro a centímetro hacia abajo, con Atticus tirando implacablemente de su brazo.

En el primer descansillo, tropezó de nuevo y cayó con fuerza, perdiendo el agarre del perro. Sintió un toque en su mano y él gimió mientras se preocupaba por su caída.

Lilly se incorporó, pero el dolor le atravesó la espalda. Por mucho que le doliera, no podía contar con que alguien viniera a ayudarla. Tenía que salvarse a sí misma. El sudor brotó en su rostro mientras bajaba cuidadosamente el último tramo.

No podía ver la puerta principal, pero una leve brisa hacía que el humo se arremolinara.

Extendió una mano y sus dedos rozaron una pared. Lilly siguió la pared, encontró la puerta y luego buscó la cerradura.

Atticus presionaba contra su costado.

La cerradura finalmente se abrió con un chasquido y tiró de la manija, jadeando por el aire fresco que le golpeó el rostro. Habían escapado. Atticus ya había salido disparado hacia la entrada, sacudiendo la cabeza para quitarse el paño y ladrándole para que se apresurara. Corrió de vuelta hacia Lilly y le mordisqueó las faldas para tirar de ella.

Lilly tropezó por la entrada y encontró el pequeño parche de césped que rodeaba otro estanque ornamental. Se desplomó sobre la hierba, gimiendo cuando el suelo duro le provocó más dolor, y luego tosiendo hasta que pensó que sus pulmones estallarían. Atticus la abandonó para beber agua del estanque.

Cuando levantó la cabeza, el humo salía en oleadas de la parte trasera de la casa iluminada por la luna. Cuando pudiera ponerse de pie de nuevo, iría a buscar a los demás, pero la hierba estaba tan fresca y suave que se quedó allí mientras recuperaba el aliento.

En ese momento, no podía ni soñar con ponerse de pie otra vez. No sería de ayuda para nadie en su condición y solo estorbaría. Se arrastró hasta quedar sentada, gimiendo contra el dolor, y se sujetó la cabeza mientras las estrellas detrás de sus ojos se desvanecían.

Cuando pudo ver de nuevo, alcanzó el trapo en su cuello y se lo quitó, entrecerrando los ojos para mirarlo a la tenue luz de la luna mientras buscaba un trozo limpio para limpiarse la cara. Debía parecer un deshollinador.

—Ese perro merece una bala entre los ojos por los problemas que me ha causado.

Lilly giró sobre el suelo para localizar esa voz y escuchó el clic del metal contra metal.

—Ah, eres tú —dijo Lilly, pero entonces sus ojos se fijaron en la mano de él sosteniendo la pistola apuntada a su corazón.

La fortuna por fin le sonreía a Bartholomew. Tenía a Lillian a solas en la oscuridad de la

noche, y para él solo, nada menos. Soltó una risita y luego apretó los labios. Debían guardar silencio, no fuera que alguien los oyera. Tal como estaban las cosas, estaba seguro de que tenían poco tiempo antes de que ese canalla de Daventry viniera a buscar a su ramera.

Era cierto. Ella había compartido su cama y hecho cosas con él que deberían reservarse para su marido. Su traición le desgarraba el alma, y movió la pistola en su mano, debatiendo cómo podría matarla.

Había un bonito estanque detrás de ella donde ahogarla después de aplastarle el cráneo contra el mármol. Cualquiera que la encontrara después podría pensar que lo hizo ella misma. Echó un vistazo alrededor y luego se metió la pistola en la parte trasera de los pantalones. Disfrutaría viendo su rostro mientras exhalaba su último aliento.

Eso le proporcionaría mucho más placer que la última vez. La vez anterior se había apresurado y no se había quedado para asegurarse de que el trabajo estuviera hecho. Su prima no estaría sola esta vez. Se quedaría hasta que llegara su fin.

—¿Qué haces aquí otra vez, Barty?

Su mirada revoloteó por el jardín y volvió a él. Aunque estaba impura, mancillada por ese cerdo de Lord Daventry, Bartholomew aún la deseaba para sí mismo. —Siempre has sido mi prima favorita. ¿Cómo podría soportar dejarte en paz?

Lillian se puso de rodillas, y él decidió que le gustaba en esa pose. Parecía débil y lastimera. Podría acercarse a ella, agarrarla del cuello y apretar hasta que exhalara su último aliento. La idea era atractiva, así que dio un paso hacia ella.

El perro se movió a su lado y lo observó.

Se detuvo. El perro era una complicación. Para despachar a la bestia sin mucho alboroto, necesitaría usar la pistola. Pero el ruido seguramente atraería la atención de otros a menos que se alejaran más.

—Ponte de pie.

La perra se lamió los labios. —¿Por qué?

Siempre podía contar con que Lillian fuera difícil. Su respuesta le complacía. Desconfiaría más de ella si de repente se volviera complaciente y dispuesta. Quería que luchara, que batallara con él para hacer su victoria aún más dulce.

—Déjame darte una opción. O te pones de pie, o le disparo al perro. Sé cuánto te gusta mimar a las pobres criaturas. Puedes contar conmigo para asegurarme de que su final sea agonizantemente lento. Tal vez podría dispararle primero a una de sus patas, o quizás a su cola. ¿Te preguntas cómo se sentiría al respecto?

Lillian gimió. El placer recorrió su columna vertebral. No tenía idea de que matarla en persona le traería tanta alegría. Había olvidado tanto de su intento anterior. Había sido demasiado joven para apreciar el momento. Sacó la pistola de su bolsillo y apuntó al perro.

Como esperaba, Lillian se puso de pie de un salto.

—Ahora camina.

—¿A dónde vamos?

Bartholomew se llevó una mano a la frente. —No me arruines esto ahora con tu parloteo. Me gustabas mucho más cuando estabas inconsciente.

—Papá me enseñó a decir lo que pienso.

—Tu padre es un hombre necio. Habría hecho mejor en escuchar a su esposa y asfixiarte donde yacías hace tantos años. —Ante el jadeo de Lilly, Bartholomew se acercó más—. Ella podría haber tenido éxito, también, ¡si él no fuera tan débil! Tus manos se veían tan bonitas mientras arañabas la almohada.

—¿Lillian, dónde estás? —llamó Lord Winter.

Lilly abrió la boca para responder, pero Bartholomew agitó su pistola. —Di una palabra y él muere ahora.

Bartholomew retrocedió hacia las sombras. Rodeó a su tío y, cuando llegó a Lillian, Bartholomew golpeó con fuerza la cabeza de su tío con la pistola.

El barón se desplomó en el suelo y no volvió a moverse.

—Dijiste que no lo lastimarías —exclamó Lillian.

—Dije que no lo mataría primero. —Bartholomew sonrió. Ahora tenía dos cosas que quería, y todo en una noche. Lillian de rodillas, y su tío un paso más cerca de la muerte.

Podría ser el amo de Dumas antes de que terminara la noche si hacía esto bien.

Giles subió corriendo las escaleras, abriendo todas las puertas que encontraba. Afuera, los sirvientes iban y venían del pozo y del arroyo, cargando cualquier cosa que pudiera contener agua. Él buscó dentro de la casa, comprobando hasta dónde se había extendido el fuego y buscando señales de Lilly. Hasta ahora, lo peor parecía ser simplemente una gran cantidad de humo. Se apresuró hacia la puerta de la alcoba de Lilly y la abrió.

Ningún rastro de ella. Aunque se sintió aliviado de que estuviera fuera de peligro, le preocupaba cómo podría haberle afectado el humo. Avanzó para revisar la puerta de Carrington y la encontró cerrada con llave.

Cuando llamó, escuchó a Carrington gritar. Usando las llaves del ama de llaves, forcejeó para abrir la cerradura solo para ser derribado por Carrington.

Giles cayó al suelo con fuerza.

—Lo siento por eso. —Carrington lo ayudó a ponerse de pie—. Maldita puerta estaba atascada. Estaba considerando saltar por la ventana.

—No atascada, cerrada con llave —logró decir Giles entre jadeos.

Carrington volvió a entrar en su habitación, regresando con una pistola en la mano. —Mejor ser precavidos entonces. ¿Dónde está tu Lilly?

Un cristal se rompió debajo de ellos, y él dirigió a su amigo hacia las escaleras. —Aún no la he encontrado. Sal y búscala. Revisaré el resto de este piso en caso de que se haya perdido entre el humo.

—Ten cuidado.

Giles lo empujó para que se fuera y revisó el resto del piso. Todas las habitaciones estaban vacías. Cerró las puertas a medida que avanzaba y bajó las escaleras hacia un humo denso y arremolinado. Comprobó los bordes de cada escalón, asegurándose de que no hubieran pasado por alto a nadie. Giles jadeaba horriblemente cuando llegó a la puerta principal, pero estaba seguro de que todos estaban a salvo.

Afuera, el aire era bendecidamente fresco y claro. Inhaló profundamente los aromas nocturnos. El aire fresco le irritó la garganta y tosió hasta que le dolieron los pulmones. Un gruñido le hizo abrir los ojos y miró a su alrededor.

Al otro lado del camino, Lord Winter yacía junto al estanque. El pobre hombre debía estar agotado. Pero al menos había encontrado a Lilly. Ella y Atticus estaban acurrucados alrededor del hombre mayor, y no fue hasta que el perro comenzó a gruñir que se dio cuenta de que no estaban solos.

Barrette estaba de pie sobre ellos.

Atticus se interpuso entre Lilly y Barrette, con los dientes al descubierto y gruñendo. El perro estaba enfurecido.

Giles corrió hacia ellos tan rápido como pudo. Justo cuando se acercaba, el perro delató su presencia al volverse hacia el sonido de su aproximación. De repente, se encontró frente a una pistola de duelo.

La última vez que había visto a este hombre, había deseado tener una pistola de duelo cerca. Ahora deseaba tener una. Su puntería sería bastante buena, dada su motivación esta noche.

—Aléjate —advirtió Barrette.

Lilly rodeó a su padre con sus brazos. Cubierta de hollín de pies a cabeza, con su cabello blanco opaco en la escasa luz, Lilly, afortunadamente, no parecía estar herida.

Giles retrocedió dos pasos cuando se escucharon más pisadas detrás de él. La pistola apuntó a Lilly y luego volvió hacia él.

—Baja el arma, Barrette —ordenó Giles, usando una falsa bravuconería para intimidar al hombre.

Barrette curvó sus labios en una mueca burlona. —Esto no tiene nada que ver contigo. Te sugiero que vayas a ocuparte de tus propios asuntos.

—Lilly es mi asunto. No la dejaré.

Barrette se rio. —Entonces tendré que asegurarme de hacer un mejor trabajo ayudándola a dejarte a ti. —Agitó la pistola hacia Lilly—. Ponte de pie, ramera.

Giles contuvo la respiración mientras ella obedecía. Temía por ella. Estaba aterrorizado de perderla. Pero no tenía ninguna pistola ni arma para luchar. Tendría que ser astuto y actuar rápidamente. Podría intentar taclear a Barrette, pero el arma podría dispararse y herir a alguno de ellos.

—No iré a ninguna parte contigo de nuevo —comenzó Lilly—. No seré una tonta como la última vez. Baja el arma. ¿Qué esperas ganar con esto?

—Dumas, idiota.

—¡Nunca he querido Dumas!

Barrette gruñó. —Todavía no lo entiendes. Los intereses de tu dote mantienen a Dumas. La propiedad quedará tan lisiada como tú.

Lilly miró a Giles. Buscó confirmación en su mirada y él asintió imperceptiblemente con la cabeza. La pérdida de su dote original haría lo que Barrette temía y dejaría la propiedad en una situación desesperada. Pero Giles había negociado, conformándose con una suma menor. —La cantidad ha cambiado. Ya no habrá peligro para la propiedad.

—Lo necesito todo —insistió Barrette.

Más pasos sonaron detrás de él, y Giles extendió sus brazos para advertirles que se mantuvieran atrás. —No puedes esperar dañar a Lilly y salirte con la tuya. Hay demasiados testigos ahora.

Barrette apuntó la pistola hacia él en su lugar. —Se suponía que ella debía morir. Pero si quieres que algo se haga bien, tienes que hacerlo tú mismo. ¡Debería haber funcionado la primera vez! —se quejó Barrette, ajustando su agarre en el arma.

—La primera vez fue cuando la arrojaste del puente, ¿no es así? —preguntó Giles conversacionalmente, sin estar seguro de adónde iba a llegar con esto, pero ansioso por prolongar el intercambio.

—Maldito perro. Debería haber sabido que ella habría echado a perder al bruto. —Agitó el arma hacia Atticus, y Atticus gruñó hasta que Lilly puso una mano restrictiva sobre él—. Ella arruinó por completo a ese perro de caza mío antes de que lo consiguiera. Tuve que matar de

hambre y golpear a la bestia antes de que se comportara como un perro adecuado. —Barrette se rio, una sonrisa cruel tirando de sus labios hacia arriba.

Lilly frunció el ceño, con sus pequeños puños apretados.

Todo lo que necesitaba era que ella estallara en cólera por un perro muerto hace tiempo para provocar que Barrette hiciera algo imprudente. Como disparar la pistola contra ella.

Winter eligió ese momento para gemir, y sus ojos se abrieron. Pero no vio la situación frente a él. Barrette agitó la pistola erráticamente, y Giles rezó para que el arma no se disparara accidentalmente.

—¡Quédate ahí tirado, viejo, y muérete! Deberías habérmela traído cuando querías deshacerte de ella. Yo mismo habría hecho el trabajo. ¿Sabías que el cerebro de corcho planeaba enviarte a alguna mísera propiedad en los páramos de Escocia? —siseó Barrette—. Un desperdicio de esfuerzo, debo decir. Todo lo que se necesitaba era una pala y una zanja llena de tierra. Nadie te habría echado de menos. Todos piensan que estás muerto de todos modos gracias a tu madre.

Lilly se estremeció y apretó la mano de su padre. —Sé lo que papá planeaba, Barty. No es una novedad —le dijo a su primo con voz firme.

Giles se acercó un poco más a Lilly. Barrette volvió a apuntarle con la pistola, y perdió el terreno que había ganado.

—No quieres hacer esto, Barrette. Considera cuáles serán las consecuencias. Hay una docena o más de personas en esta propiedad, y cada una te está observando.

—Ella prometió que todo sería mío. Ella nunca miente. ¡Un lisiado no merece ser un Winter!

Barrette renovó su agarre en la pistola y apuntó a Lilly.

Giles se lanzó hacia adelante cuando sonó un disparo. Cayó con fuerza sobre Barrette.

Cuando se apartó rodando del hombre, Barrette yacía inmóvil, con los ojos abiertos y un agujero enorme en la frente del que brotaba sangre.

Lord Carrington avanzó a zancadas, con una pistola en la mano, y dio un golpecito al hombre caído con el pie.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

GILES DEBERÍA HABER agradecido a su amigo de inmediato, pero estaba demasiado ansioso por abrazar a Lilly. La ayudó a ponerse de pie y luego la besó hasta dejarla sin aliento.

El puro terror de los momentos anteriores solo podía mitigarse con la alegría de tenerla cerca contra su pecho, sintiendo su calidez en sus brazos. No se apartó de los espectadores. No fingió sentir nada más que el absoluto alivio del momento.

Lilly estaba a salvo y entera, todavía aquí con él. Si ella hubiera muerto, Giles no sabía qué habría hecho. Esos momentos en que el cañón de la pistola apuntaba a su pecho casi le habían detenido el corazón.

Giles se apartó y respiró profundamente, permitiendo que Lilly hiciera lo mismo. Apoyó su cabeza contra la de ella y sus alientos se mezclaron calientes entre ellos. La mantuvo levantada del suelo y Lilly movió ligeramente las piernas, meciéndolos a ambos.

—Estás a salvo. Ahora estás a salvo.

Se giró para que Lilly no tuviera que ver cómo retiraban el cuerpo de su primo ni ver el dolor cruzar el rostro de Carrington mientras la verdad de sus acciones se registraba lentamente. Los sirvientes, quizás notando la expresión afligida de Carrington, se reunieron a su alrededor y lo condujeron a la casa.

Giles presionó sus labios contra los de Lilly nuevamente, suavemente esta vez. Deslizó tiernamente la punta de su lengua por su labio inferior, saboreando la dulce calidez de su boca y la gentil respuesta que ella le dio. La mano de ella descansaba contra el lado de su rostro y sus dedos trazaban el borde de su oreja.

Amaba a este pequeño manojo de problemas, y el alivio de encontrar a la única persona que adoraba por encima de todas las demás lo volvía un poco loco.

—Ejem.

Giles levantó la cabeza para encontrar a su mayordomo esperando.

—El fuego está bajo control —croó el mayordomo—. Algunas de las familias vecinas escucharon la campana de advertencia y llegaron a tiempo para ver lo que ocurrió. Desean hablar con usted y con Lord Winter.

Giles echó un rápido vistazo alrededor y descubrió que su futuro suegro se había trasladado a los escalones de entrada de la casa y parecía estar engullendo licores nuevamente.

—El vizconde está muy conmocionado, milord. Debería hablar con él pronto.

—Iré de inmediato. —Giles sonrió a Lilly—. Tenemos invitados. Supongo que tendré que comportarme ahora.

Aquí en Cottingstone, habían vivido en una fantasía donde nadie podía ver lo que hacían. Eso le había permitido a Giles conocer mejor a Lilly y enamorarse de ella. No quería forzarla a un

matrimonio con él si ella odiaba la idea, pero tendría que ser mucho más circunspecto ahora.

Después de dejar a Lilly en el suelo, le ofreció su brazo para que lo tomara. Después de los primeros pasos, notó que cojeaba. Giles redujo la velocidad para que su mayordomo los adelantara.

—¿Estás herida?

—Me caí por las escaleras —le dijo ella. Su pronta respuesta fue un agradable cambio en comparación con tener que arrancarle las respuestas.

—¿Deberías estar caminando en absoluto? ¿Dónde exactamente te duele?

Lilly tiró de su brazo y Giles bajó la cabeza más cerca de sus labios para que ella pudiera susurrar su respuesta. Sus cejas se alzaron y ella se rio de su reacción.

—Algo para esperar con ansias atender. Qué delicioso.

Lilly podría haberse sonrojado ante su comentario, pero él no podía saberlo en la oscuridad.

Dithers esperaba en los escalones e impidió su avance.

—El humo aún es muy fuerte en toda la casa, milord. Todavía podría haber brasas ardiendo bajo los escombros del estudio. Quizás el establo sería más cómodo y seguro para la señorita Winter esta noche. Al menos el aire sería más fresco. Podría estar bastante cómoda en su carruaje de viaje.

—No, gracias. Nada de carruajes. —Lilly se estremeció—. Algo de heno en los establos será suficiente.

Giles tomó un par de mantas y una linterna de Dithers, luego condujo a Lilly hacia un rincón limpio de heno. Rápidamente hizo una cama lo más suave posible y la ayudó a acostarse, luego la cubrió con la segunda manta.

—No es lo suficientemente cómodo, ni de lejos, pero tendrá que servir por una noche. La señora Osprey ya se está instalando cerca para hacerte compañía, y enviaré a tu padre en un rato.

Apartó unos cuantos mechones largos de cabello de su rostro y le dio un rápido beso en la mejilla. Ahora estaba a salvo. Ya no había ninguna amenaza para ella por parte de Barrette.

Lilly se aferró a su brazo.

—¿Se recuperará la mansión?

—Puede que esté un poco chamuscada de un lado, pero me aseguran que el daño se puede reparar con bastante facilidad. Barrette parecía empeñado en sacar a todos de la casa, no en quemar Cottingstone hasta los cimientos. Lo peor ya estaba controlado mucho antes de que te encontrara, pero necesito asegurarme de que todas las brasas estén apagadas. Lamento mucho que tengas que dormir aquí fuera. Mantente abrigada. Si necesitas algo, pídele a la señora Osprey.

—Lo siento.

Giles frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por mi primo. Dile a Carrington que lo siento también, pero que estoy agradecida por su intervención —murmuró Lilly—. Tú también ten cuidado, Giles.

Una emoción lo recorrió. Nadie se había preocupado por su seguridad en mucho tiempo. Tal vez en unas horas Lilly podría reconsiderar su deseo de vivir en Gales. Si eso era lo que realmente quería, él no tendría más remedio que dejarla ir. Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta y susurró:

—Lo tendré —antes de marcharse.

Giles recorrió la parte dañada de la casa con algunos miembros del personal y Carrington, retirando escombros y apagando las brasas que aún ardían. Sus vecinos se habían marchado hacía tiempo y él planeaba dormir unas horas en algún lugar pronto.

—Gracias por tu ayuda esta noche —dijo Giles, aprovechando un momento en que estaban libres de la compañía de los sirvientes para hablar con Carrington, quien se había vuelto inusualmente callado en la última hora.

Carrington se encogió de hombros y continuó paleando.

—Ella significa todo para mí y nunca podré pagarte por lo que hiciste para salvarla.

Carrington trasladó otra pila de escombros a una carretilla para retirarlos. —Lo sabía —dijo Carrington, con palabras susurradas en un triste susurro—. La amas y habrías muerto por ella esta noche.

—La amo. —A Giles le sorprendió lo poco que le asustaban esas palabras. Lilly podría tener comprensibles dudas sobre casarse con él, pero él prometería su fidelidad ante toda la sociedad si ella se lo pidiera—. Siempre lo haré.

—¿Puedo traerle algo, milord? —Dithers estaba en la puerta, no tan impecable y erguido como de costumbre.

—Dithers, ¿qué diablos haces todavía aquí? ¿Acaso la señora Osprey no te ha metido en la cama aún?

—Logré escapar de sus atenciones —le aseguró Dithers con una sonrisa presumida.

—¿Por qué demonios hiciste eso? Tenías una oportunidad ahí, viejo amigo. No puedo creer que la hayas desaprovechado. Vete a la cama —ordenó Giles—. Preferiblemente a la de ella.

—¡Señor! —Dithers sonaba tan escandalizado que Giles finalmente pudo reír.

—Has estado inmerso en el campo durante demasiado tiempo, Dithers. Creo que has perdido tu toque. Date prisa y ve a los establos a darle las buenas noches a la mujer antes de que os despida a los dos por estupidez.

Dithers se irguió, giró sobre sus talones y se marchó sin decir palabra.

Carrington dejó caer su pala y se apoyó contra la pared en busca de apoyo. —¿Ahora haces de casamentero con los sirvientes?

—Ellos me lo hicieron a mí —protestó Giles y Carrington empezó a reír. Giles le dejó, observando cómo la tensión comenzaba a abandonar a su amigo por fin—. Tengo todo el derecho a devolverles el favor, ¿no?

El daño por el fuego no era tan malo como Lilly había temido. La habitación donde se había iniciado el fuego no tenía una cámara directamente encima y no podía ver daños duraderos en la estructura de la casa, excepto por el atisbo de cielo azul a través del techo ausente.

Los hombres no parecían preocupados de que la casa pudiera derrumbarse, así que dejó que su ansiedad se desvaneciera. Sin embargo, una gruesa capa de ceniza cubría todo lo demás, y Cottingstone necesitaba una muy buena limpieza para volver a poner en orden el hogar de Giles. Los hombres husmeaban por la habitación dañada por el fuego, derribando partes de la pared gravemente chamuscadas por las llamas, y levantaban más polvo en el proceso. Lilly salió al pasillo y observó desde la distancia.

La señora Osprey se acercó, con los ojos fijos en la habitación distante.

—¿Qué sucede, señora Osprey?

—Me preguntaba qué querría el amo que se abordara primero, señorita. Pero no me atrevo a

interrumpirle. ¿Cree que podría preguntarle por mí? No quiero ser una molestia.

Giles estaba inspeccionando el daño en la pared lejana y Lilly decidió ser útil por una vez. —Tal vez podría empezar por airear y limpiar los dormitorios. Lord Daventry parece a punto de desplomarse en cualquier momento. No sé si ha dormido desde el incendio. Y querrán bañarse más tarde.

—Sí, mi señora.

—Después de los dormitorios, el comedor debería ser lo siguiente. Los caballeros tendrán hambre.

La señora Osprey se apresuró a cumplir sus órdenes.

A Lilly le dolía la espalda. Necesitaría acostarse pronto, pero el sofá en el que solía descansar se había reducido a cenizas. Eso significaba que tendría que enfrentarse a las escaleras pronto y volver a su habitación.

Mantuvo sus ojos en Giles y él levantó la cabeza, encontrándose sus miradas. Lilly se sonrojó, preguntándose si Giles la había oído dar órdenes a sus sirvientes. Al menos debería estar enfadado por el daño que su familia le había causado. Pero no, ahí estaba, dándole una sonrisa pícara, como si no estuviera señalando vigas carbonizadas hace un momento. No entendía su calma hoy. Su estudio era un desastre, o lo que quedaba de él.

Lilly se dirigió a las escaleras para un muy necesario descanso. Llegó hasta el primer escalón antes de que Giles la alcanzara. —¿Vas a acostarte?

Ella asintió y él la levantó en sus brazos, subió el largo tramo de escaleras sin ningún sobresalto, y luego dejó a Lilly suavemente en el suelo. Ella esperó su beso y se sorprendió cuando él se apartó.

—Disfruta tu descanso, Fantasma.

La dejó de pie con la boca abierta. Ella esperó que volviera y la besara, pero él continuó bajando las escaleras con un alegre saludo. Le hizo una reverencia cortés desde la base de las escaleras antes de desaparecer de la vista.

¿Por qué ahora, de todos los momentos, tenía que ser tan correcto? Tal comportamiento era totalmente impropio de él. A cada paso, Giles rompía las reglas. Le divertía portarse mal, pensó. Un Giles apropiado, obedeciendo los dictados de la buena sociedad, estaba fuera de su experiencia.

Inquieta, se frotó los brazos de arriba abajo. Ahora que el peligro había pasado, no había necesidad de casarse con Giles. Ella seguía siendo inocente, y si se iba a vivir a Gales, él sería libre de continuar con su vida normal de bailes y romances.

Si no se casaba con él, se enfrentaría a una vida sin sus caricias.

Dithers y la señora Osprey discutían más allá en el pasillo. La voz de Dithers sonaba terrible, y la señora Osprey le recordaba constantemente que debería estar descansando en lugar de dar órdenes a todo el mundo.

Lilly tenía que estar de acuerdo con ella; Dithers solo causaría más daño al hablar. Eran una pareja tan extraña. Él tan alto y apuesto, ella tan sencilla. Sin embargo, había momentos en los que sorprendía a Dithers mirando a la señora Osprey de manera extraña, y más de una vez sospechó que algo más se estaba gestando bajo la superficie.

—¿Hay algún problema, señora Osprey?

—Sí. Dithers se niega a cerrar la boca el tiempo suficiente para dejar que su garganta sane. Soy perfectamente capaz de organizar la limpieza de esta casa. Es mi trabajo, después de todo —le lanzó una mirada fulminante, pero él apretó la mandíbula.

—Dithers, ¿estás impidiendo que la señora Osprey haga su trabajo? ¿Estás intentando que la

reemplacen?

Dithers miró a Lilly horrorizado.

Ella arqueó una ceja y se acercó a él. —Eso es lo que me parece a mí. Tal vez deberías escuchar lo que ella sugiere por una vez.

Dithers apretó la mandíbula antes de hacer una reverencia y marcharse. Claramente, no apreciaba el apoyo de Lilly al ama de llaves.

La señora Osprey se mordió el labio, observando hasta que Dithers desapareció de la vista. —¿Puedo ayudarla en algo, mi señora?

—¿Por qué me sigues llamando así? Aún no me he casado con su señoría.

La señora Osprey sonrió con pesar. —Solo intento que se acostumbre a la idea.

Lilly resopló, un sonido muy poco femenino. —Necesito descansar, pero el diván de abajo se quemó. ¿Ya está preparada alguna de las habitaciones de arriba?

—La única habitación lista hasta ahora es la alcoba del señor. Puede descansar allí hasta que su habitación esté debidamente ventilada.

Lilly apretó la mano del ama de llaves y se volvió para comprobar el pasillo. Como estaba vacío, se deslizó dentro de la habitación de Giles y se arrastró sobre su suave cama.

Giles no la despertó. Lo hizo la señora Osprey.

El magistrado había llegado y quería hablar con todos los testigos del tiroteo. Cuando Lilly miró alrededor, no vio señales de que Giles hubiera regresado a su habitación en absoluto. Su estómago revoloteó al pensar que podría estar evitándola.

Lilly regresó a su propia habitación, y la señora Osprey la ayudó a bañarse para eliminar la suciedad y cambiarse a un vestido limpio. Todavía podía oler el aroma del humo bajo su perfume habitual y se preguntó cuánto tiempo persistiría el olor.

—¿Osprey?

—¿Sí, mi señora? —La pequeña mujer se sentó en una silla cercana.

Lilly frunció el ceño. —¿Qué vas a hacer con Dithers?

La señora Osprey parpadeó y no dijo una palabra.

—¿Te gustaría escuchar una sugerencia?

Cuando el ama de llaves asintió, Lilly se acercó. —Es un buen hombre. Después de la cena de esta noche, ¿por qué no vas a buscarlo y hablas con él? Estoy segura de que si le das el más mínimo aliento, encontrará la manera de aprovecharlo.

—Él no piensa en mí de esa manera, señorita Winter. Ni siquiera se da cuenta de que estoy cerca a menos que meta la pata en algo.

—Oh, creo que descubrirás que se fija en mucho más que eso —se rió Lilly—. Te observa. Ahora solo tienes que atraparlo.

—¿Y si no puedo? —susurró la señora Osprey—. No creo que pudiera soportar la vergüenza.

—Entonces no te merece —le dijo Lilly con firmeza mientras se ponía de pie, lista por fin para su encuentro con el magistrado.

La entrevista de Lilly no duró mucho, ya que fue la última en ser interrogada. Su padre se sentó a su lado y le sostuvo la mano todo el tiempo, mientras ella relataba sus experiencias de la noche anterior y hablaba de eventos que habían ocurrido hace tanto tiempo.

El magistrado frunció el ceño durante todo el relato, pero concluyó que Lord Carrington había actuado correctamente para salvar sus vidas de un loco. Cerró su cuaderno, aclamó a Lord Carrington como el héroe y se apresuró a organizar el entierro.

Lilly se deslizó en la biblioteca y cerró la puerta tras ella. Giles también había solicitado formalmente una entrevista y estaba tan nerviosa que tenía las manos húmedas por el estrés. Dado que había estado ansiosa desde que Dithers le entregó la invitación en su pequeña bandeja de plata, con los ojos brillantes de alegría, debería estar acostumbrada a la sensación.

Después de horas de espera para hablar a solas con Giles, estaba particularmente nerviosa.

Un dolor le atravesó la espalda mientras se adentraba en la habitación. El dolor era bueno. La distraía de la elección que estaba en el mejor interés de Giles.

Él estaría mejor sin ella frenándolo. Estaba lleno de energía y tenía una gran pasión. Merecía más para su futuro, más que una mujer frágil como esposa.

Lilly se hundió en el diván, jugueteando con la cinta de su vestido prestado.

—Voy a tener que tomar una decisión pronto —Lilly levantó la vista para encontrar a Giles apoyado contra la puerta—. Es un asunto demasiado importante para posponerlo.

Lilly se inclinó hacia adelante en el diván. —¿Sobre qué?

—¿De qué color crees que debería repintar mi estudio? —sonrió.

—¿Cómo dice?

—Pensé que tal vez tendrías un color favorito. Me gustaría pintar mi estudio para que sea de tu agrado —cruzó la habitación para sentarse frente a Lilly mientras ella intentaba recuperar el juicio. Esa pregunta ni siquiera se acercaba a lo que esperaba que hablaran.

—No entiendo. Pensé que... —dejó que sus palabras se apagaran.

—Pensaste que iba a pedirte matrimonio formalmente, ¿no es así?

El calor inundó su rostro.

Él negó con la cabeza y su mortificación creció. —Ya sé cuál será tu respuesta. Escuché tu conversación con tu padre en el jardín ayer. Prefieres vivir en Gales en lugar de casarte conmigo y puedo entender por qué —dijo suavemente—. Probablemente sería un esposo terriblemente impropio.

Lilly lo miró fijamente. Estaba molesto con ella y trataba de ocultarlo. Bajó la mirada hacia su vestido para esconder su consternación por tener el poder de lastimarlo.

—¿Cuál es tu color favorito, Fantasma?

—Prímula —respondió, desconcertada por su insistencia en conocer el color.

—Gracias. Ahora, sobre Atticus. Anticipo que no estará feliz de separarse de ti. Parece ser más tu perro que el mío. Nunca me escucha ni la mitad de bien —Giles frunció el ceño—. Debería estar donde tú estés.

Lilly retrocedió sorprendida. —No puedo llevarme a tu perro.

—Por supuesto que lo harás. No querrás dejarlo atrás y que sufra. El pobre animal nunca entenderá por qué no puede estar con quien ama, ¿verdad? —Giles inclinó la cabeza y Lilly se retorció mientras su mirada penetraba su calma—. No puede ir a fiestas y fingir que es feliz. No puede comer solo y entender por qué tiene que ser así. Sé que he cometido errores imperdonables, Lilly, pero no me gustaría verlo sufrir a él también.

—¿De qué estás hablando?

—Puedo entender que no quieras saber nada más de mí —cuando ella fue a protestar, la calló con la mano extendida y se puso de pie para mirarla desde arriba, con los ojos apagados por el dolor—. Me niego a atraparte en un matrimonio, así que esto es una despedida.

Lilly parpadeó rápidamente. Él se acercó y su pulso se aceleró.

Giles se inclinó. —Un beso que me dure toda la vida, Lilly. Nunca besaré a otra alma. Puedo prometerte eso por toda la eternidad —presionó un beso en sus labios y luego se alejó. Sus ojos azules estaban nadando en lágrimas contenidas—. Te amo.

Las palabras cayeron sobre su piel como lluvia, y ella cerró los ojos mientras una maravilla insoportable la llenaba de esperanza.

Se frotó furiosamente los ojos para buscarlo, pero estaba completamente sola en la biblioteca.

Giles solo la había citado aquí para despedirse en privado. Para poder besarla una última vez y luego irse.

Enterró el rostro entre sus manos y sollozó, incapaz de soportar la pérdida de tan buen amigo. Planeaba no volver a verla jamás. Estaba segura de ello.

Él la amaba.

Lilly nunca antes había sabido lo que escuchar esas palabras le haría a su determinación. Se desmoronó hasta convertirse en polvo.

Había sido tan tonta. Había tenido miedo de ser la única de los dos enamorada.

Lilly se puso de pie y se apresuró hacia la puerta. Ahogó un grito de dolor cuando su cuerpo se negó a comportarse con la velocidad que su corazón insistía que debía tener.

Incluso le había dado el maldito perro. Se pasó las manos por la cara para deshacerse de las lágrimas. El idiota la amaba y aun así la dejaría ir.

Una risa se le escapó. Él era tan tonto como ella. Qué pareja perfecta hacían.

Lilly se movió tan rápido como pudo hacia la puerta y chocó de lleno contra el mayordomo.

Dithers la agarró del codo para mantenerla erguida. —Tenga cuidado, mi señora, podría lastimarse. Eso sería muy desagradable para todo el personal de Cottingstone.

Lilly se aferró a la barandilla para subir. —Bueno, si lo hago, estaré en el lugar correcto para que me curen, ¿no es así?

—¿Puedo acelerar su ascenso, señorita Winter?

—No, gracias, Dithers. ¿Por qué no vas a perseguir a la señora Osprey por su oficina? Creo que se dirige allí a esta hora la mayoría de las noches —confió Lilly y comenzó a subir, haciendo una mueca cuando el dolor le atravesó las piernas. Lo ignoró.

—Estaba al tanto de eso —respondió Dithers con cuidado.

Ella lo miró hacia abajo con consternación. —¿Y nunca has aprovechado su aislamiento antes? Qué vergüenza, Dithers. Había oído que eras un pícaro.

—Reformado, como deberían ser todos los hombres enamorados. Sin embargo, me quedaré al menos hasta que llegues arriba.

—Si debes hacerlo, Dithers, pero estás perdiendo un tiempo valioso —le advirtió.

Cuando llegó al último escalón, escuchó sus rápidos pasos alejarse.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—ERES UN TONTO, Giles.

Él estaba sentado junto a la ventana mirando hacia la noche, sosteniendo el viejo diario de Lilly con descuido entre sus manos.

—No deberías estar aquí, Lilly —le advirtió con voz sombría.

Lilly se acercó a él.

—¿Y si quiero estar?

—Eso, por supuesto, requeriría una ceremonia de boda que no deseas.

Lilly apretó las faldas de su vestido prestado con las palmas sudorosas y formuló la pregunta fatídica.

—¿Y si he cambiado de opinión?

Giles se giró para mirarla y Lilly vio el brillo de las lágrimas en sus mejillas. Cruzó la habitación hacia él y acunó su rostro entre sus manos. Un rostro tan querido, perverso y pecaminoso. Uno que amaba tanto. —Mereces más que una cosa rota como yo, pero no puedo vivir sin ti.

Él la miró boquiabierto durante un largo rato, pero luego se humedeció los labios.

—Y tú mereces algo mejor que un degenerado como marido.

Lilly movió su cabeza de lado a lado y sonrió.

—No eres un degenerado. Eres maravilloso. Te amo.

Él sonrió cuando ella negó sus defectos, pero luego frunció el ceño ferozmente.

—Tú no estás rota. Nunca he conocido a una mujer más fuerte que tú —dijo Giles, aferrando firmemente sus caderas.

—La gente pensará que me tuviste lástima o que te engañé para que te casaras conmigo. Cuando me dejes, dirán que era demasiado necesitada. Dirán que te alejé con mis exigencias.

—Me gusta que me necesites, Lilly. Quiero que lo hagas. —Giles giró el rostro y presionó un beso en la palma de su mano, dejando que sus labios la acariciaran como a ella le gustaba—. Nunca te dejaré. Tú ibas a dejarme por los encantos de un pequeño pueblo en Gales, ¿recuerdas?

—Supongo que eso me hace tonta también. —Pasó los dedos por su cabello—. Entonces, ¿qué hacemos ahora? Ya estuvimos comprometidos una vez. Por lo que entiendo de los asuntos matrimoniales cuando la pareja está locamente enamorada, alguien tiene que arrodillarse. Te advierto que si esperas que lo haga yo, es posible que tengas que ayudarme a levantarme después.

—Será un placer para mí hacer las tareas verdaderamente peligrosas en este matrimonio —prometió Giles.

Lilly sonrió ampliamente.

—¿Entonces?

Giles se arrodilló y tomó ambas manos de Lilly entre las suyas.

—Cásate conmigo, Lilly. Quédate conmigo y comparte mi vida. Déjame darte todos los placeres que pueda, y algunos que inventemos juntos.

Cuando Lilly asintió, Giles la tomó en sus brazos y la llevó a su cama.

—Quédate conmigo a partir de ahora. Tengo graves problemas para dormir sin ti a mi lado, querida.

Lilly se rio.

—¿Sabes que tengo la misma dificultad?

—Una pareja perfecta entonces.

Ella lo besó hasta silenciarlo y enredó sus dedos en su cabello, manteniéndolo cerca para expresar cuánto lo deseaba. ¿Cómo pudo haberlo dejado ir?

Giles rompió el beso, la hizo rodar y luego se puso a trabajar en los botones de su vestido. A medida que cada trozo de piel quedaba expuesto, Giles hundía sus dedos profundamente en los músculos de Lilly, alternando con sus labios hasta dejarla sin aliento de deseo. Tocaba su piel generosamente y la hacía anhelarlo de maneras que no creía posibles.

Mientras Lilly se derretía en el colchón, rezó para que esta vez Giles no fuera un caballero. Que no fuera propio. Le gustaba el hombre perverso tal como siempre había sido. Sabía exactamente en lo que se estaba metiendo. Una vida de placer en sus manos.

Ella ayudó a levantarse, y su vestido y camisola fueron despojados en un instante. Sus dedos se deslizaron bajo sus medias y la masajeó para quitárselas con largos y lánguidos movimientos, deteniéndose para frotar el arco de su pie y hasta los dedos. Labios presionaron contra su pie y ella se flexionó en respuesta.

Esto era lo que quería de él. Este placer embriagador atado por la confianza, la calidez y la amistad.

Desde allí, besó la parte posterior de su pierna, besando cada centímetro de su piel hasta llegar a la fuente de su dolor más reciente.

—Tendrás un moretón —le dijo antes de presionar suavemente sus labios contra el punto sensible. Ella se estremeció cuando el placer la invadió.

Estirándose hacia atrás, luchó por tocar cualquier parte de él que pudiera encontrar. Él presionó sus labios en el pliegue de su muslo, y sus caderas se arquearon hacia arriba para encontrarlo.

La besó en la espalda, enterró sus labios en su cuello y succionó con fuerza. La tela rozó contra sus nalgas y ella se retorció contra Giles. Él se acomodó a su lado y le quitó las horquillas del cabello, alisando los mechones a lo largo de su espalda y haciéndole cosquillas en la piel con las puntas.

Lilly se estremeció y se dio la vuelta.

—¿Cuánto tiempo más me harás esperar antes de robar mi virtud?

—Esta noche —prometió.

Lilly se mov

encima de Giles y él estaba completamente sin aliento por la mirada en sus ojos. Ella estaba tan excitada como él. Dios mío, el estremecimiento que la recorrió cuando le besó el trasero desafiaba toda descripción. Mientras ella atacaba su ropa, él se dejó arrullar por sus

movimientos, intentando recuperar algo de control. Cuando sus labios se posaron en su cuello, empezó a contar el número de mujeres poco agraciadas con las que había bailado en el pasado.

Cuando su camisa desapareció, había pasado a contar el número de hombres de aspecto sombrío en el parlamento. Eso ciertamente lo enfrió. Pero cuando ella le bajó los pantalones hasta las rodillas y lo tomó en su mano, perdió todos los beneficios de esas imágenes perturbadoras. La hizo girar sobre su espalda y le quitó la mano de su miembro. —Si sigues así, te dejaré insatisfecha —le advirtió.

El rebote de sus pechos lo distrajo, y tomó un pezón endurecido en su boca y lo succionó, moldeando sus senos con sus manos. Pasó al otro pecho y recorrió el pezón con su lengua mientras ella presionaba su pecho hacia arriba. Tomó la dura cima con menos delicadeza de la que le hubiera gustado. El doloroso agarre de ella en su cabello le aseguró que daba la bienvenida a su juego más brusco.

Se levantó para besarla de nuevo, observándola mientras se frotaban juntos, viendo sus ojos grises brillando a la luz de las velas. Besó todo su cuerpo, se acomodó entre sus rodillas dobladas y pasó su mano por su muslo, subiendo hacia sus rizos rubios. Le gustó que ella no se estremeciera ante su escrutinio cercano, porque se encontró fascinado por sus pálidos rizos y los labios rosados debajo.

Mientras sus dedos jugueteaban y separaban sus labios inferiores, se humedecieron con su humedad y su pulso se aceleró, hambriento de tenerla a su alrededor. Bajó su boca y la saboreó, cuidando de que su miembro no tocara nada. No quería terminar en las sábanas esta noche.

Un gemido bajo de ella le indicó que estaría lista cuando llegara el momento. Giles retiró su boca e introdujo un dedo dentro de ella, presionando hasta que sus nudillos tocaron sus rizos elásticos y no pudo ir más allá. La espalda de Lilly se arqueó y se retorció sobre la cama mientras él trabajaba en su interior, sintiendo el suave pasaje apretarse alrededor de su dedo.

Cuando pensó que estaba lista, añadió otro, empujando lentamente, preparándola tanto como pudo. Quería que sintiera el menor dolor posible.

Lilly jadeó ante la intrusión más gruesa y, mientras sus jugos cubrían sus dedos, él aceleró sus movimientos. Los sonidos que hacía su cuerpo eran insoportables, y tan eróticos que sus piernas comenzaron a temblar.

Cuando sus caderas se elevaban para encontrarse con sus embestidas, retiró sus dedos y se levantó sobre sus rodillas para mirarla. Sus ojos estaban salvajes. Respiraba en jadeos ásperos, sus pechos temblando deliciosamente a la luz de las velas. Quería ralentizar las cosas e intentó dejar que se calmara un poco antes de continuar, temeroso de que su entrada le doliera si se apresuraba.

Pero cuando ella agarró sus caderas, no tuvo más remedio que obedecer su silenciosa orden. Se acomodó en su entrada, evitando que su peso corporal la aplastara, y presionó hasta el fondo, incapaz de detenerse hasta estar completamente enterrado dentro de ella.

Lilly se estremeció violentamente y gritó un orgasmo tan grande que pensó que su padre la habría escuchado desde el otro extremo de la casa.

Giles se mantuvo perfectamente quieto, contando ovejas, establos sucios y ranas verdes y viscosas mientras resistía el impulso de bombear dentro de ella inmediatamente. No podía creer que ella hubiera llegado tan rápido. El calor de ella, el grito emocionante y sus dedos agarrándolo habían elevado su propia excitación a un nivel más alto del que necesitaba en ese momento.

Esperó a que sus muslos relajaran su agarre en sus caderas, a que sus manos soltaran parte de su carne y se deslizaran por sus costados antes de atreverse a moverse. Observó su rostro, sonrojado y cubierto de sudor, y se sintió extraordinariamente orgulloso. La pasión de esta mujer

igualaba la suya. Nunca podría dejarla sola.

Lilly abrió los ojos lentamente y sonrió con tal bienvenida que no pudo evitar embestir. Dios mío, ella lo destruía sin intentarlo. Sus ojos se empañaron de felicidad y la besó, finalmente en control de su acto amoroso.

Lilly miró hacia donde se unían y sus ojos se agrandaron. Él empujó hasta su límite y escuchó un pequeño jadeo de aire salir de sus pulmones mientras su posesión avivaba sus sentidos.

Le encantaba que fuera tan intrépida. Había estado observándola durante tanto tiempo, pero era mejor estar con ella así por fin. Ella era suya, ahora y siempre, y él también le pertenecía a ella.

Una necesidad primitiva surgió de poseerla completamente.

Mientras embestía y se retiraba, buscó signos de dolor en su rostro, pero no pudo percibir ninguna incomodidad por su unión o dolor por su posición.

Emocionado por cada embestida, escuchando cada sonido, ahogándose en el espeso aroma de la excitación, Giles supo que por fin había encontrado lo que faltaba en su vida. Escalofríos recorrieron su espalda húmeda de sudor mientras mantenía su cuerpo sobre Lilly, y encontró un ritmo que podía mantener hasta perderse en el placer.

Cuando las caderas de Lilly se elevaron para encontrarse con sus embestidas, Giles aceleró sus movimientos para darle más placer. Sus respiraciones se convirtieron en jadeos, y él sonrió porque ella estaba con él nuevamente. Sus piernas se envolvieron alto alrededor de su espalda, sus pies rozaron su trasero, y él no pudo contenerse más.

Con un cuidado exquisito, se recostó sobre ella.

Las manos de Lilly agarraron sus costados y sus uñas se clavaron profundamente, diciéndole sin palabras que estaba cerca de otro orgasmo.

—Te amo, Lilly —susurró, luego lo repitió una y otra vez en su oído.

Gritaron al unísono.

Giles abrazó a Lilly con fuerza durante todo el tiempo que sintió que ella podía soportar su peso y luego se levantó.

Los ojos de Lilly estaban cerrados y una pequeña sonrisa jugaba en sus labios, por lo que asumió que todo estaba bien con ella. Agarró sus caderas y las hizo girar, manteniéndola cerca, recostándola sobre él mientras permanecía enterrado en su interior.

Al caer de espaldas, apartó el cabello de ella cuando amenazaba con sofocarlo y presionó su cabeza contra su pecho. Encontró el camino bajo el cubrecama, cubrió sus cuerpos húmedos de sudor de la amenaza de enfriarse, y la envolvió fuertemente con sus brazos, jurando no dejarla ir nunca.

Lilly se removió y se estiró bajo las sábanas cuando el sol salió, emitiendo un gruñido descontento de sus labios. Giles enroscó un mechón pálido alrededor de su dedo y esperó pacientemente a que ella despertara por completo. Nunca se había sentido tan satisfecho y contento.

Aunque su mente bullía con planes para su futuro con Lilly, Giles cerró los ojos de nuevo. No podía apresurar a Lilly. El ritmo de su vida tenía que disminuir para acomodarse a las necesidades y comodidad de ella de ahora en adelante.

Cuando ella se movió contra él, entreabrió los párpados lo suficiente para ver lo que estaba

haciendo. Ella se movió de nuevo, juntando las rodillas, acurrucándose de lado. Se había vuelto un hábito vigilar a su pequeño fantasma, y ahora podría hacerlo por el resto de su vida.

Giles se volvió hacia ella. Siempre parecía tan feliz en su sueño.

Los ojos de Lilly aletearon y se abrieron, y después de un momento, una sonrisa torció sus labios. Rozó con su dedo el labio inferior de él y Giles se apartó. Lilly lo hizo dos veces más, hasta que él capturó la punta de su dedo y lo chupó profundamente en su boca. Los ojos de ella se agrandaron, sus labios se separaron para tomar una profunda bocanada de aire.

—Supongo que quieres despertarme —murmuró Giles cuando soltó su dedo—. Mujer perversa. Un hombre a punto de casarse necesita todo el descanso que pueda obtener. Necesita mantener sus fuerzas para satisfacer las demandas de su adorable esposa.

La sonrisa de Lilly tocó esa parte de él que había permanecido dormida durante tanto tiempo. Su corazón, su alma, la esencia misma de su existencia dependían de esa sonrisa. Giles la acurrucó contra su pecho, con la espalda de ella contra su frente, manteniendo sus hábiles deditos atrapados bajo los suyos. Con sus labios, adoró su cuello mientras frotaba su miembro endurecido contra su suave trasero, haciéndola gemir de placer y a él presionar aún más fuerte.

Capturó su pecho y habría continuado hacia mayores placeres si sus ojos no hubieran sido atraídos hacia la puerta que se abría, y el rostro muy inoportuno que se asomaba dentro de su habitación.

Lord Winter.

La puerta se abrió de golpe revelando una multitud de sirvientes apiñados detrás de él, incluyendo a Lord Carrington.

Lilly chilló e intentó esconderse. Giles subió las sábanas sobre su cabeza para proteger su modestia. —¿Podemos ayudarles en algo?

Carrington se cubrió los ojos mientras se daba la vuelta. —¿Puedo esperar verte de vuelta en Londres para mi boda?

—Por supuesto —prometió.

Lord Winter lo fulminó con la mirada. —Te casarás con mi hija dentro de un mes, o antes si se puede obtener una licencia especial. —Lord Winter bramó lo suficientemente fuerte como para hacer que todos los sirvientes se estremecieran ante su destino, pero no Giles. Siempre supo que se casaría con una dama muy especial.

Echó un vistazo rápido bajo las sábanas y se encontró con la sonrisa traviesa de Lilly. Amaba a Lilly con todo su corazón. Ella era ahora el centro de su mundo. —Nunca me oirá quejarme de que nunca nos casaríamos demasiado pronto. Lilly fue quien *me* comprometió y exijo que me convierta en un hombre honesto.

De repente, Lilly lo arrastró bajo las sábanas con ella y procedió a besarlo hasta dejarlo sin sentido a pesar de la audiencia aún reunida en la puerta.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

